

Selección, introducción y notas de
Cristina Mondragón



FIN

**Antología de relatos escatológicos
iberoamericanos**

Universidad de Valladolid

FRAC



TALES

Fin

**Antología de relatos escatológicos
iberoamericanos**

Colección: Fractales, 4

Colección *Fractales*

Dirigida por:

TERESA GÓMEZ TRUEBA

CARMEN MORÁN RODRÍGUEZ

Fin : antología de relatos escatológicos iberoamericanos / selección, introducción y notas, Cristina Mondragón. – Valladolid : Ediciones Universidad de Valladolid, 2022

304 p. ; 21 cm. – (Literatura. Fractales ; 4)

ISBN 978-84-1320-175-7

1. Escatología 2. Literatura latinoamericana I. Mondragón, Cristina, sel., pr. y anot. II. Universidad de Valladolid, ed.

2-175:821.134.2(7/8)

821.134.2(7/8):2-175

Fin

Antología de relatos escatológicos iberoamericanos

Selección, introducción y notas

CRISTINA MONDRAGÓN



EDICIONES
Universidad
Valladolid





Este libro está sujeto a una licencia "Creative Commons Reconocimiento-No Comercial – Sin Obra derivada" (CC-by-nc-nd).

CRISTINA MONDRAGÓN, Valladolid, 2022

Logotipo de la colección: Teresa Giralda

Motivo de cubierta: Dulce Olivia Ferreira

Diseño de cubierta: Ediciones Universidad de Valladolid

ISBN: 978-84-1320-175-7

Diseño: Ediciones Universidad de Valladolid

Índice

Introducción	11
Escatología y ficción escatológica	11
Lo apocalíptico y lo post-apocalíptico	17
Esta antología	29
I. Relatos escatológicos apocalípticos: antecedentes	45
«El fin de un mundo»	
José Martínez Ruiz «Azorín» (España).....	45
«Cuento futuro»	
Leopoldo Alas «Clarín» (España)	49
«La última guerra»	
Amado Nervo (México).....	80
«Cuento absurdo»	
Ángeles Vicente (España)	91
«Fin»	
Edgar Neville (España)	101
II. Relatos apocalípticos	109
«La extinción de las especies»	
Solange Rodríguez Pappe (Ecuador).....	109
«Umazisi»	
Randall Arguedas Porras (Costa Rica).....	115
«Las siete trompetas y los últimos días»	
Juan Carlos Méndez Guédez (Venezuela)	126
«De qué silencio vienes»	
Libia Brenda (México)	143
«La hermandad y la Luna»	
Alexis Iparraguirre (Perú).....	156
«El plan perfecto»	
Raquel Castro (México).....	170

«Los cuatro jinetes»	
Mercedes Cebrián (España)	184
«Una misión más»	
Gerardo Horacio Porcayo (México).....	190
«Prisión interior»	
Vladimir Vásquez (Venezuela).....	195
III. Relatos catastróficos	199
«El evento principal»	
José Luis Zárate (México)	199
«Microrrelatos apocalípticos»	
Raquel Froilán (España).....	202
«Arte»	
Alberto Chimal (México)	204
«Día de limpieza»	
Nieves Mories (España).....	213
IV. Después de la catástrofe	227
«En el fin del mundo»	
Santiago Craig (Argentina)	227
«Billete de ida»	
Eva Díaz Riobello (España)	231
«El rezagado»	
W. A. Flores (Costa Rica)	244
«Un crudo infierno»	
Tanya Tynjälä (Perú).....	252
«Desde el refugio»	
Judith Shapiro (Argentina)	259
«Los últimos»	
Yuri Herrera (México).....	273
«Insectopía»	
Mariana Carbajal Rosas (México).....	280
Bibliografía	295

'Khattam-Shud,' he said slowly, 'is the Arch-Enemy of all Stories, even of Language itself. He is the Prince of Silence and the Foe of Speech. And because everything ends, because dreams end, stories end, life ends, at the finish of everything we use his name. «It's finished,» we tell one another, «it's over. Khattam-Shud: The End.»'

Haroun and the Sea of Stories, Salman Rushdie

En nuestro honor dispusieron rastrilleras de cráneos,
y ornaron el cenote, y levantaron el castillo
que aún hoy mira a las cuatro direcciones del mundo,
y encerraron en su centro un jaguar que nos sirvió de trono.
Entonces olvidamos que también nosotros éramos mortales.
«Chichén Itzá», *Ciudades para errantes*, Rosalba Campra

Fin¹

Escatología y ficción escatológica

¿Por qué, a pesar de que todas las fechas previstas para el fin del mundo han fallado, seguimos imaginando historias sobre nuestro final? ¿Qué nos lleva a leer o escribir historias en donde una gran catástrofe, una invasión, una epidemia, un cometa, el aburrimiento o cualquier otra circunstancia ocasiona el final del mundo como lo conocemos? La ciencia contemporánea ha logrado, con explicaciones más o menos detalladas, comprender cómo comenzó el universo, cómo funciona el cosmos, de dónde venimos los seres humanos y el planeta que nos contiene. Mucho antes los mitos habían explicado desde la realidad del imaginario estas mismas cuestiones, y de la misma manera ambos, ciencia y credo, han previsto el otro extremo lógico de la línea, el final.

Sin embargo, si bien todas las culturas tienen historias que, de una forma u otra, explican el inicio del cosmos, la idea del final no necesariamente funciona de la misma manera para todos los casos. En las sociedades tradicionales lo que más encontramos son mitos de lucha entre el caos y el orden, pero estos relatos no significan necesariamente un fin del mundo: se trata de ciclos que terminan y vuelven a comenzar. Como dice Norman Cohn refiriéndose a las culturas antiguas del Cercano Oriente, los dioses crearon el cosmos (el orden) y vigilaban que se mantuviera más o menos inalterado: «[n]ot that cosmos was undisturbed. There were chaotic forces, restless and threatening. And here too gods were at work. [...] Every Near Eastern world-view showed an awareness not only of order in the world but of the instability of that

¹ Este libro se ha realizado en el marco de las actividades del Proyecto de Investigación «Fractales. Estrategias para la fragmentación en la narrativa española del siglo XXI» (PID2019-104215GB-I00), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

order» (Cohn, 2001, p. 3), pero esto se traducía en luchas constantes entre los dioses del caos y, en muchos casos, algún dios heroico que lograba someterlos por un tiempo para volver a la armonía establecida en el *illud tempus*. La vida humana se insertaba en este devenir como un engrane, una parte de la gran maquinaria cósmica, y su comportamiento permitía mantener (o no) esta armonía; finalmente, recordemos que la cosmovisión de un pueblo está íntimamente ligada a la vida cotidiana de la sociedad que la genera, es

un conjunto estructurado de sistemas ideológicos que emana de los diversos campos de acción social y que vuelve a ellos dando razón de principios, técnicas y valores. [...] Como la cosmovisión se construye en todas las prácticas cotidianas, la lógica de estas prácticas se traslada a la cosmovisión, la impregna. (López-Austin, 1994, p. 16)

De ahí que nuestra actividad cotidiana tenga tanto peso en los mitos que forman nuestra cosmovisión y viceversa. La vida humana, entonces, formaba parte de todo este ciclo que regía el cosmos y su fin no era sino coadyuvar al orden.

No había, por tanto, un «Fin del mundo» tal y como lo concebimos ahora: el acabamiento de todo con o sin una continuación. Esta idea proviene del zoroastrismo, y no sólo se refiere al 'fin' en tanto *término, remate o consumación de algo* sino al 'fin' como *objeto o motivo con que se ejecuta algo* (DLE). En efecto, en algún momento entre el 1400 y el 1000 a.C.², Zaratustra (o Zoroastro), como anota Cohn, «came to see all existence as the gradual realisation [sic] of a divine plan. He also foretold the ultimate fulfilment of that plan, a glorious consummation when all things would be made perfect once and for all» (2001, p. 77). Así, la confrontación entre Ahura Mazda, principio del orden o *asha*, y Angra Mainyu, su contrario de caos y falsedad o *druj*,

² Al parecer hay una discordancia entre los especialistas pues, según la tradición, el profeta vivió 258 años antes de Alejandro Magno, lo que colocaría su vida a mediados del siglo VI a.C.; sin embargo, las evidencias lingüísticas y arqueológicas acumuladas a lo largo de una investigación de ya varios siglos favorecen una datación muy anterior, entre el 1400 y el 1000 a.C. (Cohn, 1995, p. 21).

cuyo campo de batalla es el mundo y cuyo desarrollo abarca un tiempo limitado, establece la duración de lo existente, de manera que su conclusión, la derrota de Angra Mainyu, significa también el final del tiempo y el cumplimiento del plan de Ahura Mazda, después de lo cual el cosmos se libraría de las fuerzas del caos y comenzaría una eternidad de dicha absoluta (Cohn, 2001, pp. 82, 83). Es aquí donde se encuentra por primera vez la idea de una lucha cósmica que llevará al acabamiento final, la resurrección de los muertos y una trascendencia posterior, sin tiempo ni contratiempos.

Durante el imperio aqueménida, los judíos entraron en contacto con esta religión y con su visión escatológica del devenir, lo que probablemente influyó en los escritos proféticos, particularmente en el libro de Daniel, una de las fuentes más importantes del Apocalipsis. Es decir, la religión hebraica adoptó rasgos del zoroastrismo que finalmente llegaron al cristianismo con una cosmovisión completamente nueva: «[t]he idea that the present world is destined to end in a Last Judgement and to be replaced by a new, incorruptible world» (Cohn, 2001, p. 231), que se convirtió, a su vez, en el fundamento del dogma cristiano y la expectativa de buena parte del mundo occidental con la expansión de los diversos cristianismos. Así, el pensamiento escatológico entró en el imaginario oriental, primero, y occidental después con tanto éxito que hoy, dos mil años más tarde, buena parte del mundo contemporáneo comparte la cosmovisión de alguna forma de cultura cristiana³: se estima que para 2018, «los 2.500 millones de cristianos suponían el 33% de la población mundial» (EOM, 2019). Esto significa que, incluso sin ser creyente o practicante de esta religión, la tercera parte de la población mundial ha crecido bajo el influjo de esta cosmovisión escatológica y, por

³ La cristiandad —entendida como un conjunto de culturas que comparten un corpus de productos culturales, una cosmovisión, usos y costumbres que tienen como origen la tradición judeo-cristiana y las culturas clásicas, con las variantes propias de cada región; *grosso modo*, lo que conocemos como la 'cultura occidental' de origen europeo— abarca la totalidad de los continentes americano y europeo, el norte de Asia, Australia y buena parte del sur del continente africano.

esto mismo, concibe tanto su ser y estar en el mundo como el tiempo que abarca este ser y estar desde la impronta apocalíptica.

Pero hay algo más que explica la importancia del fin del mundo para las culturas que comparten esta herencia mítica: la función que cumplen los límites temporales en este imaginario particular. La manera como medimos el tiempo, bien pensada, no tiene necesariamente mucho sentido en sí misma: los calendarios no son sino convenciones sociales que nos permiten organizar nuestra vida de una cierta forma que resulta conveniente para la comunidad a la que pertenecemos. Así, como dice Frank Kermode, «to attach grave importance to centuries and millennia you have to belong to a culture that accepts the Christian calendar as definitive, despite its incompatibility with other perfectly serviceable calendars» (1995, p. 251), y si bien gracias a la sociedad global buena parte del mundo se rige por este calendario, esto no significa que fuera de la cristiandad se simbolicen igual los cambios de siglo o de milenio: fuera de la cosmovisión escatológica, éstos carecen del sentido de inminencia catastrófica. Pero el mero paso del tiempo, sin el sentido simbólico que le imponemos, tampoco satisface nuestra necesidad de comprensión; volviendo a Kermode, los seres humanos necesitamos una estructura, «we are programmed to seek not mere sequence but something I like to think of as *pleroma*, fullness, the fullness that results from completion [...]. We like things to make sense» (1995, p. 251). Así, como una historia que tiene inicio, desarrollo y final, necesitamos que nuestro tiempo tenga un fin, tanto el tiempo que transcurre como el tiempo que *nos* transcurre, y no sólo como acabamiento sino como objetivo; y si tanto nuestra vida como el mundo tienen estos límites, entonces el lapso intermedio adquiere sentido pues nos relaciona con algo más grande, universal.

Entramos, pues, de lleno en el ámbito de la escatología, término que en español se presta a confusiones y relaciones diversas. Según el *Diccionario de la Lengua Española* (DLE), el término se puede referir al «1. conjunto de

creencias y doctrinas referentes a la vida de ultratumba», o bien a «1. coprología; 2. uso de expresiones, imágenes y temas soeces relacionados con los excrementos». La diferencia estriba en la etimología de la palabra: si viene de ἔσχατος *éschatos* 'último', y -λογία *-logía* '-logía'; o de σκαῶρ, σκατός *skôr, skatós* 'excremento' y -λογία *-logía* '-logía', pues mientras que en otras lenguas se mantuvieron la 'e' y la 'ch' /k/ para *éschatos*, y 'sk' para *skatós*, en español ambas palabras derivaron en homónimas por la 'e' protética en *skatós* y el sonido /k/ tanto en 'k' como en la 'ch' originales. En esta antología hablaremos, sin embargo, de literatura escatológica en su sentido de *final*, y entenderemos 'escatología' como *doctrina de las cosas finales o de los fines últimos* (Lacoste, 2007, *s.v.*). Para comprender cabalmente a qué se refiere, y dado que es un término que desde el siglo XVIII fue adoptado por la teología, acudiremos a este campo del conocimiento para la definición: «d'une manière générale, l'eschatologie porte sur le but et l'accomplissement de la création et de l'histoire (individuelle et universelle) du salut»⁴ (Lacoste, 2007, *s.v.*), donde el 'cumplimiento' no se restringe a un acabamiento temporal y una culminación en el espacio sino que tematiza la esperanza cristiana: todo aquello que Dios ha creado no retorna a la nada, más bien accede en su totalidad y en cada una de sus partes a la plenitud interior y durable de su esencia, al ser admitido a participar de la vida eterna de Dios. Esto supone que el mundo, tal y como lo conocemos, deja de existir en el tiempo y el espacio, liberado de su fragilidad espacio-temporal (Lacoste, 2007, *s.v.* Todas las traducciones son mías.).

La escatología se ocupa, entonces, del objetivo y el acabamiento del individuo y el mundo bajo la luz del cumplimiento del plan divino: el ser humano y la creación toda caminan a un Fin último y el cumplimiento de éste implica el Fin del mundo. Por escatológico, entonces, entenderemos todo aquello que trata sobre el fin del mundo con este matiz teleológico, sin importar, como

⁴ De una manera general, la escatología se centra en el destino y cumplimiento de la creación y en la historia (individual y universal) de la salvación. Mi traducción.

veremos, su relación o no con una doctrina. Para completar esta faceta, volvamos a la concepción del tiempo y a Frank Kermode. Como decíamos líneas arriba, los humanos buscamos brindarle un sentido a nuestro decurso vital y, para quien profesa una religión escatológica, el creer que forma parte de un plan divino satisface esta necesidad; sin embargo, en el siglo XXI, salvo algunas iglesias milenaristas y/o fundamentalistas, esta idea resulta cada vez más lejana frente a la totalidad de la historia del universo, en la que mil o dos mil años son completamente irrelevantes. Kermode reitera que en nuestro mundo moderno seguimos buscando un sentido al relato entre el *tic* genésico y el *tac* escatológico (2000, pp. 46 y ss.), y lo encontramos en una doble concepción del tiempo, el que pasa y el que nos resulta significativo:

This capacity to distinguish, by varying our forms of attention, between significant and insignificant moments in time is sometimes expressed as the distinction between two Greek words, *chronos*, passing time, and *kairos*, waiting time or season. [...] What we remember of our lives as we narrate them to ourselves are the *kairoi*, and the relations between disparate *kairoi*. We remember history in the same way. No history, not even the barest annals, can be entirely concerned with mere successiveness, and so it is when we are trying to understand what our lives mean. (Kermode, 1999, pp. 16, 26)

Buscamos que nuestras vidas sean algo más que mera continuidad temporal (*chronos*), por eso necesitamos un inicio y un final.

Entonces, los relatos de ficción escatológica, desde esta lectura, son aquellos que versan sobre el fin de la historia y del mundo sea éste inminente o no, ya sea para hacer una crítica social o religiosa, o para hacer una reflexión teleológica sobre el fin de la existencia. Ahora bien, si consideramos que el tiempo significativo (*kairos*) comprende para los humanos un lapso específico entre el nacimiento y la muerte —nuestro muy íntimo y breve tic-tac—, encontraremos también relatos en los que se narra el cumplimiento de la propia vida como un fin del mundo. En estas narraciones, la inminencia catastrófica se concreta en el texto con elementos del modo apocalíptico de

ficción⁵ y la muerte se confunde con el fin «al menos el de mi mundo», dice un personaje en *Los perros del fin del mundo* de Homero Aridjis. Lo que caracteriza al relato escatológico es que pone el foco de atención en el fracaso de cualquier posibilidad de plan (divino o humano) y si termina después de la catástrofe, suele ser para parodiar la supuesta vida ultramundana y trascendente típica del apocalipsis religioso.

Lo apocalíptico y lo post-apocalíptico

Habíamos mencionado que la cosmovisión escatológica llegó al cristianismo desde Persia a través de la tradición hebraica, pero, ¿cómo fue este paso que culminó en el Apocalipsis bíblico? Para comprenderlo debemos recordar a ciertos personajes de gran importancia en el antiguo Israel, los profetas: hombres con una función política y social fundamental sobre todo durante el periodo del exilio judío en Babilonia tras la caída de Judá entre el 605 y el 539 a.C. y, poco más tarde, la de Jerusalén en el 607 a.C., en que se encargaron de mantener la cohesión de la comunidad en medio del caos. El discurso profético rememoraba episodios terribles del pasado judío para explicar el presente, estableciendo líneas de comunicación entre las alianzas anteriores de Yahveh con su pueblo mediante analogías con el momento inmediato y con una visión de salvación futura; así, todas esas catástrofes resultaban necesarias pues estaban previstas en el plan divino, para recordar al pueblo elegido su compromiso con la ley mosaica y con el propio Yahveh⁶. Si Él los había desamparado en algún momento había sido porque se había roto la Alianza, pero la unidad bajo la religión de Moisés garantizaba el regreso al pacto y, con ello, la salvación. Esta última se transformó pronto en una meta escatológica, la promesa de un tiempo mesiánico —probablemente con un Mesías

⁵ Sobre el modo apocalíptico de ficción, cf. nuestro *Ficciones apocalípticas en la narrativa contemporánea mexicana*.

⁶ Sobre la importancia de los profetas en la historia judía, cf. Mircea Eliade: *Le mythe de l'éternel retour*, pp. 120 y ss.

de la casa de David pero no necesariamente— en el que no habría más persecución, Yahveh castigaría a quienes sometieron a su pueblo y seguiría una época de prosperidad para quienes hubieran mantenido sus obligaciones contraídas con la Alianza.

De esta forma el discurso profético escatológico hizo suyo el discurso de los textos zoroástricos. La gran diferencia que impuso el cristianismo fue que, para este grupo, la promesa mesiánica *ya se ha cumplido*, así, según Bernard McGinn, la diferencia entre la escatología profética y la apocalíptica estriba en la proximidad del fin, y lo que separa al profeta apocalíptico del escatológico es la especificidad de su mensaje, además de la manera como lo proclama: su carácter escritural (McGinn, 1979, p. 5). Esta proximidad del fin es consecuencia lógica del cumplimiento de la promesa y el triunfo del Mesías, Jesucristo: una vez sucedido esto, lo que sigue es el Juicio Final y la dicha eterna para los elegidos. Un dato más es importante en este breve repaso, pues si bien podemos constatar que la escatología profética dentro y fuera del Antiguo Testamento ya presenta algunas características propias del apocalipsisismo (*e.g.*, el libro de Daniel o el libro de Enoch), y que durante los dos mil años desde la génesis del cristianismo se han escrito múltiples textos dentro de lo que la teología llama «género apocalíptico», la obra fundadora y más acabada de los apocalipsis fehacientes es, sin duda alguna, el Apocalipsis de Juan de Patmos. Como afirma Patxi Lanceros, «considero que el *Apocalipsis* no es sólo el principio de la apocalíptica, es decir, el libro que define el género, sino que es el paradigma más completo y complejo de esa sedicente apocalíptica, tanto anterior como posterior» (Lanceros, 2018, p. 20, nota 2). El bíblico ha sido y es, entonces, el modelo para todos los productos culturales que trabajen el tema Fin del mundo, tanto religiosos (ficciones fehacientes) como no religiosos (ficciones literarias) escritos después del siglo I. Más aún, pocas obras escritas —sagradas o profanas— han tenido el influjo que el libro de la Revelación ha tenido en la historia desde su concepción y hasta el día

de hoy. Siguiendo con Patxi Lanceros, su trascendencia se observa claramente

no sólo [en] los cuantiosos comentarios, las innumerables glosas, así como las construcciones, lógicas e ideológicas, a las que esos documentos [los que conforman el libro] han dado lugar, sino la masiva presencia de esas revelaciones en el imaginario colectivo. [...] tiene, tanto en la historia como en el imaginario, un estatuto especial: que se refleja o se afirma en la escultura, en la poesía, en la pintura, en la novela, en la arquitectura o en el cine. (2018, p. 20)

La imaginería apocalíptica, con sus bestias, ángeles, ramerías, mujeres vestidas de sol, jinetes, corderos, dragones y un largo etcétera, está embebida en la manera de concebir el mundo en occidente. Además de las representaciones plásticas que podemos apreciar en casi cualquier iglesia, ya sea como bajorrelieves en un pórtico o frescos en un sotocoro; de los discursos milenaristas que retoman fuerza cada vez que se establece una nueva fecha para el Gran Final; y de la gran cantidad de poemas, novelas, cuentos, corto y largometrajes, y series de TV, reconocemos esta impronta en el habla popular⁷, en la política de muchos países⁸ y, por supuesto, en nuestra manera de explicarnos lo que sucede particularmente en momentos de crisis.

Porque el mundo se termina a cada rato, por decirlo de una manera coloquial: la historia de la humanidad está llena de grandes catástrofes, acontecimientos que cambian por completo la forma de una sociedad, que ocasionan terror y muerte, y, para muchos grupos sociales a lo largo de los años, estos momentos críticos mostraron lo frágil que es el orden cósmico, lo rápidamente que puede todo sumergirse en el caos. Lo que cambió la escatología apocalíptica en la percepción de este precario equilibrio fue la certeza del Fi-

⁷ Por ejemplo, en México hasta hace algunos años se usaba la expresión «después del juicio final, cuando acabe la boruca» para señalar algo que tardaría mucho en realizarse.

⁸ En los «ejes del mal», las polarizaciones de los buenos (nosotros) contra los malvados (los otros), el destino manifiesto y providencial, el paraíso comunista, etc.

nal en un futuro próximo: lo volvió inminente (buena parte de los apocalipsisistas asumen que la Parusía, el Juicio Final, etc. sucederá en su generación); pero con el siglo XX, esta inmediatez imaginaria se convirtió en un peligro real, con el desarrollo de la guerra nuclear y las armas biológicas —las tristemente célebres «armas de destrucción masiva»— pues por primera vez en la historia la posibilidad de destrucción total se probó cierta. De ahí que Frank Kermode, en plena guerra fría⁹, haya encontrado que la literatura de la época incorporó la sensación de finitud incluso con naturalidad: «although for us the End has perhaps lost its naïve *imminence*, its shadow still lies on the crises of our fictions; we may speak of it as *immanent*» (2000, p. 6). Por eso, para el apocalipsisismo contemporáneo, el Fin del mundo ya no solamente es inminente sino inmanente, inherente a nuestra vida.

Ahora bien, para finales del siglo XX, si bien la amenaza de una guerra global sigue existiendo, otra más cercana y visible nos acecha: el cambio climático y la crisis ecológica. El siglo XXI ha comenzado con una impronta apocalíptica que suma, a las tradicionales fechas simbólicas —cambio de siglo y de milenio, fin de *Bahtún* en la cuenta maya que, sin serlo, nuestra cultura escatológica leyó como fin del mundo—, el horror cósmico ante la posibilidad de que existan otros seres inteligentes en el universo, el peligro de la conflagración nuclear, el desencanto ante el fracaso de los sistemas político-financieros que algunos historiadores iluminados habían llamado a ser la culminación de la historia, la aparición de superbacterias y cepas de virus sumamente contagiosos y resistentes a la medicina conocida, y la constatación de que estamos acabando con el planeta por causa de nuestro *modus vivendi*. Entonces la respuesta a la pregunta con que abrimos esta reflexión es casi obvia: seguimos escribiendo y leyendo ficciones sobre el fin del mundo porque éste forma parte de nuestra cotidianeidad.

⁹ La primera edición de *The Sense of an Ending* es de 1966.

Así llegamos a lo apocalíptico en la ficción literaria, que ha dejado de ser únicamente un tema para desarrollarse como todo un modo de discurso. Es decir: el modelo bíblico «Apocalipsis» que encontramos en estos relatos no se limita a la imaginiería (el bestiario, los personajes, los pasajes) sino que forma parte de la manera de construir y de narrar la historia. Entonces, llamaremos «relato apocalíptico» a aquél cuyo tema sea el Fin del mundo como un cataclismo inminente de alcance planetario o total para el mundo representado, revelado a uno o más personajes. Entre las características determinantes de lo apocalíptico encontraremos: 1. la representación de una *inminencia catastrófica* que determina las acciones, 2. el relato se ubica en un *mundo caótico* que recuerda a los jinetes del apocalipsis (guerra, peste, hambre, muerte), 3. el argumento suele descansar en la *lucha del Bien contra el Mal*, aunque esto puede matizarse pues las fronteras entre uno y otro no necesariamente están bien definidas, y en algunos casos el enfrentamiento sucede con o entre personajes sobrenaturales, 4. el narrador o el personaje principal *marca la perspectiva ideológica mediante la focalización de la información*, ya sea porque es el protagonista quien cuenta la historia o bien porque un narrador externo narra desde la mente de este personaje, 5. contrariamente a lo que se ha popularizado, el Apocalipsis no llega a narrar la catástrofe: fiel a su etimología —'apocalipsis' significa *revelación*—, en los relatos apocalípticos *el final anuncia la catástrofe inevitable o en curso* y, además, no anuncia una posibilidad de salvación. Al contrario de la función original del modelo, ser un texto de consuelo pues proclama la promesa de la dicha eterna tras la tribulación, en relato de modo apocalíptico no prevé una trascendencia salvífica sino la destrucción total en un escenario desolador.

Esta última característica nos lleva a un tercer grupo de relatos: aquellos cuya acción sucede *después* de la revelación y de la gran catástrofe, o sea, post-apocalípticos. Aquí cabe insistir en la aclaración de arriba: en los últimos años, el término 'apocalipsis' se ha resignificado y se entiende como cualquier *situación catastrófica*, mientras que 'apocalíptico' se define como *misterioso*,

oscuro, enigmático o bien *terrorífico o espantoso, generalmente por amenazar o implicar exterminio o devastación (DLE)* y, en muchos casos, se utiliza indistintamente para calificar situaciones —o relatos— posteriores a una situación catastrófica, o sea, post-apocalípticas. Esto ha provocado tres fenómenos interesantes: el primero, que casi cualquier relato acerca de un gran acontecimiento traumático (político o social) se lea y considere como «apocalíptico» o «post-apocalíptico» sin que en el análisis se pueda rastrear más que algunos motivos que vagamente aludan al fin del mundo o al Apocalipsis, como ha sucedido con la novela de la dictadura o de la memoria. El segundo fenómeno es la acumulación de relatos sobre futuros desoladores bajo el rubro «apocalíptico», sin que éstos mencionen algún colapso planetario ni abunden en cómo se llegó a la situación caótica representada en el relato, lo que vemos en muchas ocasiones con algunas historias sobre zombis y otras distopías. El tercero deviene del carácter inminente de la visión apocalíptica: originalmente, los apocalipsis son hipotiposis futuristas¹⁰, o sea, representaciones detalladas y vívidas de un espacio donde ocurre la calamidad que se anuncia mediante revelación a un visionario. El espacio-tiempo representado se debe colocar necesariamente en un momento posterior al presente de narración, pero narrarse como si estuviera sucediendo simultáneamente (de ahí el recurso de la hipotiposis) para generar la sensación de inminencia. El momento futuro en que se sitúan las acciones puede ser lejano o cercano, en dependencia de los modos discursivos con los que conviva lo apocalíptico y de la intención de realidad del texto (entre más realista, será más cercano al momento de escritura y viceversa); incluso, dado que la catástrofe sucede posteriormente al cierre de la historia, lo que suceda después será aún más futuro. Esto ha provocado que parte de la crítica ubique todo este grupo de

¹⁰ Sigo aquí la definición de 'hipotiposis' propuesta por Dupriez: «l'hypotypose peint les choses d'une manière si vive et si énergique, qu'elle les met en quelque sorte sous les yeux, et fait d'un récit ou d'une description, une image, un tableau, ou même une scène vivante» (2019, s.v.). La hipotiposis futurista aplicada a lo apocalíptico la tomo de Christian Chelebourg, *Les écofictions. Mythologies de la fin du monde* (2012).

textos dentro de la ciencia ficción como relatos de anticipación, sin atender a: 1. su relación o no con la ciencia y/o la tecnología, 2. el sustrato mítico escatológico o, 3. el hecho de que muchos relatos se ubiquen en momentos muy cercanos al presente factual de escritura.

Más arriba hemos asentado aquello que sí comprendemos como apocalíptico: un relato con un hipotexto bien determinado del cual toma ciertas características discursivas o bien motivos y personaje figurales, de carácter escatológico. En el caso de lo post-apocalíptico, consideramos su rasgo más importante la situación de las acciones en un mundo representado después de una gran catástrofe global, que si no se representa por lo menos se menciona; pero además, recordemos que para el mundo moderno —para volver a Frank Kermode— la crisis apocalíptica y su amenaza son inmanentes, de tal forma que el caos no necesariamente estará limitado a un único acontecimiento, sino que puede alargar el umbral de la catástrofe y transformarla en el caos dominante para una etapa posterior. Por otra parte, como afirma Briohny Doyle, si consideramos, siguiendo a Northrop Frye en *The Great Code. The Bible and Literature*, que el Apocalipsis es el cierre del texto bíblico en tanto contraparte del Génesis¹¹ y que en tanto cierre ordena y explica comprehensivamente la situación humana, «then postapocalypse can be framed as an incomprehensive view of the fragility and transience of anything that could be referred to as a human situation» (2015, p. 100). Además, sigue Doyle, el post-apocalipsis ya no coincide con la dinámica que Frye desarrolla entre los textos bíblicos: no es una continuación del Apocalipsis, que culmina como hemos dicho con la dicha eterna en una Nueva Jerusalén —ni tampoco coincide con algunos apocalipsis contemporáneos, más nihilistas, que apuestan a la nada posterior, me atrevo a agregar—, más bien «is post-biblical;

¹¹ Para Frye, «[t]he entire Bible, viewed as a 'divine comedy,' is contained within a U-shaped story of this sort, one in which man, as explained, loses the tree and water of life at the beginning of Genesis and gets them back at the end of Revelation» (1982: p. 169), es decir que hay una correspondencia entre el inicio y fin del texto en tanto un gran mito escatológico.

a secular text that comes after the apocalypses of the Bible» (2015, p. 100). Es decir, se separa por completo de la tradición original de la escatología apocalíptica y puede implicar que no hay, de hecho, un Fin.

Tenemos, pues, dos maneras de acercarnos a lo post-apocalíptico: la primera y más usual es la que, en cierta forma, continúa la historia después de la catástrofe; la segunda, más cercana a lo escatológico, la que se ubica en una *catástrofe continuada*, y relata un Fin del mundo —o lo alude, como veremos— cercano e inevitable. Como lo dijo Carlos Monsiváis refiriéndose a la Ciudad de México, en las postrimerías del post-apocalipsis, «[I]o peor ya ocurrió [...], y sin embargo la ciudad [el mundo] funciona de modo que a la mayoría le parece inexplicable» (2001, p. 21), aunque este funcionamiento lleve necesariamente al fin. Más aún, la falta de espectacularidad de este escenario ocasiona que no se distinga el caos de la normalidad pues ya no lo vemos: «*¿Hombre de demasiada fe! ¿Qué aguardas que no hayas ya vivido?*», responden los ancianos al profeta-voz narradora de este ensayo que pregunta por el sol negro y la luna de sangre, «*La esencia de los vaticinios es la consolación por el fraude: el envío de los problemas del momento a la tierra sin fondo del tiempo distante. Observa sin aspavientos el futuro: es tu presente sin las intermediciones del autoengaño*» (Monsiváis, 2001, p. 249, cursivas del original). Así, el post-apocalipsis es también el presente.

Todo esto deja fuera de lo apocalíptico y lo post-apocalíptico a la lectura alegórico-política, con lo que difícilmente podremos considerar en cualquiera de estos rubros a la narrativa de la memoria o de la dictadura que no suele presentar rasgos de uno ni del otro. En el caso de las distopías y relatos desoladores, sólo podrían considerarse post-apocalípticos si tematizan el fin del mundo y recuperan esta idea de la catástrofe continuada con elementos de sintaxis narrativa propios de lo apocalíptico. Más complicada es la relación con la ciencia ficción pues, dado que muchos relatos distópicos escatológicos construyen su paradigma de realidad en futuros muy lejanos, con sociedades hipertecnologizadas donde la ciencia y la tecnología suelen contribuir al fin

del mundo, es pertinente establecer esta relación. El problema aparece cuando el paradigma de realidad no está tan alejado en tiempo del presente de escritura e incluso llega a ser claramente mimético con sólo algunas alusiones a «la tecnología del futuro» —como, por ejemplo, *The Last Man* de Mary Shelley— o incluso sin ellas. Por lo tanto, sólo podemos asumir que tanto lo apocalíptico como lo post-apocalíptico pueden convivir con la ciencia ficción, pero no necesariamente: también pueden convivir con otros modos del discurso y estrategias como la metaficción, lo fantástico, lo *noir*, lo policial, etc. Por esta razón es que esta antología se anuncia como escatológica y no de ciencia ficción a pesar de que se incluyan algunos cuentos que pueden agruparse bajo este rubro.

Volviendo a la relación entre apocalíptico y post-apocalíptico, la frontera entre ambas maneras de abordar el Fin del mundo es amplia, pero tienen diferencias innegables que nos pueden ayudar a distinguir —cuando sea pertinente la distinción, claro— los rasgos que particularicen cada relato. Por razones de espacio no podremos abundar en cada uno de ellos: queden como propuesta para un estudio posterior.

Sobre lo apocalíptico ya he resumido las características más relevantes del modo discursivo, que en buena medida se repiten o se continúan en su paso a lo post-apocalíptico, de manera que ensayaremos algunas ideas a partir de los hallazgos en los textos. 1. La *inminencia* se transforma en *inmanencia*, como dijimos arriba, pues si bien la gran catástrofe ya ha sucedido —la ira destructiva de alguna deidad (aunque cada vez son más infrecuentes los cataclismos de origen divino), la guerra nuclear, la colisión con algún objeto cósmico (p. ej., un meteorito), el colapso ecológico, la peste de infertilidad, la pandemia por superbacterias o virus, etc.—, los *efectos caóticos* se mantienen activos en el mundo representado, a veces reforzados por figuras como los zombis o los seres vampíricos. 2. La lucha del Bien contra el Mal deja de tener sentido y se convierte en la *lucha por la supervivencia*, sea contra los

personajes figurales nacidos del caos, los otros sobrevivientes o contra el entorno devastado. 3. El desenlace suele mantener el tono desesperanzador, ya sea porque la historia cierra con el fin del mundo sin dejar abierta la posibilidad de renacimiento, o bien porque se hace patente la *inexistencia de un plan divino o cósmico* que reinstaure el orden. Aquí tendremos entonces al menos dos posibilidades: el post-apocalipsis escatológico en el primer caso (Fin del mundo), o el post-apocalipsis no escatológico del segundo, donde «the old world is not replaced in the wake of catastrophe but refigured by it [...]». [It] is not a teleological end point but is positioned as transitional and haunted by memories of the pre-catastrophe world» (Doyle, 2015, p. 101), lo que deja abierta la historia de un mundo caótico y donde los personajes no tienen más finalidad que mantenerse vivos y no convertirse en «lo otro».

He dejado para el final la comparación de dos personajes típicos de cada lado de la frontera: el profeta visionario, herencia directa del Apocalipsis, y el «último hombre», nacido del milenarismo romántico del siglo XIX. El primero es un personaje de origen bíblico¹²: el «Juan» sito en la isla de Patmos que leemos en las primeras líneas del libro de Revelaciones: «Revelación de Jesucristo; se la concedió Dios para manifestar a sus siervos lo que ha de suceder pronto; y envió a su Ángel para dársela a conocer a su siervo Juan» (Ap. 1, 1). Éste es el autor de las cartas a las siete iglesias de Asia que forman la primera parte del texto, y luego quien narra las visiones que forman propiamente la «revelación»: el mensaje de Dios sobre «*lo que ha de suceder pronto*» (Ap. 22, 6, cursivas del original) que, por mediación del Ángel, otorga al profeta con la siguiente orden: «tienes que profetizar otra vez contra muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes» (Ap. 10, 11). Con el paso del tiempo y la literaturización del mito, el profeta bíblico mudó de profesión, pero conservó sus dotes originales: dado que los apocalipsis son textos de fuerte tradición escritural (el motivo del libro es de los más importantes en el original bíblico), el nuevo «profeta» o personaje principal a quien se revela el misterio del fin

¹² Sobre este personaje, cf. Mondragón, 2020.

del mundo está construido como «persona de letras», es decir que puede ser periodista, investigador/a, secretario/a, profesor/a, etc. Generalmente cumple también la función de narrador, por lo que podemos seguir las vicisitudes de la revelación desde su perspectiva, además del proceso de escritura desde fragmentos metaficcionales hasta la completa autoconsciencia escritural.

Por su parte, el personaje del último hombre es, al contrario del profeta, una creación moderna que apenas cuenta con poco más de doscientos años. La aparición de esta figura parece estar fundada en los importantes cambios que a finales del siglo XVIII y principios del XIX sucedieron en la concepción de la historia tanto del planeta como de los humanos: por un lado, el desarrollo de la geología y la paleontología pusieron al descubierto «otros mundos», aquello que había nacido, crecido y muerto antes de la civilización coetánea. Para Anna Mayer, «[a]rcheological excavations showed, that there was life on earth which ceased to exist sometime along the way to the present» (2013), idea opuesta a la tradición occidental aceptada de que el planeta y todo lo existente había comenzado con la historia humana, exactamente con la creación bíblica. Más aún, «[i]t was undeniable that the earth existed long before the humans did and that it might exist much longer. Secular apocalyptic scenarios occurred at the same time as science made clear that species had been extinct» (Mayer, 2013), lo que derrumbó la preeminencia jerárquica humana sobre la naturaleza al demostrar que somos una etapa entre muchas de la historia planetaria. A esto se sumaron también las excavaciones arqueológicas que sacaron a la luz las ruinas de imperios hasta entonces no bien estudiados, y que fascinaron a los románticos desde muy temprano: en 1791, en «*Les ruines ou Méditations sur les révolutions des empires* [...] Constantin Volner [...] explores the Romantic fascination for ruins for the first time» (Mayer, 2013); estos escenarios desoladores alimentaron la idea de la decadencia de la civilización y, como afirma Mayer, puso sobre la palestra el destino de la humanidad. Con la sistematización de excavaciones en Herculano (entre 1750 y 1760), y el descubrimiento de Pompeya en 1764 más los

descubrimientos arqueológicos que sacaron a la luz durante la primera mitad del siglo XIX algunas de las partes más impactantes de la ciudad romana, se sumó la sensación de inmediatez de la catástrofe, que también incidió en el pensamiento apocalíptico de los románticos.

En efecto, como propone Catherine Redford, la apertura al público de estas ciudades, cuyas ruinas contrastaban fuertemente con las ya conocidas, supuso un vuelco en la reflexión sobre el desarrollo de las civilizaciones y los imperios, que hasta entonces mostraban un proceso claro de crecimiento, desarrollo y decadencia:

For Pompeii and Herculaneum, however, there was no decline and fall, and no ruin in the traditional sense: their populations were wiped out in an instant, but their buildings and streets remained frozen in time, empty and haunting. These cities were not part of a cycle of rise and fall, ruin and rebuilding; instead, their demise was more apocalyptic. For Pompeii and Herculaneum, time stopped, and the world ended, at the moment of that great volcanic eruption. (Redford, 2012).

La inmediatez de la muerte, ya no únicamente del individuo sino de ciudades enteras, aumentó la sensación de inminencia propia de los apocalipsis, y la descripción de ciudades en ruinas descritas por un personaje solitario, único y último sobreviviente, se reflejó en novelas como *Le dernier homme* (1805) de Jean-Baptiste François Cousin de Grainville y *The Last Man* (1826) de Mary Shelley, y poemas como «Darkness» de Lord Byron, y los titulados «The Last Man» de Thomas Campbell, Thomas Hood, Thomas Lovell Beddoes, etc. Con el tiempo, la literatura inglesa desarrolló al personaje que se volvió recurrente en la narrativa apocalíptica y post-apocalíptica —p. ej., *I Am Legend* de Richard Matheson u *Oryx and Crake* de Margaret Atwood—, con la salvedad de que, al localizarse frente al escenario devastado y por lo tanto ante las consecuencias del colapso, el último hombre es en sentido estricto el testigo del post-apocalipsis.

Así, estos dos personajes se posicionan ante el acontecimiento desde perspectivas opuestas: el primero es el profeta que recibe el conocimiento de lo que va a suceder, cuya misión es preparar(se) para lo inevitable, ser testigo de las señales invisibles y/o incomprensibles para los demás y, en su forma más tradicional, dar a conocer al resto de la comunidad lo que se avecina; el segundo es un sobreviviente, último ejemplar de la especie que se enfrenta a los restos, las ruinas de lo que fue, consciente de ser quien cierra la historia humana. Ambos pueden presenciar la catástrofe o solamente percibir sus síntomas previos, el primero, o consecuencias, el segundo, pero ambos comparten el destino de narrar el fin del mundo, al menos como lo conocieron. El último hombre es el antípoda de Adán y a veces comparte el final con una pareja equivalente a Eva, pero no para reiniciar desde un nuevo Edén sino para corroborar que después de todo no hay una Nueva Jerusalén ni una nueva existencia trascendente.

Esta antología



Advertencia: en las líneas que siguen se comentarán los relatos que forman el corpus, de manera que, para evitar *spoilers*, recomendamos saltar a la lectura de los cuentos y volver más tarde.

Hemos dividido el conjunto de textos en cuatro apartados. Comenzamos con una breve muestra de relatos escatológicos escritos entre los últimos años del siglo XIX y la primera mitad del XX, otro cambio de siglo que trajo consigo su propio *boom* de milenarismos. Después entramos de lleno en el siglo XXI, cuyo apocalipsismo forma el corazón de esta antología y cuyo segundo apartado contiene relatos exclusivamente apocalípticos, ubicados en el límite antes de la catástrofe. Le siguen los cuentos que he rubricado como «catástroficos» pues tratan exclusivamente del momento final, del caos en pleno desarrollo, un ejercicio único que concentra el impacto del estallido en un

relato o lo fragmenta en microrrelatos. Finalmente, los cuentos post-apocalípticos cierran el volumen con los sobrevivientes inmediatos o el recuerdo de lo que fue y ya no existe. Para la transcripción he modernizado como es convencional la ortografía de los textos, he corregido únicamente en los de español moderno alguna errata obvia, y respeto el uso de tildes en el adverbio 'sólo' y en pronombres demostrativos cuando aparece así en el original. Igualmente sobre estas tildes en la introducción y notas, me acojo a la recomendación de la Academia Mexicana de la Lengua.

Abrimos, pues, con «El fin de un mundo» (1897), de José Martínez Ruiz *Azorín*, que es más bien un recuento considerablemente sobrio y breve de cómo la humanidad llegó a su fin: parte de la premisa de que, tras muchos siglos de desarrollo, los humanos logran una forma de perfección que los llevó a vivir en armonía entre ellos y con la naturaleza. La descripción del espacio es casi edénica, pero contrariamente a la felicidad que prometería un mundo sin antagonismos de ninguna especie, la dicha absoluta lleva al hastío y a la muerte, dejando un espacio desolado y silencioso donde el último hombre medita sobre su propia muerte y lo que ésta significa para el planeta: «Fuera de mí no hay nada, la humanidad, hastiada de esperanza satisfecha, ha desaparecido. [...] Voy a morir también y el universo sin mis sentidos va a disolverse como un fantasma que se esfuma en las sombras». Así el mundo, sin una consciencia que lo perciba, pierde en buena medida su estatus de existencia hasta que otros seres con una percepción diferente vuelvan a construir una nueva realidad. Lo que, curiosamente, coincide con las reflexiones que la arqueología y la paleontología despertaron en los románticos, como ya he mencionado. El relato cierra con una afirmación metaficcional y la alusión a la perspectiva filosófica subsumida en el relato, aunque la lectura escatológica prevalece no solamente por la alusión al Fin último del hombre sino por la idea de que el mundo termina con uno mismo.

«Cuento futuro» (1886) de Leopoldo Alas *Clarín* es el primer cuento catastrófico del conjunto, aunque lo que más salta a la vista es su carácter satírico. Comienza también con el hastío, pero en este caso, fundado en una idea absurda: el cansancio de dar vueltas alrededor del sol que «había descubierto un poeta lírico del género de los desesperados», y a partir de esta premisa satiriza desde la admiración boba hacia todo lo que provenga de Francia (la idea de la *heliofobia* es de un poeta francés) hasta la credulidad en los avances tecnológicos, pasando por los vicios del lenguaje, los debates intelectuales, las querellas entre periódicos y semanarios, y, por supuesto, la catástrofe apocalíptica. La referencia al texto bíblico es obvia en los nombres de los personajes principales, Judas Adambis y Evelina Apple, trasuntos de Adán y Eva, y únicos humanos sobrevivientes a la masacre organizada por Adambis y los gobiernos del mundo: el «suicidio universal». Con sus personajes de vuelta en el paraíso, no deja de sorprender la parodia del relato del Génesis con esta pareja caricaturesca cuya Eva se niega rotundamente a repoblar la tierra y un Adán que prefiere el divorcio. Aunque desde la perspectiva del siglo XXI no podemos evitar el choque contra los estereotipos y lo que hoy leeríamos como una postura misógina, este cuento es un ejemplo interesante de cómo ya para finales del siglo XIX se comenzaba a pensar en un fin del mundo ocasionado por los humanos y no por una intervención divina.

En «La última guerra» (1906), Amado Nervo acude a la figura del último hombre para relatar cómo, después de tres revoluciones y muchos años de desarrollo, la humanidad llega a la igualdad absoluta. Sitúa la acción en el año «tres mil quinientos dos de la Nueva Era (o sea cinco mil quinientos treinta y dos de la Era Cristiana)» y menciona varios adelantos tanto sociales como tecnológicos, particularmente el medio en el que el narrador consigna su relato: el «fonotelerradiógrafo», aparato receptor de vibraciones cerebrales que graba el pensamiento en cilindros, con lo que podríamos considerar éste un cuento de ciencia ficción. Aquí también la raza humana logra el Fin de su existencia, la armonía total, pero a costa de la explotación de los animales no

humanos que de manera paralela han desarrollado conciencia y lenguaje. El fin del mundo, así, es el resultado de una gran revolución animal que diezma hasta la casi aniquilación a los explotadores, y uno de los últimos hombres registra, antes de la desaparición total, el final del ciclo humano con la convicción de que la nueva era de los animales tendrá, también, su culminación. Nos encontramos, pues, ante la idea romántica de la sucesión de imperios y del último hombre enfrentado a las ruinas del suyo.

Ángeles Vicente es la primera escritora entre las muchas que, felizmente, aparecen en este libro. Su «Cuento absurdo» (1908) desarrolla también, como ya vimos con *Clarín*, el motivo de la máquina para matar gente que ocasiona el fin del mundo, aunque aquí es un anarquista quien la inventa y la pone en funcionamiento para dejar vivos únicamente a sus correligionarios y fundar así una sociedad igualitaria perfecta: «[e]l problema social fue definitivamente resuelto por Guillermo Arides, el anarquista más terrible y genial de los tiempos pretéritos, presentes y futuros». El relato cuenta el fracaso de esta aventura y deja al descubierto la mezquindad intrínseca de la naturaleza humana, por lo que el protagonista Arides se convierte en la figura todopoderosa que toma la decisión final. Salta a la vista, al igual que en Nervo y *Azorín*, la ausencia del personaje divino y, como en «El fin de un mundo», de una posible trascendencia post-apocalíptica. Se trata de un relato profundamente pesimista, escatológico sólo en cuanto al acabamiento de la humanidad.

Cerrando esta primera parte, «Fin» (1936), de Edgar Neville, desarrolla el tema del fin del mundo causado por la infertilidad generalizada, seguida de guerras y epidemias, pero tratado con el tono desenfadado y jocoso tan característico de este escritor. No tenemos un gran acontecimiento sino un proceso casi natural —«[e]ra tan inevitable la catástrofe, que la gente la había aceptado sin histerismo», dice el narrador— que deja sólo a dos sobrevivientes: una prostituta francesa y un profesor de historia alemán. La mujer, ante el escenario de la ciudad desierta, emprende el camino al Oriente de regreso al origen y en el camino se encuentra al hombre, con quien sigue hasta la

zona de la antigua Mesopotamia. Aquí, como en el cuento de *Clarín*, aparece el personaje de Dios, pero no con un tono satírico sino conciliador: contra la divinidad bíblica cuyo furor arroja a la primera pareja del paraíso y, en el otro extremo, decreta el final de su propia creación, el dios que recibe a estos personajes se desentiende de cualquier responsabilidad ante sus criaturas. Este fin del mundo, si bien deja abierta la posibilidad de un nuevo comienzo, no pierde la oportunidad de insinuar que, de haberlo, seguramente sufrirá la repetición de los mismos errores.

Con el advenimiento del nuevo milenio, la manera de concebir y, por lo tanto, de contar el fin del mundo se transforma y se vuelve más subversiva. Los personajes femeninos cobran más importancia, no sólo en su modalidad humana sino divina, el apocalipsismo de ficción literaria se puebla con dioses y diosas paganas que, además, toman la voz para contar su propia historia. Este es el caso del primer cuento apocalíptico, «La extinción de las especies» (2021) de Solange Rodríguez Pappe, en el que una diosa madre ctónica narra desde su punto de vista la historia humana prescindiendo de las figuras intermeditarias tradicionales (el ángel y el profeta). Esta protagonista cambia el juego escatológico al mostrarse ajena e independiente de cualquiera de las creaturas que deambulan sobre ella: se alimenta de seres vivos, preferiblemente de hombres, pero no toma parte activa en lo que sucede en la superficie. Es un ser más bien amenazante, una otredad absoluta cuya sola presencia configura la catástrofe inminente y que gesta en sus entrañas a los próximos habitantes del mundo.

«Umazisi» (2012), de Randall Arguedas Porras, es uno de los relatos más apegados al paradigma apocalíptico de este conjunto: el protagonista hace en sueños un viaje en el tiempo para presenciar el acontecimiento final. Prácticamente carente de descripciones que construyan el universo diegético, el cuento descansa en el diálogo como fuente de información narrativa: las acciones suceden en la fecha «fatídica» del 12 de diciembre de 2012, que cobró fama cuando se leyó el glifo del fin de *Baktún* maya como el «fin del mundo».

La mención de marcas, franquicias, aparatos electrónicos, redes sociales y demás, no únicamente refuerza la ubicación espacio-temporal sino que además construye la perspectiva ideológica de la trama cuyo fin es mostrar la decadencia de la sociedad occidental hipercapitalista. El relato concluye con el despertar del personaje y la transmisión del mensaje revelado, confirmando además su carácter de profeta pero no dentro de la tradición judeocristiana sino autóctona. Es decir, estamos ante una variación local costarricense del mito escatológico cristiano.

Juan Carlos Méndez Guédez nos ofrece otra variante local, en este caso venezolana, en «Las siete trompetas y los últimos días» (2020), cuento que abre el volumen *La diosa del agua. Cuentos y mitos del amazonas* y que forma con ellos un panorama sobre María Lionza, figura mítica del norte de Venezuela. Aquí encontramos nuevamente el motivo de la pareja final, que comparte alternativamente la función narratorial mientras van encontrando los signos del Fin del mundo en una selva paradisiaca. Si bien en este relato quien sabe leer e interpretar las señales es el personaje femenino, quien funcionaría como profeta y visionaria, hombre y mujer forman una unidad insólita que solamente unida podrá impedir, si no el fin, sí la desaparición de la diosa al salvar el libro genésico que narra su historia. Se trata de un cuento singular, de gran fuerza, que refigura una revelación apocalíptica echando mano de la tradición mestiza sincrética y cuyo fin del mundo es el punto de partida para adentrarnos en el universo mágico de María Lionza.

Con un tono más poético en el que domina la melancolía, Libia Brenda hace de la protagonista de «De qué silencio vienes» (2012) una profeta moderna a quien seguimos mientras encuentra la revelación. Aquí, el carácter escritural tan importante en cualquier apocalipsis se coloca en primerísimo plano: el relato es un palimpsesto tanto por el manuscrito cuya traducción forma el cuerpo de la narración, como por la relación que finalmente se descubre con la vida de la investigadora que nos muestra el proceso. Sin catástrofe alguna, sin aspavientos, trompetas o espectacularidad, la escritora prefiere la

épica sordina para llegar a un fin del mundo inminente y profundamente triste. Resalta también la feminidad de la historia; es decir, además de contar con una profeta mujer, la propuesta de un destino escrito y encriptado por mujeres, guardianas del conocimiento primero y último, aunado al espacio íntimo que forma el mundo diegético, da como resultado un cuento apocalíptico que sobresale entre el catastrofismo usual de este modo discursivo y, por supuesto, el protagonismo masculino del modelo original.

Otro caso particular encontramos en «La hermandad y La Luna» (2008) de Alexis Iparaguirre, cuento que también forma parte de un conjunto más grande, *El inventario de las naves* que, en realidad, es una novela apocalíptica construida con cuentos que lo mismo funcionan de manera independiente que como un todo orgánico. Elegimos este relato en particular por dos razones: la primera, porque recurre al motivo del libro mágico por excelencia, el Tarot, y al propio Apocalipsis como herramientas para la revelación; y la segunda por la particularidad de sus protagonistas, tres niños pre-púberes de inteligencia prodigiosa, uno de ellos moribundo, como depositarios de la misión apocalíptica. Cada uno de estos chicos tiene una facultad diferente, encuentran y reconocen distintos indicios del final, pero sólo juntos logran identificar el sentido en conjunto. Esta estrategia resulta insólita en la tradición apocalíptica y le brinda un tono, si cabe, más espeluznante al fin del mundo.

Raquel Castro presenta, en «El plan perfecto» (2012), otra variante femenina de profeta en un relato desenfadado que ilustra la relación problemática entre el ser Todopoderoso poco claro y lejano, y la receptora del mensaje salvífico. La protagonista, asistente del despacho de quien organiza reuniones para evitar el fin del mundo, sólo recibe indicaciones vagas, señales equívocas que al «jefe» le suenan clarísimas pero que para la receptora carecen de sentido, en una clara alusión al pesado simbolismo propio de los apocalipsis. Tras la revelación, esta profeta apocalíptica debe, como todos aquellos llamados a ser mensajeros de la divinidad, seguir el llamado y dejarlo todo para lograr el objetivo: que el mensaje, en este caso miles de correos electrónicos y

llamadas telefónicas, llegue a los anónimos destinatarios. El final es subversivo, algo que no vemos a menudo en este tipo de relatos, y reafirma la libertad del individuo frente a la divinidad autoritaria: con dioses así, no siempre vale la pena salvar al mundo.

Compartiendo el tono desenfadado y coloquial, Mercedes Cebrián ubica «Los cuatro jinetes» (2004) en un momento poco específico que bien puede ser antes, durante o inmediatamente después de la catástrofe. Decidimos añadirlo a los apocalípticos por los personajes aludidos en el título y al final del relato, los jinetes del apocalipsis, que, en sentido estricto, aparecen durante el acontecimiento final, aunque éste no se describe. Una vez más, encontramos el motivo de la última pareja sobre la tierra, en esta ocasión en una narración focalizada en la mujer, personaje narrador, a través de cuya consciencia pasa toda la información del relato. Por otro lado, si bien no podemos estrictamente colocar el momento representado con respecto al fin del mundo, sí sabemos, por alusiones de la narradora, que se desarrolla en un momento del futuro pues describe desde el inicio máquinas con tecnología de ficción futurista, además de mencionar el fracaso de la criogenia. El tono coloquial y al raz de tierra con el que se presenta el tema, es una muestra más de la liberalidad con que el nuevo milenio aborda lo escatológico.

En «Una misión más» (1992), de Gerardo Horacio Porcayo, nos encontramos de lleno en la ciencia ficción: los personajes, parte de una misión espacial en un futuro indeterminado pero muy lejano, llegan a un planeta «en medio del caos». Las descripciones del entorno —el cielo púrpura, el sol oscurecido— remiten necesariamente a las imágenes del relato bíblico, y los personajes con los que se encuentra la misión —el ser todopoderoso en el trono, los cuatro vivientes— no dejan lugar a dudas sobre su liga con el Apocalipsis joánico. Sin embargo, no son estos seres quienes ocasionan el fin del mundo como se esperaría según la tradición, sino la lectura equivocada de

los signos, quizás ocasionada por la lejanía de los referentes, es decir, un problema de tiempo unido a la idea de la muerte de Dios: al final de los tiempos, tampoco los dioses son inmortales.

Siguiendo con la ciencia ficción, Vladimir Vásquez aborda el tema del contacto extraterrestre en «Prisión interior» (2012) y propone algunas variantes al modelo original. Por ejemplo, hace de alguna inteligencia cósmica el emisario del mensaje en lugar del ser divino, cuyo conocimiento comparte en una enciclopedia, trasunto del libro, y en lugar de un profeta visionario, es un Instituto encargado de la traducción el que logra decodificar el mensaje. Encontramos nuevamente el Fin escatológico de la humanidad: gracias a la información que poco a poco van descifrando, pueblos y naciones logran la anhelada armonía entre ellos y con el entorno. Pero la perfección aquí no lleva al hastío ni a la muerte: es el cumplimiento de la traducción lo que detona la inminencia de la catástrofe. El conocimiento se revela no como ayuda generosa sino como advertencia del fin del mundo, pero llega demasiado tarde en un relato que cierra justo en el límite del acontecimiento fatal.

Un hallazgo muy particular que tuvimos durante la preparación de este trabajo fueron algunos relatos que centran la totalidad de la narración en el momento mismo de la catástrofe. Si bien todo relato apocalíptico o post-apocalíptico depende del fin del mundo y éste de algún evento particular que se configura como umbral o límite entre ambos estados, sólo en pocas ocasiones encontramos la descripción de dicho evento. En general, la historia suele cerrar antes (indispensable para mantener la sensación de inminencia) o abrir después de aquello que ha convertido el espacio representado en un páramo post-apocalíptico: el suceso, previsto en el caso de la revelación o evocado en el caso de la sobrevivencia, tiende a elidirse. Esto es comprensible si consideramos la dificultad que supone narrar el lapso que, en esencia, implica la muerte total, el instante de la desaparición. Los relatos que integran el apartado de «catastróficos» utilizan como estrategia la fragmentación en microrrelatos, el recurso metafictional y el humor para superar este obstáculo.

De la colección *Fin del mundo: manual de uso* de José Luis Zárate, extrajimos «El evento principal» (2012), catorce relatos mínimos que condensan diferentes posibilidades de fin del mundo. El humor y la cultura pop contemporánea son los requisitos previos que requiere el lector para comprender y construir el caos al que hacen alusión estas piezas de rompecabezas y que, si bien se integran como parte nuclear del resto de los microrrelatos que forman el volumen, son un apartado que funciona también de manera autónoma. El lenguaje musical, los cómics, por supuesto la tradición cristiana, las redes sociales y otros aspectos cotidianos aparecen aquí como decorado para el último gran espectáculo.

Más apegados a la tradición mítica escatológica, los cinco microcuentos de Raquel Froilán parodian, reformulan y cuestionan la excepcionalidad del acontecimiento. «Despertar», «Sorpresa», «Un pequeño accidente», «Revancha» y «La lentitud de la justicia final» (2006) remiten, todos, al imaginario cristiano más conocido para subvertirlo, cuestionarlo y quitarle la solemnidad fúnebre de la revelación. Froilán mantiene la espectacularidad del modelo bíblico y lo fragmenta en escenas, haciendo de esa visión simbólica y densa del texto joánico una suerte de *show*, una comedia de situaciones en plena catástrofe, e incluso una reivindicación de los Otros, sean vikingos o demonios.

En «Arte» (2015), Alberto Chimal describe un fin del mundo espectacular y amplía el momento de la gran explosión para contarnos sobre el último hombre y la última mujer del planeta, testigos finales en situaciones antípodas. Pero además, como indica su título, Chimal usa el tema apocalíptico catastrófico para explicar el mecanismo de la ficción, como un *Ars poetica* en la que sólo el creador/escritor puede ser, verdaderamente, testigo del acontecimiento con conocimiento real de lo que sucede en este instante funesto y con la omnisciencia suficiente para relatar todo lo que sus personaje ignoran. Este interesante relato no solamente acude al mecanismo de la descripción para ralentizar lo que de otra manera sucedería en un lapso brevísimo (un microrrelato, quizás), sino

que se vuelve consciente de su propia ficcionalidad y parodia, al final, la respuesta de unos hipotéticos «espectadores/lectores no esperados», que no comprenden que el fin del texto es el fin del mundo y al revés.

En una línea más tradicional en cuanto a la estructura narrativa, pero no en cuanto al tratamiento del tema, «Día de limpieza» (2018) de Nieves Morries refigura el motivo de la ira divina que arrasa con el mundo que ha creado haciendo de la diosa madre cristiana el instrumento de destrucción. Con un tono abiertamente humorístico y un final esperanzador —único en este volumen—, la imagen mariana usualmente sumisa y secundaria se subvierte para convertirse en la única deidad, sanguinaria y vengativa como puede serlo el Dios del Antiguo Testamento, en una versión moderna, poderosa y francamente encantadora. Al final del relato, un personaje inesperado logra poner de buen humor a la diosa y evitar el final absoluto, por lo que la catástrofe sólo queda en un episodio, pero los elementos apocalípticos presentes nos permiten incorporarlo en este apartado.

Hemos elegido pocos cuentos post-apocalípticos pues nos restringimos a aquellos en los que hay *de facto* un fin del mundo y su espacio-tiempo representado es posterior a la catástrofe. Aquí encontraremos a la figura del último hombre, la última pareja, el Otro mundo, ciencia ficción y los escenarios desoladores propios de este modo del relato.

Comenzamos con «En el fin del mundo» (2018) de Santiago Craig, que por medio de un narrador en segunda persona incorpora al lector en el texto y lo invita a *ser* el sobreviviente. En esta especie de «manual de comportamiento», concurren los escenarios y motivos más usuales en el imaginario post-apocalíptico contemporáneo: la mascota como único acompañante, el centro comercial a disposición del personaje, el cielo amarillo o la tierra baldía se mencionan casi como en catálogo para hacer una reflexión sobre qué es la realidad y nuestra percepción de ella. El modo imperativo de la segunda persona, además con el formal «usted», brinda a este texto un tono de publicidad persuasiva, como el anuncio de un *all inclusive* o un crucero por el Caribe,

pero en lugar de prometer un lugar paradisiaco se invita al lector a ser un nuevo Adán entre las ruinas, los restos del mundo, para convocar a un nuevo comienzo aunque éste sólo pueda ser un mecanismo de consuelo tan imaginario como el paraíso prometido por la publicidad.

En «Billete de ida» (2012) de Eva Díaz Riobello, acompañamos a un personaje en su viaje ultramundano después de un fin del mundo del que nadie se dio cuenta. El relato comienza a las seis de la mañana, tras una noche de juega en la que, al parecer, sucedió el acontecimiento final, y el metro se convierte en una forma moderna de purgatorio para los millones de almas que perecieron en un instante. Junto con el protagonista, vamos descubriendo los cambios en los nombres de las estaciones y la extraña concurrencia que puebla el tren subterráneo: los guardias que impiden salir del lugar, jipis del siglo pasado, cortesanas bizantinas, legionarios romanos, entre otros. El uso del espacio indeterminado o umbral como puede ser un aeropuerto o una estación de trenes es usual como lugar de paso pero entre la vida y la muerte, el motivo no es único ni exclusivo, pero al ubicar explícitamente el presente de la narración después del fin del mundo, el relato se convierte en post-apocalíptico.

W. A. Flores se vale de la figura del último hombre para contar en «El rezagado» (2012) cómo llegó el mundo a su fin. Si como dice Doyle sobre los textos post-apocalípticos, «often focus on small groups, individuals, and local responses [...] There are always sects, conflicts, and dangers» (2015, p. 103), con este texto estamos plenamente en este terreno: focalizado en un personaje que luego de mucho tiempo se descubre observado, sus reflexiones en forma de monólogo interior nos llevan al recuerdo no de una gran catástrofe sino de la sucesión de eventos —desde huracanes, terremotos y erupciones volcánicas hasta el colapso total del medio ambiente, desde guerras y epidemias hasta el choque de un asteroide— que llevan, poco a poco, a la extinción humana. Los grupos, sectas y conflictos forman parte de esta rememoración y pone en alerta al personaje: el habitante del mundo post-apocalíptico formado en y

por el caos espera la agresión del otro y, en su afán por ocultarse, crea un espacio mágico (o alucinatorio, no queda claro) de sobrevivencia que quedará al descubierto cuando entre en contacto con la alteridad.

«Un crudo infierno» (2012), de Tanya Tynjälä, circunscribe la acción al espacio íntimo familiar desde donde una mujer, madre de familia, cuenta su nueva cotidianeidad tras el cataclismo atómico que encierra a toda la población en el lugar donde se encontraban cuando comenzó el crudo invierno nuclear al que alude el título. La narradora, único personaje, no es la última sobreviviente pero sí la única perspectiva que muestra el relato, especial además por tratarse de una inmigrante que asume la muerte de su familia en su país de origen, tropical y ajeno a los inviernos largos y nevados, propios del país de acogida desde donde narra. Sobresale en este texto el punto de vista que apela a la cercanía vivencial de un lector esperado que quizás se identifica más con este personaje que con cualquiera de los usuales en un relato apocalíptico o post-apocalíptico: las preocupaciones de sobrevivencia hogareña, el apego a los seres queridos y la incertidumbre ante un futuro que se presume fatal en un escenario fácilmente identificable con el mundo extratextual hacen de este un cuento escalofriantemente verosímil.

Un espacio más cercano a la imagen post-apocalíptica habitual en el mundo moderno es donde se desarrolla «Desde el refugio» (2016) de Judith Shapiro. Desde su proliferación durante la Segunda Guerra Mundial como refugios antibombas, los búnkers se convirtieron en el lugar de salvación por antonomasia que aún hoy venden «seguridad a futuro»: basta una rápida búsqueda por internet para encontrarse un mercado boyante de refugios a medida de cualquier paranoia. En uno de éstos se encuentra el único personaje de este relato, que cuenta la aterradora cotidianeidad del sobreviviente, solo en un espacio claustrofóbico, y lo que sucede cuando la explosión de una mina abre la puerta de salida. El reencuentro con el exterior se convierte en un renacimiento, pero el mundo que lo recibe no es el mismo: no hay nadie más, no hay aquí conflictos ni enemigos a la vista, pero la inminencia de la

muerte se hace presente en todo el relato. El mundo post-apocalíptico es todo menos acogedor.

Como indica su título, «Los últimos» (2019), de Yuri Herrera, sigue las peripecias de un personaje que describe el cadáver de un mundo futurista donde apenas quedan unos cuantos habitantes, su salida al espacio exterior y la búsqueda de nuevos horizontes en el cosmos. En medio de naves espaciales y grandes emigraciones, la sospecha de que no todo lo que se cuenta —la existencia de otro lugar habitable, la eficacia de los viajes interestelares, la seguridad de una tecnología azarosa— es necesariamente cierto, el cierre del relato da indicios de que más bien estamos ante el final de la raza humana. La promesa de que la ciencia y la tecnología asegurarán el futuro queda en duda: cada paso hacia la «tierra prometida» es un acto de fe, un salto al vacío con la esperanza de que al otro lado las cosas serán mejores. Pero, ¿no toda migración funciona más o menos así? El cuento futurista de Herrera, aún situado en el post-apocalipsis, tiene un efecto de reconocimiento de lo familiar que encontramos también en el modo apocalíptico más tradicional, la hipotiposis futurista que nos llama a analizar nuestro presente.

Cerramos el volumen con ciencia ficción: «Insectopía» (2014) de Mariana Carbajal Rosas parte de una premisa típica de esta categoría, la presencia de seres extraterrestres en nuestro planeta y la existencia misma de la raza humana como experimento de una inteligencia exterior. La exploración de lo que podría suceder si se descubriera la presencia de robots alienígenas entre nosotros, la respuesta ante la alteridad absoluta y la visión que estos Otros tienen de Nosotros son las líneas que sigue el relato, que niega por completo la idea de la divinidad y reemplaza la teoría creacionista con una versión en la que somos el resultado de un proceso, en principio, artificial. El relato se convierte en post-apocalíptico cuando los personajes no humanos —nuestros creadores— cierran la historia contando el fracaso del experimento que para ese momento de la narración no es ya sino un triste recuerdo del que sólo quedan unos cuantos sobrevivientes, salvados del fin del mundo por los alienígenas.

Para terminar, lo que comprobamos con la lectura de todos los textos es un cambio importante en la manera de escribir el apocalipsis, la catástrofe y lo que le sigue: el modelo original, tanto en su sintaxis narrativa como en los motivos que forman el imaginario apocalíptico, se ha fragmentado de tal forma que cada cuento elige en qué aspecto escatológico centrarse, cuál símbolo subvertir, qué personajes va a priorizar y cómo será la mejor manera de terminar con el mundo. Al perderse la trascendencia teleológica (la Nueva Jerusalén de dicha eterna) y la promesa de renovación, el discurso se desborda y, como un delta al final del río que va a parar al mar que es el morir, amplía el caos, ralentiza la catástrofe y fertiliza el terreno para nuevas posibilidades post-apocalípticas, ajenas a la tradición original ya liberadas por completo de su fuente mítica. Queremos resaltar también la fortísima presencia femenina, no solamente en la creación literaria escatológica sino en los mismos relatos: diosas madres, profetas, visionarias o últimas sobrevivientes, las mujeres irrumpen en el escenario y reclaman el papel que tradicionalmente se ha arrogado el varón. Ya no se reduce lo femenino a la ramera de Babilonia, Jezabel o la Mujer vestida de sol pues, como en la vida factual la mujer ha tomado su espacio en la historia y la sociedad, en la ficción escatológica los personajes femeninos exigen un lugar en el fin del mundo.

Evidentemente, esta antología es sólo una muestra breve de las maneras en las que el mundo hispánico imagina en la actualidad el fin del mundo. Sabemos que hay más textos, algunos por una razón u otra no aparecen en esta antología, otros se nos han escapado en la cacería de apocalipsistas: ya los encontraremos. De momento sólo resta dejar patente nuestro infinito agradecimiento a las autoras y autores que generosamente cedieron los derechos de reproducción de su obra para esta antología: ¡muchas gracias! Y a los lectores, desearles que disfruten de este paseo hacia el Fin.

Khattam-Shud.

I. Relatos escatológico-apocalípticos del siglo XIX

El fin de un mundo

JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ «AZORÍN»

(Monóvar, Alicante, 1873- Madrid, 1967, España) Articulista, novelista, ensayista y dramaturgo, Azorín es considerado uno de los escritores más originales en lengua española. Formó parte de la Generación del 98 junto con, entre otros, Pío Baroja, Jacinto Benavente, Manuel y Antonio Machado, Ramón María del Valle Inclán, Juan Ramón Jiménez, Miguel de Unamuno y Ramiro de Maeztu. En sus búsquedas estéticas resaltó la austeridad y concisión en su prosa, que favoreció las frases cortas que evitan la adjetivación superflua y la complicación gratuita. «El fin de un mundo», publicado por vez primera en 1897 (Vidal Ortuño, 2007, p. 52), es un ejemplo de la poca fabulación en sus cuentos, reducida en favor del lirismo y de la reflexión: «En casi todas las novelas y cuentos de Azorín no hay trama argumental, no hay propiamente acción. No hay peripecia, hazaña ni aventura. Nunca pasa nada heroico ni gigante. Todo es mínimo, apagado, silencioso, suave» (Riopérez y Milá), incluso el fin del mundo.

La especie humana perecía. Miles de siglos antes de que extinto el Sol, congelado el planeta, fuese la Tierra inhabitable, ya el hombre, nostálgico de reposo perenne en este perenne flujo y reflujo de la substancia universal, había acabado. La Tierra estaba desierta.

Los hombres eran muertos. Poco a poco los mató el hastío de las bienandanzas que la ciencia, la industria y el arte realizaron al trocar en realidad presente el ensueño de pensadores prehistóricos.

Poco a poco, predicado y afirmado el generoso altruismo, fueron desapareciendo del trato humano la ambición, la envidia, la crueldad, la ira, los celos, la codicia. Y los hombres, sojuzgadas las fuerzas de la Naturaleza, dueños del complicado tecnicismo del arte, amándose todos, trabajadores todos y fuertes todos, vivían, sin odio y sin pasiones, sin el ensueño de la esperanza y sin la voluptuosidad del desconsuelo, dichosos en la Naturaleza y en el arte. De este modo, transcurrieron cuatro, seis, diez siglos. Inactivos, quieto el pensamiento y sosegados los músculos, fiado todo el trabajo terrestre a la maquinaria triunfadora, paseábanse los felices humanos hora tras hora, día tras día, año tras año, siempre igual, sin esperanzas de mudación, por sus ciudades y por sus campos. Ni la naturaleza en sus paisajes, de todos conocidos, ni el arte en sus obras maestras, por todos admiradas, lograban despertar en nadie un nuevo estremecimiento estético.

La vida se había simplificado. No había derecho porque no había deber, no había deber porque no había coacción, no había justicia porque no había iniquidad, no había verdad porque no había error, no había belleza porque no había fealdad...

Desaparecidos los irreductibles antagonismos que en las viejas sociedades dieron nacimiento a las ideas absolutas, las ideas absolutas —Verdad, Belleza, Justicia— eran desconocidas de las nuevas generaciones. ¿Cómo pudiera conocer la luz quien nunca hubiese conocido las sombras? ¿Cómo pudiera conocer el movimiento quien nunca hubiese conocido el reposo? ¿Cómo pudiera conocer el placer quien nunca hubiese conocido el dolor?

Así, mientras el dolor —que es error, que es fealdad, que es injusticia— se desintegraba de la vida, la vida se reducía de sus antiguos grandiosos límites: y así —por paradoja extraordinaria— la amplia y fecundadora ley del progreso tornábase en deprimente ley de ruina y

acabamiento. La tierra se despoblaba. Cansada e inactiva, la especie humana desaparecía de siglo en siglo.

Y llegó un momento supremo en que solo un hombre sobrevivió a la humanidad muerta.

Entonces, el postrero de los mortales, se sintió morir también, agobiado por la soledad universal, en el fondo de una silenciosa ciudad. Y una tarde, mientras avanzaba el crepúsculo meditó en su muerte.

«Con mi muerte —pensaba— el universo desaparece. Todo cuanto veo y siento, los cielos y la Tierra, los astros que giran en la universidad y las especies que pueblan el planeta, todo, sonidos y colores, movimiento y espacio, es mi representación. Sin mí nada vive, y conmigo todo acaba. El universo está en mis sensaciones y hasta mí por los sentidos llega. Aniquilados los sentidos, aniquilada queda la realidad que me atormenta a ratos y me deleita a ratos.

»Otros seres resurgirán en la perenne evolución de la materia que con otros sentidos, con otros inimaginables medios de percepción, sientan de diverso modo lo objetivo y lleven a su conciencia con esta realidad, otra realidad distinta. ¿Podemos sospechar acaso lo que para nosotros sería el universo de contar con uno, con dos, con cuatro sentidos más que nos allegasen de fuera innúmeras y variadísimas sensaciones? A nacer toda la humanidad sin vista y sin oído, el mundo, siendo *el mismo* que hoy aparece, sería radicalmente distinto.

»Y, ¿podemos asegurar que hoy con el oído, con la vista, con el tacto, con el gusto y con el olfato, el universo está completo? ¿Podemos afirmar que otros seres no vendrán tras de nosotros que sientan una realidad diversa, en que no haya ni idea de lo que hoy sentimos y contemplamos, como hoy no tenemos idea de algo que no sea luz, sonido, olores, gusto, espacio, tiempo y movimiento?

»El mundo —continuaba— es mi soberbio yo. Fuera de mí no hay nada, la humanidad, hastiada de esperanza satisfecha, ha desaparecido. Quedo yo solo en la tierra, que para mí solo voltea por lo infinito. Voy a morir también y el universo sin mis sentidos va a disolverse como un fantasma que se esfuma en las sombras.

»Un punto ha durado en la eternidad este mundo que dentro de un instante desaparecerá; y un punto durarán los mundos que en lo sucesivo sean en las conciencias futuras...».

Y cuando el sol declinaba, el anciano y único morador del planeta expiró en el silencio augusto de la tierra desierta y solitaria. Y en el mismo momento, el universo, vencido, deshecho y aniquilado, dejó de ser.

He aquí, amigo lector, lo que un viejo taumaturgo devoto de Parménides el griego y de Schopenhauer el tudesco me contó una tarde de otoño, mientras caían las hojas...

Cuento futuro

LEOPOLDO ALAS «CLARÍN»

(Zamora, 1852-Oviedo, 1901, España) *Es, junto a Pérez Galdós, el gran novelista del Realismo español. Cultivó además el cuento y la prosa periodística, tanto de crítica literaria como política, donde se distinguió por su interés en elevar el discurso nacional sobre los problemas de la España de la época, en el aspecto político, y por «una punzante ironía, que se ensañó en cuantos escritores de mal gusto cayeron en sus manos» (Gullón), en cuanto a lo literario. Esta ironía se hace patente en este relato, publicado en el volumen El Señor y lo demás, son cuentos, ca. 1893.*

La humanidad de la tierra se había cansado de dar vueltas mil y mil veces alrededor de las mismas ideas, de las mismas costumbres, de los mismos dolores y de los mismos placeres. Hasta se había cansado de dar vueltas alrededor del mismo sol. Este cansancio último lo había descubierto un poeta lírico del género de los desesperados que, no sabiendo ya qué inventar, inventó eso: el *cansancio del sol*. El tal poeta era francés, como no podía menos, y decía en el prólogo de su libro, titulado *Heliofobe*: «C'est bête de tourner toujours comme ça. A quoi bon cette sottise éternelle?... Le soleil, ce bourgeois, m'embête avec ses platitudes...», etc., etc.

El traductor español de este libro decía: «*Es bestia* esto de dar siempre vueltas así. ¿*A qué bueno* esta tontería eterna? El sol, ese burgués, me *embiste* con sus *platitudes* enojosas. *Él* cree hacernos un gran favor quedándose ahí plantado, sirviendo de fogón en esta gran cocina económica que se llama el sistema planetario. Los planetas son los pucheros puestos a la lumbre; y el himno de los astros, que Pitágoras creía oír, no es más que el *grillo del hogar*, el prosaico chisporroteo del carbón y el bullir del agua de la caldera... ¡Basta de olla podrida! Apaguemos el sol, aventemos las cenizas del hogar. El gran hastío de la luz meridiana ha inspirado este *pequeño libro*. ¡*Que él* es sincero! ¡*Que él* es la

expresión fiel de un orgullo noble que desprecia favores que no ha solicitado, halagos de los rayos lumínicos que le parecen cadenas insoportables!»

«*Él tendrá bello* el sol obstinándose en ser benéfico; al fin es un tirano; la emancipación de la humanidad no será completa hasta el día que desatemos este yugo y dejemos de ser satélites de ese reyezuelo miserable del día, vanidoso y fanfarrón, que después de todo no es más que un esclavo que sigue la carrera triunfal de un señor invisible.»

El prólogo seguía diciendo disparates que no hay tiempo para copiar aquí, y el traductor seguía soltando galicismos.

Ello fue que el libro *hizo furor*, sobre todo en el África Central y en el Ecuador, donde todos aseguraban que el sol ya los tenía fritos.

Se vendieron 800 millones de ejemplares franceses y 300 ejemplares de la traducción española; verdad es que estos no en la Península, sino en América, donde continuaban los libreros haciendo su agosto sin necesidad de entenderse con la antiquísima metrópoli.

Después del poeta vinieron los filósofos y los políticos sosteniendo lo que ya se llamaba universalmente la *Heliofobia*.

La ciencia discutió en Academias, Congresos y *sección de variedades* en los periódicos: 1.º, si la vida sería posible separando la Tierra del Sol y dejándola correr libre por el vacío hasta engancharse con otro sistema; 2.º, si habría medio, dado lo mucho que las ciencias físicas habían adelantado, de romper el yugo de Febo y dejarse caer en lo infinito.

Los sabios dijeron que sí y que no, y que qué sabían ellos, respecto de ambas cuestiones.

Algunos especialistas prometieron romper la fuerza centrípeta como quien corta un pelo; pero pedían una subvención, y la mayor parte de los Gobiernos seguían con el agua al cuello y no estaban para subvencionar estas cosas. En España, donde también había gobierno y especialistas, se redujo a prisión a varios arbitristas que ofrecieron romper toda relación solar en un dos por tres.

Las oposiciones, que eran tantas como cabezas de familia había en la nación, pusieron el grito en el cielo: dijeron los Perezistas y los Alvarezistas y los Gomezistas, etc., etc., que era preciso derribar aquel Gobierno opresor de la ciencia, etc.

Los Obispos, contra los cuales hasta la fecha no habían prevalecido las puertas del infierno, ensalzaban a todos los sabios e ignorantes que se declaraban *heliófilos*.

«Bueno estaba que se acabase el mundo; que poco valía, pero debía acabarse como en el texto sagrado se tenía dicho que había de acabar, y no por enfriamiento, como sería seguro que concluiría si en efecto nos alejábamos del sol...»

Una revista científica y retrógrada, que se llamaba *La Harmonía*, recordaba a los *helióforos* una porción de textos bíblicos, amenazándoles con el fin del mundo.

Decía el articulista:

«Ah, miserables! Queréis que la Tierra se separe del Sol, huya del día, para convertirse en la *estrella errática*, a la cual está reservada eternamente la oscuridad y las tinieblas, como dice San Judas apóstol en su Epístola Universal, v. 13. Queréis lo que ya está anunciado, queréis la muerte; pero oíd la palabra de verdad:

"Y en aquellos días buscarán los hombres la muerte, y no la hallarán; y desearán morir, y la muerte huirá de ellos (*Apocalipsis*, cap. 10, v. 6). Porque vuestro tormento es como tormento de escorpión; vuestro mortal hastío, vuestro odio de la luz, vuestro afán de tinieblas, vuestro cansancio de pensar y sentir, es tormento de escorpión; y queréis la muerte por huir de las *langostas de cola metálica con aguijones y con cabello de mujer*, por huir de las huestes de Abaddón. En vano, en vano buscáis la muerte del mundo antes de que llegue su hora, y por otros caminos de los que están anunciados. Vendrá la muerte, sí, y bien pronto; se acabará el tiempo, como está escrito; los cuatro

ángeles vendrán en su día para matar la tercera parte de los hombres. Pero no habéis de ser vosotros, mortales, quien dé las señales del exterminio. ¡Ah, teméis al sol! Sí, teméis que de él descienda el castigo; teméis que el sol sea la copa de fuego que ha de derramar el ángel sobre la tierra; teméis quemaros con el calor, y morís blasfemando y sin arrepentiros, como está anunciado (*Apocalipsis*, 16, 9). En vano, en vano queréis huir del sol, porque está escrito que esta miserable Babilonia será quemada con fuego (*ibid.*, 18, 8)".»

Los sabios y los filósofos nada dijeron a *La Harmonía*, que no leían siquiera. Los periódicos satíricos con caricaturas fueron los que se encargaron de contestar al periodista *babilónico*, como le llamaron ellos, poniéndolo como ropa de pascua¹³, y en caricaturas de colores.

Un sabio muy acreditado, que acababa de descubrir el *bacillus del hambre*, y libraba a la humanidad doliente con inoculaciones de *caldo gordo*¹⁴, sabio aclamado por el mundo entero, y que ya tenía en todos los continentes más estatuas que pelos en la cabeza, el doctor Judas Adambis, natural de Mozambique, emporio de las ciencias a la sazón, Atenas moderna, Judas Adambis tomó cartas en el asunto y escribió una *Epístola Universal*, cuya primera edición vendió por una porción de millones.

Un periódico popular de la época, conservador todavía, daba cuenta de la carta del doctor Adambis, copiando los párrafos culminantes.

El periódico, que era español, decía:

«Sentimos no poder publicar íntegra esta interesantísima epístola, que está llamando la atención de todo el mundo civilizado, desde la Patagonia a la Mancha, y desde el *helado hasta el ardiente polo*; pero no podemos concederle más espacio, porque hoy es día de toros y de lotería, y no hemos de

¹³ Poner a alguien como ropa de pascua: reprender a alguien agriamente, decirle palabras ofensivas o enojosas. DLE-RAE.

¹⁴ Cabe mencionar aquí que hacer a alguien el caldo gordo significa obrar de modo que le aproveche a él, involuntaria o inadvertidamente por lo general. DLE-RAE.

prescindir ni de la lista grande, ni de la corrida, la cual no pasó de mediana, entre paréntesis. Dice así el doctor Judas Adambis:

"...Yo creo que la humanidad de la tierra debe, en efecto, romper las cadenas que la sujetan a este sistema planetario, miserable y mezquino para los vuelos de la ambición del hombre. La solución que el poeta francés nos propuso es magnífica, sublime...; pero no es más que poesía. Hablemos claro, señores, ¿Qué es lo que se desea? Romper un yugo ominoso, como dicen los políticos avanzados de la cáscara amarga¹⁵. ¿Es que no puede llamarse la tierra libre e independiente, mientras viva sujeta a la cadena impalpable que la ata al sol y la luna dé vueltas alrededor del astro tiránico, como el mono que, montado en un perro y con el cordel al cuello, describe circunferencias alrededor de su dueño haraposos? ¡Ah, no, señores! No es esto. Aquí hay algo más que esto. No negaré yo que esta dependencia del sol nos humilla; sí, nuestro orgullo padece con semejante sujeción. Pero eso es lo de menos. Lo que quiere la humanidad es algo más que librarse del sol... es librarse de la vida.

"Lo que causa hastío insoportable a la humanidad no es tanto que el sol esté plantado en medio del corro¹⁶, haciéndonos dar vueltas a la pista con sus latigazos de fuego, que una antigüedad remota llamó las flechas de Apolo, como las vueltas mismas; esto, esto es lo tedioso: este volteo por lo infinito. Hubo un tiempo, los sabios pueden decirlo, feliz para el mundo: fue el tiempo en que se creyó en el progreso indefinido.

"La ignorancia de tales épocas hacía creer a los pensadores que los adelantos que podían notar en la vida humana, refiriéndose a los ciclos históricos a que su escasa ciencia les permitía remontarse, eran buena prueba de que el progreso era constante. Hoy nuestro conocimiento de la historia del planeta no nos consiente formarnos semejantes ilusiones; los cientos de siglos que antiguamente se atribuían a la vida humana como hipótesis atrevida, hoy son perfectamente

¹⁵ *Ser de, o de la, cáscara amarga*: ser travieso y valentón. Ser persona de ideas muy de avanzada. DLE-RAE.

¹⁶ *Corro*: cerco que forma la gente para hablar, para solazarse, etc. DLE-RAE.

conocidos, con todos los pormenores de su historia; hoy sabemos que el hombre vuelve siempre a las andadas, que nuestra descendencia está condenada a ser salvaje, y sus descendientes remotos a ser como nosotros, hombres aburridos de puro civilizados. Este es el volteo insoportable, aquí está la broma pesada, lo que nos iguala al mísero histrión del circo ecuestre... No se trata de una de tantas filosofías pesimistas, *charlatanas* y cobardes que han apestando al mundo. No se trata de una teoría, se trata de un hecho viril: del suicidio universal. La ciencia y las relaciones internacionales permiten hoy llevar a cabo tal intento. El que suscribe sabe cómo puede realizarse el suicidio de todos los habitantes del globo en un mismo segundo. ¿Lo acepta la humanidad?"»

II

La idea de Judas Adambis era el secreto deseo de la mayor parte de los humanos. Tanto se había progresado en psicología, que no había un mal zapatero de viejo que no fuera un Schopenhauer perfeccionado. Ya todos los hombres, o casi todos, eran almas superiores aparte, *d'elite*, dilletanti, como ahora pueden serlo Ernesto Renán¹⁷ o Ernesto García Ladevese¹⁸. En siglos remotos algunos literatos parisienses habían convenido en que ellos, unos diez o doce, eran los únicos que tenían dos dedos de frente; los únicos que sabían que la vida era una bancarrota, *un aborto*, etc., etc. Pues bueno; en tiempos de Adambis, la inmensa mayoría de la humanidad estaba al cabo de la calle¹⁹; casi todos estaban convencidos de eso, de que esto debía dar un estallido. Pero, ¿cómo estallar? Ésta era la cuestión.

¹⁷ Ernest Renan (1823-1892) fue un reconocido escritor, filólogo, filósofo, arqueólogo e historiador francés.

¹⁸ Ernesto García Ladevese (1850-1914) fue un escritor, periodista, abogado y político republicano español.

¹⁹ *Estar al cabo de la calle*: haber entendido algo bien y comprendido todas sus circunstancias. DLE-RAE.

El doctor Adambis no sólo había encontrado la fórmula de la aspiración universal, sino que prometía facilitar el medio de poner en práctica su grandiosa idea. El suicidio individual no resolvía nada; los suicidios menudeaban; pero los partos felices mucho más. Crecía la población que era un gusto, y por ahí no se iba a ninguna parte.

El suicidio en grandes masas se había ensayado varias veces, pero no bastaba. Además, las sociedades de suicidas o *voluntarios de la muerte*, que se habían creado en diferentes épocas, daban pésimos resultados; siempre salíamos con que los accionistas y los comanditarios²⁰ de buena fe pagaban el pato, y los gestores sobrevivían y quedaban gastándose los fondos de la sociedad. El caso era encontrar un medio para realizar el suicidio universal.

Los Gobiernos de todos los países se entendieron con Judas Adambis, el cual dijo que lo primero que necesitaba era un gran empréstito, y además, la seguridad de que todas las naciones aceptaban su proyecto, pues sin esto no revelaría su secreto ni comenzarían los trabajos preparatorios de tan gran empresa.

Aunque ya no había Inglaterra hacía mucho tiempo, pues se la había tragado el mar siglos atrás, no faltaban políticos anglómanos, y hubo quien sacó a relucir el *habeas corpus* como argumento en contra. Otros, no menos atrasados, hablaron de la *representación de las minorías*. Ello era que no todos, absolutamente todos los hombres aceptaban la muerte voluntaria.

El Papa, que vivía en Roma, ni más ni menos que San Pedro, dijo que ni él ni los Reyes podían estar conformes con lo del suicidio universal; que así no se podían cumplir las profecías. Un poeta muy leído por el bello sexo, aseguró que el mundo era excelente, y que por lo menos, mientras él, el poeta, viviese y cantase, el querer morir era prueba de muy mal gusto.

²⁰ *Comanditario*: dicho de una persona, que pertenece como socio con responsabilidad limitada a una sociedad en comandita. DLE-RAE.

Triunfó, a pesar de estas protestas y de las corruptelas de algunos políticos atrasados, la genuina interpretación de la *soberanía nacional*. Se puso a votación en todas las asambleas legislativas del mundo el suicidio universal, y en todas ellas fue aprobado por gran mayoría.

Pero, ¿qué se hizo con las minorías? Un escritor de la época dijo que era imposible que el suicidio universal se realizase desde el momento que existía una minoría que se oponía a ello. «No será suicidio, será asesinato, por lo que toca a esa minoría.»

«Sofisma! ¡Sofisma! ¡Metafísica! ¡Retórica!» —gritaron las mayorías furiosas—. «Las minorías, advirtió el doctor Adambis en otro folleto, cuya propiedad vendió en cien millones de pesetas, las minorías no *se suicidarán*, es verdad; *¡pero las suicidaremos!* Absurdo, se dirá, No, no es absurdo. Las minorías no se suicidarán, en cuanto individuos, *o per se*; pero como de lo que se trata es del suicidio de la humanidad, que en cuanto colectividad es persona jurídica, y la persona jurídica, ya desde el derecho romano, manifiesta su voluntad por la votación en mayoría absoluta, resulta que la minoría, en cuanto parte de la humanidad, también se suicidará, *per accidens*.»

Así se acordó. En una Asamblea universal, para elegir cuyos miembros hubo terribles disturbios, palos, pedradas, tiros (de modo y manera que por poco se acaba la gente sin necesidad del suicidio); digo que en una Asamblea universal se votó definitivamente el fin del mundo, por lo que tocaba a los hombres, y se dieron plenos poderes al doctor Adambis para que cortara y rajara a su antojo.

El empréstito se había cubierto una vez y cuartillo (menos que el de Panamá), porque la humanidad de entonces, como la de ahora, se prestaba a entusiasmarse, a suicidarse; se prestaba a todo menos a prestar dinero.

Con auxilio de los Gobiernos pudo Adambis llevar a cabo su obra magna, que por medio de aplicaciones mecánicas de condiciones químicas hoy desconocidas, puso a todos los hombres de la tierra en contacto con la muerte.

Se trataba de no sé qué diablo de fuerza recientemente descubierta que, mediante conductores de no se sabe ahora qué género, convertía el globo en una gran red que encerraba en sus mallas mortíferas a todos los hombres, *velis nolis*²¹. Había la seguridad de que ni uno solo podría escaparse del estallido universal. Adambis recordó al público en otro folleto, al revelar su invención, que ya un sabio antiquísimo que se llamaba, no estaba seguro si Renán²² o Fustigueras²³, había soñado con un poder que pusiera en manos de los sabios el destino de la humanidad, merced de una fuerza destructora descubierta por la ciencia. Aquel sueño de Fustigueras iba a realizarse; él, Adambis, dictador del exterminio, gracias al gran plebiscito que le había hecho verdugo del mundo, tirano de la agonía, iba a destruir a todos los hombres, a hacerlos reventar en un solo segundo, sin más que colocar un dedo sobre un botón.

Sin hacer caso de los gritos y protestas de la minoría, se dispuso en todos los países civilizados, que eran todos los del mundo, cuanto era necesario para la última hora de la humanidad doliente. El ceremonial del tremendo trance costó muchas discusiones y disgustos, y por poco fracasa el gran proyecto por culpa de la etiqueta. ¿En qué traje, en qué postura, qué día y a qué hora debía estallar la humanidad?

Se aprobó que el traje fuese el de etiqueta rigurosa entre las clases altas, y en las demás el traje nacional. Se deseó una proposición de suicidarse en el traje de Adán, antes de las hojas de higuera. El que esto propuso, se fundaba en que la humanidad debía terminar como había empezado; pero como lo de Adán no era cosa segura, no se aprobó la idea. Además, era indecorosa. En cuanto a la postura, cada cual podía adoptar la que creyese más digna y elegante. ¿Día? Se designó el primero de año, por aquello de año nuevo, vida

²¹ De buen grado o por la fuerza. *DLE-RAE*.

²² Quizás se refiera al mismo Ernest Renan.

²³ Quizás se refiera a Alberto Bosch y Fustigueras (o Fustegueras), ingeniero y político español quien, siendo alcalde de Madrid, intentó reprimir por la fuerza el llamado «Motín de las verduleras», ocasionado por el impuesto a las vendedoras callejeras en 1892. Mariño, 2019.

nueva. ¿Hora? Las doce del día, para que el sol aborrecido presidiese, y pudiera dar testimonio de la suprema resolución de los humanos.

El doctor Adambis pasó un atento B. L. M.²⁴ a todos los habitantes del globo, avisándoles la hora y demás circunstancias del lance. Decía así el documento:

«EL DOCTOR JUDAS ADAMBIS

B. L. M.

al Señor don...

y tiene el gusto de anunciarle que el día de año nuevo, a las doce de la mañana, por el meridiano de tal, sentirá una gran conmoción en la espina dorsal, seguida de un tremendo estallido en el cerebro. No se asuste, señor don..., porque la muerte será instantánea, y puede tener el consuelo de que no quedará nadie para contarlo. Ese estallido será el símbolo del supremo momento de la humanidad. Conviene tener hecha la digestión del almuerzo para esa hora.

El doctor Judas Adambis aprovecha esta ocasión para ofrecer..., etc., etc., etc.»

Llegó el día de año nuevo, y a las once y media de la mañana el doctor Judas, acompañado de su digna y bella esposa Evelina Apple, se presentó en el palacio en que residía la Comisión internacional organizadora del suicidio universal.

Vestía el doctor riguroso traje de luto, frac y corbata negra y gasa en el sombrero. Evelina Apple, rubia, alta, de anchas caderas y vientre arrogante, de negro también, escotada y con manga corta, daba el brazo a su digno esposo. La comisión en masa, de frac y corbata negra también, salió a recibirlos al vestíbulo. Entraron en el salón del *Gran Aparato*, sentáronse los esposos en

²⁴ B. L. M.: besa la mano. *DPD*. Es una fórmula de cortesía.

un trono, en sendos sillones; alrededor los comisionados, y en silencio todos esperaron a que sonaran las doce en un gran reloj de cuco, colocado detrás del trono. Delante de éste había una mesa pequeña, cuadrada, con tabla de marfil. En medio de ésta, un botón negro, sencillísimo, atraía las miradas de todos los presentes. El reloj era una primorosa obra de arte.

Estaba fabricado con material de un extraño pedrusco que la ciencia actual permitía asegurar que era procedente del planeta Marte. No cabía duda; era el proyectil de un cañonazo que nos habían disparado desde allá, no se sabía si en son de guerra o por ponerse al habla. De todas suertes, la tierra no había hecho caso, votado como estaba ya el suicidio de todos.

La bala o lo que fuera se aprovechó para hacer el reloj en que había de sonar la hora suprema. El cuco era un esqueleto de este pajarraco. Entonces se le dio cuerda. No daba las medias horas ni los cuartos. De modo que sonaría por primera y última vez a las doce.

Judas miró a Evelina con aire de triunfo a las doce menos un minuto. Entre los comisionados ya había cinco o seis muertos de miedo. Al comisionado español se le ocurrió que iba a perder la corrida del próximo domingo (los toros de invierno eran ya tan buenos como los de verano y viceversa) y se levantó diciendo... que él adoptaba el retraimiento y se retiraba. Adambis, sonriendo, le advirtió que era inútil, pues lo mismo estallaría su cerebro en la calle que en el puesto de honor. El español se sentó, dispuesto a morir como un valiente.

¡Plin! Con un estallido estridente se abrió la portezuela del reloj y apareció el esqueleto del cuco.

—¡Cucú, cucú!

Gritó hasta seis veces, con largos intervalos de silencio.

—¡Una, dos!

Iba contando el doctor

Evelina Apple fue la que miró entonces a su marido con gesto de angustia y algo desconfiada.

El doctor sonrió, y por debajo de la mesa que tenía delante dio a su mujer la mano, Evelina se asió a su marido como a un clavo ardiendo.

—¡Cucú!... ¡Cucú!

—¡Tres!... ¡Cuatro!

—¡Cucú! ¡Cucú!

—¡Cinco! ¡Seis!... Adambis puso el dedo índice de la mano derecha sobre el botón negro.

Los comisionados internacionales que aún vivían, cerraron los ojos por no ver lo que iba a pasar, y se dieron por muertos.

Sin embargo, el doctor no había oprimido el botón.

La yema del dedo, de color de pipa culotada²⁵, permanecía sin temblar rozando ligeramente la superficie del botón frío de hierro.

—¡Cucú! ¡Cucú!

—¡Siete! ¡Ocho!

—¡Cucú! ¡Cucú!

—¡Nueve! ¡Diez!

III

—¡Cucú!

—¡Once! —exclamó con voz solemne Adambis; y mientras el reloj repetía.

—¡Cucú!

En vez de decir «¡Docé!», Judas calló y oprimió el botón negro.

Los comisionados permanecieron inmóviles en su respectivo asiento. El doctor y su esposa se miraron: pálido él y serio; ella, pálida también, pero sonriente.

²⁵ *Pipa culotada*: pipa a la que se ha formado el *culote*, es decir, una base de residuos de carbón resultado de la combustión del tabaco en el hornillo de la pipa.

—Te confieso —dijo Evelina— que al llegar el momento terrible, temía que me jugaras una mala pasada —y apretó la mano de su marido, que tenía cogida por debajo de la mesa.

—¡Ya estamos solos en el mundo! —exclamó el doctor con voz de bajo profundo, ensimismado.

—¿Crees tú que no habrá quedado nadie más?...

—Absolutamente nadie.

Evelina se acercó a su marido. Aquella soledad del mundo le daba miedo.

—De modo que, por lo pronto, todos esos señores...

—Cadáveres. Ven, acércate.

—¡No, gracias!

El doctor descendió de su trono y se acercó a los bancos de los comisionados. Ninguno se había movido. Todos estaban perfectamente muertos.

—Los más de ellos dan señales de haber sucumbido antes de la descarga, de puro miedo. Lo mismo habrá pasado a muchos en el resto del mundo.

—¡Qué horror! —gritó Evelina, que se había asomado a un balcón, del que se retiró corriendo. Adambis miró a la calle, y en la gran plaza que rodeaba el palacio, vio un espectáculo tremendo, con el que no había contado, y que era, sin embargo, naturalísimo.

La multitud, cerca de 500.000 seres humanos que llenaba el círculo grandioso de la plaza, formando una masa compacta, apretada, de carne, no eran ya más que un inmenso montón de cadáveres, casi todos en pie. Un millón de ojos abiertos, inmóviles, se fijaban con expresión de espanto en el balcón, cuyos balaustres oprimía el doctor con dedos crispados. Casi todas las bocas estaban abiertas también. Sólo habían caído a tierra los de las últimas filas, en las bocacalles; sobre éstos se inclinaban otros que habían penetrado algo más en aquel mar de hombres, y más adentro ya no había sino cadáveres

tiosos, en pie, como cosidos unos a otros; muchos estaban todavía de puntillas, con las manos apoyadas en los hombros del que tenían delante. Ni un claro había en toda la plaza. Todo era una masa de carne muerta.

Balcones, ventanas, buhardillas y tejados, estaban cuajados de cadáveres también, y en las ramas de algunos árboles, y sobre los pedestales de las estatuas yacían pilluelos muertos, supinos, o de bruces, o colgados. El doctor sentía terribles remordimientos: ¡había asesinado a toda la humanidad! Dígase en su descargo, él había obrado de buena fe al proponer el suicidio universal.

¡Pero su mujer!... Evelina le tenía en un puño.

Era la hermosa rubia de la minoría en aquello del suicidio; no tanto por horror a la muerte, como por llevarle la contraria a su marido.

Cuando vio que lo de morir todos iba de veras, tuvo una encerrona con su caro esposo; a la hora de acostarse, y en paños menores, con el pelo suelto, le puso las peras a cuarto²⁶; y unas veces llorando, otras riendo, ya altiva, ya humilde, ora sarcástica, ora patética, apuró los recursos de su influencia para obligar a su Judas, si no a volverse atrás de lo prometido, a cometer la felonía de hacer una excepción en aquella matanza.

—¿No tienes medio de salvarnos a ti y a mí?...

El doctor, aunque lo negó al principio, tuvo que confesar al fin que sí; que podían salvarse ellos, pero sólo ellos.

Evelina no tenía amantes; se conformó con salvarse sola, pues su marido no era nadie para ella.

Adambis, que era celoso, casi sin motivo, pues su mujer no pasaba nunca de ciertas coqueterías sin consecuencia, experimentó un gran consuelo al pensar que se iba a quedar solo con Evelina en el mundo.

²⁶ Poner a alguien las peras a cuarto, o a ocho: echarle una bronca o decirle claramente lo que se piensa. DLE-RAE.

Merced a ciertos menjurjes, el doctor se aisló de la corriente mortífera; más, para probar la fe de Evelina, no quiso untarla a ella con el salvador ingrediente, y la obligó a confiar en su palabra de honor. Llegado el momento terrible, Adambis, mediante el simple contacto de las manos, comunicó a su esposa la virtud de librarse de la conmoción mortal que debía acabar con el género humano.

Evelina estaba satisfecha de su marido. Pero aquello de quedarse a solas en el mundo con él, era muy aburrido.

—¿Y cómo vamos a salir de aquí? Imposible atravesar esa plaza; esa muralla de carne humana nos lo impedirá...

El doctor sonrió. Sacó del bolsillo del chaleco un pedacito de tela muy sutil; lo estiró entre los dedos, lo dobló varias veces y lo desdobló, como quien hace una pajarita de papel; resultó un poliedro regular; por un agujero que tenía la tela sopló varias veces; después de meterse una pastilla en la boca, el poliedro fue hinchándose, se convirtió en una esfera y llegó a tener un diámetro de dos metros; era un globo de bolsillo, mueble muy común en aquel tiempo.

—¡Ah! —dijo Evelina—, has sido previsor, te has traído el globo. Pues volemos, y vamos lejos; porque el espectáculo de tantos muertos, entre los que habrá muchos conocidos, no me divierte. La pareja entró en el globo, que tenía por dentro todo lo necesario para la dirección del aparato y para la comodidad de dos o tres viajeros.

Y volaron.

Se remontaron mucho.

Huían, sin decirse nada, de la tierra en que habían nacido.

Sabía Adambis que donde quiera que posase el vuelo, encontraría un cementerio. ¡Toda la humanidad muerta, y por obra suya!

Evelina, en cuanto calculó que estarían ya lejos de su país, opinó que debían descender. Su repugnancia, que no llegaba a remordimiento, se limitaba

al espectáculo de la muerte en tierra conocida... «Ver *cadáveres extranjeros* no la espantaría.» Pero el doctor no sentía así. Después de su gran crimen (pues aquello había sido un crimen), ya sólo encontraba tolerable el aire; la tierra no. Flotar entre nubes por el diáfano cielo azul... menos mal; pero tocar el suelo, ver el mundo sin hombres... eso no; no se atrevía a tanto. «¡Todos muertos! ¡qué horror!» Cuantas más horas pasaban, más aumentaba el miedo de Adambis a la tierra.

Evelina, asomada a una ventanilla del globo, iba ya distraída contemplando el *paisaje*. El fresco la animaba; un vientecillo sutil, que jugaba con los rizos de su frente, la hacía cosquillas. «No se estaba mal allí.»

Pero de repente se acordó de algo. Volvióse al doctor, y dijo:

—Chico, tengo hambre.

El doctor, sin decir palabra, tomó del bolsillo del frac una especie de petaca, y de ésta sacó un rollo que semejaba un cigarro puro. Era la quinta esencia alimenticia, invención del doctor mismo. Con aquel *cigarro-comestible* se podía pasar perfectamente dos o tres días sin más alimento.

—No; quiero comer de veras. Vuestra comida química me apesta, ya lo sabes. Yo no como por sustentar el cuerpo; como, por comer, por gusto; el hambre que yo tengo no se quita con alimentarse, sino satisfaciendo el paladar; ya me entiendes, quiero comer bien. Descendamos a la tierra; en cualquier parte encontraremos provisiones; todo el mundo es nuestro. Ahora se me antoja ir a comer el almuerzo o la cena que tuvieran preparados el emperador y la Emperatriz de Patagonia; ¡ea, guía hacia la Patagonia; anda, y a escape, a toda máquina!...

Adambis, pálido de emoción, con voz temblorosa, a la que en vano procuraba dar tonos de energía, se atrevió a decir:

—Evelina; ya sabes... que siempre he sido esclavo voluntario de tus caprichos... pero en esta ocasión... perdóname si no puedo complacerte. Primero me arrojaré de cabeza desde este globo, que descender a la tierra... a

robarle la comida a cualquiera de mis víctimas. Asesino fui; pero no seré ladrón.

—¡Imbécil! Todo lo que hay en la tierra es tuyo; tú serás el primer ocupante...

—Evelina, pide otra cosa. Yo no bajo.

—Y entonces... ¿nos vamos a morir aquí de hambre?

—Aquí tienes mis cigarros de alimento.

—Pero ¿y en concluyéndolos?

—Con un poco de agua y de aire, y de dos o tres cuerpos simples, que yo buscaré en lo más alto de algunas montañas poco habitadas, tendré lo suficiente para componer sustancia de la que hay en estos extractos.

—Pero eso es muy soso.

—Pero basta para no morir.

—¿Y vamos a estar siempre en el aire?

—No sé hasta cuándo. Yo no bajo.

—¿De modo que yo no voy a ver el mundo entero? ¿No voy a apoderarme de todos los tesoros, de todos los museos, de todas las joyas, de todos los tronos de los grandes de la tierra? ¿De modo que en vano soy la mujer del *Dictador in artículo murtis* de la humanidad? ¿De modo que me has convertido en una pajarita... después de ofrecerme el imperio del mundo?...

—Yo no bajo.

—Pero ¿por qué? ¡Imbécil!

—Porque tengo miedo.

—¿A quién?

—A mi conciencia.

—Pero ¿hay conciencia?

—Por lo visto.

—¿No estaba demostrado que la conciencia es una aprensión de la materia orgánica en cierto estado de desarrollo?

—Sí estaba.

—¿Y entonces?...

—Pero hay conciencia.

—¿Y qué te dice tu conciencia?

—Me habla de Dios.

—¡De Dios! ¿De qué Dios?

—¡Qué sé yo! De Dios.

—Estás *incapaz*, hijo. No hay quien te entienda. Explícate. ¿No te burlabas tú de mí porque *predicaba*, porque iba a misa, y me confesaba a veces? Yo era y soy católica, como casi todas las señoras del mundo habían llegado a serlo. Pero eso no me impedía reconocer que tú, como casi todos los hombres del mundo, tendrías tus razones para ser ateo y racionalista, y recordarás que nunca te armé ningún caramillo²⁷ por motivos religiosos.

—Es cierto.

—Pero, ahora, cuando menos falta hace, te vienes tú con la conciencia... y con Dios... Y a buena hora, cuando ya no hay quien te absuelva, porque las mujeres no podemos meternos en eso. Eres tonto, Judas, siempre lo he dicho, eres un sabio muy tonto.

—Pues yo no bajo.

—Pues yo no fumo. Yo no me alimento con esas porquerías que tú fabricas. Todo eso debe ser veneno a la larga. A lo menos, hombre, descendamos donde no haya gente..., en alguna región donde haya buena fruta..., espontánea, ¡qué sé yo! Tú, que lo sabes todo, sabrás dónde hay de eso. Guía.

—¿Te contentarías con eso..., con buena fruta?

²⁷ Armar un caramillo: chisme, enredo, embuste.

—Por ahora..., sí, puede.

Adambis se quedó pensativo. Él recordaba que entre los modernísimos comentaristas de la Biblia, tanto católicos como protestantes, se había tratado, con gran erudición y copia de datos, la cuestión geográfico-teológica del lugar que ocuparía en la tierra el Paraíso.

Él, Adambis, que no creía en el Paraíso, había seguido la discusión por curiosidad de arqueólogo, y hasta había tomado partido, a reserva de pensar que el Paraíso no podía estar en ninguna parte, porque no lo había habido. Pero era lo cierto que, hipotéticamente, suponiendo fidedignos los datos del Génesis, y concordándolos con modernos descubrimientos hechos en Asia, resultaba que tenían razón los que colocaban el Jardín de Adán en tal paraje, y no los que le ponían en tal otro sitio. La conclusión de Adambis era: que «si el Paraíso hubiera existido, sin duda hubiera estado donde decían los doctores A. y B., y no donde aseguraban los PP. X. y Z.».

De esta famosa discusión y de sus opiniones acerca de ella, le hicieron acordarse las palabras de su mujer. «¿Si la Biblia tuviera razón! ¿Si todo eso hubiera sido verdad?» ¡Quién sabe! Por si acaso, busquemos.

Y después de pensar así, dijo en voz alta:

—Ea, Evelina, voy a darte gusto. Voy a buscar eso que pides: una región no habitada que produce espontáneos frutos y frutas de lo más delicado.

Y seguía pensando el doctor: «Dado que el Paraíso exista y que yo dé con él, ¿será lo que fue?

»¿Seguirá Dios haciéndole producir tan sabrosos frutos? ¿No se habrá estropeado algo con las aguas del diluvio? Lo que es indudable, si la Biblia dice bien, es que allí no ha vuelto a poner su planta el ser humano. Esos mismos sabios que han discutido dónde estaba el Paraíso no han tenido la ocurrencia de precisar el lugar, de ir allá, buscarlo, como yo voy a hacer.

»Ellos decían: debió estar hacia tal parte, cerca de tal otra; pero no fueron a buscarle. Tal vez yo lo encuentre. Y bajando en globo, aunque los ángeles sigan a la puerta con espadas de fuego, no me impedirán la entrada.

»¡Oh, sí, busquemos el Paraíso! Paraíso para mí, porque será el único lugar donde no encontraré el espectáculo horrendo de la humanidad muerta e insepulta.»

Abreviemos. Buscando, buscando, desde el aire con un buen antejo, comparando sus investigaciones con sus recuerdos de la famosa discusión teológico-geográfica, Adambis llegó a una región del Asia Central, donde, o mucho se engañaba, o estaba lo que buscaba. Lo primero que sintió fue una satisfacción del amor propio... La teoría de los *sayos* era la cierta... El Paraíso existía y estaba allí, donde él creía. Lo raro era que existiese el Paraíso.

El amor propio por este lado salía derrotado.

Y todavía quería defenderse gritándole a Judas en la cabeza:

—¡Mira, no sea que te equivoques! No sea eso una gran huerta de algún mandarín chino o de un Bajá de siete colas²⁸...

El paisaje era delicioso; la frondosidad, como no la había visto jamás Adambis.

Cuando él dudaba así, de repente, Evelina, que también observaba con unos anteojos de teatro, gritó:

—¡Ah, Judas! por aquel prado se pasea un señor..., muy alto, sí, parece alto..., de bata blanca... con muchas barbas, blancas también...

—¡Cáscaras! —exclamó el doctor, que sintió un escalofrío mortal.

Y dirigiendo su catalejo hacia la parte a que apuntaba Evelina dijo con voz de espanto:

—No hay duda..., es él. ¡Él, mejor dicho!

²⁸ De *siete colas*: suele referir al látigo con mango y remate múltiple usado como instrumento de castigo o tortura. T. *Gato de siete colas*. DLE-RAE.

—Pero ¿quién?

—¡Yova Elhoim! ¡Jehová! ¡El Señor Dios! ¡El Dios de nuestros mayores!...

IV

El autor de toda esta farsa necesita, al llegar a este punto de su narración, interrumpirla, aunque lo sienta y mortifique a esas pléyades de jóvenes naturalistas *en román paladino*, que no pueden ver sin disgusto que aparezca en la novela o cuento, o lo que sea, la personalidad del escritor. Yo, de buena gana, continuaría siendo tan *objetivo* como hasta aquí; pero no tengo más remedio que sacar a plaza mi humilde personalidad, aunque sea pecando contra todos los cánones y *Falsas Decretales* del naturalismo traducido al *culga-puck* (lengua universal del vulgo).

Esas pléyades de naturalistas imberbes (y no digo pléyade en singular, porque pléyades no tiene ni puede tener singular, aunque lo olviden la mayor parte de nuestros periodistas) me dispensarán; pero al presentar en escena nada menos que al *Deus ex machina* de la Biblia, necesito hacer algunas manifestaciones.

Pintar a Jehová (así lo llama el vulgo) tal como es, sin *idealizarlo* ni nada de eso, es empresa superior a mis fuerzas, porque nunca le he visto.

Discuten los sabios si el mismo Moisés llegó a verlo cara a cara; algunos afirman que sólo una vez gozó de su presencia; pero yo, sin ser sabio, me inclino al parecer de los que piensan que ni Moisés ni nadie puso en él los ojos en la vida. Otra cosa es aquello de sentir el Espíritu del Señor que pasa, el sopro divino que hiere el rostro, etc., etc. Eso es posible.

Más fácil me sería, una vez presentado en escena Jehová, hacer que su carácter *fuera sostenido* desde el principio hasta el fin, como piden los preceptistas, que de camino son gacetilleros, a los autores de tramas y novelas. Para

sostener el carácter de Jehová me basta con los documentos bíblicos, pues se ve en ellos que su energía no decae ni un momento y que en él no hay contradicciones; porque el haber hecho el mundo, y arrepentirse después, no es una contradicción, toda vez que, si a eso fuéramos, ahí está Cánovas²⁹, que primero fue revolucionario y después se arrepintió, y la energía de Cánovas, sin embargo, está fuera de toda discusión. Y me alegro de haber citado a este personaje, porque si ustedes quieren buscarle a Jehová, según le presenta la Biblia, un parecido, el mayor que encontrarán en la historia, para tener idea del *Zeus* bíblico, será ese, Cánovas, el *Feus* malagueño.

Y ahora tengo que entendérmelas con los timoratos y escrupulosos en materia religiosa, que acaso quieran ver ribetes de impiedad en mi cuento. No hay tal impiedad; primero y principalmente, porque sólo se trata de una broma, y yo aquí no quiero probar nada, ni acabar con la Iglesia de Pedro, ni siquiera con los abusos del clero madrileño. Ni yo soy clérigo de *El Resumen*³⁰, ni siquiera redactor de *Las Dominicales*³¹, ni ese es el camino. Por no ser, ni soy como el autor de *Namouna*³², adorador de Cristo y además de Ahura-Mazda y de Brahma y de Apis y de Vichnú, etc., etc. Estos eclecticismos religiosos no se han hecho para mí. Lo que puedo jurar es que respeto a Jehová, escribase como se escriba, tanto como el que más, y que en este cuento no pretendo reemplazar la religión de nuestros mayores por otra de mi invención. Para significar ese respeto precisamente, prescindo de los procedimientos naturalistas, y en vez de presentar al nuevo personaje obrando y hablando, como quiere la buena retórica, pasaré como sobre ascuas³³ sobre

²⁹ Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897) fue un político e historiador español, fundador y dirigente del Partido Conservador.

³⁰ Periódico de opinión política.

³¹ Semanario librepensador madrileño.

³² Puede referirse a Alfred Musset, escritor romántico francés autor del poema *Namouna* (1831), o bien a Édouard Lalo, compositor también francés, creador del ballet del mismo nombre (1882).

³³ *En o sobre ascuas*: inquieto, sobresaltado. DLE-RAE.

todo lo que se refiere a sus relaciones con Adambis, mi héroe, valiéndome de una narración indirecta y no de una descripción directa y plástica.

Apresúrome a decir que la bata que Evelina creyó haber visto pendiente de los hombros del que se paseaba por aquel prado del Paraíso, no debía ser tal bata, ni las barbas, barbas; pero ya saben ustedes que las mujeres todo lo materializan.

Ello es que aquél era Jehová, efectivamente, y que se estaba paseando por aquel prado del Paraíso, como solía todas las tardes que hacía bueno; costumbre que le había quedado desde los tiempos de Adán.

Adambis, aturdido con la presencia del Señor, de que no dudaba, pues si hubiese sido un hombre como los demás hubiera muerto a las doce de la mañana, Adambis, lleno de terror y de vergüenza, perdió los estribos... del globo, como si dijéramos; es decir, trocó los frenos, o de otro modo, dejó que la máquina de dirigir el aerostático se descompusiese, y el globo comenzó a bajar rápidamente y se enredó en las ramas de un árbol.

Evelina gritaba, espantando las aves del Paraíso, que volaban en grandes círculos alrededor de los inesperados viajeros.

Levantó el Señor la cabeza al oír tanto ruido, y viendo el trance, acudió a salvar a los náufragos del aire.

A presencia de Jehová, el doctor Judas permanecía silencioso y avergonzado. Evelina miraba al Señor con curiosidad, pero sin asombro. Encontrarse con un Dios personal de manos a boca³⁴, le parecía tan natural, como le hubiera parecido la demostración matemática de que Dios no existe. Lo que ella quería era tomar algo.

Con arreglo a lo dicho, se renuncia a copiar aquí el diálogo que medió entre Jehová y el sabio de Mozambique. Pero se dirá la sustancia.

³⁴ *De manos a boca*: de repente, impensadamente. DLE-RAE.

El Señor no abusó, como hubiera hecho Júpiter, o *El Siglo Futuro*³⁵, de su situación, que le daba una superioridad incontestable. Nada de pullas, ni de sarcasmos mucho menos. Demasiado sabía él que Adambis, desde que había estudiado Anatomía comparada, se había pasado la vida negando la posibilidad de un Dios personal. Los dos sabían esto. ¿Para qué hablar de ello?

Judas se creyó en el deber de humillarse y de confesar su error. Pero Jehová, con una delicadeza que nunca tuvieron los Nocedales³⁶ en sus palizas a *La Unión*³⁷, hizo que la conversación cambiase de rumbo.

Lo pasado, pasado. Ahora se trataba de reformar la humanidad por segunda vez. Lo de Adán había salido mal; el remedio del diluvio tampoco había probado; tal vez el mal habría estado en dejar vivos a tantos parientes; un mundo que comienza entre suegros y cuñadas, no puede ir bien. Además, lo primero que había hecho Noé, pasada la borrasca, había sido emborracharse... Jehová esperaba más formalidad por parte de Judas Adambis. Judas había acabado con la humanidad... Corriente. Poco se había perdido.

El pesimismo era la tontería que menos podía tolerar Elohim; la humanidad se había hecho pesimista...; bien muerta estaba. Ahora se trataba de otro ensayo: Adambis iba a repoblar el mundo, y si esta nueva cría salía mal también, bastaba de ensayos; la tierra se quedaría en barbecho por ahora.

El matrimonio de Adambis y Evelina había sido hasta entonces infecundo; pero con las aguas del Paraíso, Jehová prometía que la fecundidad visitaría el seno de aquella señora.

—No serán ustedes inocentes —vino a decir Jehová— porque eso ya no puede ser. Pero esto mismo me conviene. Inocente y todo, Adán hizo lo que hizo. Usted, señor Adambis, es un sabio verdadero, a pesar de sus errores

³⁵ Periódico español de corte conservador y carlista que circuló entre 1875 y 1936.

³⁶ Cándido Nocedal fundó y dirigió *El Siglo Futuro*, a su muerte, su hijo Ramón Nocedal tomó la dirección del periódico.

³⁷ Periódico español católico y anticarlista que circuló entre 1882 y 1887.

teológicos, y quiero ver si me conviene más la suprema malicia que la suprema inocencia. Desde hoy llevan ustedes en arrendamiento todo este jardín amenísimo. La renta que me han de pagar serán sus buenas obras. Todo lo que ustedes ven es de ustedes.

—¿Absolutamente todo? —exclamó Evelina.

Y Jehová, aunque con otras palabras, vino a decir:

—Sí, señora..., sin más excepción que una... insignificante. Pongo por condición... la misma que puse al otro. No se ha de tocar este manzano, que en un tiempo fue el árbol de la ciencia del bien y del mal, y que ahora no es más que un manzano de la acreditada clase de los que producen las ricas manzanas de Balsaín³⁸. Por comer de esos manzanos no sabrán ustedes ni más ni menos de lo que saben, ni serán como dioses, ni nada de eso. Si Sata-nás se presenta otra vez y quiere tentar a esta señora, no le haga caso ninguno. Como este manzano los hay a porrillo en todo el Paraíso. Pero yo me entiendo, y no quiero que se toque ese árbol. Si coméis de esas manzanas... vuelta a empezar; os echo de aquí, tendréis que trabajar, parirá esta señora con dolor, etc., etc. En fin, ya saben ustedes el programa. Y no digo más.

Y desapareció Jehová Elhoim.

Y casi me alegro, porque ahora ya puedo copiar el diálogo textualmente.

Evelina encogió los hombros y dijo:

—Tú, Judas, ¿qué opinas de todo esto?

—¡Figúrate!

—Valiente sabio estabas tú. Mira qué bien hacía yo en ir a misa, por un si acaso. Tú eres un tonto, que por poco nos haces condenarnos a los dos. Afortunadamente, el Señor parece un señor muy amable...

—¡Oh! La bondad infinita...

³⁸ *Balsaín, de balsaín*: tipo de manzana de color canela y muy dulce. DALLA.

—Sí, pero...

—El Sumo Bien...

—Sí, pero...

—La Sabiduría Infinita.

—Sí, pero...

—¿Pero qué, hija?

—Pero algo raro.

—Y tan raro, como que es el único.

—No, no quiero decir raro en ese sentido, sino en el de... ¡Mira tú que prohibirnos comer de esas manzanas como si fuéramos unos chiquillos!...

—Y no comeremos.

—Claro que no, hombre. No te pongas tan fiero. Pues por eso digo que es raro. ¿Qué trabajo nos cuesta a nosotros ponernos formales, y, escarmen-tados, prescindir de unas pocas manzanas que son como las demás?

—Mira, en eso no nos metamos. Dios es Dios, ¿estás?, y lo que Él hace, bien hecho está.

—Pero confiesa que eso es un capricho.

—No confieso tal, ni tú tampoco; y te prohíbo blasfemar en adelante. Por lo pronto, no pienses más en tales manzanas..., que el diablo las carga.

—¡Qué ha de cargar, infeliz! Buena soy yo. A propósito, tengo sed..., deseo de eso, de eso..., de fruta..., de manzanas precisamente, y de Balsaín.

—¡Mujer!

—¡Bobalicón! ¿No ha dicho que de esa clase hay aquí a porrillo? Pues vamos a buscar otro árbol igual, y me das un hartazgo. ¿Conoces tú el Balsaín?

—Sí, Evelina. (*Busca.*) Aquí tienes otro árbol igual que ese prohibido. Toma. ¿Ves qué hermosa manzana? Balsaín legítimo.

Evelina clavó los blancos y apretados dientes en la manzana que le ofrecía su esposo.

Mientras Judas volvía la espalda y buscaba otro ejemplar de la hermosa fruta, una voz, como un silbido, gritó al oído de Evelina.

—¡Eso no es Balsaín!

Tomó ella el aviso por voz interior, por revelación del paladar, y gritó irritada:

—Mira, Judas, a mí no me la das³⁹ tú. ¡Esto no es Balsaín!

Un sudor frío, como el de las novelas, inundó el cuerpo de Adambis.

—Buenos estamos —pensó—. ¡Si Evelina empieza a desconfiar... no va a haber Balsaín en todo el Paraíso!

Así fue... A cien árboles se arrancó fruta, y la voz siempre gritaba al oído de la esposa:

—¡Eso no es Balsaín!

—No te canses, Judas —dijo ella ya fatigada—. No hay más manzanas de Balsaín en todo el Paraíso que las del árbol prohibido.

Hubo una pausa.

—Pues hija... —se atrevió a decir Adambis—, ya ves..., no hay más remedio... Si te empeñas en que no hay más que esas..., tienes que quedarte sin ellas.

—¡Bien, hombre, bien; me quedaré! Pero no es esa manera de decírselo a una.

La voz de antes gritó al oído de Evelina:

—¡No te quedarás!

³⁹ *Dársela a alguien*: pegársela: chasquearlo, burlar su buena fe, confianza o fidelidad. DLE-RAE.

—Otro sería más... enamorado que tú. Claro, un sabio no sabe lo que es la pasión...

—¿Qué quieres decir, Evelina?...

—Que Adán, con ser Adán, era más cumplido amador que tú.

—Tengamos la fiesta en paz, y renuncia al Balsaín.

—¡Bueno! Pues tú... ya que prefieres cumplir un capricho de quien hace una hora negabas que existiese, a satisfacer un deseo de tu mujer..., tú, mameluco⁴⁰, renuncia a lo otro.

—¿Qué es lo otro?

—¿No se nos ha dicho que seré fecunda en adelante?

—Sí, hija mía; de eso iba a hablarte...

—Pues no hay de qué. Nada de fecundidad.

—Pero, hija...

—Nada, que no quiero.

—¡Así, perfectamente! —dijo la voz que le hablaba al oído a Evelina.

Volvióse ella y vio al diablo en figura de serpiente, enroscado en el tronco del árbol prohibido.

Evelina contuvo una exclamación, a una señal del diablo, que comprendió perfectamente; se dirigió a su marido y le dijo sonriente:

—Pues mira, pichón; si quieres que seamos amigos, corre a pescarme truchas de aquel río que serpentea allá abajo...

—Con mil amores...

Y desapareció el sabio a todo escape.

Evelina y la serpiente quedaron solos.

—Supongo que usted será el demonio... como la otra vez.

⁴⁰ *Mameluco*: hombre necio y bobo. *DLE-RAE*.

—Sí, señora; pero créame usted a mí: debe usted comer de estas manzanas y hacer que coma su marido. No digo que después serán ustedes iguales que dioses; nada de eso. Pero la mujer que no sabe imponer su voluntad en el matrimonio, está perdida. Si ustedes comen, perderán ustedes el Paraíso; ¿y qué? Fuera tiene usted las riquezas de todo el mundo civilizado a su disposición... Aquí no haría usted más que aburrirse y parir...

—¡Qué horror!

—Y eso por una eternidad...

—¡Jesús! No lo quiera Dios. Venga, venga; y Evelina se acercó al árbol, arrancó una, dos, tres manzanas, y las fue hincando el diente con apetito de fiera hambrienta.

Desapareció la serpiente, y a poco volvió Adambis... sin truchas.

—Perdóname, mona mía, pero en ese río... no hay truchas...

Evelina echó los brazos al cuello de su esposo.

Él se dejó querer.

Una nube de voluptuosidad los envolvió luego.

Cuando el doctor se atrevió a solicitar las más íntimas caricias, Evelina le puso delante de la boca media manzana ya mordida por ella, y con sonrisa capaz de seducir a Saia Muní, dijo:

—Pues come...

—*Vade retro!* —gritó Judas poniéndose en salvo de un brinco—. ¿Qué has hecho, desdichada?

—Comer, perderme... Pues ahora piérdete conmigo, come... y yo te haré feliz... mi adorado Judas...

—Primero me ahorcan. No, señora, no como. Yo no me pierdo. Tú no sabes cómo las gasta Jehová. No como.

Irritóse Evelina, y fue en vano. No sirvieron ruegos, ni amenazas, ni tentaciones. Judas no comió.

Así pasaron aquel día y noche, riñendo como energúmenos. Pero Judas no comió la fruta del árbol prohibido.

Al día siguiente, muy de madrugada, se presentó Jehová en el huerto.

—¿Qué tal, habéis comido bien? —vino a preguntar.

En fin, hubo explicaciones. Jehová lo supo todo.

—Pues ya sabéis la pena cuál es —vino a decir, pero sin incomodarse—. Fuera de aquí, y a ganarse la vida...

—Señor —observó Adambis—, debo advertir a vuestra Divina Majestad que yo no he comido del fruto prohibido... por consiguiente, el destierro no debe ir conmigo.

—¿Cómo? ¿Y me dejarás marchar sola? —gritó ella furiosa.

—Ya lo creo. Hasta aquí hemos llegado. A perro viejo no hay tus tus⁴¹.

—De modo —vino a decir el Señor— que lo que tú quieres es el divorcio... *quo ad thorum et habitationem*.

—Justo eso; la *separación de cuerpos*, que decimos los clásicos.

—Pero entonces se va a acabar la humanidad en muriendo tu esposa...; es decir, no quedará más hombre que tú..., que por ti solo no puedes procrear —vino a decir Jehová.

—Pues que se acabe. Yo quiero quedarme aquí.

Y en efecto, se quedó Adambis en el Paraíso.

Y salió Evelina, arrastrada por dos ángeles de guardia.

Renuncio a describir el furor de la desdeñada esposa al verse sola fuera del Paraíso. La Historia no dice de ella sino que vivió sola algún tiempo como pudo. Una leyenda la supone entregada al feo vicio de Parsifal, y otra más verosímil cuenta que acabó por entregar sus encantos al demonio.

⁴¹ Tus: interjección para llamar a los perros. DLE-RAE.

En cuanto al prudente Adambis, se quedó, por lo pronto, como en la gloria, en el Paraíso.

—¡Ahora sí que es esto Paraíso! ¡Dos veces Paraíso! ¡Todo es mío, todo... menos mi mujer!... ¡Qué mayor felicidad!...

Pasaron siglos y siglos, y Adambis llegó a cansarse del jardín amenísimo. Intentó varias veces el suicidio, pero fue inútil. Era inmortal. Pidió a Dios la traslación, y Judas fue transportado de la tierra, según ya lo habían sido Enoch y algún otro.

Así fue como, *al fin*, se acabó el mundo, por lo que toca a los hombres.

La última guerra

Amado Nervo

(Tepic, Nayarit, México 1870-Uruguay, 1919) Poeta, narrador, ensayista y cronista, Nervo es una de las figuras más reconocidas del movimiento Modernista latinoamericano. Colaboró con numerosos periódicos mexicanos entre los que se cuentan El Universal, El Nacional y El Mundo, y con la Revista Azul fundada por Manuel Gutiérrez Nájera, tras cuya desaparición fundó la Revista Moderna. Se relacionó tanto por su oficio como por amistad con algunas de las grandes plumas de la época, como Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Oscar Wilde o Catulle Mendès, con quienes coincidió en París como corresponsal de El Imparcial. Dedicado en sus últimos años al servicio exterior, murió en funciones de diplomático en Montevideo (Mejías Alonso). Este cuento se considera uno de los precursores de la ciencia ficción en la literatura mexicana.

I

Tres habían sido las grandes revoluciones de que se tenía noticia: la que pudiéramos llamar Revolución cristiana, que en modo tal modificó la sociedad y la vida en todo el haz del planeta; la Revolución francesa, que, eminentemente justiciera, vino, a cercén de guillotina, a igualar derechos y cabezas, y la Revolución socialista, la más reciente de todas, aunque remontaba al año dos mil treinta de la Era cristiana. Inútil sería insistir sobre el horror y la unanimidad de esta última revolución, que conmovió la tierra hasta en sus cimientos y que de una manera tan radical reformó ideas, condiciones, costumbres, partiendo en dos el tiempo, de suerte que en adelante ya no pudo decirse sino: «Antes de la Revolución social»; «Después de la Revolución social». Sólo haremos notar que hasta la propia fisonomía de la especie, merced a esta gran conmoción, se modificó en cierto modo. Cuéntase, en efecto, que

antes de la Revolución había, sobre todo en los últimos años que la precedieron, ciertos signos muy visibles que distinguían físicamente a las clases llamadas entonces privilegiadas, de los proletarios; a saber: las manos de los individuos de las primeras, sobre todo de las mujeres, tenían dedos afilados, largos, de una delicadeza superior al pétalo de un jazmín, en tanto que las manos de los proletarios, fuera de su notable aspereza o del espesor exagerado de sus dedos, solían tener seis de éstos en la diestra, encontrándose el sexto (un poco rudimentario a decir verdad y más bien formado por una callosidad semiarticulada) entre el pulgar y el índice, generalmente. Otras muchas marcas delataban, a lo que se cuenta, la diferencia de las clases, y mucho temeríamos fatigar la paciencia del oyente enumerándolas. Sólo diremos que los gremios de conductores de vehículos y locomóviles de cualquier género, tales como aeroplanos, aeronaves, aerociclos, automóviles, expresos magnéticos, directísimos transtetéreolunares, etcétera, cuya característica en el trabajo era la perpetua inmovilidad de piernas, habían llegado a la atrofia absoluta de éstas, al grado de que, terminadas sus tareas, se dirigían a sus domicilios en pequeños carros eléctricos especiales, usando de ellos para cualquier traslación personal. La Revolución social vino empero a cambiar de tal suerte la condición humana, que todas estas características fueron desapareciendo en el transcurso de los siglos, y en el año tres mil quinientos dos de la Nueva Era (o sea cinco mil quinientos treinta y dos de la Era Cristiana), no quedaba ni un vestigio de tal desigualdad dolorosa entre los miembros de la humanidad.

La Revolución social se maduró, no hay niño de escuela que no lo sepa, con la anticipación de muchos siglos. En realidad la Revolución francesa la preparó, fue el segundo eslabón de la cadena de progresos y de libertades que empezó con la Revolución cristiana; pero hasta el siglo XIX de la vieja Era no empezó a definirse el movimiento unánime de los hombres hacia la igualdad. El año de la Era Cristiana 1950 murió el último Rey, un Rey del Extremo Oriente, visto como una positiva curiosidad por las gentes de aquel tiempo. Europa, que, según la predicción de un gran Capitán (a decir verdad,

considerado hoy por muchos historiadores como un personaje mítico), en los comienzos del siglo XX (post J. C.) «tendría que ser republicana o cosaca», se convirtió, en efecto, en el año de 1916, en los «Estados Unidos de Europa», federación creada a imagen y semejanza de los Estados Unidos de América (cuyo recuerdo en los anales de la humanidad ha sido tan brillante, y que en aquel entonces ejercían en los destinos del viejo Continente una influencia omnímoda).

II

Pero no divaguemos: ya hemos usado más de tres cilindros de fonotelerradiógrafo en pensar estas reminiscencias⁴², y no llegamos aún al punto capital de nuestra narración.

Como decíamos al principio, tres habían sido las grandes revoluciones de que se tenía noticia; pero, después de ellas, la humanidad, acostumbrada a una paz y a una estabilidad incommovibles, así en el terreno científico, merced a lo definitivo de los principios conquistados, como en el terreno social, gracias a la maravillosa sabiduría de las leyes y a la alta moralidad de las costumbres, había perdido hasta la noción de lo que era la vigilancia y cautela, y a pesar de su aprendizaje de sangre, tan largo, no sospechaba los terribles acontecimientos que estaban a punto de producirse.

La ignorancia del inmenso complot que se fraguaba en todas partes se explica, por lo demás, perfectamente, por varias razones: en primer lugar, el lenguaje hablado por los animales, lenguaje primitivo, pero pintoresco y bello, era conocido de muy pocos hombres, y esto se comprende; los seres vivos estaban divididos entonces en dos únicas porciones: los hombres, la

⁴² Las vibraciones del cerebro, al pensar, se comunicaban directamente a un registrador especial, que a su vez las transmitía a su destino. Hoy se ha reformado por completo este aparato. [Nota del original.]

clase superior, la *élite*, como si dijéramos, del planeta, iguales todos en derechos y casi, casi en intelectualidad, y los animales, humanidad inferior que iba progresando muy lentamente a través de los milenarios, pero que se encontraba en aquel entonces, por lo que ve a los mamíferos, sobre todo, en ciertas condiciones de perfectibilidad relativa muy apreciables. Ahora bien: la *élite*, el hombre, hubiera juzgado indecoroso para su dignidad aprender cualquiera de los dialectos animales llamados «inferiores».

En segundo lugar, la separación entre ambas porciones de la humanidad era completa, pues aun cuando cada familia de hombres alojaba en su habitación propia a dos o tres animales que ejecutaban todos los servicios, hasta los más pesados, como los de la cocina (preparación química de pastillas y de jugos para inyecciones), el aseo de la casa, el cultivo de la tierra, etc., no era común tratar con ellos, sino para darles órdenes en el idioma patricio, o sea el del hombre, que todos ellos aprendían.

En tercer lugar, la dulzura del yugo a que se les tenía sujetos, la holgura relativa de sus recreos, les daba tiempo de conspirar tranquilamente, sobre todo en sus centros de reunión, los días de descanso, centros a los que era raro que concurriese hombre alguno.

III

¿Cuáles fueron las causas determinantes de esta cuarta revolución, la última (así lo espero) de las que han ensangrentado el planeta? En tesis general, las mismas que ocasionaron la Revolución social, las mismas que han ocasionado, puede decirse, todas las revoluciones: viejas hambres, viejos odios hereditarios, la tendencia a la igualdad de prerrogativas y de derechos, y la aspiración a lo mejor, latente en el alma de todos los seres...

Los animales no podían quejarse por cierto: el hombre era para ellos paternal, muy más paternal de lo que lo fueron para el proletario los grandes señores después de la Revolución francesa. Obligábalos a desempeñar tareas

relativamente rudas, es cierto; porque él, por lo excelente de su naturaleza, se dedicaba de preferencia a la contemplación; mas un intercambio noble, y aun magnánimo, recompensaba estos trabajos con relativas comodidades y placeres. Empero, por una parte el odio atávico de que hablamos, acumulado en tantos siglos de malos tratamientos, y por otra el anhelo, quizá justo ya, de reposo y de mando, determinaban aquella lucha que iba a hacer época en los anales del mundo.

Para que los que oyen esta historia puedan darse una cuenta más exacta y más gráfica, si vale la palabra, de los hechos que precedieron a la revolución, a la rebelión debiéramos decir, de los animales contra el hombre, vamos a hacerles asistir a una de tantas asambleas secretas que se convocaban para definir el programa de la tremenda pugna, asamblea efectuada en México, uno de los grandes focos directores y que, cumpliendo la profecía de un viejo sabio del siglo XIX, llamado Eliseo Reclus⁴³, se había convertido, por su posición geográfica en la medianía de América y entre los dos grandes Océanos, en el centro del mundo.

Había en la falda del Ajusco, adonde llegaban los últimos barrios de la ciudad, un gimnasio para mamíferos, en el que éstos se reunían los días de fiesta, y casi pegado al gimnasio un gran salón de conciertos, muy frecuentado por los mismos. En este salón, de condiciones acústicas perfectas y de amplitud considerable, se efectuó el domingo 3 de Agosto de 5532 (de la Nueva Era) la asamblea en cuestión.

Presidía Equus Robertis, un caballo muy hermoso por cierto; y el primer orador designado era un propagandista célebre en aquel entonces, Can Canis, perro de una inteligencia notable, aunque muy exaltado. Debo advertir que en todas partes del mundo repercutiría, como si dijéramos, el discurso en cuestión, merced a emisores especiales que registraban toda vibración y la transmitían

⁴³ Élisée Reclus (1830-1905), geógrafo francés, anarquista, fue miembro de la Primera Internacional y creador de la geografía Social.

sólo a aquellos que tenían los receptores correspondientes, utilizando ciertas corrientes magnéticas; aparatos éstos ya hoy en desuso por poco prácticos.

Cuando Can Canis se puso en pie para dirigir la palabra al auditorio, oyéronse por todas partes rumores de aprobación.

IV

«Mis queridos hermanos —empezó Can Canis:

»La hora de nuestra definitiva liberación está próxima. A un signo nuestro, centenares de millares de hermanos se levantarán como una sola masa y caerán sobre los hombres, sobre los tiranos, con la rapidez de una centella. El hombre desaparecerá del haz del planeta, y hasta su huella se desvanecerá con él. Entonces seremos nosotros dueños de la tierra, volveremos a serlo, mejor dicho, pues que primero que nadie lo fuimos, en el albor de los milenarios, antes de que el antropoide apareciese en las florestas vírgenes y de que su aullido de terror repercutiese en las cavernas ancestrales. ¡Ah! todos llevamos en los glóbulos de nuestra sangre el *recuerdo orgánico*, si la frase se me permite, de aquellos tiempos benditos en que fuimos los reyes del mundo. Entonces, el sol, enmarañado aún de llamas a la simple vista, enorme y tórrido, calentaba la tierra con amor en toda su superficie, y de los bosques, de los mares, de los barrancos, de los collados, se exhalaba un vaho espeso y tibio que convidaba a la pereza y a la beatitud. El Mar divino fraguaba y desbarataba aún sus archipiélagos inconsistentes, tejidos de algas y de madréporas; la cordillera lejana humeaba por las mil bocas de sus volcanes, y en las noches una zona ardiente, de un rojo vivo, le prestaba una gloria extraña y temerosa. La Luna, todavía joven y lozana, estremecida por el continuo bombardeo de sus cráteres, aparecía enorme y roja en el espacio, y a su luz misteriosa surgía formidable de su caverna el león saepelius; el uro erguía su testa poderosa entre las breñas, y el mastodonte contemplaba el perfil de las montañas, que, según la expresión de

un poeta árabe, le fingían la silueta de un abuelo gigantesco. Los saurios volantes de las primeras épocas, los iguanodontes de breves cabezas y cuerpos colorados, los megateriums torpes y lentos, no sentían turbado su reposo más que por el rumor sonoro del mar genésico que fraguaba en sus entrañas el porvenir del mundo.

»¡Cuán felices fueron nuestros padres en el nido caliente y piadoso de la tierra de entonces, envuelta en la suave cabellera de esmeralda de sus vegetaciones inmensas, como una virgen que sale del baño...! ¡Cuán felices...! A sus rugidos, a sus gritos inarticulados respondían sólo los ecos de las montañas... Pero un día vieron aparecer con curiosidad, entre las mil variedades de cuadrumanos que poblaban los bosques y los llenaban con sus chillidos desapacibles, una especie de monos rubios que, más frecuentemente que los otros, se enderezaban y mantenían en posición vertical, cuyo vello era menos áspero, cuyas mandíbulas eran menos toscas, cuyos movimientos eran más suaves, más cadenciosos, más ondulantes, y en cuyos ojos grandes y rizados ardía una chispa extraña y enigmática que nuestros padres no habían visto en otros ojos en la tierra. Aquellos monos eran débiles y miserables... ¡Cuán fácil hubiera sido para nuestros abuelos gigantesco exterminarlos para siempre...! Y de hecho, ¡cuántas veces cuando la horda dormía en medio de la noche, protegida por el claror parpadeante de sus hogueras, una manada de mastodontes, espantada por algún cataclismo, rompía la débil valla de lumbré y pasaba de largo triturando huesos y aplastando vidas; o bien una turba de felinos que acechaba la extinción de las hogueras, una vez que su fuego custodio desaparecía, entraba al campamento y se ofrecía un festín de suculencia memorable...! A pesar de tales catástrofes, aquellos cuadrumanos, aquellas bestezuelas frágiles, de ojos misteriosos, que sabían encender el fuego, se multiplicaban; y un día, día nefasto para nosotros, a un macho de la horda se le ocurrió, para defenderse, echar mano de una rama de árbol, como hacían los gorilas, y aguzarla con una piedra, como los gorilas nunca soñaron hacerlo.

Desde aquel día nuestro destino quedó fijado en la existencia: el hombre había inventado la máquina, y aquella estaca puntiaguda fue su cetro, el cetro de rey que le daba la Naturaleza...

»¿A qué recordar nuestros largos milenarios de esclavitud, de dolor y de muerte...? El hombre, no contento con destinarnos a las más rudas faenas, recompensadas con malos tratamientos, hacía de muchos de nosotros su manjar habitual, nos condenaba a la vivisección y a martirios análogos, y las hecatombes seguían a las hecatombes sin una protesta, sin un movimiento de piedad... La Naturaleza, empero, nos reservaba para más altos destinos que el de ser comidos a perpetuidad por nuestros tiranos. El progreso, que es la condición de todo lo que alienta, no nos exceptuaba de su ley; y a través de los siglos, algo divino que había en nuestros espíritus rudimentarios, un germen luminoso de intelectualidad, de humanidad futura, que a veces fulguraba dulcemente en los ojos de mi abuelo el perro, a quien un sabio llamaba en el siglo XVIII (post J. C.) "un candidato a la humanidad", en las pupilas del caballo, del elefante o del mono, se iba desarrollando en los senos más íntimos de nuestro ser, hasta que, pasados siglos y siglos, floreció en indecibles manifestaciones de vida cerebral... El idioma surgió monosilábico, rudo, tímido, imperfecto, de nuestros labios; el pensamiento se abrió como una celeste flor en nuestras cabezas, y un día pudo decirse que había ya nuevos dioses sobre la tierra; por segunda vez en el curso de los tiempos el Creador pronunció un "*fiat*", *et homo factus fuit*.

»No vieron *Ellos* con buenos ojos este paulatino surgimiento de humanidad; mas hubieron de aceptar los hechos consumados, y no pudiendo extinguirla, optaron por utilizarla... Nuestra esclavitud continuó, pues, y ha continuado bajo otra forma: ya no se nos come, se nos trata con aparente dulzura y consideración, se nos abriga, se nos aloja, se nos llama a participar, en una palabra, de todas las ventajas de la vida social; pero el hombre continúa siendo nuestro tutor, nos mide escrupulosamente nuestros derechos..., y deja para nosotros la parte más ruda y penosa de todas las labores de la vida.

No somos libres, no somos amos, y queremos ser amos y libres... Por eso nos reunimos aquí hace mucho tiempo, por eso pensamos y maquinamos hace muchos siglos nuestra emancipación, y por eso muy pronto la última revolución del planeta, el grito de rebelión de los animales contra el hombre, estallará, llenando de pavor el universo y definiendo la igualdad de todos los mamíferos que pueblan la tierra...»

Así habló Can Canis, y éste fue, según todas las probabilidades, el último discurso pronunciado antes de la espantosa conflagración que relatamos.

V

El mundo, he dicho, había olvidado ya su historia de dolor y de muerte; sus armamentos se orinecían en los museos, se encontraba en la época luminosa de la serenidad y de la paz; pero aquella guerra que duró diez años, como el sitio de Troya, aquella guerra que no había tenido ni semejante ni paralelo por lo espantosa, aquella guerra en la que se emplearon máquinas terribles, comparadas con las cuales los proyectiles eléctricos, las granadas henchidas de gases, los espantosos efectos del rádiom utilizado de mil maneras para dar muerte, las corrientes formidables de aire, los dardos inyectores de microbios, los choques telepáticos... todos los factores de combate, en fin, de que la humanidad se servía en los antiguos tiempos, eran risibles juegos de niños; aquella guerra, decimos, constituyó un inopinado, nuevo, inenarrable aprendizaje de sangre...

Los hombres, a pesar de su astucia, fuimos sorprendidos en todos los ámbitos del orbe, y el movimiento de los agresores tuvo un carácter tan unánime, tan certero, tan hábil, tan formidable, que no hubo en ningún espíritu siquiera la posibilidad de prevenirlo...

Los animales manejaban las máquinas de todos géneros que proveían a las necesidades de los elegidos; la química era para ellos eminentemente fa-

miliar, pues que a diario utilizaban sus secretos; ellos poseían además y vigilaban todos los almacenes de provisiones, ellos dirigían y utilizaban todos los vehículos... Imagínese, por lo tanto, lo que debió ser aquella pugna, que se libró en la tierra, en el mar y en el aire... La humanidad estuvo a punto de perecer por completo; su fin absoluto llegó a creerse seguro (seguro lo creemos aún)... y a la hora en que yo, uno de los pocos hombres que quedan en el mundo, pienso ante el fonoterradiógrafo estas líneas, que no sé si concluiré, este relato incoherente que quizá mañana constituirá un utilísimo pedazo de historia... para los humanizados del porvenir, apenas si moramos sobre el haz del planeta unos centenares de sobrevivientes, esclavos de nuestro destino, desposeídos ya de todo lo que fue nuestro prestigio, nuestra fuerza y nuestra gloria, incapaces por nuestro escaso número, y a pesar del incalculable poder de nuestro espíritu, de reconquistar el cetro perdido, y llenos del secreto instinto que confirma asaz la conducta cautelosa y enigmática de nuestros vencedores, de que estamos llamados a morir todos, hasta el último, de un modo misterioso, pues que ellos temen que un arbitrio propio de nuestros soberanos recursos mentales nos lleve otra vez, a pesar de nuestro escaso número, al trono de donde hemos sido despeñados... Estaba escrito así... Los autóctonos de Europa desaparecieron ante el vigor latino; desapareció el vigor latino ante el vigor sajón, que se enseñoreó del mundo... y el vigor sajón desapareció ante la invasión eslava; ésta, ante la invasión amarilla, que a su vez fue arrollada por la invasión negra, y así, de raza en raza, de hegemonía en hegemonía, de preeminencia en preeminencia, de dominación en dominación, el hombre llegó perfecto y augusto a los límites de la historia... Su misión se cifraba en desaparecer, puesto que ya no era susceptible, por lo absoluto de su perfección, de perfeccionarse más... ¿Quién podía sustituirlo en el imperio del mundo? ¿Qué raza nueva y vigorosa podía reemplazarle en él? Los primeros animales humanizados, a los cuales tocaba su turno en el escenario de los tiempos... Vengan, pues, en hora buena; a nosotros, llegados a la divina serenidad de los espíritus completos y definitivos, no nos queda

más que morir dulcemente. Humanos son ellos y piadosos serán para matarnos. Después, a su vez, perfeccionados y serenos, morirán para dejar su puesto a nuevas razas que hoy fermentan en el seno obscuro aún de la animalidad inferior, en el misterio de un génesis activo e impenetrable... Todo ello hasta que la vieja llama del sol se extinga suavemente, hasta que su enorme globo, ya obscuro, girando alrededor de una estrella de la Constelación de Hércules, sea fecundado por vez primera en el espacio, y de su seno inmenso surjan nuevas humanidades... para que todo recomience!

Cuento absurdo

ÁNGELES VICENTE

(Murcia, España, 1878- ¿?) Nacida en España, en 1888 su familia se muda a Argentina, donde permanecerá hasta los 28 años. En el rico ambiente cultural rioplatense de la época, la crítica reconoce en su obra la huella que dejaron posibles lecturas de Luis Eduardo Holmberg y Juana Manuela Gorriti, de quienes probablemente toma el interés por la pseudociencia, el espiritismo y la ficción científica. «Rebelde, espiritista, masona, con claros matices de librepensadora» (Ena Bordonada), su novela más conocida es Zezé, uno de los primeros relatos españoles de tema lésbico. Sus cuentos, además de compartir la crítica social presente en toda su obra, se decantan por la irrealidad con acercamientos a la ciencia ficción y lo fantástico.

El problema social fue definitivamente resuelto por Guillermo Arides, el anarquista más terrible y genial de los tiempos pretéritos, presentes y futuros.

Cultivador apasionado de las ciencias físicas, había ideado la manera de destruir la humanidad en un segundo, utilizando para ello ignorados fluidos interplanetarios, acumulados y dirigidos con precisión admirable, mediante un complicado aparato de su invención. En un momento determinado oportunamente, quedarían aniquilados los hombres y cuantos animales son a él semejantes en su constitución física. Nadie podría salvarse, a no ser él, Arides, y los por él elegidos entre sus más adictos correligionarios de ambos sexos.

Como Arides no había hecho misterio de sus trabajos, fue detenido y llevado antes el juez. Pero cuando expuso tranquilamente su proyecto de aniquilar el mundo, se burlaron de él, le creyeron rematadamente loco y, calificada su locura de inofensiva, le dejaron en libertad. Sus mismos amigos llegaron a dudar de su razón, tal era la magnitud de la empresa. Sin embargo,

le secundaban y obedecían, sugestionados por su persuasiva elocuencia de iluminado.

En tal estado de cosas, llegó el día magno, y el apóstol y sus elegidos se congregaron en el amplio laboratorio.

—Hermanos —dijo Arides a sus adictos, —os he llamado porque ha llegado la hora de concluir con la tiranía existente, con todos los privilegios, con todas las infamias. En un segundo será destruida la obra maléfica de tantos siglos, y sobre este planeta no quedarán más habitantes que nosotros, los reunidos en este recinto aislado convenientemente. No tendremos ya más leyes que nuestros instintos. A vosotros quedará encomendada la alta misión de fundar una nueva humanidad. Nuestra libertad será nuestra dicha...

Todos le escucharon en silencio. Las mujeres sentían miedo. Los hombres se mantenían a la expectativa, incrédulos, pero tampoco exentos de temor.

Arides continuó su discurso, yendo al mismo tiempo de un lado a otro de su laboratorio para dar la última mano a sus aparatos. Luego se volvió a los circunstantes:

—¿Estáis dispuestos? —preguntó —¿Os sentís desligados del resto de los hombres? ¿Deseáis, como yo, su destrucción, para que de entre sus cenizas surja una nueva humanidad libre y perfecta?

—¡Sí! —contestaron todos, subyugados.

—¡Cúmplase nuestro deseo! —exclamó Arides a su vez, sonriendo beatíficamente, y aproximándose al aparato propulsor, movió una pequeña palanca.

Un grito de espanto se escapó entonces a todos los que le circundaban: la atmósfera se había inflamado con un resplandor vivísimo, y una violenta sacudida estremeció la tierra.

Arides se volvió a sus camaradas con gesto triunfante:

—¡Consummatum est! —gritó alzando los brazos.

Sus compañeros, ya repuestos, le miraron con estupor. Estaban conmovidos, inquietos, pero la duda se reflejaba en sus semblantes: ¿era admisible que la humanidad pudiese ser destruida tan fácilmente, en un instante?

Arides lo advirtió:

—¿Dudáis de mi obra? —les dijo; —¿no os indica nada ese silencio absoluto? ¡Escuchad! ¡La vieja humanidad ha muerto!

En efecto, un silencio de muerte los rodeaba, no turbado siquiera por el rumor del viento en aquel día apacible. El rodar de coches y tranvías, las voces de los vendedores ambulantes, el canto de los pájaros, los ruidos todos, armonía complicada de la vida, que momentos antes llegaban en confusión hasta el amplio recinto, habían cesado.

Un calofrío de terror estremeció a todos.

—¡Venid a recorrer la ciudad —prosiguió Arides —y os convenceréis!

Le siguieron consternados.

Las calles y las plazas estaban sembradas de cuerpos rígidos, inertes. Los tranvías habían descarrilado por falta de dirección, un automóvil se había estrellado contra un muro, otro había volcado y las ruedas seguían girando al aire vertiginosamente... Algunos transeúntes se mantenían de pie, inmóviles. Ismael, el más joven de los sobrevivientes, tocó a uno de estos cadáveres, y lanzó un grito de horror al verle desplomarse pesadamente.

Arides se sonrió y los animó a continuar la marcha.

Entraron en las tiendas y en las casas que encontraron al paso. La escena se repetía: por todas partes aparecían cuerpos rígidos, inertes, unos que habían caído y otros que conservaban la posición en que los sorprendiera la catástrofe. En las tiendas, comerciantes y vendedores se mantenían agrupados en actitudes diversas, sonrientes unos, otros graves y flemáticos, como si se dispusiesen a continuar su charla. En las casas, los moradores parecían entregados a sus ocupaciones domésticas. A no ser por los cadáveres que se habían desplomado y por la rigidez de los que se mantenían en actitud vital, se

podría aún dudar del cataclismo. Una sirvienta se inclinaba ante el fogón. Una joven planchaba a su lado. En un gabinete aparecía un señor grave que leía repantigado en un sillón. En otra estancia preparaba su tocado íntimo una dama elegante...

Vueltos a la calle, un cortejo fúnebre, cuyos acompañantes habían caído unos encima de otros, les impidió el paso obligándoles a dar un rodeo:

—¡Son muertos que acompañan a un muerto! —exclamó Arides irónicamente.

No faltaban gentes asomadas a los balcones, ni manos extendidas de mendigos que pedían limosna sentados contra los muros o en el quicio de las puertas. Aquí y allá se veían perros inmóviles en la aptitud de la carrera, avellanas muertas, coches parados como si el cochero se hubiera caído del pescante por un resbalón del caballo... En la puerta de una peluquería el dependiente del barbero se apoyaba contra el marco, sonriendo a una modistilla que yacía tendida sobre la acera...

Al desembocar en una plaza, se vieron forzados a detenerse ante una compacta masa de cadáveres allí agrupados, muchos de ellos de pie y en actitud expectante como si aún escuchasen a un orador silencioso que extendía los brazos desde un gran balcón.

—Ahí están los huelguistas —observó Arides —el del balcón es el Alcalde.

Tuvieron que volver sobre sus pasos, y al doblar una esquina se encontraron con un grupo de soldados que tal vez se dirigían a la plaza para reprimir la demostración de los obreros. Yacían en tierra, fusil en mano, semejantes a un grupo de heroicos combatientes muertos bajo el fuego enemigo. El oficial que los mandaba aparecía recostado sobre sus soldados con la cabeza erguida y la espada en la diestra.

A alguna distancia se levantaba una iglesia y a ella se dirigieron, penetrando decididos en el recinto. Un sacerdote se erguía ante el altar. La luz

oscilante de los cirios iluminaba vagamente las caras estáticas y compungidas de los fieles en plegaria. Arides y sus acompañantes permanecieron allí un rato, curioseándolo todo. Se habían acostumbrado al espectáculo y se sentían fuertes ante la general mortandad:

—¿Has visto ese viejo? —dijo uno de los hombres a su compañera.

—¡Parece un santo! —contestó ella.

—Por eso está mejor en el otro mundo —exclamó Arides. —Vamos.

Salieron y continuaron su marcha. Calles y calles se sucedían, y por todas partes se reproducía el mismo espectáculo.

—¿Estáis ya convencidos del éxito de mi obra? —preguntó al fin Arides a sus acompañantes.

—Sí —contestó uno —ya no cabe duda. Pero ahora lo malo será cuando estos cadáveres se descompongan. Tendremos una epidemia.

—Todo está previsto. Podría incendiarlo todo en un momento, pero no es preciso: me basta mandar la misma corriente por espacio de unos minutos para que todos esos cuerpos queden reducidos a polvo. Vamos a mi laboratorio y lo veréis.

Efectivamente, agrupados todos en el laboratorio, hizo Arides funcionar su aparato durante unos minutos. Después volvieron a recorrer la ciudad.

El aniquilamiento era completo. Allí, donde habían estado los cuerpos, sólo quedaban montones de trapos.

Arides dirigió entonces a sus camaradas un largo discurso, diciéndoles que se instalasen donde quisieran e hicieran lo que les diera la gana, de acuerdo con sus doctrinas; que todo era de ellos, y que a ellos les tocaba iniciar una nueva generación libre y feliz.

—Aprovechad cuanto encontréis a mano —terminó —pero no amontonéis dinero, pues que ya no ha de servir para nada. ¡La tierra es nuestra!

El grupo se disgregó después de breve deliberación, husmeando cada cual un acomodo, con arreglo a sus gustos, y Arides se volvió satisfecho a su casa, llevando consigo a la compañera elegida.

La nueva sociedad se había instalado y multiplicado a su gusto, no sin algunas contiendas por el reparto de las cosas y por las mujeres, aun cuando Arides había procurado evitar disgustos.

Las luchas más serias se suscitaron cuando tuvieron que comenzar la fatiga de labrar la tierra en vista de que las provisiones se iban acabando. No tardaron, por último, en aparecer la ambición y el orgullo con su séquito de envidias y rencores, y como consecuencia la lucha del hombre por tiranizar al hombre, en la cual llevaron la peor parte los humildes y los débiles. Parecía que la Naturaleza se complacía en imponerse a aquellos rebeldes que habían querido burlarla.

Las doctrinas de Arides ya no tenían eco.

Había luchado Arides para establecer la nueva sociedad con arreglo a su ideal, pero estaba cansado: veía lo inútil del empeño; presenciaba apenado el resurgir de los instintos más brutales entre aquellas criaturas libres que no comprendían que al pretender tiranizarse se convertían en esclavos; había tenido necesidad de imponerse y sabía que le obedecían por miedo, que ya no era un hermano para sus compañeros sino un enemigo, y que él mismo veía otro enemigo en cada uno de ellos... y se arrepentía de su obra.

Una noche, reunidos todos en torno a Arides, discutían como de costumbre:

—Yo ya no os aconsejo nada. —decía Arides, contestando a una interrogación —Vosotros pretendéis establecer de nuevo las pasadas costumbres, no queréis vivir en paz, estáis llenos de ambiciones, rompéis con nuestra tradición empezada ayer, restablecéis la propiedad, hacéis que nuestras ansias de

perfección sean vanas, continuáis la historia bárbara y despiadada de cien siglos de servidumbre y de mando, y deseáis transmitirla a vuestros hijos...

—La culpa la tiene éste —exclamó uno —pues se empeña en apropiarse de todo lo bueno que encuentra a mano. ¡Como que se ha instalado en un palacio y no deja entrar a nadie!

—¡Ese palacio es mi casa! —repuso el inculcado. —¡Me lo he apropiado como tú te has apropiado otras cosas, y allí no entrará nadie porque tengo perfecto derecho a vivir en paz y como me acomode!

—Yo protesto —manifestó otro —de las molestias que me impone Manlio. Se empeña en que yo he de ser su criado, todo porque él es más ilustrado y más inteligente que yo.

—¿Y qué harías tú, bruto imbécil, si yo no te guiase? —gritó Manlio.

—Lo malo está —dijo Ismael —en que el trabajo se reparte mal, porque no todos tienen la misma voluntad de trabajar. ¡Si yo produzco diez, quiero mis diez!

—Si tú produces diez —contestó Manlio —debes conformarte con uno y recoger los otros nueve de la producción de los demás.

—Pero si los otros no producen como diez o la producción es inferior o a mí no me hace falta, siempre saldré yo perdiendo en el reparto porque produzco más. Ahí está Sixto que le da ahora por ser poeta: ¡voy yo a darle parte del producto de mi trabajo a cambio de unos versos, que a mí no me sirven para nada y que ni siquiera sé, ni me importa, si son buenos o malos? ¡Eso no es trabajo!

—Yo, por mi parte —interrumpió Esther, la más bella y codiciada de las sobrevivientes —deseo separarme de mi compañero Honorio.

—¿Por qué?... —exclamó Honorio con mirada centelleante.

—En uso de mi derecho. Arides ha dicho que todos somos libres.

—¡Di que has perdido la cabeza al verte tan obsequiada por todos!

—¡Eso es verdad! —asintió Aciscla con ira. —A mi hombre lo has trastornado, pero chasco que te llevas si crees que yo lo voy a consentir...

—Tiene razón Esther —observó otro —ella es libre, y si quiere separarse de Honorio nadie tiene por qué impedirlo.

—Se separará de Honorio —gritó una voz varonil —pero no para irse contigo...

—¡Eso lo veremos!

—¡Ni con uno ni con el otro! —exclamó otra voz —Esther me ha prometido ser mi compañera si se separa de Honorio.

—¿Y crees que yo te voy a permitir que me dejes plantada?... —chilló una voz femenil, vibrante de ira.

—¡Soy muy dueño de hacerlo!

—¡Aquí no hay derecho sobre nadie!

—¡Pero hay deberes!

—¡Es que Esther parece que se ha propuesto volvernos locos a todos! ¡Querrá ser la reina!

—¡Lo es por su belleza! —gritó Sixto.

—¡Ya viene éste con sus ínfulas de poeta!

—¡No admitimos reyes ni reinas!

—¡Será de quien se la gane!...

—¡Mía! ¡A ver si hay quien se atreva a disputármela!

—¡Yo!

—¡Y yo!

—¡Y nosotros!...

La confusión fue espantosa, los puños cayeron como mazas sobre los rostros irritados, y las bocas profirieron toda clase de imprecaciones y denuestos.

Arides se impuso con gesto irritado y voz amenazadora, y los contendientes se fueron cada uno por su lado, refunfuñando como fieras que sólo esperan la ocasión de destrozar al domador.

Aquella noche se retiró Arides a su casa más abatido y desengañado que nunca. ¿De qué le habían servido tantos años de sacrificio y estudio? ¿Qué esperar de aquellas criaturas tan brutalmente egoístas? ¿Qué hacer?... Es verdad que él podía ser el árbitro, el rey, el tirano, lo que quisiera, imponiéndoseles por el terror, pero antes que volver al estado de cosas que tanto había odiado, prefería acabar con todo. La nueva generación se presentaba con instintos atávicos y tan poco podía confiar en ella. Su misma compañera le había abandonado...

Se acostó, pero no pudo dormir: con el desengaño se había apoderado de él la desesperación, sus nervios estaban crispados y un deseo insaciable de destrucción lo poseía y lo inflamaba.

—¡No hay duda! —exclamó al fin saltando del lecho —el egoísmo, la crueldad, la ira, la envidia, el odio, los instintos bestiales, son fatalmente ingénitos en la naturaleza humana. Debí pensar en transformar, no a la sociedad, sino al hombre... ¿Pero está esto en mi mano?... ¿Y vale la pena de que subsista ese montón de seres que sólo piensan en explotarse, oprimirse y despojarse unos a otros?... ¿No puedo yo aniquilarlos? ¿Y puesto que puedo, no tengo derecho a hacerlo?...

Se irguió con gesto irritado y mirada iracunda, abrió la ventana, contempló durante largo rato el paisaje a la luz de la luna, como si quisiera dar un postrer adiós a la vida, y se dirigió al fin, a tientas, al laboratorio.

Al penetrar en la amplia estancia se le oprimió el corazón: allí estaban sus máquinas misteriosas, los dóciles aparatos a los cuales él había considerado como sus más fieles amigos, pero también le habían hecho traición: había soñado destruir para edificar después, y sólo le era dado lo primero...

En las sombras, con la certera seguridad del que maneja instrumentos que le son habituales, afianzó poleas, ajustó engranajes, estableció contactos, y asiendo resueltamente la manivela de un volante lo hizo girar con la energía de un frenético.

El aire se incendió entonces como si fuese un gas inflamable, violentas sacudidas agitaron el suelo con el estridor de monstruoso terremoto y la ciudad quedó convertida en inmensa hoguera...

Fin

Edgar Neville

(Madrid, 1899-1967, España) Conde de Berlanga y de Duero, narrador, libretista, cineasta y diplomático, Neville fue ante todo un bon vivant que escribía entre tertulias, tabladitos y reuniones sociales. De joven trabajó amistad con Ramón Gómez de la Serna y José Ortega y Gasset, y más adelante con algunos miembros de la Generación del 27, entre quienes especialmente admiró a García Lorca, aunque se halló más a sus anchas entre humoristas como Mihura y Antonio Min-gote, con quienes fundó la revista humorística La codorniz. Su obra, como su vida, se destaca por su tono ligero y desenfadado incluso en las circunstancias más críticas, como podemos apreciar en este relato de 1965.

Se venía diciendo hacía mucho tiempo: la gente se moría cada vez más y cada día se hacían menos abriguitos de punto. Por si era poco, vinieron dos guerras seguidas de epidemias; la muerte era el pan nuestro de cada día. Hasta los que tenían que dar ejemplo de vida, que son los centenarios, se morían también; era espantoso; se morían hasta los portugueses...

Era tan inevitable la catástrofe, que la gente la había aceptado sin histe-rismo; pero el tono de la vida había cambiado, adaptándose a la realidad. Ya no se daban citas, ya no se decía: «hasta mañana»; la gente vivía al día, a la hora, preocupándose sólo de morirse lo mejor posible, de morirse sobre el lado derecho.

Hubo un momento en que apenas quedaba nadie, y los pocos que eran se reían al cruzarse en la calle, estoicos ante lo inevitable.

—Y usted, ¿cuándo se muere? —se oía decir de vez en cuando.

La tierra se puso nerviosa y se sacudió varias veces; Italia dejó de tener la forma de una bota.

Y una mañana no hubo nadie para hacer los desayunos: es que se había muerto todo el mundo.

Había un silencio tan grande, que parecía que alguien iba a dar con la batuta en un atril; pero nada, ni un pitido, ni una orden, un silencio asombrado. Después de haber oído bien el silencio se percibía el tenue siseo de una cañería rota, que lo imponía más.

Las cosas esperaban al hombre, como todas las mañanas; lo esperaban angustiadas, sin comprender nada, destemplándose. Máquinas, casas, calles, ciudades, en espera, a punto de echarse a llorar.

Por las calles volaban frases últimas en demanda de un oído, y sombras de cuerpo, sin amo, corrían en su busca hasta encontrar la muerte al mediodía. Las alcantarillas daban el último suspiro de la ciudad.

La torre Eiffel, cruzando la boca de París, imponía el silencio de Occidente; el Sena corría de puntillas. De las estaciones habían salido todos los trenes. Era el 1º de mayo de la muerte. Los muertos dormían.

Los carteles aumentaban el drama, prometiendo lo que ya no se podría dar: retratos de actores y actrices desaparecidos, y las ¡100 *girls*, 100!, del Casino, que habían caído en fila como los soldados de plomo.

Sólo había vida en los relojes que tienen cuerda para muchos años, y su tic-tac eran los puntos suspensivos después de la palabra vida. A cada hora se ponían a sonar como unos tontos, recordando la hora que era a nadie, y a lanzar señales de auxilio con su telégrafo de banderas. Los segundos eran el pulso de la Tierra.

Un despertador que aguardaba el momento de dar su broma se desbordó en la habitación de Susana, tan violentamente, que la muchacha se incorporó.

Susana no había muerto, porque alguien había de ser el último en morir, y ése era precisamente su caso. Ella había seguido su vida ordinaria a través de la catástrofe. Por la noche había bailado y bebido en el mismo cabaret de

siempre, y casi siempre había vuelto a su casa en compañía de un señor que nunca era el mismo y que la había abandonado a la mañana siguiente, dejándole 50 francos encima de la cómoda. A veces menos.

No leía periódicos, y sólo se levantaba para ir a su cabaret; el mundo, para ella, terminaba allí, en la puerta que da a las cocinas.

La noche anterior sólo habían sido seis o siete; faltaba el dueño y dos o tres parroquianos. A Susana no le había importado volver sola, porque al día siguiente quería levantarse temprano para ir a comprarse unos zapatos.

El despertador seguía gruñendo en el suelo, tratando de incorporarse, y eso acabó de desvelar a Susana, que miró a su lado para ver si había alguien y luego se levantó.

Susana, pensando que era el primer día que salía temprano a la calle y que iba a pasearse por tiendas y calles, quiso esmerar su *toilette*, eligió sus mejores medias y se pasó una hora larga ante el espejo maquillándose.

Mientras tanto, la hierba aplastada por la ciudad, dándose cuenta de lo ocurrido, pugnaba por levantar su losa.

Susana salió a la calle. Parece domingo —pensaba, al notar el silencio.

Caminaba sin darse cuenta del drama. Miraba a derecha e izquierda antes de cruzar las calles. No se daba cuenta de su soledad, a causa del reflejo de los escaparates, que multiplicaban su imagen y le producían sensación de multitud. Era como si una amiga fuese con ella. Entró en los Grandes Almacenes. Las altas bóvedas infladas de silencio parecía que iban a subir.

En los mostradores estaban los postreros retales con el último sobo humano. Los cartones de los precios eran las esquelas de las cosas. Susana empezó a sentir miedo y trató de vencerlo, haciéndose la distraída, interesándose en los objetos expuestos.

Cruzó el patio central tocándolo todo, pero sus tacones hacían tanto ruido que parecía que la seguían. Huyendo de sí misma, caminando de puntillas, llegó al departamento de los trajes de señoras. Allí había docenas de

maniqués de cera, y respiró más tranquila porque le parecía haber entrado en una casa donde hubiera una fiesta.

Susana se sentó en una butaca y empezó a hablar. Contaba cosas a las muñecas, teniendo mucho cuidado de no hacerles preguntas. Sin embargo, en los silencios volvía el miedo y los maniqués aumentaban su aspecto de desalmados, de muertos sorprendidos en un gesto difícil.

El que nadie le contestase le dio miedo y salió a la calle gritando. Corría en busca de alguien con quien hablar, pedía socorro en las encrucijadas, llamaba a todos los teléfonos para caso de incendio y siempre el silencio negro.

Se sentó en un banco al aire libre, tenía menos miedo; pero pensó en la noche y comprendió que no podría pasarla en la ciudad, especialmente por las esquinas que era lo que le hacía echar más de menos a la humanidad. Aquellas esquinas sin nadie detrás, sin la posibilidad de esconder a nadie.

Susana cogió un automóvil abandonado y partió en busca de alguien. Al principio todavía tocaba la bocina en los cruces, y sacaba la mano en las vueltas; al reflexionar, se indignaba con ella misma, y su mal humor le alejaba el miedo.

Rompió el espejo retrovisor, tiró el sombrero a la calle y se quitó el traje; era su respuesta al estado de cosas. En la plaza de la Ópera se quedó completamente desnuda. —Si queda alguien ahora viene, pensó. Pero nadie llegó a la oportunidad y en vista de que no la querían desnuda entró en la mejor peletería y se puso el abrigo más caro. Pero nada. Huyendo de la noche en la ciudad, se alejó de ella en automóvil, no sin derribar un quiosco de periódicos llenos de noticias que ya no interesaban a nadie.

II

A cien por hora regresaba hacia Oriente todo lo que quedaba de la humanidad, lo que quedaba después de millares de años de la emigración humana en sentido inverso. Era un regreso al hogar; aquel fin de raza se había enrollado las medias por debajo de las rodillas para no romperlas.

Munich, Viena, Budapest; a las ciudades muertas les crecía la barba, y el auto de Susana espantaba perdices en las plazas de la Ópera. Las ruinas traen el otoño, y los pájaros cantaban sobre la ciudad como sólo cantan en un octubre húmedo.

En las casas se habían quedado encerradas las moscas y sus cabezazos contra los cristales eran como un reloj más, con cuerda aún.

En las torres de las iglesias, las campanas parecían bailarinas ahorcadas.

A la tierra se le había quitado la fiebre y descansaba tranquila; nacieron árboles y nacieron piedras. Se movió lo inanimado y los continentes, al notar que no había nadie para corregirlos, cambiaron de estructura.

Los mapas, en las escuelas desiertas, tomaron pátina de grabado antiguo. Una estrella bajó a mojarse las puntas en el mar.

Entonces Inglaterra, no pudiendo resistir el sonrojo ante el caos, se hundió en el agua.

Susana se quitó el *soutien*⁴⁴ en Budapest y lo dejó abandonado en la vía pública.

Poco a poco había ido perdiendo el miedo y ahora distraía su rauda huida cantando cuplés del bulevar.

Así llegó a Constantinopla, donde los perros habían muerto sobre las tumbas de los turcos, como si durmieran: en forma de media luna.

⁴⁴ Sostén, brasier.

Por esa calle que indudablemente lleva a Asia, Susana enfiló su automóvil. En medio del puente tuvo que detenerse. Había una bicicleta tirada a través del paso. Un caballero inflaba un neumático.

—A su edad podría usted saber no interrumpir la circulación —dijo Susana enfadada. El caballero cesó en su tarea y miró a la muchacha, que se echó a llorar y se echó en sus brazos.

Juntos siguieron el viaje; el desierto sonreía como el que está de vuelta de las cosas.

El caballero, profesor de Historia, hacía vagos gestos de mano. Citaba grandes nombres inmortales, que sonaban extrañamente en aquella desolación. Explicó a Susana el ciclo de las civilizaciones y tuvo frases de elogio para los griegos.

Susana poseía un concepto menos amplio de la humanidad. Sus grandes admiraciones eran para una prima suya, casada con un hombre que se emborrachaba mucho, pero que estaba empleado en la Dirección del Catastro. Esa prima hacía unos bordados como nadie en París, y en cuanto a coger un punto en una media, no había quien la igualase... La conversación de los dos últimos humanos quedaba detrás del automóvil, vibrando un momento, para caer después y confundirse con la arena.

El aire ceñía el fino tul al cuerpo de Susana.

—¿No le da a usted pena —prosiguió ésta— pensar que somos los últimos?

—Tal vez tenga remedio —contestó el caballero galantemente.

—Además —añadió intencionadamente—, los últimos serán los primeros.

Hubo un silencio embarazoso y llegaron a la confluencia del Tigris y el Éufrates. Allí se les terminó la gasolina.

Se sentaron en el suelo buscando temas de conversación; el caballero era el que los encontraba con más facilidad, diciendo de vez en cuando:

—Pues, sí; eso de que somos los últimos es porque queremos, señorita... Tal vez fuera porque Susana había dejado el abrigo en el coche.

Y en esas estaban cuando llegó un señor de barba larga y aspecto bondadoso; junto a Él, el ángel de la espada de fuego. Venían del Paraíso terrenal, que está allí mismo.

Susana no lo reconoció al pronto.

—¿Quién es usted? —fue lo primero que le dijo.

El Señor estaba sonriente, lleno de buena voluntad.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó, y a su voz se hizo el eco donde no lo había.

—Señor —balbució el caballero—. Yo soy alemán, luterano. Esta señorita es francesa y católica; nosotros...

Dios interrumpió cortésmente:

—Ustedes me dispensarán si les digo que no entiendo nada de esto. Quiero saber qué hacen ustedes fuera del Paraíso, que es más bonito y más agradable que el descampado.

El ángel terció:

—Señor, los expulsó porque se comieron la manzana.

Dios: —¿Qué manzana?

Y el ángel, con un gruñido: —La manzana.

Dios rió de buena gana, y les empujó suavemente, diciéndoles:

—Vaya, vaya; veo que han intentado interpretar con demasiada severidad el reglamento; volved a entrar, hijos, y aquí no ha pasado nada.

Y una brisa nueva remozó el planeta, mientras que Eva entraba buscando fruta.

II. Relatos apocalípticos

La extinción de las especies

SOLANGE RODRÍGUEZ PAPPE

(Guayaquil, Ecuador, 1976) Narradora de lo extraño, su obra se desarrolla principalmente en el relato corto. Su volumen de cuentos Balas perdidas recibió en 2010 el premio nacional Joaquín Gallegos Lara, y en 2019 obtuvo la mención especial de este mismo premio por La primera vez que vi un fantasma, su libro de cuentos más reciente. Su interés por el fin del mundo le ha llevado a acercarse a este tema también desde el ámbito académico, como muestra su tesis de maestría Sumergir la ciudad. Apocalipsis y destrucción de Guayaquil publicada en 2019 por la Universidad Andina Simón Bolívar. Entre sus títulos se cuentan Tinta sangre (2000), Dracofilia (2005), El lugar de las apariciones (2007), La bondad de los extraños (2014) y Levitaciones (2017). Mantiene también el blog «El lugar de las apariciones» que puede seguirse en <<https://ellugardelasapariciones.blogspot.com/>>. Este cuento, inédito hasta ahora, nos fue cedido personalmente por la escritora para esta antología.

Como no entendía a cabalidad todos los refinamientos que podía tener mi alimentación, pensaba que no había nada mejor que las niñas, criaturas de esqueletos endebles, tontas como ratones ciegos. No sé en cuál tiempo me hallaba entonces, pero yo estaba muy esmirriada, nada parecido a mi preñez actual. Anocheceres y amaneceres siempre se me han hecho confusos porque ocurrían a espaldas de mi lomo. Lo único que sabía de mí es que existía,

hambrienta, debajo de trozos agrietados de tierra. Escuchaba agazapada las conversaciones humanas: gruñidos y balbuceos, si es que esos primates engarrotados de apéndices colgantes hubiesen podido dialogar.

Creyeron que yo era la causa de los movimientos del suelo y de que se secaran las lluvias; creyeron que yo mandaba a las bestias con alas que por las noches mordían a los más pequeños y les causaban enfermedad; creyeron que tenía poder sobre el viento loco y sobre la sequedad que les tostaba los campos y les dejaba los ríos hechos un hilo. Pensaron que podía detener a la voluble naturaleza, cuando yo apenas sé que he estado babeante por algo de comida, desde que me recuerdo. Dormir y estar famélica, no he conocido más estados. Entonces una hembra vestida con huesos que bailaba frente a las llamas cuando la luna era una burbuja, pudo predecir mi barriga en sus sueños y supo que para mí estaban escritos grandes designios salvajes. Ella me envió a las tres niñas flacas, ataviadas con flores. Las ató por la cintura, las deslizó pendiente abajo por una vagina larga de tierra y las puso justo a la entrada de mi boca. Fueron bien recibidas. Así fue como me avivé.

Pasaron heladas y primaveras. Empecé a llenarme con cualquier cosa y a crecer. Comí salamandras escuálidas que eran las únicas que podían bajar hasta aquí sin despeñarse y también tuve que tragar piedras para mantenerme llena. Entonces el lodo tembló y se trizó el cielo. En pleno hundimiento, los que vivían arriba gritaron y también escuché los ayes desde las turbulencias espumosas del mar. Comí tantos terrones que quedé completamente cubierta de rocas y yo, la grandiosa, la enormísima, fui entonces una cueva cualquiera como tantas otras, con la única diferencia de que las entrañas ávidas me cantaban desde dentro; aunque en algo también debía ser repelente porque pese a mis trampas apetitosas (en su momento había reverdecido y estaba cubierta de un follaje vivo), no ingresaban ni los animales más idiotas.

¡Qué no hubiera dado en ese entonces por comer algo afelpado y aromático como un oso! En su lugar vinieron termitas que me cayeron delicadas en la lengua y luego grillos tostados y chirriantes que entraron por mis orejas.

Dormitaba famélica cuando vino a mí en ese trance una sombra alargada, una mancha sinuosa y elástica con orejas puntudas como cuernos que apuñaló mis tinieblas con sus ojos luminosos. La miré con la humedad de mi adormecida conciencia. Sabía que sobre mí se reproducía y se destruía la humanidad porque percibía su movimiento y su peso. Nosotras no pertenecemos a esa realidad regular, me dijo. Sentí respeto por esa bestia divina y me incliné ante ella porque un dios no puede devorar dioses. ¿Qué haces, lamentable moribunda?, me instigó con el alto lenguaje de los grandes. Te ha sido dado el don de penetrar los sueños desde siempre y tú estás desfalleciente al pie de tanta carne buena. Llámalos, llama a los que han de nutrirte con tu seda onírica y vendrán a ti alelados y dispuestos. Recuerda que los sueños, los veleidosos sueños pueden tomar la forma de todas las cosas.

Y le hice caso a esta hermana cazadora de buenos dientes y así ya no dejé de tentar jamás. La vez en que un grupo de muchachos de corazón amargo buscó refugio en mi sitio probé por primera vez la pulpa dura y musculosa del hombre, el sabor ácido y salado de su almizcle. Supe así que yo era hembra. Desde entonces no he querido nada más en este mundo, eran mucho mejor que las niñas engullidas hacía tiempo, más complejos.

Sobre mí pasaron las eras, se armaron y desarmaron poblados ejércitos, escuché hablar de Kutakasi, la divina y de la lejana Ur; de otros lugares donde los humanos se multiplicaban en más humanos hasta casi aplastarme. Pero pese a tener cerca tantas viandas, hubo mala suerte y sobre mi grupa portentosa armaron una religión de enormes torreones de un dios engreído y castrado. Por centurias se movieron sobre mí agrias mujeres célibes dedicadas a su servicio. Con sueños lujuriosos humedecí a una y la atraje sonámbula hasta mi sótano. Su suavidad de pulpa podrida era tan nauseabunda que la escupí ni bien puso su pie en mi tierra. Ella corrió a contarle a las demás de su encuentro con el demonio de tierra. Me tapearon; me clavaron estacas; pusieron entre su mundo y el mío la contención del acero. Tal fue la pusilanimidad de estas mujeres desagradables.

Solo me consolaba mi movimiento interno, los que ya había deglutido y que trajinaban por mis recovecos acomodándose, recordándome que estaba aún viva y a la espera de que mi siguiente hombre penetre. Me quedé quieta sabiendo que quien quiera que fuese yo, aunque fallezca, no puede morir. En mis nieblas cubiertas de hojarasca aguardé y escuché la violencia del metal junto con los ruidos eléctricos que aturdían al mundo. Cuando regresé a la vida, habían pasado decenios y supe que deliciosos hombres nuevos estaban cerca. Ya existían millones de ellos.

Entonces yo ya era otra, era una casa rodeada por otras casas, solo que era mejor, porque yo era un organismo completo. Un hogar con cerebro y con estómago. Nuevas gentes rompieron todo lo que las monjas habían emparejado y contenido, e hicieron adecuaciones. Mis agujeros quedaron totalmente abiertos. Entonces descendió hasta mí una segunda mujer y pese a que tenía sangrado y estaba en sus días de hiel, yo debía comerla rápido para mantenerme despierta porque tanto sueño debilita. Procedí con asco. Los músculos, los tendones, las vísceras, el pulso de la sangre, las aberturas, los asientos de la grasa y los genitales de esa presa me levantaron de mi letargo y me volvieron otra vez mineral y tibia.

El hombre que había elegido como mi siguiente regalo quiso dormir por voluntad propia para encontrarse conmigo, porque a veces él soñaba raro. Yo diría más bien que tenía pesadillas, pero los hombres no hablan de cosas que los hacen sentir vulnerables ni con sus compañeras más íntimas, más aún si están recién casados. Jamás le diría a su nueva esposa que tenía la sospecha de que existía un cuarto secreto, inexplorado en la casa que estaban estreñando y que él lo visitaba seguido cuando dormía. Tampoco le contaría, ni en el estado más enajenado, que su primera mujer lo abandonó, que se la tragó la tierra sin dejar razón.

Necesitada, yo lo obligué a que venga a mí, inconsciente y descalzo. Que descubra que siempre he estado esperándolo, perezosa y expectante con mis

elásticas dimensiones anilladas; con mis recovecos; con diversos pisos, desniveles y transoceanidades. Una vez que me exploró, caminando dormido, fui un galpón lleno de caballos de crines cremosas y doradas; y otra, una juguetería en ruinas por la que circulaba, empujada por un soplo de nostalgia, una colosal pelota amarilla.

De madrugada me perseguía excitado por la casa oscura, pero no pudo encontrarme de manera simple, como suele pasar con el amor. Así que cuando la nueva esposa le ordenó que vendiera nuestro hogar, porque había algo desagradable en el olor, algo como de intimidad de mujer, él se negó porque temía perderme.

Lo llamé definitivamente: ven, ven a mí, héroe con tu espada firme, que tengo infinitas versiones, tantas como jamás podría tenerla una mujer que cambia cada 28 días. Lo llamé con fuerza desde mis oquedades relucientes, donde algo parecido al agua represada se escurría. La penúltima noche antes de la venta de nuestra casa él acudió dispuesto a derramarse. En esa ocasión, yo fui una primorosa habitación nupcial que accionó a sus espaldas aldabas y pestillos, conteniéndolo.

Así que, finalmente, luego de tanto antojo me alimenté de sus deliciosos músculos, de sustancias dulzonas y succulentas que me desataron contracciones eufóricas: entre mis cimientos, madera, cemento, acero, casquillos de balas, pequeños pájaros, bichos rastreros, niños sin nombre que se aburrían y me pateaban las entrañas, un hombre amado, amadísimo se reencontró con la mujer que creía lo había abandonado y ambos, luego del pasmo inicial, se acostumbraron a errar por mi oscuridad, eternamente enlazados. Serán mi pareja primigenia.

Me encumbraré. Ahora escucho cómo los devorados se comunican, entre sí, a gritos histéricos, mientras la maravilla de mi vientre, una ciudad engrandecida, se engorda y se empipa⁴⁵. Por fortuna, cuando quiera puedo buscar

⁴⁵ *Empipar(se)*: ingerir alimentos o bebidas en exceso. DA-RAE.

mi propia inconsciencia y dejar de escucharlos. Más bien, yo espero tener pronto mi propio sistema solar con estrellas hechas carne refulgente, saliva y venosidades azules. Criar una civilización propia en mis entrañas que pueda arrinconar al mundo que me pisotea cuando las niñas que una vez tragué tengan niñas. Los devorados serán mis sacerdotes y sus hijos paridos dentro de mí, mis siervos. Yo los proveeré y seré rigurosa y justa como se espera de cualquier deidad magnífica. De momento, por lo bien que conversan y se llevan todos, los designios salvajes transcurren según se vieron alguna vez en las flamas primarias. Gestamos la extinción de las especies.

Umazisi

RANDALL ARGUEDAS PORRAS

(Costa Rica, 1977) Investigador en el Zoológico Nacional y Jardín Botánico Simón Bolívar, es de profesión veterinario especialista en fauna silvestre. Además de varias publicaciones de índole académica en su disciplina, Randall Arguedas ha publicado «Umazisi» y el poemario Palabras de luna.

—Despiértese, ya es muy tarde, cómo es posible que esté durmiendo a estas horas el día de su cumpleaños, y más cuando se cumple la mayoría de edad ¡Hay que ir a celebrar! ¡Despiértese!

—¿Qué? ¿De qué me habla? ¿Ya amaneció?

—¿Cómo que si ya amaneció? ¡Ya son las dos de la tarde del 21 de diciembre del 2012, hombre, y es su cumpleaños! O ya se le olvidó, le mandé como mil mensajes al Facebook, a Twitter, al teléfono, le dejé mensajes de voz y nunca me contestó, entonces decidí venir a buscarlo. ¿Qué, tiene resaca? ¡No invitó ¿verdad?, me hubiera llamado y me hubiera dicho que quería celebrar desde ayer!

—No entiendo de qué me está hablando.

—¡Por Dios, Uma, qué se fumó! Vamos, vaya y se baña, yo lo espero, y vamos a comer a McDonald's, es lo más cerca y lo más barato, porque la plata hay que guardarla para la noche. Vaya, vaya, apúrese.

—Sí, está bien, ya voy.

Umazisi no sabía lo que hacía, pero de algún modo lo podía hacer y no se equivocaba, como cuando uno se levanta dormido y sabe donde están las cosas aunque no las vea.

—¡Listo hermanito, vamos a comer!

—Bueno, vamos.

—¿Vio qué buen radio le compré al carro? —le decía mientras parqueaba el auto en el estacionamiento del restaurante— Tiene USB y puedo controlarlo con este control remoto desde el volante. Además, tengo este nuevo iPod. Oiga lo que le tengo para hoy.

—Sí claro, qué bueno, ¿y esa música?

—Sigue mal usted, pues es su grupo favorito, no se acuerda que fuimos al concierto el año pasado, se lo puse para que fuera oyendo feliz, y se fuera ambientando, y para que se le quite esa resaca de una vez por todas.

Umazisi seguía de algún modo entendiendo las cosas, pero no las comprendía del todo, aunque tampoco le impresionaban.

—Llegamos Uma, bájese, cuidado con la puerta, acuérdesse que está mala y parece que usted está medio mareado.

—No ando mareado, solo me siento raro.

—Buenas —se dirigió a la muchacha que atendía en la caja—. Me da un combo tres, a lo grande por favor. ¿Y usted Uma, qué quiere? ¡Yo lo invito!

—Pues no sé, lo mismo.

—¡Que sean dos entonces!

—¡Que refresco más dulce!

—Pues claro, si es Coca-Cola, lo que pasa es que como tiene la lengua seca, le sabe así.

—¡Ah sí, y lo demás sabe a sal!

—Déjese de tonterías, venga para que vea esta nueva chica que conocí por Facebook, está preciosa. Dice que está en el colegio todavía, pero yo la veo más grande. Es medio pelirroja, y está muy bien de cuerpo. De fijo apenas me vea se va a enamorar de mí, y más que le dije que tenía un BMW y que mi papá era diputado, claro después le invento algo y se le olvida que eso no es cierto.

—A ver —dijo acercándose a la computadora portátil.

—Qué raro, no sirve el WiFi, seguro está caído el sistema —intentó conectarse varias veces y después trató con el celular pero tampoco le funcionó, entonces le preguntó a un mesero que pasaba cerca de ellos: —Disculpe señor, ¿hay Internet?

—No joven, parece que se cayó el sistema, pero voy a llamar a ver que pasó —el mesero tomó su teléfono e intentó llamar—. Qué raro, no sirve el teléfono tampoco. Deben ser esas ráfagas de viento que han estado soplando toda la mañana, seguro botaron cables o algo así. Voy a poner las noticias, a ver. —Solo se veían manchas y colores sin sentido en la pantalla— Pues parece que no sirve la televisión tampoco, que extraño.

—Es cierto, y en el radio solo suena estática. Bueno debe ser algo de lo que usted dice, voy a terminar de comer, gracias. Después se la enseño Uma, parece que se fue la luz o algo así porque no sirve nada. Esto es típico en este país, no puede hacer un vientillo porque ya no sirve nada, por eso yo ya no voto, no ve que todos los gobiernos lo que hacen es robarse la plata, son como un cáncer para la sociedad, eso es lo que son, y nos van matando poco a poco sin que nos demos cuenta, hasta que estemos muy mal, como a mi mamita, se acuerda Uma, que le dio cáncer en una teta... Maldito cáncer, me la quitó... Bueno ya, porque me voy a poner a llorar y hoy no es el día para eso.

—Está bien, tranquilo. ¡Que lleno quedé, pero me duele el estómago! Siento como si me hubiera comido tres platos que se transformaron en esta hamburguesa y estas papas.

—¡Pues si le duele el estomago es por culpa de la fiesta que se pegó anoche, y sin mí! Bueno vamos, hoy por primera vez puede comprar licor, cigarrillos y entrar a los *nightclubs* sin ningún problema. ¡Ya es todo un hombre! ¡Y va a ver después, en ese *nightclub* le voy a pagar la mejor puta que usted se pueda imaginar! Hay una que se llama Diana, claro es el nombre artístico, pero es increíble, créame, no lo voy a defraudar. ¡Y aquí le traigo los condones para que no le vaya a dar SIDA tan joven!

—Bueno, está bien vamos.

—¡Pero no con tanta emoción Uma, porque le va a dar un infarto! ¡Qué le pasa, alégrese! Disfrute, que le falta mucho por vivir, usted está muy joven y saludable todavía, no como yo.

—Sí claro, es que me siento un poco mal y como aturdido —insistió.

—¡Tranquilo: un whisky, un cigarro y una puta, y se cura del viaje! ¡Ah y por aquí tengo unos puchitos de marihuana para el final feliz! Es de la buena, se la compré al negro que la vende por el bar de la esquina. Trae la mejor que se consigue en Jamaica, bueno eso dice él, pero sí es buena.

—¿Qué hora es?

—Como las tres, ¿por qué?

—¿Por qué está tan oscuro?

—Sí verdad, que raro, seguro va a empezar a llover, pero bien fuerte. Se acuerda aquel día que llovió así cuando andábamos en el estadio, suspendieron el partido y todo, y agarramos a patadas y a pedradas a los del equipo contrario, qué bueno.

—Sí, de hecho, oiga, ya empezó. ¡Y qué viento más fuerte! Parece como un huracán o un tornado.

—Vamos al carro para no mojarnos.

Umazisi seguía sin saber bien lo que ocurría, de algún modo se sentía cómodo, pero sabía que algo andaba mal. Aunque en el fondo sentía una tranquilidad indescriptible.

—Está demasiado fuerte esta lluvia, no veo nada. Paremos, porque a las tres y media me tengo que medir la glucosa e inyectarme la maldita insulina.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? ¿No se acuerda que soy diabético, y además hipertenso? Pero de algo me tengo que morir, por eso sigo tomando y fumando, de por sí...

—¿Y por eso está tan gordo?

—Ah no, si va a empezar a molestarme con la obesidad lo dejo ahí tirado en el aguacero. Además para eso estoy tomando pastillas para adelgazar. Bueno, son como pastillas, las venden en una macrobiótica y son cien por ciento naturales, sin efectos secundarios.

—¿Y por qué no deja de tomar y comer todas esas cosas y hace ejercicio?

—¿Quiere ir donde las putas o no?

—Sí, sí, vamos, pero primero inyéctese eso.

—Paremos aquí, voy a hacer eso y de una vez echo gasolina.

—Qué raro, no hay nadie aquí —El lugar se encontraba completamente desolado.

—Sí, qué raro. Vea, hay un rótulo que dice que no sirven las máquinas. Qué mal.

—¡Qué olor más desagradable!

—A pura gasolina, ¿a qué quiere que huela en una gasolinera? Ya terminé, vamos.

—Espérese, tengo mucha sed, toda esa grasa y sal me dieron sed. Voy a ir a tomar de ese tubo —Pero no fue agua lo que salió—. ¿Qué es esto?, ¿no ve?, sale puro barro, y hediondo, como entre gasolina y cloaca, qué asco.

—Vamos a la tienda a ver si venden botellas —la tienda se veía abierta pero completamente vacía—. No, ahí tampoco hay nadie, tal vez si empujamos la puerta...

—Deme su billetera, rápido démela.

—Tranquilo, tranquilo, no me apunte con esa cosa, yo le doy la plata, pero no se lleve los documentos.

—Deje de hablar gordo asqueroso, y deme la maldita billetera o lo mato, rápido que no tengo todo el día, y está lloviendo mucho... Que me la dé cabrón, o lo mando al infierno...

—Tranquilo joven, tome la plata de mi amigo, pero no nos quite los documentos por favor —intervino Umazisi.

—Cállese usted también negro de mierda, o los mato a los dos...

—Tome, tome, aquí está la billetera. Cuidado Uma usted no se meta.

—A ver qué tiene aquí este cerdo —dijo el asaltante—. Ni mierda, camine, vamos al carro a ver que hay, camine perro... Mire, qué bien, una laptop, un iPod y un iPhone, tome su mugrosa billetera y deme eso, porque ese carro ni para cagar sirve...

—Bueno tome, tome... —El tipo salió corriendo y desapareció de la vista.

—¡Qué mal! Le quitaron todo, ya no voy a poder ver a esa chica que me dijo que había conocido.

—Tranquilo Uma, así es esto, las cosas van y vienen, y eso es culpa mía, todo culpa mía.

—¿Por qué?

—Porque todas estas cosas se las he comprado baratas a drogadictos que se las han robado a otros, eso me pasa por cochino. Por lo menos no se llevaron la billetera con los documentos y las tarjetas. Vamos que tenemos que ir al *nightclub*.

—¿Está seguro?, vamos otro día mejor, está lloviendo demasiado y está muy oscuro, mejor vamos otro día.

—No Uma, otro día no. Hoy es su cumpleaños y vamos a ir hoy y punto. Todavía tengo las tarjetas de crédito, y la gasolina que me queda me alcanza. Además ya reservé a Dianita, tuve que pedirla con dos semanas de anticipación, porque es la más cotizada, y es la que usted se merece. Vamos.

—Acaba de temblar.

—No invente, es que usted está nervioso, lo que le tiembla son las piernas del susto. ¿No se cagó?

—No en serio... Bueno debe ser idea mía.

—Mire, ya se están saliendo las alcantarillas de tanta agua, apuremos.

—Esa agua huele igual a la que salía del tubo de la estación.

—Pero ¿qué es que usted está embarazado? Todo le huele feo, parece una vieja achacosa. Tome, voy a adelantarle la sorpresa. ¡Whisky de 20 años! Yo se la abro, tome de la botella, un buen trago.

—Gracias, pero todavía no quiero.

—Bueno entonces voy yo. ¡Salud! Qué bueno. Arranquemos y vámonos, que este carro no es una lancha, bueno parece, ¡pero le aseguro que no flota!

—¿Es idea mía, o está temblando otra vez?... y duro... y estoy seguro que no son mis piernas...

—Por la gran puta, sí, demasiado, no puedo controlar el carro... Y se está resbalando con el agua, agárrese Uma...

—¡Cuidado choca! Vea, se está desmoronando ese edificio del frente. ¡Cuidado, frene, frene!

El choque fue sonoro, seco y doloroso, pero quedaron relativamente ilesos, excepto por un corte de consideración en la pierna del gordo.

—¡Putita, cómo me duele! Espero no haberme fracturado.

—Bájese, yo le ayudo, no ve, la gente está corriendo como loca, los carros están todos varados y tiembla cada cinco minutos. ¿Qué está pasando? Y por todo lado huele a gasolina.

—Dios, qué dolor, no puedo caminar, váyase usted, de por sí yo ya me voy a morir.

—No, no, vamos, apóyese en mi hombro. Corramos...

Se habían abierto las calles, los trozos de asfalto parecían galletas quebradas a lo largo de las avenidas, se estaban cayendo todas las edificaciones y

ocurrían explosiones por doquier. Todas las alcantarillas se estaban desbordando, parecían verdaderos ríos de color café y malolientes, era ese mismo olor entre gasolina y cloaca que Umazisi no dejaba de percibir.

La oscuridad era casi total y no había iluminación de ningún tipo, los gritos de las personas opacaban el sonido de las explosiones de fuego y del crujir del concreto, el vidrio y metal al quebrarse. Era una desesperación agónica, seguro que la humanidad por fin debía rendirse y dejar la Tierra, impotente ante el caos.

No era miedo, era un terror colectivo que afectaba la conciencia de todos, porque sin querer, todos se sentían de algún modo culpables y era un hecho que no había nada que hacer. Ni los más valientes reporteros se atrevían a cubrir este evento, todos, absolutamente todos pensaban solamente en correr para ponerse a salvo y no morir de forma tan apresurada, pues nadie espera ver morir a los demás y morir al mismo tiempo. Aun así, Umazisi seguía sintiendo esa inexplicable tranquilidad interior.

—Vamos hacia ese parque, ahí no hay nada que nos pueda caer encima, agárrese duro, aunque sea arrastrado me lo llevo, no se va a morir, gordo, va a ver.

—¡No me diga gordo! Gracias por ayudarme, apuremos, apuremos.

—Es demasiada el agua, cómo cuesta caminar, ya nos llega a la rodilla. ¡Mire, se ve la luna llena, qué grande!

—Ay Uma, no se ponga romántico ahorita, no nota que nos está llevando el diablo. Esto nos pasa por malos, bueno a mí, pero a usted también por hacerme caso.

—Por lo menos nos está iluminando y podemos ver el sendero. Sentémonos debajo de estos árboles, por dicha no hay mucha rayería.

—Estoy sangrando mucho, ya no puedo caminar más.

—Siéntese, tranquilo, le voy a amarrar mi camisa para hacerle un torniquete. Más bien deme la suya, porque su pierna es muy grande y la mía no alcanza.

—Bueno tome, pero si nos encuentran a los dos sin camisa aquí solos en este parque y debajo de los árboles, van a pensar que somos homosexuales. Y usted hablándome de la luna llena peor...

—Deje de hablar estupideces, ya está delirando o se emborrachó con ese whisky.

—Para emborracharme necesito una botella y media, Uma. Lo que sí creo que me pasa es que me puse más insulina de la cuenta y me está dando hipoglicemia, además me estoy quedando sin sangre y estoy cagado del susto.

—No es para menos, con el asalto, los temblores y el choque...

—No Uma, lo que me asusta es que usted de verdad sea homosexual —interrumpió diciéndolo con una sonora carcajada.

—No sea imbécil gordo, ya déjeme amarrarle bien esto. Aguante el dolor, no sea pendejo...

—¡Ay, me duele demasiado, no me lo apriete tanto!

—¿Qué es eso azul?

—¿Qué azul?

—En la luna, mire, se ve como una nube azul, como nubes azules cubriéndola, más bien.

—Esto es culpa de los gringos, o de los chinos. Ellos hacen experimentos, con plata prestada de Microsoft o de Apple, y después como no les pueden pagar, los otros se desquitan. Eso lo vi en un *post* de Facebook que pusieron un día de estos. ¡Debe ser eso, un virus gigante que inventó Bill Gates!

—Vea, el gas se está difundiendo por todos lados. Huele a lo mismo que en la gasolinera. Vea, la gente, vea esas señoras de allá, se murieron cuando

el gas las tocó... Pero el perro no, ni las palomas, qué raro. ¡Ay no, viene por todos lados, la gente está cayendo muerta como moscas!

—Ayúdeme a levantarme Uma, corramos, nos va a asfixiar a nosotros también.

—Metámonos más en este parque, parece que el gas azul avanza más lento entre los árboles, vea gordo, las ardillas y las ratas no se mueren tampoco.

—Corra Uma, deje de pensar en esos bichos, nos vamos a morir nosotros.

—Es imposible, no hay por donde, esta pestilencia está por todo lado.

El gas azul estaba en todas partes, cubría el suelo y el cielo, e iba matando a cuanto ser humano tocaba, la muerte era una especie de asfixia dolorosa, pero efectiva y rápida. No discriminaba edad, raza o sexo, solamente iba llenando la Tierra como cuando se llena un vaso con agua, y sólo nuestra especie era afectada, ninguno de los otros animales, ni la plantas, ni ningún otro ser viviente era atacado por el gas azul que apestaba a gasolina.

—No, ya llegó Uma, no, no...

—¡Ah, me ahogo, gordo, me ahogo, no puedo respirar, me ahogo...!

—Despiértese, ya es muy tarde, como es posible que esté durmiendo a estas horas el día de su cumpleaños, y más cuando se cumple la mayoría de edad ¡Hay que ir a celebrar! ¡Despiértese!

—¿Qué? ¿De qué me habla? ¿Ya amaneció?

—No, ya casi, aún no sale el sol. Ya está lista su lanza y su escudo. Es la herencia de nuestros antepasados y ahora es su turno de usarla en la cacería de su primer antílope. Su madre, sus hermanas y sus tías están preparando lo de la ceremonia y la danza. No se le vaya a olvidar nada del rito. Vaya, que su tío lo está esperando para pintarle la cara y el cuerpo.

—Padre, tuve el sueño más extraño de mi vida... Estoy asustado, más bien confundido...

—¿Qué soñó, hijo?

—Estaba en otro mundo, las personas eran de muchos colores, pero más blancas que nosotros en general, usaban atuendos extraños. Yo también usaba atuendos similares, se comunicaban por medio de escarabajos gigantes que brillaban y hacían sonidos, y viajaban dentro de animales sin alma de muchos colores, con patas redondas y negras.

«Tenía un amigo obeso, y usaba muchas palabras que en ese momento entendía, pero ahora no recuerdo qué significaba nada de lo que me decía, lo que sé es que estaba enfermo, y se comportaba de una manera muy extraña, como si nada le importara en la vida, excepto todos sus aparatos, sus vicios y comer, aunque la comida era horrible, sabía a sal y a grasa vieja, y la música era extraña, confusa.

»Las chozas no eran de palma y barro, eran enormes, grises y todas juntas. Y los caminos eran negros y duros. Todo parecía acelerado y desordenado y ese olor... Ese olor no lo puedo olvidar. Nada aquí huele así, ¡nada! Era tan nauseabundo que nunca lo voy a olvidar. No había leones, ni elefantes, ni antílopes, y muy pocas aves, y muy pocos árboles.

»Y lo peor es que, de repente, hubo inundaciones, terremotos y la gente empezó a morir cuando la nube azul las tocaba, la nube azul olía a eso, era insoportable. Todos morían excepto los animales, todos murieron padre, mi amigo también y...

Padre, ¡que luna más llena y brillante veo hoy!»

—Sí hijo, bastante brillante, se parece mucho a la luna llena que había cuando usted nació. Con una diferencia. Ese día había una extraña nube azul que rozaba la cara de la luna, su abuela y los otros ancianos nunca la habían visto. El jefe chamán dijo que era un presagio, que usted era el que iba a anunciar el tiempo del hombre, y por eso le pusimos el nombre Umazisi, que significa *el Profeta*.

Las siete trompetas y los últimos días

JUAN CARLOS MÉNDEZ GUÉDEZ

(Barquisimeto, Venezuela, 1967) Venezolano afincado en Madrid donde ha publicado la mayor parte de su obra, doctor en Literatura Hispanoamericana, cultiva tanto el cuento como la narrativa de largo aliento, la novela corta, el ensayo, y la creación de literatura infantil y juvenil. Ha publicado once novelas entre las que se cuentan La ola detenida (2018) y El baile de madame Kalalú (2016). Su publicación más reciente es La diosa del agua de 2020. Lleva un blog de su mismo nombre en <<https://www.jcmendezguedez.net/>> además de contar con presencia en instagram como @mendezguedezweb.

CARRILLO

Escucho a los pastores junto al río; voces, voces, voces, y el rasgar de las cuerdas de una guitarra. Sonido que avanza y retrocede, que salta, que se eleva y se desliza sobre la tierra fresca.

Toco el muslo de Virgilia. Tibio. Pienso en el río al mediodía cuando me acerco a sus aguas y acaricio la superficie. Agua que vibra. Virgilia que vibra.

¿Viaja Virgilia en el sueño hacia el norte como las aguas? ¿Qué hay en el norte para que las aguas corran hacia allí, para que Virgilia me olvide en su sueño y me abraze?

Nuevas voces. Los pastores en el río cuidan sus rebaños, beben vino de cambur⁴⁶, cantan los cafetales; pero yo imagino que soy el olvido con que Virgilia me piensa desde el norte donde van las aguas.

⁴⁶ *Cambur*: *Musa paradisiaca*. Planta de la familia de las musáceas, de numerosas variedades y formas; crece en tierra caliente y húmeda. Fruto de esta planta. Banano. DV.

Aprieto los brazos de la mujer. Me hundo en su cuello. Olor a tabaco, arepas fritas⁴⁷, guasınca⁴⁸.

Me encanta encontrarme con los pastores, pero cuando Virgilia me llama con un guiño de sus ojos prefiero subir a su casa. No hay mejor lugar del mundo que la hamaca en la que me voy meciendo con Virgilia.

¿Pero qué son esos gritos?

¿Y ese sonido?

Me levanto de golpe.

A lo lejos, escucho el sonido dorado de una trompeta.

Cinco, seis, siete veces.

Al principio creo que viene desde Aguada Grande o desde Siquisique; luego me parece que es desde Sanare o Guarico o Carora o Duaca o Chivacoa⁴⁹.

Intento despertar a Virgilia, decirle que acabo de escuchar siete trompetas atravesando el cielo. Ella duerme. Temeroso, me acuesto a su lado y me pongo en posición fetal. La abrazo; aprieto con fuerza los ojos.

VIRGILIA

Nunca sueño. Jamás. Nací así. Soy la ausencia absoluta al dormir.

Quizá estoy tan vacía por dentro que no alcanzo a soñar o estoy tan llena que no cabe sueño alguno. Por eso soy buena analizando los sueños de los otros, tejiendo sus claves, descifrando los mensajes que viajan en ellos; porque

⁴⁷ *Arepa*: especie de pan de forma circular, hecho con maíz ablandado a fuego lento y luego molido, o con harina de maíz precocida, que se cocina luego sobre un budare o una plancha. *DV*. *Budare*: plancha circular de hierro o barro cocido, semicónica, en la que se extienden y cuecen la arepa, la cachapa o el casabe. Sirve igualmente para tostar los granos de café y de cacao. *DV*.

⁴⁸ *Guasınca*: aguardiente, *Maracucholario plus*. El *maracucho*, *maracaibero*, *marabino* o *zuliano* es una variedad del español venezolano hablada en el estado de Zulia y parte de Falcón, al noroeste del país. *El Castellano*.

⁴⁹ Aguada Grande, Siquisique, Sanare, Guarico, Duaca y Carora son ciudades del estado venezolano de Lara, Chivacoa una ciudad del estado de Yaracuy, ambos estados pertenecen a la región Centroccidental al noroeste del país.

desde muy pequeña extrañé esa otra vida al dormir; esas imágenes mezcladas; esos lugares que se funden; esos tiempos que se entrelazan. Soy buena porque busco en los otros los sueños que nunca tengo.

El resto, dar las hierbas exactas para cada enfermedad; leer el tabaco; aconsejar a los caficultores sobre sus cosechas o a los pastores sobre sus rebaños, me viene de lo que me enseñaron mi madre y mi abuela.

Pero ellas sí soñaban. Yo no.

Tengo un rato despierta; a mi lado siento el roce de Carrillo. Me gusta tenerlo así, próximo. Me gusta. Algunas veces. Como hoy.

Cuando extraño su voz que canta y sus manos que hacen llorar y reír la mandolina, lo busco porque necesito sus sonidos.

El resto del tiempo prefiero tenerlo lejos, para extrañarlo mucho y siempre querer encontrarlo.

Ahora busco su mano. Beso sus dedos. Los dedos donde salta la música como una fuente clara bajo el sol.

Lo siento temblar. Tiembla Carrillo.

Me duele la cabeza. Anoche, antes de retozar furiosos en la hamaca, comimos unas doradas cachapas⁵⁰, nos bebimos entera una botella de guasınca y al final nos bebimos el uno al otro.

Carrillo dice algo sobre una trompeta. Me giro. Quiero dormir un rato más.

Pero sí. Quizá desde el cielo ha llegado un sonido indescifrable. Un golpe de oro que rasga, que eriza.

CARRILLO

Son gritos. No canciones. Otra vez me levanto de la hamaca y sacudo a Virgilia para que despierte. Le susurro que algo grave sucede. Ella murmura

⁵⁰ *Cachapa*: preparación hecha con masa de maíz tierno (jojoto [elote, n. de la ed.]) molido, leche, sal y papelón [pan de azúcar sin refinar, n. de la ed.] o azúcar. *DV*.

una frase incomprensible. En unos instantes aparecen dos hombres y sin dejar de correr dicen que en el río han aparecido seis cabezas de chivos.

Virgilia abre los ojos. Parecen antorchas. Me siento perplejo. Pensamos siempre que el amante nos regala todas sus miradas pero al final comprobamos que el amor nunca alcanza totalidades; siempre algo queda fuera, siempre hay un gesto que se nos niega o que pertenece a otros.

Tomo mi mandolina y mi marusa⁵¹. Miro hacia el camino. Virgilia me pregunta qué estoy haciendo. Respondo que pensaba acercarme al río para saber qué sucede y ella murmura que mis pies apuntan hacia el lado contrario. Es cierto. Soy tranquilo. Esa tranquilidad que roza el miedo. Me gusta cantar, tocar mis instrumentos, animar las fiestas y beber tragos de guasınca. Me gusta Virgilia. Pero huyo de las peleas, de las luchas entre los hombres que sacan machetes cuando discuten por los lindes de una tierra o la venta de un caballo o el peso de unos sacos de café.

Ahora Virgilia me dice que caminemos hasta el río.

La sigo. Ella ondula: curvas que se mueven y me recuerdan cuando mecemos la hamaca para que el sueño y el cansancio nos conquisten.

Cuando llegamos a la orilla compruebo que los pastores han dejado disperso el ganado; bajo los árboles reposan restos de comida: queso de cabra, taparas⁵² con suero, tajadas⁵³ fritas, arepas, caraotas⁵⁴.

⁵¹ *Marusa*: bolsa de fibra de fique, cocuiza o sisal, o de tela burda, provista de asa; se usa para transportar alimentos y objetos pequeños o para dar de comer a las bestias de carga. DV.

⁵² *Tapara*: recipiente hecho con este fruto cuando tiene forma de pera, de manera que permite dejarle un pequeño orificio y taparlo. Se usa para guardar líquidos. DV.

⁵³ *Tajada*: rebanada de plátano maduro frita. DV.

⁵⁴ *Caraotas*: semilla de caraota (*Phaseolus vulgaris*) con mucho valor alimenticio, que varía en forma y color según la especie a la cual pertenecen. Judía. DV.

Virgilia mira el río. "Reina María Lionza"⁵⁵, murmura con los ojos muy abiertos al descubrir seis cabezas de chivo flotando en el agua. Le comento que tal vez hubo una fiesta hacia el otro lado de las montañas, pero ella señala con un dedo tembloroso hacia una de las cabezas: veo que tiene clavadas agujas en los ojos y un signo feroz tatuado sobre el hocico: una especie de serpiente con rostro de cocodrilo que asfixia y devora a una danta⁵⁶.

Doy un paso hacia atrás. Las cabezas flotan inmóviles sobre el río, como si una mano las retuviese en un mismo lugar.

Estas son cosas de la gente nueva que ha aparecido por estos lares, musita.

Virgilia saca de su ropa un frasco de perfume y arroja siete chorros en la orilla.

Yo doy otro paso hacia atrás.

Hace tiempo que llegan historias sobre personas que hacen trabajos terribles con gallinas, con chivos, con sapos; gente que vino de lejos; gente que no adora a María Lionza y que ignoran su prohibición de hacer ritos en los que sufran los animales.

Me asusta lo que contemplo, pero no me sorprende.

VIRGILIA

Así ocurre. Las aguas se inmovilizan unos instantes como si fuesen un espejo, hasta que cambian su curso y comienzan a moverse hacia el sur.

⁵⁵ *María Lionza*: «Diosa principal del espiritismo venezolano. Se la representa como una mujer de gran sensualidad, con apariencia física que combina rasgos caucásicos, indígenas y africanos. Su representación más popular es la escultura de Alejandro Colina realizada en la década de los años cincuenta en la que aparece montada sobre una Danta a la vez que alza con sus brazos un hueso pélvico». Méndez Guédez, 2020, p. 183. María Lionza es la figura recurrente en los cuentos que conforman *La diosa del agua*.

⁵⁶ *Danta*: mamífero salvaje, imparidigitado, de piel gruesa, cubierta de pelos; su carne es muy apreciada. DV. Tapir.

Carrillo se vuelve pálido como la harina. Sus ojos parecen saltar dentro de su cara. Huye despavorido. Apenas lo miro. Compruebo que las seis cabezas de chivo permanecen inmóviles, como si una sogas las atase al fondo.

Esto fue lo que vieron los pastores.

Me tiemblan las piernas. Siento que el mundo se ha dado la vuelta y que golpeo el cielo con mi cabeza.

Regreso a casa.

Doy un grito; le grito a Carrillo que deje de esconderse entre los árboles.

Esto parece un asunto serio, le susurro cuando llega a mi lado. Él continúa pálido; le ordeno que toque una lenta melodía; algo suave, como un arroyo. Al principio le cuesta el trémolo. La púa se le escurre de los dedos, pero poco a poco la música es más fuerte que él, lo cubre, vibra en su cuerpo.

Tomo una larga bocanada de aire y preparo unas cachapas. Les pongo queso blanco.

¿Escuchaste trompetas esta mañana?

Sí. Siete trompetas, responde él.

Malo, malo, digo y devoro la cachapa. Hay que subir a la montaña. Lo más alto que podamos, susurro y en una marusa pongo algo de comida, esencias de canela y miel, dos velas.

CARRILLO

¿Cómo decirle que no a Virgilia?

Preferiría volver a mi casa y dormir. Pero resuelta, Virgilia empieza a caminar. Yo la sigo. La ruta es larga. Tampoco sé lo que ella pretende pero ignoro cómo preguntárselo. Virgilia es una energía que avanza y avanza.

Al poco rato escucho un tamunangue⁵⁷. Sonríó. Pienso que no es la época para que lo bailen y eso me produce un largo escalofrío. Virgilia y yo miramos cómo danzan un grupo de personas y mueven sus garrotes con destreza. Delante de ellos va un hombre con un hábito. Un hombre calvo y gordo que hunde la barbilla en su pecho y arrastra sus sandalias.

Es san Antonio, dice Virgilia moviendo la cabeza con pesadumbre, se está marchando de estas tierras.

La mujer y yo no cruzamos palabras durante un rato.

Quisiéramos encontrar buenas señales, pero parece imposible. Los caminos hacia la montaña se encuentran desiertos; como si la gente hubiese escapado sin dar aviso. De tanto en tanto veo una sombra cobriza o una silueta con melena roja que huye entre los árboles, como un venado que huele el miedo en el viento.

Junto a una piedra cubierta de musgo contemplamos un pozo. El agua parece detenida: áspera, lechosa. Estoy a punto de hundir mis manos para refrescarme el rostro y Virgilia me detiene. Es agua muerta, dice.

Después se detiene en una encrucijada y se cubre los ojos con la mano. Por aquí solía escuchar yo a los espíritus de Guaicaipuro⁵⁸ y el Negro Felipe⁵⁹. Les gustaba tocar tambores con las piedras.

⁵⁷ *Tamunangue*, 'tamunango': baile folklórico de origen africano que se hace en honor a San Antonio. *DHAV*.

⁵⁸ *Guaipuro*: «A partir de la obra de Oviedo y Baños se habla de este Cacique como uno de los líderes de la resistencia indígena contra la conquista. En esos textos se menciona que después de vencer en múltiples batallas a sus enemigos, fue capturado y muerto en combate al escapar de la choza incendiada en la que había sido acorralado. Su aniquilamiento se sitúa alrededor de 1558». (Méndez Guédez, 2020, p. 182)

⁵⁹ *Negro Felipe*: «Uno de los espíritus más próximos a María Lionza. No existen evidencias históricas que respalden su existencia, pero las leyendas hablan de un antiguo esclavo huido de Puerto Rico que formó parte de la gesta independentista venezolana. Las "materias" que reciben el espíritu del Negro Felipe suelen hablar de una particular manera que evoca la expresión de los cimarrones de la época». (Méndez Guédez, 2020, p. 185)

Un viento caluroso nos rodea. Durante unos instantes parece que el mundo enmudece. Se escuchan sonidos sueltos, algún graznido, pero nada parecido a un rítmico tambor que haga vibrar el suelo.

Nos detenemos bajo una ceiba para descansar. Virgilia toca la madera con sus manos y soporta el dolor de las espinas. Apoya su rostro en el tronco con mucho cuidado para no lastimarse la piel.

La única vez que vi a María Lionza fue alrededor de este árbol. La vi de lejos. María Lionza bailaba frente al árbol. Porque debes saber que los dioses buenos bailan con dulzura. Porque es el baile de los cuerpos lo que trae la música.

¿No será al contrario, Virgilia?

No. En el principio, un árbol empezó a mecerse por el viento, y al verlo los pájaros cantaron para él. Por eso María Lionza bailaba esa tarde que la vi, bailaba para que la música fuera una vez más.

Dos lágrimas caen por el rostro de Virgilia.

VIRGILIA

Se ha marchado.

Lo huelo en el aire, lo siento en la tierra. María Lionza ya no está en la montaña. Las señales aún no son nítidas para mí, pero revelan desgracia. Es inútil que siga buscando. Nada es más rotundo que la ausencia. Estamos huérfanos. Nuestra diosa ha debido escapar.

Le digo a Carrillo que bajemos. Apenas le hablo. No quiero que descubra mis dudas. Ignoro qué hacer y sin embargo sé que debo hacer algo. Arrastro los pies y resoplo por el esfuerzo de la caminata.

Al detenernos en un arbusto miro hacia abajo: en la llanura un mar negro avanza indetenible. Carrillo grita y le tapo la boca con mi mano. El mar es espeso, brillante. Tardo un rato en ver que en su negrura de tanto en tanto se vislumbran puntos dorados.

¿Qué sucede? susurra Carrillo.

Las hormigas se están llevando los granos de maíz al mundo subterráneo, le explico con lenta voz y señalo con mi dedo esa oleada oscura que avanza hacia un agujero y desaparece.

Viene el hambre; viene una inmensa hambruna.

Llega la noche. Tomo la mano de Carrillo entre las mías. Él susurra una canción muy suave que casi no parece salir de sus labios sino desde un lugar remoto, un lugar desconocido de su cuerpo a donde nunca podré llegar.

Me voy quedando dormida; sonrío al escuchar que él me dice que me iré al norte, con las aguas de un río transparente. Ya estoy dormida cuando extiendo mi mano; acaricio las costillas de Carrillo. Las toco una a una. Siento su fuerza frágil.

Despierto.

De golpe. Como si el ala de un pájaro me azotase el rostro.

Mi piel parece de luna llena.

Ya sé dónde debemos ir, murmuro.

CARRILLO

Comienzo a sospechar.

No me gusta acercarme a esos sitios, pero al ver los cipreses comento que no pienso ir a un cementerio ni cuando llegue mi hora. Virgilia me hala por el brazo.

Nos colocamos en una loma desde donde podemos mirar las tumbas. Virgilia se tapa la boca con las manos. Están abiertas y desde ellas brota un olor seco, ácido.

Han hecho brujerías con los huesos de los muertos... Esos hombres que vinieron de lejos y sacrifican animales para rezar, también han robado los huesos de la gente.

¿Y qué sucede?

Ahora la tierra está sucia, Carrillo.

Caminamos un buen rato sin rumbo fijo.

Virgilia se ve pálida, ojerosa.

Y de repente esa quietud.

Nunca lo había visto. Virgilia se duerme. Le hablo y le hablo y ella sigue andando con pasos seguros, pero sus ojos quedan cerrados, oigo su respiración pausada, como de lenta lluvia.

La tomo del brazo para que no tropiece con las piedras o las raíces de los arbustos pero es innecesario. Sus pies tienen la sabiduría precisa; cada paso es el correcto. La acompaño mientras asciende por una pequeña loma donde la luna empapa la tierra con claridad de sal.

Al llegar junto a unos árboles inmensos cuyas ramas parecen raíces, Virgilia se detiene.

VIRGILIA

Y sueño. Por primera vez. Sueño. Los primeros instantes no lo percibo hasta que veo a mi abuela y a Carrillo amasando unas arepas.

Solo en el sueño ellos pueden coincidir con esa naturalidad. Jamás se conocieron. Mi abuela murió cuando yo era pequeña.

Veo bajar por la montaña a unos muchachos que golpean con sus machetes un huevo de color esmeralda que está en medio del camino. Tanto y tanto lo golpean hasta que de allí surge un hombre pequeño, muy pequeño; tan pequeño que debo agacharme para escuchar lo que dice:

«Tus dioses no volverán en mucho tiempo. Pero el árbol cuyas raíces crecen hacia arriba posee el camino y el camino ámbar lleva al castillo».

Río al no entender su frase. Arrojo sobre la tierra esencias de canela y miel, y enciendo dos velas.

Pero dentro del propio sueño vuelvo a quedarme dormida y sueño con un libro de páginas doradas. Un libro pequeño, recorrido por una letra nítida, con ilustraciones que vibran dentro de sus páginas.

Leo y leo lo que dicen sus párrafos. Es como si un arroyo saltase desde sus letras hasta mis ojos. Al principio no comprendo lo que allí se dice pero siento una canción que va creciendo.

El libro baila en mis manos.

Sonríó: son las historias de María Lionza: historias que a veces se eluden, a veces se cruzan, a veces se contradicen o logran expandirse.

Y quiero quedarme allí, en lo que susurra cada oración, cada coma, cada punto, cada espacio en blanco. El libro es un tercer sueño en el sueño. El libro soy yo: luminosa como un grano de maíz dorado que palpita entre dos piedras de la montaña.

Siento el beso de Carrillo junto a mi cuello.

Abro los ojos.

Despierto.

Despierto.

Despierto.

CARRILLO

Nunca había vuelto a pensar en el castillo. Pero siempre ha estado allí. Ajeno a mis ojos y mis palabras. En el momento en que Virgilia lo nombra es como si refulgiese para nosotros.

Miro la marusa: no tenemos demasiados alimentos. Cuando se acaben será el fin. Virgilia lo sabe pero la veo avanzar tomada por una determinación febril que solo se interrumpe cuando encontramos en el camino unas hierbas color cobre. Virgilia se agacha y arranca un par de tallos, me entrega uno y se guarda otro en los senos.

Mi abuela contaba que María Lionza le había dicho que llevase siempre encima Kiripiti⁶⁰, que en situaciones malas había que comerla.

Está amaneciendo.

Respiro hondo al sentir cómo el sol sube por unos árboles cuyas copas parecen raíces. Lo veo llegar a la cima de las montañas y saltar hacia el cielo. Siento su tibieza lamiendo mis brazos. Estoy a punto de pensar que este segundo: luz de mañana, Virgilia, olor de tierra, puede ser un instante de absurda felicidad, pero algo en el sol me intriga; lo veo demasiado pequeño, como si se hubiese encogido durante la noche. No tengo tiempo de comentarlo con Virgilia porque en ese instante aparece un sol un poco más grande que el anterior, y otro, y otro, y otro. Cada uno más grande. Y siento que nos quedamos inmóviles; a punto de estallar sobre el camino pedregoso. Abro la boca para gritar, pero en ese preciso minuto los cinco soles tiemblan igual que un animal que agoniza. Pocos instantes después los veo caer como una pelota. Cinco golpes sobre la tierra. Y es la noche. Apenas comienza la mañana pero ya es la noche.

VIRGILIA

Hundo mis uñas en Carrillo para que no huya.

La oscuridad nos cubre: fría, musculosa como la piel de una serpiente. Se escucha el aullido de los lobos y el lamento de una mujer que en algún lugar lejano de la montaña pregunta a gritos por sus hijos. Caminamos con lentitud. Las piedras tienen un resplandor ámbar que se desliza hasta las puertas del castillo.

Entramos. La luz del camino humedece las paredes de un barniz que nos permite adivinar que en el salón principal y en las habitaciones circundantes hubo muebles de finas maderas, bellos espejos, iconos, altares de plata, pinturas de colores espumosos, tapices.

⁶⁰ *Quiripiti*: flor del copey, blanca o rosada, de unos 2,5 centímetros de diámetro. DV. Probablemente se refiere a la *Clusia rosea* JACQ, planta medicinal propia de las zonas tropicales americanas: «Besides the stem and twigs and the fruits, the leaves are also used in popular medicine». Piastri/ Orfila/ Pardías, 2016.

Nada queda. Todo ha sido saqueado. Incluso faltan trozos de piedra en las paredes, como si el castillo hubiese comenzado a devorarse a sí mismo.

Un olor vegetal me recubre. Salimos a un jardín interno; allí encuentro un agujero. Miro hacia abajo; me lanzo; creo intuir un resplandor de oro.

Carrillo me acompaña muy de cerca. Siento su aliento en mi nuca. Un aliento cálido, a hierbas frescas y anís.

Carrillo da un grito cuando ve el libro colocado sobre una inmensa piedra con forma de danta.

Yo lo abro. Me tiemblan las manos pero lo abro. Es exacto al libro que conseguí en el sueño. Y comienza con las mismas palabras.

Carrillo se coloca a mi lado. La primera ilustración es una piedra en las que se encuentran talladas un pez que se muerde la cola, y un sol y una luna que se contemplan frente a frente.

Leo. Leemos en silencio.

En esas páginas se cuenta cómo María Lionza llegó por el mar.

Primero viajó desde unas islas de arenas negras y sufrió una tormenta en la que un rayo surgido desde las montañas destruyó su velero y mató a sus padres. Ella sobrevivió a ese naufragio aferrada a las ramas de un drago⁶¹ que llevaban en el barco y así aguantó tres días hasta que fue rescatada por los indios que la trasladaron a su montaña y que dijeron que la piel de la mujer olía a maíz. Desde ese día convivió con ellos, comió las arepas crujientes con las que se alimentaban cada mañana; bebió la guasinda de sus fiestas; durmió acurrucada entre ellos cuando la lluvia feroz borraba el mundo y una madrugada, cuando en el cielo se alinearon once estrellas que parecían evocar la forma de una ceiba, María Lionza venció a una Anaconda con ojos de rata que diezmaba cada año a su tribu.

⁶¹ *Drago: Dracaena draco*, «planta de porte arbóreo aunque sin leño que puede alcanzar más de 20m de altura», es endémica de Madeira, Canarias, Cabo Verde y el Anti Atlas marroquí. *Arbolapp Canarias*.

Fue en ese instante cuando María Lionza tomó de la luna y el sol los poderes para reinar como diosa de la montaña y voló hasta la cima rodeada por siete mariposas azules.

Entrecierro los ojos.

Acaricio con mi dedo las palabras. Tinta. Relieve. Mundos perdidos. Tinta.

CARRILLO

Me encanta la historia que puedo leer en el esplendor de esas páginas. Ese relato sobre María Lionza, la hija mayor del cacique de los Caquetíos⁶² y de una mulata de El Tocuyo⁶³. Muchacha que al nacer con ojos claros, recordó el oráculo donde se avisaba que una futura diosa nacería entre las personas pero que para mantener intacto su poder, mientras fuese niña jamás debería contemplar su rostro reflejado en una laguna. Así, María Lionza vivió oculta en una cueva recorrida por siete ríos subterráneos hasta que durante un eclipse salió a la superficie, venció al dragón que azotaba a los pobladores de la montaña y se transformó en la diosa que reina sobre las aguas.

Sonríó. Hambriento. Cansado.

Pienso que estará bien morir junto a este libro. Imagino que ese es el sentido de este viaje. Un buen lugar para morir. Un sitio perfecto para que esta noche se deslice en nosotros y las estrellas se vayan apagando en nuestros ojos.

Intento sentarme, pero Virgilia me toma por el brazo y con los ojos incendiados susurra: el libro debe salvarse; tenemos que sacarlo de aquí.

Ella lo toma entre sus manos como si fuese un pájaro pequeño. Salimos de nuevo al castillo. Nos extraviamos, parece que las paredes se movieran, que el camino que nos trajo hasta acá se estuviese transformando en pasillos, en curvas, en escaleras que no llevan a parte alguna.

⁶² Los caquetíos figuraron «como un pueblo, extendido a lo largo del centro occidente venezolano y las islas de las Antillas de Sotavento, con comunicaciones marítimas hasta el Cabo de la Vela». (Zavala Reyes, 2015, p. 59)

⁶³ Ciudad en el estado de Lara, cercano a la cordillera andina.

Giramos en círculos. Tropezamos con muros, hasta que intuyo hacia mi derecha un resplandor ámbar. Así, conseguimos un ventanuco por el que saltamos. Estamos otra vez en las puertas del castillo, pero ahora veo un foso lleno de agua y un puente desvencijado cuyas maderas crujen con nuestro peso.

Lo cruzamos. A cada paso siento que va a derrumbarse, pero logramos llegar al otro lado.

Allí nos sorprende el gigante.

VIRGILIA

Debe ser el doble de alto que el más alto de los árboles que he visto en mi vida. Es tan grande que su cabeza ha quedado colgando de su pecho, como si no hubiese podido ascender a la misma velocidad que el resto de su cuerpo.

Abre la boca: dientes negros y colmillos afilados. En su mano derecha lleva un machete y en su izquierda un cuchillo. Grita, y aunque desconozco sus palabras, comprendo que nos increpa y nos dice que regresemos el libro a su sitio.

Me inclino un poco, como un gato a punto de saltar. Le susurro a Carrillo que coloque en su boca la Kiripití que tomamos en el camino, pero él se coloca frente a mí y con ingenuidad e imprudencia comienza a tocar su mandolina pensando que el gigante se conmoverá al escuchar el sonido.

El manotazo le da de lleno en el rostro. La mandolina sale volando y Carrillo rebota sobre unos arbustos.

Yo mastico la Kiripití: sabor amargo, aceitoso. Cuando el gigante salta para partir mi cuello, me convierto en una osa y logro defenderme clavando mis pezuñas en su mano. El cuchillo salta y se clava en la tierra.

Luchamos.

Luchamos un buen rato; el gigante me hiere un par de veces, pero no logra detenerme y cuando logro arrancarle una oreja y la escupo sobre la tierra, el gigante se echa hacia atrás. Alza su machete para partirme en dos.

En ese momento vislumbro una sombra castaña; un olor recio; una montaña de músculos y pelos.

Otro oso salta sobre el gigante y le abre una herida. Primero salen por ella sus huesos, luego un líquido oscuro como vino, después murciélagos, aves carroñeras, vísceras, cabezas de gallos, bolas de pelo y tres piedras amarillentas y sulfurosas.

El gigante cae en la tierra; en instantes se seca hasta convertirse en una rama de tabaco.

CARRILLO

A ella le cuesta avanzar. Las heridas parecen quemaduras en su pelambre.

Quisiera preguntarle si cuando llegue el final volveremos a ser quienes éramos, pero imagino que ella lo ignora. En su hocico lleva el libro. Rodeamos el castillo. No llegaremos muy lejos. Lo sé. Ya no hay fuerzas y nuestros cuerpos ahora son muy pesados. Pero en la parte trasera del castillo contemplamos un río donde las estrellas de la noche parecen bañarse. Lo miramos un rato; en su superficie brillan resplandores de plata, luciérnagas, peces tornasolados que saltan.

Agua viva.

Quizá la última corriente limpia que todavía queda en estas montañas.

VIRGILIA

Busco un tronco. Uno fuerte y a la vez ligero. Tardo un rato, pero al final consigo uno de fragante madera que muestra una abertura en la mitad. Un escondrijo perfecto para el libro. Allí lo coloco, y Carrillo me ayuda hasta que empujamos el tronco a la corriente y lo vemos alejarse, pasar con firmeza sobre los rápidos y las pequeñas cascadas para luego convertirse en un punto oscuro.

Me echo sobre la tierra. Carrillo se coloca a mi lado. Sangran sus heridas, como el tronco de un árbol abierto.

Después de los ríos del norte hay un lugar llamado mar, le digo, y después del mar hay otros lugares de tierra.

Y hasta allí llegará...

Creo que sí, respondo.

CARRILLO

Virgilia parece ausente, adormilada. Su pelambre queda cubierta por la sangre del combate.

¿Y no piensas que algunas personas hayan podido escapar?

¿Qué dices, Carrillo?

Que así como el libro va hacia el mar...

Tal vez.

Comienza a dormirse. Yo cierro los ojos. Quiero seguirla en el sueño. Como si fuésemos un tronco que guarda en su madera muchas palabras.

Quizá, susurro.

Mi voz suena con el tono espeso y vacilante de un oso.

Pienso en la primera línea de aquel libro refulgente que hemos enviado en las aguas: "Oh, señor, qué maravilla, no sé cuál es aquella estrella".

El cielo negro nos cubre.

Con mi garra intento hacer un círculo en la tierra pero me quedo inmóvil.

Contemplo a Virgilia. Inmóvil. Brillante como una piedra de luna.

La contemplo.

Quieto.

Muy quieto.

Y ya.

¿De qué silencio vienes?

LIBIA BRENDA

(Puebla, México, 1974) Desde muy joven ha publicado revistas y fanzines, también hace libros, escribe cuentos y es la primera mexicana nominada a los Premios Hugo por la edición de Una realidad más amplia. Historias de la periferia bi-cultural (2018), antología que reúne relatos mexicanos y mexicoamericanos pero que también es un videojuego para descargar, jugar y leer: <<http://alargerreality.mx/2019/>>. Tanto en su faceta de escritora como de editora, se le puede situar en la literatura de imaginación: en un lugar entre la ciencia ficción, la literatura especulativa y lo fantástico.

*Que la Tierra, esa divina máquina,
me parece un promontorio estéril
[that this goodly frame, the earth,
seems to me a sterile promontory]*

WILLIAM SHAKESPEARE

Language is a virus from outer space

WILLIAM BURROUGHS

Julieta se levanta de la mesa, dan las seis de la tarde y todavía lleva el cabello sin cepillar, las canas le brillan a la luz de la lámpara, tiene los ojos cansados. Va a la cocina para hacer café, un ritual que realiza con minucia, aunque apenas le presta atención; el gato la sigue, con la esperanza de que llene su plato de croquetas. Con el sentido de oportunidad que tiene lo que está por llegar a su extinción, el teléfono suena en la mesa mientras el molino tritura los granos y ella se mira los dedos con un principio de artritis: no escucha la llamada. Una voz graba el mensaje que habrá de sacarla de sí misma una vez más, antes del fin del mundo.

Pone la moka en la lumbre, atiende al gato y se prepara un sándwich mientras piensa que el gato y ella misma están determinadamente viejos. Cuando por fin vuelve a la mesa, se detiene un momento ante la contestadora que exhibe una luz roja, intermitente. Suspira con la resignación de la gente retraída. Se sienta ante los papeles y los libros; la luz roja es como un ruido molesto que no la deja comer en paz, de todos modos se acaba el sándwich, apenas con hambre, antes de oprimir *play*.

La eficiente voz le anuncia que hace unos días llegaron al instituto las páginas restantes del manuscrito (al fin), ahora están depositadas en el Centro de Investigaciones, a su disposición para completar la transcripción y subsecuente traducción. Julieta piensa que esa transcripción le ha tomado más de veinticinco años; ahora la traducción, después de descifrar y cerrar ese sistema de signos en el que lleva invertidas más de dos décadas, está por llegar a su fin; esa parte fluida del trabajo, la más delicada y exhaustiva. La llamada es impersonal, aunque el anuncio debería haberlo hecho algún académico de alto rango, pero es una secretaria nueva la que le dice con tono amable que puede acudir al Centro cuando más le convenga. Julieta no sale casi nunca de su departamento y todos los investigadores saben que trabaja en casa; en esta ocasión, sin embargo, se trata del ms. V.: el proyecto medular de su vida, tendrá que volver al Instituto, luego de años de recluirse y de negarse en redondo a dictar lecciones o conferencias. Sin embargo, entiende la razón de esa frialdad, ella misma ha procurado mantenerse fuera de todos los círculos e independiente de todas las cofradías, no por integridad, o no sólo por integridad, sobre todo porque no le gusta crear lazos con la gente; no ha cultivado ningún tipo de relación diplomática, ni siquiera laboral; no hay cocteles en su honor (aunque debería haberlos) ni mensajes públicos para celebrar «una vida de entrega al proyecto», lo que hay es un simple mensaje que abre un umbral de cierre.

Sobre el ms. V. Primer acercamiento

El manuscrito está escrito en lenguaje que, se presume, no ha dejado rastro de su uso. Por lo poco que se ha logrado descifrar, parece un libro de medicina, a la usanza de la época, si no se toma en cuenta que los registros botánicos no tienen correspondencia con plantas conocidas o con grabados del mismo periodo. En un principio, las plantas son lo más llamativo, y el ms. parece, hasta ahora, poco más que un catálogo de remedios, prácticas y razones; explica qué origen tiene cada planta, su aplicación útil, dónde se encuentra, y cómo utilizarla fresca o conservarla seca. Otros muchos de los dibujos hallados hasta ahora son relativos a la astronomía y astrología; ilustran los rituales necesarios para llevar a cabo una u otra curación o para mantener la salud; un orden específico de alimentación, que excluye cualquier producto de origen animal; explicaciones detalladas de la relación de los astros con la dieta y el flujo sanguíneo; indicaciones precisas de las prácticas más saludables bajo cierta lógica. Sin embargo, uno de sus rasgos más atípicos es que la voz pertenece a una mujer y habla siempre en plural: «Nosotras, nosotras nos sumergimos en el lago y limpiamos nuestros cuerpos [...]». Es necesario esperar a que el sol baje del cenit para que el calor no evapore la savia de los tallos y todas las asistentes puedan llevar con ellas un racimo bien atado».

Esta mujer, sin duda, escribía y dibujaba a escondidas, en la época en que una simple curandera podía ser denostada con facilidad y quemada en la hoguera por herejía o pactos con el diablo: «Para obtener mejores resultados y acelerar la regeneración de la piel del enfermo es conveniente esperar a la tercera noche de la alineación y tener a mano los cuatro elementos; de ese modo la curación puede contar con mayor probabilidad de éxito. Es importante estar siempre cerca de una corriente de agua fresca y mantener los utensilios limpios [...]». ¿Cómo fue que aprendió a escribir? Es probable que escribiera en este lenguaje cifrado y desconocido para no ser descubierta; ¿lo habría creado o era una enseñanza de alguien más? Este manuscrito presenta todavía demasiadas preguntas.

Cuando empezó la universidad, Julieta se preocupaba mucho por demostrar su inteligencia; cuestionaba todo, levantaba la mano en las clases y metía a los maestros en discusiones de las que era difícil salir; aunque fuera del salón nunca hablaba con nadie. Se sentaba a leer, debajo de un árbol de magnolia, y ponía cara de fastidio si alguien le hablaba (la interrumpían, la importunaban). La verdadera irrupción llegó del sur en el segundo semestre, con Alejandro. Julieta, aunque estaba cerca de los veinte, nunca había tenido novio; se fue a vivir con ese primer amor a los ocho meses del encuentro. Ella admitió, luego de un año, que se le aplicaba la descripción de estar «muy enamorada» y creyó, durante un tiempo, que la vida podía ser una sucesión de mañanas que empezaban cuando Alejandro le llevaba el café recién hecho a la cama, para despertarla. Se graduaron en la misma generación y entraron juntos a la maestría. Luego de pocos años de brillante desempeño y un único título de posgrado, Alejandro anunció que se regresaba por donde había llegado; le pidió que se fuera al sur con él, Julieta le respondió que prefería que se fueran juntos a Europa. Lo último que ella le dijo, antes de la despedida, fue que no iba a renunciar a la beca de segunda maestría; podía dejarlo a él, pero no tenía por qué abandonar el (recién descubierto) proyecto del ms. V.

Lo que Julieta no supo en ese momento fue que la partida de Alejandro la iba a romper. Tuvo que reconstruirse pieza por pieza, porque la vida que se había terminado con esa ausencia absoluta se volvió una llaga, un agujero en el que se ahogaba. Tardó diez años enteros en superar el hecho de que Alejandro no quisiera intercambiar el sur por Europa, su vida anterior por una vida con ella. Tardó más de una década en darse cuenta de que ese desamor no le iba a permitir la paz y en asumir que no le interesaba formar de nuevo una pareja. Y aún más en aceptar que así como él no se había ido con ella, su propia elección no lo había incluido a él. Le llevó demasiado tiempo darse cuenta de que no había sido culpa de nadie, aunque, para entonces, el proceso había hecho una cicatriz demasiado profunda. Se transformó, por puro instinto de supervivencia, en otra mujer.

Invirtió lo que le restaba de energía en hacer la segunda maestría, el doctorado, sucesivos estudios en interpretación y transcripción de textos en cifra, en lenguas muertas. El ms. V. era el eje de sus investigaciones. Se volvió experta en mensajes ocultos, en alumbrar misterios en clave. Se volvió también experta en eludir a la gente, se refugió en un caparazón hecho de «no, gracias» y «es que no es un buen momento, estoy en una etapa muy intensa de mi investigación». Aunque en el fondo su dedicación absoluta al estudio era un método (una huida) tan eficiente como cualquiera para enfocar su atención en algo más que la llana soledad.

Desde que el ms. V. había empezado a llamar la atención de los criptógrafos, estaba incompleto; ya en el siglo XIX se contaba la leyenda de que era un código indescifrable. Cuando Julieta empezó a interesarse en sus misterios, apenas se contaba con poco más de la primera mitad de las páginas, aunque eso también se ignoraba en ese momento, pues no se sabía cuántas tendría el libro completo; lo único seguro era que los huecos estaban intercalados y no había apenas dos o tres capítulos completos. Se tenía noticia, sin embargo, de varios folios sueltos en distintos museos que era necesario comparar para determinar si pertenecían o no al mismo cuerpo. Julieta se ganó el puesto de encargada principal de las pruebas, encabezó los proyectos de análisis, dirigió varios equipos para la recabación de datos. Mientras pasaba el tiempo, se iba familiarizando con los trazos, los colores, la textura de esos folios.

Y, durante una de las investigaciones, cuando estaba comparando un pasaje de escritura con otro, llegó el verdadero hallazgo. Julieta logró encontrar el punto de apoyo para meter la cuña que movería su mundo entero: encontró la clave del código que le permitiría traducir el texto del manuscrito. Gracias a ella se supo que no sólo no era imposible descifrarlo, sino que empezó a derrumbar todas las especulaciones sin sentido y a eliminar las leyendas más fantasiosas. Sin embargo, ante el hecho de que faltaban varias páginas, las universidades involucradas en la custodia, preservación y aun la decodificación del libro, decidieron que no se diera a conocer ni un solo fragmento al

público, al menos hasta que no contaran con el original completo. El único ejemplar. La búsqueda llevó años, como era previsible, y Julieta siempre estuvo ahí, paciente, orquestando pesquisas, pruebas de carbono, análisis para determinar la edad de las tintas.

Ahora que se había comprobado la coincidencia con las páginas faltantes, al fin iba a tener entre sus manos el manuscrito entero, el mensaje podría completarse, el mundo asistiría a la exitosa concreción de su fascinante labor: el trabajo que era lo más importante de su vida.

Ella toma cada página con reverencia, las va acomodando entre las tapas de piel de la cubierta flexible, desgastada por los siglos; los folios son más livianos de lo que recordaba: el pergamino es engañoso. Las ilustraciones vuelven a aparecer nítidas, aunque algunas partes se han conservado en mejor estado y otras están parcialmente cubiertas por el moho; los colores, sin embargo, conservan un brillo mineral. ¿Cómo habría compuesto sus tintas la primera dibujante? Julieta se pregunta si, mientras avanzaba en los trazos, la autora se habría manchado los dedos, el canto de la zurda. Cómo sabe (cómo fue la primera en saberlo) que la autora era zurda, por la huella casi invisible de la pluma y la inclinación de los caracteres, es una de las razones por las que ese manuscrito está ahora en sus manos, completo, en vez de estar depositado en una cámara de vacío. Luego de poner cada folio en su sitio y comprobar la secuencia, cierra el volumen y lo coloca sobre la mesa. Sus manos, sin guantes, sin afeites, sin adornos, efectúan cada acto con economía perfecta de movimientos. Julieta sonríe, un gesto poco común en ella. Luego coloca su mano derecha sobre la tapa, en un ademán que evoca el inicio de un juramento, y recita en voz alta la fórmula de siempre: «¿Qué lenguaje te trajo hasta aquí, de qué silencio vienes?».

Como si esa sola fuera la clave que conjura la respuesta, ella se queda un momento inmóvil, con la vista fija en el manuscrito; y luego, con elegancia, se sienta frente a la mesa de trabajo, enfoca su pensamiento, abre el volumen

y vuelve a transitar ese terreno conocido, arduo, en el cual cada signo se abre para ella y cede a su escrutinio.

Sobre el ms. V. Consideraciones marginales

Como rasgo particular, está escrito en un estilo marcadamente llano, lo que dificulta la ubicación temporal del lenguaje. Los folios pertenecen al siglo XIV, no así la estructura de su discurso. Cierta orden en las palabras y la correspondencia entre texto e imágenes indica que las constelaciones, las plantas y el pensamiento que refleja, que a la luz de la ciencia moderna se calificaría de mágico (una palabra que se emplea casi siempre de manera errónea), no corresponden con un código de magia ni de alquimia: quien escribió ese manual no lo encriptó: lo escribió en un lenguaje que se ha perdido para nosotros. Con respecto a las ilustraciones, todo indica que la autora sí estaba dibujando lo que veía y esas plantas no son un disfraz ni una metáfora, sino reproducciones fieles. Las descripciones y notas suelen ser claras: «Tenemos el Corazón de Niño que no [debe confundirse con] el Corazón de Doncella, de aquella planta es buena su hoja para aliviar los espasmos del pecho y sus tallos machacados hacen un buen emplasto para el mismo fin. No se deberán cosechar si hay síntomas de enfermedad, pero sí durante los primeros días del otoño, antes de que los vientos sean demasiado fríos».

Por si esto no fuera motivo suficiente de desconcierto, entre más páginas se reúnen, se devela que el libro podría encerrar otro código, más complejo. Quizá cuando esté completo pueda esclarecerse esta situación.

Julieta quería a su abuela por el recuerdo de la infancia. La biblioteca centenaria de la vieja fue su terreno de juegos y su campo de entrenamiento; la abuela, su primera maestra. Con ella aprendió a tomar un libro de la estantería sin maltratar la cabezada y a sostenerlo en la palma izquierda para pasar las páginas con la derecha; aprendió a distinguir el lino del algodón y el papel del pergamino, mientras se le caían los dientes de leche. Tuvo hepatitis y,

mientras pasaba los días en cama, devorando golosinas, su abuela y ella descubrieron su facilidad por las lenguas. Ella piensa que, en realidad, así fue como empezó su carrera.

Cuando volvió a su ciudad de origen no fue por voluntad. Apenas había asistido desde lejos (como estudiante y todavía de la mano de Alejandro) a la muerte prematura de su madre y, muy poco después, del que fungiera como su padre. Pero no pudo eludir su herencia: en un orden que parecía antinatural, su abuela, anormalmente anciana, había sobrevivido a su propia hija y ahora acababa de quedarse ciega por la diabetes. Julieta se dio cuenta de que había olvidado las señas de la colonia, las calles que le habían sido familiares. La cara de la ciudad le era ajena, su configuración se convirtió en un terreno nuevo que ya no iba a explorar. Su abuela era el único vínculo con un pasado tibio, una memoria reconfortante. La casa donde había crecido era, a la vuelta de años y ausencias, un lugar enorme e inhóspito que mantener y acondicionar.

Durante tres años Julieta tuvo una rutina implacable. Se levantaba a las seis de la mañana y se encaminaba a la recámara de su abuela (la encontraba ya despierta, invariablemente), la bañaba y le daba el desayuno; antes de salir rumbo al Instituto, la aconsejaba en una inversión de papeles: que tuviera cuidado, que no fuera necia con la enfermera, que no hiciera movimientos bruscos para no caerse. Algunas tardes se sentaba junto a la cama de la vieja a leer en voz alta, en distintos idiomas, casi para sí misma porque su abuela nunca reaccionó a la lectura, clavaba los ojos blanquecinos en el vacío o estiraba una mano para encontrar la de su nieta; otras veces empezaba a hablar, sin orden aparente, y le contaba las mismas historias que había relatado décadas antes. Julieta durmió mal esos tres años, su abuela, sin ver ya lo que había en su mundo, trasnochaba en un intento de imaginar o recordar lo que había en su memoria. A veces, en las noches, gritaba con desesperación el nombre de su nieta y ella la encontraba con la mano pegada a alguna pared o sujeta de un mueble, porque se había perdido en su propia casa.

La última semana, Julieta faltó al Instituto. Su mayor miedo era quedarse dormida y que, al despertar, su abuela hubiera muerto, pero se consumió durante la vigilia; el día que expiró, Julieta sólo se dio cuenta porque tenía entre sus manos la diestra de la anciana, mientras observaba su rostro agostado sin reconocerlo, sintió un leve apretón, como de trapo, y luego vio cómo sus ojos se abrían muy grandes, antes de la última exhalación. Después del trámite para incinerar los restos, ella vendió la casa y se deshizo de todo, excepto de la biblioteca.

Ésa fue la segunda vez que Julieta tuvo que esforzarse al máximo para recomponerse. Recuperarse de la pérdida de Alejandro le llevó diez años, pero la muerte de su abuela no la abandonó nunca. Aunque no le gustaba pensarlo así, sabía que algo dentro de ella se había secado, como si un trozo suyo también se hubiera muerto; lo veía en su piel, en sus ojos, en su cara cuando se examinaba al espejo. Si ya vivía aislada, se hizo casi una ermitaña; el misterio de su vida y la dedicación a las investigaciones del ms. V. ayudaron a que se convirtiera en una leyenda. Su trabajo era famoso, pero ella se quedó en la penumbra, no como una estrategia, sino porque no quería seguir el ritmo de su propia vida.

Sobre el ms. V. La herencia

Es verdad que esta teoría es muy arriesgada; como académicos, nuestro acercamiento a la traducción debe ser, ante todo, escéptica en su interpretación, en especial tomando en cuenta el esquema de pensamiento que imperaba en la época y sus diferencias con el nuestro, más moderno y científico. Sin embargo, es imposible no mostrar asombro ante lo que parece el mayor hallazgo hasta ahora. La clave está en el origen de la información que una mano femenina (o varias manos, según una nueva hipótesis) recogió en esas láminas. Hubo confusión durante muchos años, falta de referentes, lo único que veían los coleccionistas y criptógrafos eran figuras sin ninguna referencia de origen. El mayor enigma, sin embargo, se halla hacia la parte final del ms. V., que refiere, con un estilo

distinto del establecido en la sección de botánica, cómo la autora hizo una transcripción de lo que sólo puede interpretarse como algo cercano a una visión. Esa transcripción da cuenta de lo que le era revelado en momentos de una extrema lucidez provocada por el ayuno: «Primero, miré hacia arriba y no vi nuestras estrellas, vi otras estrellas más antiguas que hacen otras formas y no tendrán nombre en esta lengua [en la que usó para escribir] ni en la lengua conocida porque su nombre se ha perdido ya. Pero en esas formas había un mensaje que yo podía ver, pero no sabía por qué, ni me era dado averiguar la razón de este mensaje dirigido a mí. Yo soy sólo el cuenco y en mí queda la obligación de pasar estas instrucciones a mi descendencia». Aquí sigue una larga explicación de la mujer como envase y como contenedor de vida y, al parecer, de información.

[Empieza luego la lista de instrucciones para la transmisión de ese conocimiento. Se habla de lo que parece una lectura]

«Es necesario procurar que las primogénitas sean todas mujeres en línea directa, para que el hilo atraviese el tiempo por medio de la sangre. Para traspasarlo es necesario hacer lo que se dice: una de nosotras recibirá este mismo conocimiento y, si ha parido una mujer como primera hija, se pondrá frente a ella cuando todavía esté intocada, pero ya haya sangrado; para esto debe atender a la alineación de estas estrellas [referencia a uno de los dibujos de constelaciones del propio ms. V.], estrellas sin nombre, cuando estén acomodadas en forma de umbral y que verá sólo en trance, nunca en el cielo de la noche. Y cuando llegue esa noche se ponen las dos en trance, madre e hija, se colocan frente a frente y la madre habla en esta misma lengua con las palabras que tome de aquí [del libro], con un pie en el agua, y la hija escucha, con un pie sobre la flor del conocimiento [de color azul] y la madre le dice a la hija todo lo que sabe y todo lo que antes ha venido. Se formará así un arco como un puente por el cual se trasladará este mismo conocimiento y se procurará mantener ese arco hasta que la tarea esté completa. Este [conocimiento] es el más antiguo y no se guarda memoria de él, porque no se deposita en la memoria, se

transmite por el mismo medio que se describe aquí y que formará un arco azul si se siguen bien las instrucciones».

De ser verdad esto que se registra en el ms. V., querría decir que esas plantas, esas alineaciones astronómicas, fueron comunes en un tiempo previo al tiempo conocido; la Tierra ya completó, cuando menos, un ciclo anterior al ciclo presente: «El mundo es muy viejo, pero no queda vestigio de su origen. Estas son las estrellas anteriores a las estrellas, pero desaparecerán. Estas plantas serán borradas de los terrenos conocidos[...]». Entonces ese manuscrito es apenas un vestigio de que hubo antes otras civilizaciones con su propio lenguaje, el mundo fue habitado por otra gente que conocía otra ciencia y, consecuentemente, eso tuvo otro origen y otro pasado.

Julietta siente el tirón familiar de tendinitis en la zurda y el antebrazo izquierdo, tiene los hombros llenos de nudos, luego de varios días de trabajar en la misma posición. Cuando termina el primer boceto de la traducción, ya con las manos temblorosas, ni siquiera se levanta de la mesa, a pesar de su agotamiento. Para ella, tan pragmática, la idea de una razón ulterior que justificara la existencia del mundo nunca ha tenido solidez; pero ahora ve, si confía en lo que está ante sus ojos, con su propia caligrafía, que en esos poco más de cien folios se halla una verdad tan simple que, a su modo, la deslumbra.

Ese es el fin del camino, pero representa una carga, más que una liberación. Primero encontró el nombre encriptado, también a la usanza de la época; en el inicio de cada sección del manuscrito hay una letra del nombre de la autora: Juliette. La atraviesa un estremecimiento, a ella la nombraron en honor de aquella abuela que leía en idiomas desconocidos al lado de su cama.

Se da cuenta, como una conclusión que no puede eludir, de que ella misma forma parte del ciclo que registró Juliette, ni siquiera necesita verificarlo: es su descendiente directa y en ella se termina esa línea de mujeres. No hay una hija, por lo tanto ese conocimiento quedará nuevamente encriptado. Esa escribana, su antecesora, tuvo acceso a fragmentos específicos de un ciclo

anterior al que se conoce. En realidad, su propia transcripción no es más que el mismo conocimiento en una versión modernizada y llena de acotaciones, que acabará también encerrada en su propio código, a la espera de que, tal vez, cuando otro ciclo vuelva a cumplirse, alguien más lo descifre y le sea revelado, acaso por azar, el destino limitado de la Historia entera.

Sobre el ms. V. El fin de todas las cosas

Ese «antes», ese pasado anterior, se sitúa en un espacio preexistente al momento registrado en distintas escrituras sagradas como el Principio. Todo llegó a su fin, consecuentemente, y se desvaneció como un rastro de agua que acaba por evaporarse al sol o que es absorbido por la tierra de una planta que se riega cada tanto. Después, de manera natural, volvió a empezar. Hay ligeras variantes, pero en el fondo es la misma historia: un ciclo largo, si se mide en términos comunes, empieza, tiene su propio desarrollo, abarca incluso la conciencia colectiva de la humanidad, llega la decadencia y, luego, el lógico final: la desaparición del mundo como lo conocemos.

Nada tiene sentido en esquema superior, nada tiene una consecuencia cósmica. La vida sí es un círculo, pero no porque tenga karma ni maya ni samsara, no hay siquiera una esperanza de liberación; el mundo, con toda la vida que carga, es la rueda de una noria destinada a girar sobre sí misma, sin origen ni consecuencia, para siempre. Quién sabe si esa rueda está condenada a desgastarse después de miles de vueltas, el ms. V. no lo menciona ni contempla esa idea; para la autora no es importante la materia filosófica o una consecuencia presumiblemente religiosa, se limitó a escribir un manual útil, con la información que «le fue revelada», y a describir ese tiempo anterior a su tiempo. No hay registro de si especuló sobre el origen o el destino de la humanidad, no hay testimonio de que eso tenga importancia.

Julieta se da cuenta, por primera vez, de la ínfima dimensión de su propia existencia. De golpe siente todo el dolor que ha eludido con los años y ve

cómo las veces que tuvo que reinventarse, en el fondo, carecen de importancia, no tienen sentido porque, apenas nos asomamos a un nivel mayor, nada tiene sentido. Por primera vez se siente fuera de lugar, como si su cuerpo fuera una envoltura que alguien hubiera usado por error para cubrir algo que no le pertenecía. Ahora puede afirmar con certeza que el mundo, esa máquina, sí es un promontorio estéril. Y por eso no hay una respuesta a la pregunta de la vida.

Van a quedar las notas que hizo del ms. V., alguien encontrará la transcripción que después convirtió en una traducción fiel. Le hubiera gustado ver si sus notas marginales (las únicas que contienen su propia voz) serían leídas con seriedad o si van a archivar en alguna biblioteca bajo el rubro de invenciones.

Cierra el libro, acomoda las hojas frente a sí, coloca la taza vacía en una esquina y dedica un último pensamiento a su abuela: si le hubiera leído el manuscrito sin traducir, si tan sólo hubiera sabido cómo, quizá la anciana habría recordado o al menos le hubiera dado alguna señal; tal vez eso era lo que había esperado y por eso murió tan tarde; ya no lo sabrá, pero no importa, nada importa. Julieta enlaza las manos sobre la mesa y asiste, lúcida y triste, a la noche cerrada que ahora lo inunda todo.

La Hermandad y La Luna

ALEXIS IPARRAGUIRRE

(Lima, Perú, 1974) Narrador y crítico literario, recibió el Premio Nacional de la Pontificia Universidad Católica de Perú por su primer libro, El inventario de las naves en 2005. Sus relatos se han antologado en otros volúmenes de jóvenes escritores latinoamericanos y peruanos, y su más reciente publicación es El fuego de las multitudes de 2016, que reúne cuatro relatos insólitos. Actualmente cursa el doctorado en Literaturas Hispánicas en la CUNY.

*Si bien la precocidad intelectual es frecuente,
y en algunos casos coincide en un mismo
grupo humano, la madurez precoz es escasi-
sima y, en ciertos pacientes, peligrosa.*

MARGARET I. TYLER
Medical Review

Dejad que los niños vengan a mí.

Mc. 10,13

SUEÑO DE MARIO

El naípe sale en sueños. Unos dedos que no son de nadie (pero que yo sé que son de mi mamá) lo sacan de un mazo. Tiene escrito *La Lune*. Su imagen me espanta. Una luna de locos desparrama su luz como lágrimas. Dos perros voraces, enfrentados, aúllan en la noche. Una ciudad en escombros se ve a lo lejos. Y las lágrimas lunares incendian los techos de los edificios más altos. Es el día del juicio. Pero mi mamá dice no, Mario. Ella saca otra carta, se lee en la base *Le Jugement*. Yo niego. El Juicio no será eso. Mi mamá dice a gritos: «¿Sabes por qué es, niño?». Mira al planeta que se incendia. Me explica: «Porque ustedes no cerraron las puertas y se escaparon los perros». No sé por qué

miro a la Luna y me molesto con mi mamá: «¡La victoria final no será de la Madre de los Lunáticos, tonta!».

Amanece. Siempre amanece. A los doce años significa hastío. Ya no aguanto el hospital. Ya no puedo fingir que no me doy cuenta de que me muero de leucemia. Y hablar, actuar, como un imbécil, cuando soy el niño más listo de todos, que el bobalicón es mi hermano o el retrasado de mi padre. Es apenas un alivio: hoy vendrán Tiago y Angélica. Ella convenció a su papá de que la traiga, con un capricho de esos que se tragan los mayores. Hablar por fin de un asunto distinto. No más prensa basura de papá, ni la manía por el orden de mamá: ¿está todo bien, Mario?, junta tus sandalias punta con punta cuando regreses del baño, estupideces. Pero, ¿vendrán realmente? El cielo está cubierto por más nubes de tormenta. Ellos son los únicos de mi edad que me sacan de esto. Esta pesadilla de dedo que presiona en la base de la nuca y deja constancia, y dice tú te vas a morir. La idea me da náuseas.

DIARIO DE ANGÉLICA

3 de abril

Hay que poner las cosas en orden. Es la única forma de sobrevivir a esta locura. Es la única forma de evitar el dolor. Cuando voy por las calles hay un aura maléfica, como si un líquido denso y perverso ocupara el lugar del aire. Y pasa lo de Mario, muriéndose. Dan ganas de tirarse por la ventana, de no tener esta conciencia que se siente como un corsé de acero. Quiero llorar, salir corriendo, morirme yo también. Y los días parecen de cartón; te apoyas en ellos y se quiebran. La cordura es un hilo. Yo escucho murmullos en los objetos, me pican como si fueran parte del cuerpo. Además, los animales hablan profecías que no puedo entender. No sé por qué soy capaz de ver portentos. Escucho a los gatos del barrio hablar de muertos; los perros se me abalanzan por las calles. Mi mamá tiene que salir con un palo cuando me lleva al hospital y golpearlos mientras me introduce al carro y me protege con su cuerpo.

Tiago, qué significa esto, me dicen Angélica y Mario. Quieren saber y yo no sé qué significa. Se siente en las calles como si pendiera una amenaza. No puedo decir nada, aparte de que no hay salida y ellos lo saben. Más muertos por televisión: ahora el papá de un amigo. La Hermandad no tiene por qué sobrevivir a esta locura. No hay ninguna razón. Solo somos niños, aunque tengamos la cabeza de monstruos (por eso somos la Hermandad: para ocultarnos y que nuestras cabezas no espanten; además nos abrirían como a ratas; ¿no es así como los mayores tratan a lo que no entienden?). Igual, ¿de qué sirve? Nadie se percata de nada. Les parece normal vivir como estamos: con esta amenaza de tormenta de días y más días. ¿Han olvidado que aquí no llueve nunca? Y las nubes no sueltan ni una gota. Es definitivo. Existe una desazón que contagia hasta a los más mínimos elementos y yo no entiendo, y también es posible que me esté volviendo loco. En todo caso, si Angélica y Mario preguntan, qué les digo. Lo mejor es que se dediquen a los pasatiempos de siempre (Mario gusta de estudios sobre linfas, Angélica de filosofía existencial, yo de historia medieval de esquizofrénicos). Y que esperen. Que vivamos como siempre, despreciando la mediocridad de los otros y a este mundo que había, que está en manos de imbéciles.

DIARIO DE ANGÉLICA

7 de abril

Mario huele a muerto, pero no se lo he dicho. Ahora veo el futuro. Las cartas de su madre me sacan de quicio. ¿No puede dejar de tirarlas? Parece que mi destino pendiera de ellas. Pero es mi paranoia. De un mazo de cartas no cuelga nada. Menos el olor a vegetal, a pantano pudriéndose, que se mete por mi nariz y me irrita los ojos. ¿De dónde viene? Mario, Tiago y yo —la Hermandad— jugamos casino sobre la cama de hospital. Miro a través de una ventana: la calle es un pozo oscuro. El aire se siente con dientes afilados. Tiene dedos. Se aferran a mi hombro. «¿Ahí está?», pregunta Mario. Yo asiento. Las visiones del futuro. Basta moverse para palparlas y cortarse. Hay

calles incendiadas y no se apagan. Hay una ciudad vegetal, luego otra de bestias. Se alza una luna blanca a la que aúllan los orates. Es un manicomio abierto. Son las calles de toda mi vida. Las caminan jaurías de locos. El excremento gobierna. El desperdicio se huele. Me tapo la cara porque no puedo aguantar.

«Yo también veo esa imagen», dice Mario, «pero en sueños». Indica con el dedo el Tarot que su madre echa una y otra vez. «Es el arcano de *La Lune*».

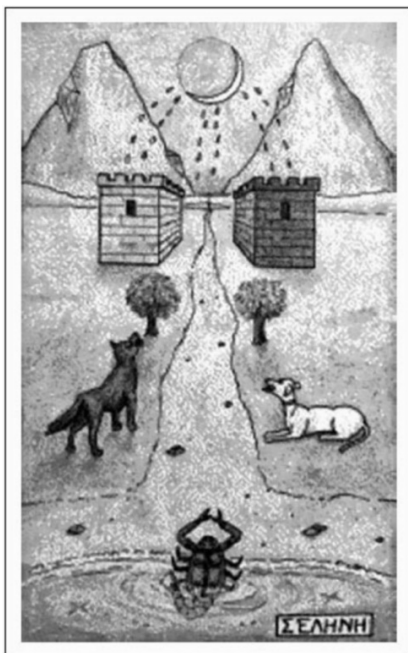
«Es raro», agrega, «cuando duermo leo la carta y entiendo solo sinsentidos».

Tiago señala la televisión encendida. En la pantalla se suceden interrupciones, tomas sin foco, columnas de humo. Una franja anuncia el boletín noticioso de las seis. La mamá de Mario se pone de pie y alza el volumen cuando la imagen se estabiliza. Hay una pandilla de hombres harapientos que corre sin dirección, alejándose de un fuego. Uno se abalanza, gritando y escupiendo, sobre el lente de la cámara. No se ve nada, hay un forcejeo, imágenes que entran de la pantalla y salen. La voz de un reportero clama al micrófono: «¡Un incendio de proporciones en el manicomio! ¡Los pacientes se chicharran... huyen por las calles...!». No aguanto más. Me doy cuenta, rompo a llorar. Tiago me abraza. La mamá de Mario se queda inmóvil, mientras me libero de los brazos de Tiago; manoteo en el aire, pronuncio a gritos, las lágrimas me ciegan: «¡Se acaba! ¡Esta basura se acaba!»

Me dicen qué significa esto, Tiago. Una vez más no sé. Mario me dice que busque. Con Angélica en crisis soy el único que puede moverse. Por dónde empezar. ¿Por una serie de coincidencias, de presentimientos? ¿Por unas visiones de futuro que no comparto? Sé que no es una patraña. Estuve ahí, escuché todo, lo vi. Además soy el más indicado de los tres. Conozco cada centímetro de la biblioteca, toda su base de datos. Hay algunas pistas: el día del juicio, el Tarot, el arcano de *La Lune*. Luego, hay que hundirse en

polvo de libros. Mis papás piensan que estoy con tía Brenda. El pasalibros⁶⁴ cree que me fui a las seis. ¿Cuál es el comienzo?

Quisiera saber con qué Tarot sueña Mario, por ejemplo, si con el de Marsella, el Ferrara o el Visconti. Si es el que manipula su madre, es el de Marsella. Pero Gertrude Moakley⁶⁵ dice que es el más reciente, hijo de deformaciones, de símbolos a la deriva. ¿Significa eso algo? ¿O es simplemente una circunstancia, un *hic et nunc* que desvía de lo esencial? Hojeo en la *Guía Cavalcanti de Cartomancia y Emblemas*. En el Tarot Visconti *La Lune* es una mujer lánguida que sostiene el astro entre los dedos; lo descarto. En cambio, el Tarot de Ferrara echa luz sobre el de Marsella; este es un ícono deformado por el paso de los siglos. El Mazo Ferrara se ve más elemental y es más antiguo.



⁶⁴ Posiblemente se refiere al bibliotecario.

⁶⁵ Autora de *The Tarot Cards Painted by Bonifacio Bembo for the Visconti-Sforza Family*.

Sin embargo, las imágenes son de una complejidad que paraliza. Los símbolos que indican unidad en el mazo francés, en el italiano son de ambigüedad, de bifurcación. Me explico: la pareja de perros salvajes es una simplificación de otra más antigua de rasgos distintos. Examinó la carta original. Se trata de un chacal de pie y de un perro doméstico echado. Se ve hasta vulgar. Las gotas de agua mágica lunar se precipitan a tierra en tres vertientes ordenadas, irreales. Un camino ondulante pasa entre los perros y los edificios, y se pierde a la distancia entre los cerros, donde está próximo el amanecer. Confronto las cartas. Si el arcano *La Lune* de Marsella es una imagen de horror metafísico, su versión italiana refleja una angustia estática, de espera insufrible. No pasa nada que no sea la noche. Leo su interpretación: «El arcano *La Lune* indica el término, pero augura el comienzo. El alba se adivina al final del camino. La decisión es iniciarlo. Pero, ¿qué confianza hay de acabar?».

Dejo la biblioteca lleno de preguntas. ¿Qué luz echa sobre nuestras catástrofes cotidianas el Tarot Ferrara? ¿La visión de Angélica y Mario es fragmentaria, una forma vicaria, una equivocación? Hay vacíos, piezas sin ton ni son. Ni Mario ni Angélica hablan de la masa de agua que ocupa la parte inferior de las cartas. En el Tarot de Marsella es una laguna; en el Ferrara puede ser la orilla de un océano. Un crustáceo la navega. ¿Y si estoy viendo todo al revés? ¿Si nada es símbolo? ¿Si las cartas no connotan sino denotan? Entonces *La Lune* sería la imagen de un pueblo costero, de un barrio como este, una imagen tautológica, una constatación que no es sino espejo. ¡Confusión!

Salgo de la biblioteca, agotado, con la sensación de estar hundiéndome en más laberintos. Es medianoche y calle abajo corre viento que proviene del mar. Pero sigo pensando. Entonces miro el camino que conduce a mi casa. No está vacío. Veo animales de múltiples especies que alzan sus cabezas apenas sienten el sonido de mis pasos. No quiero explicaciones mágicas. Ahora no. Me digo, inmovilizado: «¿Quién deja libres a sus animales a medianoche?». Deseo que sea mi única idea.

Tiago llama en mal momento. Siento el asco en las amígdalas. Como si unos dedos sucios me las sacaran. Y yo aguanto, con el vómito que sale. Manoteo el botón de la enfermera. Olor a alcohol, a algodón frotándome. *Mamá, no me dejen solo en la oscuridad. La odio...* ¡Dronabinol! No, los antieméticos convencionales no sirven. ¡Rápido! Odio la idea de morirme ahora. Pasan horas. A veces oigo mi sueño: «Porque dejaron la puerta abierta y se escaparon los perros». Me viene como en espirales y se va por el drenaje de mis sesos. Por ahí me voy también. Estoy apaleado, no sé cómo han cesado las náuseas. No percibo ni el paso del tiempo. En este instante pienso que lo desperdicié como un estúpido. Es absurdo... pero me he dicho mientras veo los incendios de ciudades en mi cabeza: quién como yo, que soy lúcido y un genio de doce. Necesito aire... Pero es igual de absurdo para quien se muere a los ochenta. Oigo ladridos, muchos, es fuego... ¡Fuego...! Porque quisiéramos que el tiempo fuera un cuentagotas eterno. Me digo un verso maníaticamente: «Mañana, mañana y mañana se deslizan, paso a paso, día a día... hasta cuando el tiempo escribe su última sílaba».

La enfermera viene con una sonrisa boba. Su cara me dice: «Entiendo todo lo que te pasa, niñito bueno». Qué entiende. Pero qué entienden los adultos, al fin. Son demasiado estúpidos. Y me dice que Tiago ha vuelto a llamar. Pero ella no tiene por qué saber que esa llamada es importante. Significa que Tiago ha encontrado una respuesta a mis sueños con tarots, incendios y la Luna... o ha renunciado de plano a encontrarla.

Estoy más estable. Veo la calle y el cielo de tormenta. Qué absurdo. Los adultos no le temen. Tiago me llama. Que va a buscar a Angélica, juntos vendrán a verme. No quiero dormir mientras espero. Los sueños me ofrecen una explicación: «Porque dejaron las puertas abiertas y se escaparon los perros». ¿Qué significa?

SUEÑO DE ANGÉLICA

Sueño con perros, perros alados y escamosos, y perros con plumas y pelajes de todas las especies. Me arrecuesto a dormir entre ellos mientras aúllan y su aullido es un arrullo bajo el cielo nocturno. Cabalgo en uno de ellos por entre avenidas de escombros, por sobre la catástrofe esparcida de un océano lunar. Qué espanto, qué cantidad de muertos navegando en los flujos de su sangre. Mi perro salta a los cielos, seguido por un piélago de canes que hacen cabriolas desaforadas conforme van ganando altura. Miro hacia atrás y el barrio es una escenografía, un conjunto de frontispicios arrasados, una masa retorcida de fierros y granito sobre una roca ciclópea, que se hunde, girando a la deriva, en medio de un abismo de estrellas.

Cuando despierto, tengo una sensación de angustia refrenada. Estoy acostumbrándome a estos viajes transuránicos sin objeto; he escapado o me he habituado, sin percibirlo, al horror. Tiago ha venido a buscarme para ir a ver a Mario al hospital; está parco, macilento, agotado.

Traigo la grabadora de mano porque Tiago me lo pide. Va a ser una Sesión de la Hermandad.

DIARIO DE ANGÉLICA

14 de abril

Acta de la Sesión Extraordinaria de
la Hermandad de los Tres-en-Uno
[Transcripción de cinta magnetofónica]

MARIO (ansioso): Informa, Tiago. [Qué sabes, *habla*]

TIAGO (lentamente): La ciudad vegetal y la ciudad de bestias son imágenes apocalípticas (despliega un libro con litografías sobre la cama: dibujos góticos, de arquitecturas de plantas y de animales que integran edificios y plazas se alzan liados a volutas de emblemas y cintas con moteles escritos). Son el Jardín del Edén y la Arcadia. En la literatura profética son metáforas de la

historia del mundo, junto con una ciudad mineral, supuestamente Jerusalén La Nueva. La mitología cristiana las vincula con el Milenario: cuando venga el Juicio Final, la *Civitas Dei* dará por terminado el esplendor de las otras dos como utopías humanas.

ANGÉLICA (inquieta): Yo no he visto ciudades minerales; solo veo urbes de pantanos y de excremento de bestias, y a veces de pacotilla, una maqueta hecha añicos.

TIAGO: La sintaxis simbólica es compleja, sinuosa; se me escapa. Desde el pasado más remoto, el Paraíso y la Arcadia son íconos que bosquejan intuiciones. Con ellas la psique humana simboliza preceptos que le son inadmisibles. No puedo dar más explicaciones coherentes. Es un callejón sin salida. Sin embargo, mi «deformación profesional» histórica da una luz. El periodo de imaginaria apocalíptica más vasto va desde el fin del imperio carolingio hasta el siglo XIV; tiene un auge en torno al Año Mil...

MARIO (agita la cabeza): Es absurdo. ¿Qué tiene que ver esto...?

TIAGO (alza la voz): Apocalipsis no quiere decir «fin del mundo». No, es un sentido literal. Un apocalipsis es una revelación sobre la historia del hombre y el orden divino. Hay dos cronistas del Año Mil, Raoul Glaber⁶⁶ y Ademar de Chabannes⁶⁷, que refieren la atmósfera: taumaturgia, milagros, apariciones satánicas. Ambos mencionan a la Abadía de San Víctor de Marsella como cabeza de una congregación importante en los prodigios del Milenario.

MARIO (exasperado): ¿Y eso? [¿qué?!]

TIAGO: San Víctor de Marsella es el primer sitio del mundo donde se jugó al Tarot.

⁶⁶ Raoul Glaber (ca. 985-1047) fue un monje e historiador francés que escribió una *Histoire* entre ca. 1015 y 1047 bajo las órdenes, primero, de Guillermo de Volpiano y luego del abad Odilón en Cluny. Carozzi/ Taviani-Carozzi, 1999, pp. 45-46.

⁶⁷ Ademar de Chabannes (ca. 989-1034) fue otro monje e historiador francés contemporáneo de Glaber. Escribió una *Chronique* o *Histoire*, además de una *Histoire des abbés de Saint-Martial de Limoges*, cartas y sermones. Carozzi/ Taviani Carozzi, 1999, p. 51.

ANGÉLICA, MARIO (asombrados): ...

TIAGO: La baraja se convirtió en Marsella en una exposición de imágenes arquetípicas de la concepción de la vida medieval; la iconografía de la época se apropió hasta de sus minucias; incluso desplazó el motivo central de las cartas, de origen itálico, y se volvió su eje simbólico. Eso pasó con el arcano de *La Lune* (cubre los libros con un pliego que reproduce una carta descomunal, con perros y cerros y la luna, ampliados en sutilezas). Un hecho sin precedentes ocurrido durante la luna creciente en el norte de Europa desplazó el motivo central original.

ANGÉLICA, MARIO: ¿Cuál?

TIAGO: Un grupo de pueblos costeros daneses fue encontrado abandonado, poblado por locos. Lo asolaban jaurías de perros salvajes (despliega un mapa de la Península Escandinava). Los pescadores germanos que trajeron las noticias hablaban de escenas escalofriantes... incluso de casos de antropofagia (Angélica asquea, Mario retrocede). La crónica de Glaber y las actas de la Abadía de San Víctor cuentan la historia como una señal del fin del mundo próximo... en especial en San Víctor: ahí hay casi treinta monjes daneses durante el Año Mil.

ANGÉLICA: Entonces, estos pusieron en el Tarot...

TIAGO (la interrumpe): ¿La imagen de la desgracia de su patria? Posiblemente... La relación no es directa. Pero es claro que no solo ellos, sino todos los hombres de la abadía vieron en la plenitud de la locura una manifestación del influjo lunar (muestra más litografías: lunas plácidas y lunas monstruosas, hombres caminando sin razón, trepados al mástil de una embarcación de madera, suelta a la deriva entre vientos de tempestad y oleajes sin freno). La mitología medieval establece una dependencia directa de las fuerzas irracionales con La Luna. Es otra señal del fin del orden humano. Aún hoy llamamos lunáticos a los locos. El arcano *La Lune* no difiere en ese sentido...

MARIO: Qué significa.

TIAGO: Angustia y miedo (la perfila con un dedo), pero también ambigüedad, indecisión. Una carta debe leerse en relación con las otras, en una maraña de símbolos cuyo sentido es fruto de la clarividencia. *La Lune* es un Arcano Mayor, un naipe que rige a los hombres y a las bestias, a las mareas y a los cielos embrujados. Para el hombre medieval era el faro de los viajes sin sentido...

ANGÉLICA (con impaciencia en ascenso): Eso ya lo sabemos, Tiago. ¿No te escuchas? No has avanzado. Nada de esto tiene sen...

TIAGO: Sin embargo, en la carta hay un sentido. Solo que es de otra manera... *La Lune*... pertenece a las cartas llamadas Triunfos de la Eternidad... La Alta Edad Media imaginó al ser humano atrapado en esferas de atracción jerárquicamente organizadas: al hombre lo mueve el Amor Loco, pero sobre este se impone la Virtud, y la fuerza del Tiempo los arrasa a ambos... Sobre el Tiempo prevalece la Eternidad, que es un dominio inexplicable, al cual los sentidos de los vivientes no pueden penetrar. La baraja del Tarot reproduce la correlación de estas esferas en los cuatro grupos que integran la Arcana Mayor, las cartas más abstractas del mazo (gira la carta). *La Lune* es un Arcano de la Eternidad; su locura es trascendente. La imagen que lleva, fuera del hecho extravagante que la originó, es como un mensaje... ¡cifra un simbolismo iniciático! El viaje de crecimiento: hay una jornada por emprenderse. ¿Ven el crustáceo al pie del camino? (lo pincha con el dedo). Este es el camino para él. Sus estadías son muchas, de un valor bifronte: los canes son perros y chacales entremezclados, compañeros, pero a la vez depredadores. En verdad, del camino no se sabe, salvo que es del crustáceo... El viaje mismo está en duda [MARIO: Para]. El animal es de dos mundos: pertenece al seno líquido, que es el espacio de las ideas sin forma, pero también a la tierra que surca el intelecto de los hombres. [ANGÉLICA: Aquí hay algo...] La luna creciente y la bajamar obligan al crustáceo a elegir. ¿Hacia qué sitio? ¿La vuelta al mundo subacuático o el ascenso al nuevo día?

[MARIO: ¿De qué habla?] [ANGÉLICA: Creo...]

ANGÉLICA (sus ojos saltan a Tiago): Puede morir en la playa.

TIAGO: Puede.

MARIO: En los sueños no hay crustáceos...

ANGÉLICA (los ojos vacíos): Ni en mis visiones.

TIAGO: Eso es de lo que hay que sorprenderse. Pero existe una explicación. La visión del crustáceo solo puede tenerse desde una proximidad que no la obstaculice. Ahora, miren a la carta: el animal resulta visible desde cualquier sitio. Sin embargo, si uno se ubica en el lugar que el crustáceo ocupa...

ANGÉLICA (sobresaltada): ¡Obviamente, desaparece!

TIAGO: Lo lógico es pensar que han estado observando desde el mismo lugar del crustáceo. Es la única manera de que no se le vea. Funcionalmente, ocupan su lugar.

MARIO: Magnífico. Soy un crustáceo.

TIAGO: En el sistema de intercambios simbólicos, para todo efecto, lo son. La vieja analogía de las fichas de ajedrez se aplica: un alfil tiene un significado, no por su forma o por el material de que está hecho, sino por las relaciones que guarda con las otras piezas. En el ícono de *La Lune* hay una pieza vital, quien marca el camino: son *ustedes*. Este es el arcano, *este* barrio.

ANGÉLICA: Lo que dices...

TIAGO: La escena de la carga, la desgracia danesa se llevará a cabo aquí. No sé por qué pasará. Pero sus sueños, las profecías, esta atmósfera enferma que nos ahora son la prueba. Y esta imagen es un grabado en vivo: *los tres somos el crustáceo*. Y podemos hacer algo...

MARIO: ¿Los tres?

TIAGO: Hay tres flujos de rocío que provienen de la Luna. Son información adicional; tres potencias de la psique que posibilitan cualquier acción humana: intuición, entendimiento y voluntad. También están representadas

por los tres ojos del crustáceo. Juntos conforman el alma, pero separadas conducen al caos. Son tres fuerzas en una, como nosotros. *Somos nosotros*.

MARIO: ¿Y qué pasa...?

TIAGO: Nos toca decidir. Ya sabemos lo que pasa por mi entendimiento, por la intuición de Angélica. El mundo se acaba, huele a excremento. Y hay una esperanza: el amanecer entre los cerros (lo señala). La nueva luz significa que la Noche Oscura termina, si la acción se emprende, si se inicia un viaje. ¿Lo iniciamos? ¿Cuál es? Tú eres el jefe. Eres la voluntad. Debes decidir qué hacer.

MARIO (exasperado, mira a todas partes): ... ¡No sé sobre qué decidir!

TIAGO (acalorado): Es sencillo. (Abriendo y cerrando los ojos) ¿Podemos frenar este *Götterdämmerung*⁶⁸? ¿este fin del mundo? ¿Podemos...?

MARIO (de pronto, tartamudea, sobresaltado): ... ¡Sí, claro que sí...!

¡Sí...!

La solución es la analogía. Qué chistoso. Basta escuchar lo que nos dice Tiago. Es elemental. Siento el efecto de la morfina y me estabilizo. «La victoria no será de la Madre de los Lunáticos, de la Guía de todas las Jaurías», dijo en mi sueño y ahora sé por qué. Para los adultos, jamás significaría nada, más que imágenes sin sentido... Ahora, Mario, descansa, por favor... Es tan lógico y tan natural, tan infantil, Angélica... Descansa... Pero el fin ya viene, Tiago. Miro a través de la ventana: las nubes se movilizan, se mezclan desatadas. Frente al Tarot, dice Angélica, el mundo es una mojiganga, una fiesta cuyos bastidores son oscuros y salvajes. Enciendo el televisor; vemos los accidentes en masa, los asesinatos múltiples, los crímenes espectaculares. Me dicen descansa. Pienso: «¿Cómo no detener tanta estupidez?». Angélica y Tiago vienen casi a diario. Sabemos que aún no se precipita la Luna contra nuestras

⁶⁸ *Götterdämmerung*: *El ocaso de los dioses*, ópera de Wagner que cierra el ciclo de *Der Ring des Nibelungen*.

cabezas. Y no se precipitará, Mario. El mazo del Tarot nos asalta, Angélica, escucha a Tiago, escucha el silencio de la ciudad. Triunfaremos. Sí, Angélica, Tiago, porque las cartas son un abismo de magias y analogías... Y como los sueños, la analogía es de doble vía. Si una imagen de la carta desaparece, su profecía, su seña, cae en el Vacío, es nada. Desde luego, un objeto del mundo de los hombres se irá si queremos que las semejanzas desaparezcan... ¿Y no es obvio qué es lo que está de más?!

La victoria no será de la Madre de los Lunáticos. No nos vencerá.

¿Cómo nos puede vencer un pedazo de piedra suspendida en el cielo? Aunque nosotros, los más lúcidos, los más dotados tengamos que desaparecer... El sueño de los antieméticos... Mi verso maniático al final se cumple: suena la *última sílaba*. Miro a través de la ventana y la lluvia empieza.

El plan perfecto

RAQUEL CASTRO

(Ciudad de México, México, 1976) Novelista, cuentista, periodista, guionista y promotora cultural, escribe sobre todo literatura infantil y juvenil. Obtuvo el Premio Gran Angular de novela juvenil por Ojos llenos de sombra (2012), y también ha publicado las novelas Lejos de casa (2013), Exiliados (2014) y Dark Doll (2014). Junto con Rafael Villegas preparó la antología Festín de muertos. Relatos mexicanos de zombis (2015), con Alberto Chimal publicó Cómo escribir tu propia historia (2015), ha publicado numerosos cuentos en antologías y revistas, y el volumen El ataque de los zombis (Parte mil quinientos) (2020). Su más reciente publicación es El club de las niñas fantasma (2021) en coautoría con Alberto Chimal, con quien también tiene un canal de YouTube, Alberto y Raquel. Escritura, libros, descubrimientos y gatos (si ellos quieren). Tiene un blog personal que puede visitarse en <<http://raxxie.com/>>.

Me despierta el teléfono en la madrugada. Sin ver la pantalla adivino que no han dado las cinco y que quien llama es mi jefe. Aunque ya me lo esperaba, la angustia hace que me duela el estómago. No sé si contestarle, poner en silencio el aparato o echarme a llorar. Lo único que quiero, en realidad, es descansar un poco, algo que no he hecho desde que empecé a trabajar con él.

Lo peor de todo es que me lo habían vaticinado: cuando acepté el trabajo hubo quien me dijo que iba a ser terriblemente absorbente; que perdería a mis amigos y a mi novio y que terminaría con mucha ropa de marca y mucho zapato cuco, pero sola como un perro. Que acabaría como propiedad de mi jefe.

No me acuerdo si no lo creí o si no me importó: lo que sí recuerdo es que estaba harta de estar perdiendo a mis amigos de tanto pedirles dinero prestado y que me daba mucho miedo perder a Toño, mi novio, por no poder ir a ningún lado a menos que él disparara⁶⁹ todo.

⁶⁹ Disparar: pagar alguien las cosas que otro consume o invitarle a algún lugar. DM-AML.

Desde que conocí al jefe me di cuenta de que sería una chamba⁷⁰ difícil. Philip Smith era un señor joven, de unos cuarenta años, muy trajeado, muy guapo y muy erguido. No era gringo, o por lo menos no tenía acento.

—Soy Phil y soy *workohólico* —bromeó al presentarse.

Luego, más en serio, me pidió que le hablara de tú y le dijera Phil, pero sólo cuando no tuviera clientes. En esos casos le tenía que decir «señor Smith».

—¿Como en Matrix? —le pregunté, tratando de romper el hielo, pero él se encogió de hombros y le tuve que explicar que era una película vieja de ciencia ficción.

Lo primero que me pesó fue el horario: llegaba a las siete de la mañana y recibía al muchacho del puesto de revistas, que traía los seis o siete periódicos que Phil revisaba diario. Luego iba a una tienda cercana a comprar fruta fresca: a Phil le gustaba tener un platón lleno cerca de su escritorio y era todo lo que comía durante el día.

A las ocho yo revisaba su correo personal y borraba todo lo que no tuviera en el asunto la palabra *dissolve*, que (ahora lo sé) era una clave. Los mensajes que sí la traían, los dejaba sin abrir para que Phil los leyera y contestara.

A las ocho cuarenta y cinco preparaba el café. A las nueve en punto llegaba Phil, entrábamos a su privado y me dictaba todos los nombres de la gente con la que le tendría que comunicar durante el día. Luego, yo le decía las citas de la mañana. Casi todas eran en la oficina: a Phil le chocaba salir.

A las dos de la tarde me iba a comer y regresaba a las tres. Más llamadas y más citas.

A las siete en punto, se iba. Yo me quedaba un rato más para lavar la cafetera y las tazas que se habían usado durante el día.

⁷⁰ *Chamba*: empleo, trabajo. Carga de trabajo. DM-AML.

A las tres semanas de estar con ese ritmo de trabajo, una mañana llegó Phil a las ocho y media y me dio una memoria USB.

—Hoy no me pases llamadas. Tengo que preparar una conferencia —dijo. Y se encerró en su privado.

Yo no sabía qué hacer con la USB y me daba pena molestarlo, pero a los quince minutos salió de nuevo.

—Ah, en ese *drive* hay un archivo de Excel. Llama a todos los de la lista y diles que la reunión será... —y me dictó los datos.

Cuando abrí el archivo me espanté: eran cientos de contactos. Sentí alivio al releer el dictado y ver que faltaban varias semanas para la reunión. Sólo así podría avisarles a todos.

A las dos de la tarde había logrado hablar con cincuenta y siete personas y había dejado casi cuarenta mensajes en buzones de voz, de los cuales quince me habían devuelto la llamada. En total, veinte habían confirmado su asistencia. Me sentía orgullosísima de mi eficiencia.

—Phil, voy a comer; ¿te traigo algo? —le pregunté.

—¿Cómo que vas a comer? ¿Cuántos confirmados tienes?

Le dije. Se indignó. Me gritó que esa reunión era importantísima y que no me podía ir si no confirmaba por lo menos la asistencia de trescientas personas.

—Qué ideas; comer algo... puros pretextos para no trabajar —me dijo en un tono tan despectivo que se me hizo un nudo en la garganta. Mejor me salí de su privado para no llorar frente a él.

No se fue a las siete en punto, ni a las ocho.

A las diez de la noche yo tenía doscientas treinta confirmaciones, la garganta irritada y los ojos rojos de aguantar las lágrimas. No me atrevía a irme y seguía haciendo llamadas, aunque ya varias personas me habían contestado molestas por hablar a deshoras.

A las once salió Phil de su despacho.

—¿Todavía por aquí, señorita? —me preguntó. Parecía genuinamente sorprendido.

—Llevo doscientas cincuenta —respondí, esperando el regaño.

—Huy... bueno... de todos modos ya no son horas para estar hablando. Vete a tu casa y mañana le sigues. Pero te aplicas, no como hoy en la mañana.

Sentí que se me iba toda la sangre a la cara, del enojo. Pero él no se dio cuenta, o fingió no darse cuenta, y siguió como si nada:

—Nada más lava las tazas y revisa el correo antes de irte, ¿sí? Y mañana tráete un sándwich o algo.

No me dio tiempo ni de asentir: se fue de inmediato. Yo no sabía si sentirme agradecida de que me había hablado tan como si nada después de la gritoniza del medio día, o indignada porque encima de que me había tenido que quedar hasta esa hora me había hecho el reproche de que no me había encargado de mis tareas normales. Pero me dolía tanto la espalda y tenía tanta hambre que, ante la duda, preferí no pensar.

Los siguientes días fueron iguales, horribles, largos. Pasaba todo el tiempo sentada en la oficina, pegada al teléfono. Si Phil veía en su extensión que el foquito de la mía estaba apagado por más de un minuto, salía de su privado y, según su estado de ánimo, me gritaba o me suplicaba que no me detuviera.

Cuando terminé de hacer las invitaciones le pedí permiso de faltar al día siguiente para ir al doctor porque el dolor de espalda era ya terrible. Pero se puso como loco:

—Ay, niña, no seas mañosa. Todas las enfermedades están en la mente. Si tú quieres te dan, si no, no. ¿Y no ves que estamos en una urgencia?

—Ya llamé a todos los de la lista —traté de defenderme.

—Pues ahora hay que reconfirmar a los que dijeron que sí van a ir a la reunión.

Así que tuve que llamar de nuevo a todos para reconfirmar su asistencia.

Y cada que colgaba el teléfono me quedaba con la sensación de que era gente rara. Aún no sé muy bien cómo explicarlo, pero tenían algo en el tono de voz, todos: una como urgencia. También pensé que podía ser algo como una fe: sonaban como mi tía la que entró a una secta.

Mientras tanto, las cosas con Toño comenzaron a ir mal. Justo el día de la famosa reunión de Phil, que fue la primera vez en mucho rato que salí a una hora decente, tuvimos un pleitazo.

—Pasas más tiempo con el tal Phil que conmigo —reprochaba.

—¡No es cierto, flaco! Hay días que lo veo cinco minutos.

—Ajá. ¿Y quieres que te crea que te la pasas trabajando sin parar, sin verlo siquiera, desde las siete de la mañana hasta las diez, once de la noche? ¿Por qué ni siquiera me contestas el teléfono cuando te llamo a tu oficina? ¿Se pone celoso?

—¡Porque tengo que hacer no sé cuántas llamadas al día! ¿De veras no entiendes?

—¡Ni siquiera me has dicho a qué se dedica este cabrón!

Me quedé de a seis⁷¹: yo misma no lo sabía. No tenía ni idea de qué había ido «la reunión», no sabía qué le decían en los mails que no eran *spam*, no sabía qué buscaba en los periódicos, de qué hablaba con la gente a la que yo le comunicaba, de dónde sacaba dinero para pagarme.

Nada.

Cero.

Al día siguiente de la discusión, llegué a la oficina con la firme intención de encarar a Phil. Pero encontré un postit sobre mi computadora: «Voy de viaje, te encargo todo». No decía más. Traté de llamarle a su celular, pero me

⁷¹ *Quedarse de a seis*: sorprenderse alguien. DM-AML.

mandó al buzón. Abrí el correo electrónico, con la esperanza de que hubiera instrucciones específicas, pero no. Preparé el café, más que nada por rutina, y al darme cuenta de lo absurdo que había sido, me serví una taza por primera vez desde que había entrado a trabajar ahí. También me comí una manzana del frutero de Phil.

Entonces me puse a hacer mi trabajo: borré el *spam*, puse los periódicos sobre el escritorio de Phil... y luego estuve prácticamente sin hacer nada hasta las siete, excepto los ratos que me tomaba recibir a quienes tenían alguna cita con mi jefe y decirles que los reagendaría a la brevedad. También contesté una que otra llamada, pero en cada caso mi respuesta era la misma: no sabía cuándo iba a regresar el señor Smith, ni dónde localizarlo, ni nada.

Los días siguientes fueron más o menos iguales. Como Phil no me dejó dinero, dejé de comprar fruta. La cuenta de los periódicos se pagaba toda junta a fin de mes, así que se siguieron acumulando en el escritorio de mi jefe, porque yo no sabía si tirar o guardar los viejos. Me aficioné al café. En la quincena me depositaron mi sueldo puntualmente, pero tuve que usar casi la mitad para pagar la luz y el teléfono de la oficina, para evitar que los cortaran. Las llamadas seguían llegando y yo no sabía si cancelar o no las citas de los días siguientes, por lo que seguía recibiendo gente para decirle que le daría una nueva cita tan pronto regresara mi jefe. Eso sí: salía puntualmente a las siete. Y mi acto máximo de rebeldía era lavar la cafetera y mi taza un día sí y otro no.

Casi veinte días después, Phil regresó. Llegué una mañana a la oficina y ahí estaba, sentado en mi escritorio, furioso.

—No puedo creer que no hayas hecho nada en mi ausencia. Tengo miles de mails con quejas. No cancelaste las citas, no mandaste la correspondencia. ¡No reservaste la sede de la siguiente reunión!

Traté de explicarle lo que sí hice, de recordarle que nunca me dijo absolutamente nada de la correspondencia ni de la reservación ésa. No quiso escucharme. A cada cosa que yo le decía, él me repetía otra vez todo lo que yo

no había hecho, despacio y con énfasis en cada sílaba, como si yo fuera sorda o tonta.

—Hasta la señora de la fruta se quejó: no fuiste ni una vez. Pero eso sí, casi te acabas mi café. ¿Y qué se supone que haga con esas montañas de periódicos que amontonaste en mi escritorio?

Me desesperé y acabé pidiéndole perdón. Obviamente, no me atreví a decirle que me reembolsara lo de la luz y el teléfono.

A partir de su regreso, la conducta de Phil se volvió más y más rara. A veces me daba instrucciones muy precisas de cómo hacer cosas intrascendentes; otras, era ambiguo y me dejaba a mi suerte. Por ejemplo, en la víspera de la segunda reunión me dejó un postit sobre mi PC. Decía “CATERING!”

¿Quería *catering*? ¿Para cuántas personas? ¿Qué incluyera qué? ¿O me preguntaba si estaba incluido en el servicio que reservé? Con mucha pena le pregunté y para contestarme usó su tonito de «eres sorda o tonta».

—Ay, niña... que lo canceles, obvio. ¡Inteligete!⁷²

Luego empezaron las llamadas a deshoras.

Una vez, a las once de la noche, para preguntarme el clima en Campeche. Siete de la mañana de un domingo, para preguntarme si había comprado el garrafón de agua purificada el viernes anterior.

Dos de la mañana de un martes, para asegurarse de que me presentaría al trabajo en horario normal al día siguiente.

—Claro que sí, Phil. Como siempre.

—Muy bien. Es que soñé que no ibas y me dejabas con toda la carga de trabajo.

⁷² De *inteligir*, 'entender, comprender': 'darse cuenta de algo'; o bien de *inteligente*, 'dotado de inteligencia': 'hacerse inteligente'.

En la oficina, salía de pronto de su reservado a platicar conmigo, sin importarle si había o no qué hacer. O me llamaba a su despacho cuando ya era mi hora de salida y me servía una taza de café, para tenerme ahí sentada mientras él contestaba correos. De pronto, como que se acordaba de que yo estaba ahí y me dictaba alguna carta o me daba cualquier indicación para el día siguiente.

Fuera de la oficina, tenía que estar al pendiente de mi celular todo el tiempo.

Una vez que lo apagué en el cine, cuando salí tenía doce llamadas perdidas tuyas. Le marqué de inmediato.

—Nunca me contestas el teléfono. Pero eso sí, te pasas la vida *twitteando* desde tu chingado iPhone. Para eso sí tienes recepción, ¿no?

Estaba exagerando. Pero me dio entre horror y vergüenza que él supiera de mi cuenta en Twitter, así que me quedé muda. Cuando terminó de regañarme me dijo el motivo de su llamada: que al día siguiente le comprara a la señora de la fruta mandarinas en vez de naranjas.

Me daba terror cada vez que sonaba mi celular. Despertaba en las mañanas con náuseas y dolor de cabeza. El dolor de espalda ya era permanente y se me empezó a dormir un brazo. Toño me compadecía a medias, porque estaba de acuerdo en que Phil era un tirano, pero no podía entender por qué aceptaba yo ir a deshoras a la oficina o por qué le contestaba el teléfono fuera del horario de trabajo.

Una mañana, Phil me llamó a su despacho.

—¿Un café, querida?

Estaba en su modalidad amable.

—Perdona si en ocasiones he sido un poco duro, pero no es un año normal de trabajo. Estamos viviendo un periodo extraordinario.

No supe qué contestar, así que siguió hablando.

—Te lo cuento porque has demostrado ser leal. Pero no se lo digas a nadie. ¿Me lo juras?

Asentí con la cabeza.

—Se va a acabar el mundo. En pocos meses.

Sentí ganas de correr lejos, pero sólo pude volver a asentir con la cabeza.

—No es broma. Es una cuestión magnética. Se está despolarizando la Tierra y si eso acaba de ocurrir, todos los átomos se separarán y se perderán en el vacío. Las reuniones que organizamos (que sin ti no se harían, por cierto. Gracias, querida) son para canalizar la energía y potenciarla para que eso no pase. Es un plan perfecto, pero faltan dos reuniones más: una preparatoria, como las anteriores, y la decisiva. El mundo depende de nosotros, pero debemos trabajar a marchas forzadas. Te necesito más que nunca.

Imagino que mi cara estaba para foto, pero él no hizo ningún comentario al respecto. Me dio un par de engargolados⁷³ gordísimos y me dijo que mi tarea para el día era leerlos, entenderlos y «ponerme la camiseta⁷⁴».

Lo peor de todo es que, al leer los documentos que me pasó, me di cuenta de que era verdad todo lo que me había dicho. En los engargolados había pruebas irrefutables de que una tormenta cósmica se acercaba a la Tierra desde otra dimensión y nuestras opciones eran solamente dos: que se reuniera suficiente gente adiestrada para generar un campo magnético que la rechazara o disolvernos en la nada. Lo que más me aterró fue que los textos estaban redactados de un modo tal que se tenía que creer en ellos incluso si uno no lo deseaba o si, como en mi caso, no sabía nada de ciencia. Supe que no dejaría de creer nunca.

⁷³ *Engargolado*: conjunto de hojas unidas mediante una espiral de plástico o de metal que se inserta en los agujeros hechos a lo largo de uno de los bordes de las hojas. DM-AML.

⁷⁴ *Ponerse la camiseta*: mostrar solidaridad con una causa o proyecto comunes. Mostrar entusiasmo y deseos de hacer bien lo que se tiene entre manos.

Así, aterrorizada, fui al privado de Phil.

—¡Tenemos que difundirlo, llamar a los periódicos, que todo el mundo sepa! —estaba yo histérica.

—Cálmate niña. Si hacemos todo eso, vamos a tener millones de personas al borde del colapso, justo como estás tú. Eso no sirve de nada. Lo que tienes que hacer es ser discreta y confirmar a los asistentes de la siguiente reunión. Ése es tu granito de arena.

Vinieron días todavía peores. Encima de que tenía que estar haciendo llamadas desde las siete de la mañana hasta las once de la noche, me daba pavor que no consiguiéramos nuestra meta. Y me pesaba muchísimo no poder contarle nada a mi novio o a mis amigos. Aunque, claro, ni siquiera los veía.

El humor de Phil era otro problema: cada vez más voluble, se enojaba de todo y luego se contentaba como si nada. Me hacía la ley del hielo⁷⁵ si desde su punto de vista me había equivocado en algo y cuando me perdonaba me dejaba algún regalo sobre mi escritorio, o me llamaba al teléfono de la oficina desde su extensión para contarme cualquier tontería.

—Tenemos mil doscientos confirmados, Phil. ¿Será suficiente?

—Para esta reunión necesitaríamos unos dos mil. Háblales aunque sea de madrugada. Y prepárate, la última va a estar más difícil.

Casi me mudé a vivir en la oficina.

Mi mamá me habló muy preocupada. Me dijo que temía que me hubiera metido en negocios sucios. Se enojó porque la tuve que despedir a los dos minutos.

—Ái⁷⁶ me hablas cuando volvamos a existir para ti —dijo antes de colgar.

Toño me condicionó:

⁷⁵ *La ley del hielo*: castigo que consiste en no dirigir la palabra ni tomar en cuenta a alguien. DM-AML.

⁷⁶ *a'i, ai*, [aquí *ái*]: PRONUNC. /ay/. Ahí. DBM.

—Entiendo que eres responsable y que te importa tu chamba. Entiendo que viene un evento importante. Pero si después de eso sigues en las mismas, cortamos.

Con todo, logré que confirmaran dos mil doscientos. Pensé que Phil me invitaría a la reunión, pero no mencionaba nada, así que le pregunté.

—No estás lista; ya te dije que tu parte es otra.

Supongo que puse cara de decepción, porque añadió:

—Lo que haces es tan importante o más que lo que hace la gente que va. Y piensa que a la siguiente tenemos que ser cinco mil. Ve pensando en dónde podría ser.

A lo mejor no nací para ser heroína. La sola idea de tener que conseguir un lugar para cinco mil personas «barato, céntrico y discreto» (como me había encargado Phil) me pesaba. Eso por no hablar de todas las llamadas que habría que hacer. ¿Y si al final no conseguíamos salvar al mundo? Otra gente habría pasado sus últimos días a gusto, yendo a bailar, comiendo sabroso o cogiendo⁷⁷, mientras yo habría vivido colgada del teléfono, soportando a un jefe bipolar.

Cuando Phil me pasó el archivo con diez mil contactos y me dijo que teníamos un mes para confirmarlos, me pregunté si no sería mejor, de veras, que se acabara el mundo. Pero de inmediato me arrepentí. Tenía que sacrificarme por mi mamá, mi novio, mis amigos. Y también porque tenía el sueldo de varios meses acumulado en mi cuenta: a la fecha no había tenido tiempo de gastármelo en la ropa fina y los zapatos cucos que me habían profetizado.

—Oye, Phil, ¿y no estaría bien contratar a alguien más? Digo, entre dos lo haríamos más rápido... —me atreví a sugerir.

Me miró como si le hubiera mentado la madre.

⁷⁷ *Coger*: practicar el coito. *DM-AML*.

—¿Qué tan difícil es agarrar el teléfono y hacer una llamada? Si te aplicaras, podrías hacer treinta o cuarenta en una hora. ¡Trescientas en un día, y sin quedarte hasta muy tarde!

Una matemática excelente, siempre y cuando cada vez me contestara de inmediato justo la persona a la que le tenía que llamar, que me escuchara con atención y no tuviera ninguna duda, que tuviera un lápiz y un papel a la mano y no me pidiera que le dictara más despacio la dirección de la sede de la reunión. También haría falta que nunca se me secara la garganta ni necesitara ir al baño ni estornudara...

La verdad es que me ofendió por insensible. Supongo que se me notó, porque de inmediato cambió el tono para ser otra vez el jefe amable y comprensivo:

—Mira, niña, te prometo que cuando salvemos al mundo todo va a cambiar. Lo haremos público y ganaremos un dineral. Claro, entonces habrá más trabajo, pero será mucho mejor pagado.

—Phil, si salvamos al mundo...

—¿Cómo que «si salvamos»? ¿No confías en mí? Di «cuando salvemos» —me interrumpió.

—Bueno. Cuando salvemos. Cuando salvemos el mundo... yo voy a renunciar. No puedo seguir haciendo esto.

Mi jefe soltó una carcajada larga.

—¿Estás loca? ¿No te acuerdas del contrato que firmaste? Te comprometiste a trabajar de por vida en esto. Nuestra misión es demasiado delicada como para dejarte ir.

Cuando llegué a mi casa leí por primera vez mi copia del contrato. Era verdad. Decía que yo trabajaría para siempre con Phil y que si algo me pasaba, él no sería responsable. Estaba redactado del mismo modo que los documentos que probaban el fin del mundo: quien lo leyera sabría que yo era,

de hecho, propiedad de Phil, y no lo dudaría nunca. Yo no lo dudaba. Era una pesadilla.

Pasé los siguientes días haciendo llamadas telefónicas como sonámbula. Casi lograba las trescientas diarias.

Cuando llegaba a casa sólo quería dormir, pero al acostarme se me espantaba el sueño y pasaba horas mirando el techo, pensando en qué nuevos arranques habría que aguantarle a Phil al día siguiente. Mis ojeras ya eran imposibles de disfrazar con maquillaje.

La noche antes de la reunión, Phil me llamó a su privado.

—Querida, estamos a punto de hacer historia. Mañana a las cinco de la mañana crearemos una nube energética a través de la mente colectiva de todos los invitados. A las diez de la mañana seremos héroes. Te acabo de mandar un correo con nuestros contactos de prensa para que en cuanto termine la reunión les llames y programes entrevistas...

Yo ya estaba decidida. Hacía días que había armado mi plan, y también era perfecto. Asentí como si me encantara la idea y le serví un último café. Se lo tomó sin darse cuenta del refractil ofteno⁷⁸ que vertí en la taza antes de dársela.

Mientras él se quedaba dormido, tomé su celular, salí de su privado y cerré por fuera con doble llave. Bajé el *switch* de la electricidad y abandoné la oficina. También cerré la puerta de afuera con doble llave. No había forma de que él pudiera salir para estar a tiempo en la reunión, incluso si despertaba antes de lo previsto. Tiré el teléfono de Phil en un basurero afuera del metro. Luego fui al lugar que había conseguido para la reunión y pegué en las puertas los carteles que imprimí temprano en la oficina: HUBO UN ERROR EN LOS CÁLCULOS: SE POSPONE LA REUNIÓN.

⁷⁸ El refractil ofteno es un medicamento oftálmico que, consumido por vía oral, produce somnolencia y pérdida de conciencia hasta por 10 horas. N. de la ed.

Ya que estuve lejos de ahí le llamé a Toño. Fuimos a un centro comercial, me compré un vestido de marca y unos zapatos cucos. Luego nos metimos al cine y lo invité a cenar en nuestro restaurante favorito. De ahí nos fuimos a su departamento. Reímos, vimos tele, hicimos el amor. Me quedé dormida en sus brazos.

Desperté hace rato, cuando sonó mi celular. No tuve que mirar la pantalla para saber que era Phil. Tomé el aparato y vi la hora: 4:55.

Lo puse en silencio y me volví a acomodar en los brazos de Toño.

—¿No le vas a contestar al loco de tu jefe? ¡Se va a acabar el mundo!

—Sí. Que se acabe —le respondí y le di un beso. Se quedó dormido de inmediato.

Acaban de dar las cinco. Se me cierran los ojos y por primera vez en mucho tiempo, mientras todo empieza a disolverse, me siento tranquila.

Los cuatro jinetes

MERCEDES CEBRIÁN

(Madrid, España, 1971) Escritora y traductora, ha colaborado con El País y La Vanguardia, además con las revistas literarias Turia, Eñe, Gatopardo, Revista de Occidente y Letras libres. Ha publicado colecciones de cuentos y poemas, ensayo, crónica y novela, y ganado premios como el del Certamen Jóvenes Creadores de 2004, el Mots Passants de Traducción por Lo extraordinario, y ha sido galardonada con diversas becas y residencias de escritores. Entre sus obras destacan El malestar al alcance de todos (2004), La nueva taxidermia (2011) que contiene dos novelas cortas, «Qué inmortal he sido» y «Voz de dar malas noticias», El genuino sabor (2014) y Burp. Apuntes gastronómicos (2017). Mantiene un blog personal en <<https://www.mercedescebrian.com/>>.

|

NOMBRE O NICK DE USUARIO: Llanera34

CLAVE DE ACCESO: * * * * *

TIPO DE PERSONA CON LA QUE DESEA HABLAR: desconocida afable

PULSE ACEPTAR PARA INICIAR SESIÓN

Buenas, me presento: soy la última mujer que queda sobre la faz de la tierra. He quedado esta tarde-noche con un tipo; concretamente con el último hombre que queda sobre la faz de la tierra. Pensamos ir a cenar a unas máquinas expendedoras de bocadillos y café, y después no sé, alquilaremos una peli, iremos a bailar o lo que se tercie. Es nuestra primera cita y espero que no sea la última —ya, ya me hago cargo de que no están los tiempos como para dejarlo escapar.

Me alegré una barbaridad de toparme por fin con el último hombre del planeta. Por una especie de sueño premonitorio que tuve en el que los cielos se abrían y arrojaban un aluvión de cromosomas XY, supuse que no debía de andar muy lejos. Coincidimos el otro día por casualidad, en la cola del cajero electrónico. Él llegó antes que yo, pero fue caballeroso y me dejó pasar a mí primero. Nos caímos bien, nos dimos los teléfonos y hoy nos veremos de nuevo.

La verdad es que antes de conocerle he vivido unos meses de gran ansiedad: descubrir que una es la última mujer que queda en el mundo no es plato de gusto, máxime cuando no hay una legión de hombres esperándote al salir de casa. Por eso me alegró tanto coincidir con él en el cajero. *Hola*, le dije, *¿eres el último?* Respondió «sí», me miró picaron y al momento grabó mi teléfono en su memoria electrónica.

Si todo sale bien, igual podemos procrear, tener familia y lograr que nuestros hijos sigan perpetuando la especie humana aunque sea de forma incestuosa. No lo hemos hablado todavía; no me parecía un tema pertinente para tratar ahí, en medio de la calle.

II

Yo creo que la cita del sábado salió bien. Él fue muy puntual y se presentó con un ramo de algas precioso. Después de cenar le invité a mi casa a ver una película pero a los diez minutos ya estábamos en la cama: estuvo tierno y fogoso a la vez, me preguntaba todo el tiempo si me estaba gustando, si estaba cómoda... lo que es tener a un hombre pendiente de ti, vamos. Bueno, en un momento dado dejó caer un nombre de mujer, una historia suya del pasado, ya sabes. No me preocupé: por desgracia o por suerte, el ayer de ambos está criando malvas⁷⁹ bien lejos porque todo aquello de la criogenización nunca acabó de funcionar.

⁷⁹ *Estar criando malvas*: estar muerto y enterrado. DLE-RAE.

Sí que me hubiera gustado que se quedara a dormir para poder desayunar juntos con calma, pero por lo visto tenía que madrugar al día siguiente. Estaba muy liado y con un montón de asuntos que resolver, eso me dijo.

Como no habíamos quedado en nada concreto y yo no podía soportar la espera, le mandé el lunes una videoconferencia a su oficina. Él me respondió con otra: que hablaríamos para este sábado, que estaba pasando una semana dura en el trabajo porque, si bien ya no tenía la agenda repleta de reuniones como antes ni la presión continua de los jefes encima, ahora todas las responsabilidades le caían a él, a ver si me daba cuenta. Intenté comprenderle aunque no te creas que me resulta fácil: yo no tengo tantas ambiciones profesionales y, siendo realista, en la biblioteca pública donde trabajo no hay apenas quehaceres: sólo tejuelar⁸⁰ algunos libros viejos y poco más. La verdad es que voy por ir, por matar el tiempo mientras espero.

III

Reconozco que a veces le llamo y cuelgo sin esperar a que salte el contestador —no me digas que tú no lo has hecho nunca—, pero ayer jueves finalmente me armé de valor y le dejé recado invitándole a cenar aquí. Supuse que le haría ilusión ver el pilotito encendido cuando llegara a su casa; esas cosas siempre gustan, creo yo. O igual le agobia ver que hay varias llamadas de la misma persona. ¿Ves?, lo malo de ser los últimos pobladores de la tierra es eso, que cuando parpadea el contestador no tienes ni curiosidad por saber de quién serán los mensajes y la cosa pierde emoción.

Me devolvió la llamada al rato: nada, que le venía muy mal quedar en ese momento porque tenía planeado ver de nuevo la grabación de los goles de su

⁸⁰ *Tejuelar*: [término de la bibliotecología] operación que consiste en escribir la signatura topográfica en el tejuelo, normalmente en horizontal, salvo que sea más larga que el tejuelo y haya que rotularla en vertical, para que se pueda leer completamente al colocar en los estantes. González, 2012.

Tejuelo: Cuadro de piel o de papel que se pega al lomo de un libro para poner el rótulo. DLE-RAE.

equipo en la final de la liga 2015. No importa, ya nos vemos el sábado, dije yo; pero me quedé tristona y medio amodorrada en el sofá. Me despertaron unos bocinazos acompasados: mec-mec-mec-mec-mec, y unos gritos de júbilo. Supuse que era él, que su equipo había ganado el partido y lo estaba celebrando por la calle.

Salí a buscarle y lo encontré. Estaba tomándose algo en las máquinas expendedoras y conectado a esto del simulador de conversaciones, hablando del partido con un colega. Me invitó a un refresco y allí estuvimos, charlando. Tuvo un detalle: apagó la sesión para hablar conmigo. Yo intenté sacar el tema *nosotros* pero él —eso me dio rabia— esquivaba todo el rato el asunto y me teledirigía hacia temas de su interés: sus triunfos deportivos, sus conocimientos sobre demografía y, cómo no, la célebre Diana, su antigua novia.

¿Que si luego hubo *tutía*⁸¹? Sí, claro: fuimos a su casa, que no veas lo sucia que la tiene. Está tan solo el pobre.

IV

Hoy es ese sábado del que me habló y aún estoy esperando que me llame. He matado el tiempo a base de películas, de lectura electrónica y bueno, del simulador este. A ver, qué remedio, aquí iba a estar yo si él hubiera llamado.

Me pregunto qué estará haciendo. Lo bueno de ser la última mujer sobre la faz de la tierra es que no se sienten celos de otras tías, porque, básicamente, no las hay. Pero el último día, cuando lo del partido, sí que lo noté un poco recurrente: demasiadas anécdotas sobre su ex novia (creo que habla con ella todavía desde el simulador). Mi miedo es que ese recuerdo tan intenso que le queda pudiera estropear de alguna manera nuestra relación. *Gay* no es, eso me consta, y aunque lo fuera daría igual porque, como ya he dicho, él es también el único tío que vive en este planeta, y afortunadamente cerraron todas las agencias de viajes interestelares.

⁸¹ *Haber tu tía*: conseguir lo que se desea o evitar lo que se teme. DLE-RAE.

Yo intenté hacerle ver que ha de afrontar el futuro, pensar en plural y no comerse la cabeza recordando otros tiempos. No entiendo su adicción a los simuladores, si ahora estoy yo que soy real y acariciable y, sobre todo, idónea para escuchar conversaciones hasta de su afición por la pesca deportiva. ¿Tengo razón o no? Sí, es cierto lo que dices, lo de no ser tan solícita. Me gustaría darle celos con algo, ya no con alguien, pero ya me dirás con qué, si por no quedar, no quedan ni gatos callejeros.

V

No, finalmente el sábado no dio señales. Le llamé yo ayer para invitarle a cenar a casa —sin reproches de ninguna clase, ¿eh?—, pero me dijo que estaba cansadísimo de jugar al frontón y no pensaba salir. Pues nada, paciencia. Me descongelé un plato precocinado riquísimo que había guardado para él y me lo comí yo sola. Después, como me quedé sin tabaco me fui a las máquinas expendedoras y allí estaba, dándose un banquete de sándwich de tofu y tomándose un café con espumita de los más caros de la máquina. Y no sólo eso: estaba despilfarrando todo su crédito virtual en el simulador de sensaciones (había elegido *independencia*, que lo vi en la pantalla). Así, tú me dirás cómo se puede construir un futuro común.

Me dio tal decepción que me mintiera de esa forma que me fui a casa llorando. Él me siguió, gritando espera como en las películas, y ahí hablamos por fin. Me parecía tan injusto lo que me estaba haciendo que me puse un poco agorera, en plan de qué va a ser de nosotros, nos vamos a morir en soledad, esto es el principio del fin de los tiempos, el rechinar de dientes y cosas así. Él me dijo que le agobiaba mi presencia constante y que no le dejaba espacio para dedicarse a sus cosas. Y lo más fuerte de todo: que no sabía si quería tener una relación estable conmigo o si mejor sólo un rollo, que a ver si porque no quedara nadie más que yo en el globo terráqueo iba a ser obligatorio que él fuera mi novio.

VI

Tras la bronca aquella he pasado tres semanas espantosas sin saber de él. Finalmente, ayer contactó conmigo para disculparse y proponerme una cita (*Aquel día no estaba seguro de mis sentimientos hacia ti*, me dijo, *pero no le des mayor importancia*). Y oye, de repente recuperé mi dignidad como quien la coge de la mesilla de noche al levantarse y le dije que ni hablar, que no pensaba salir con él nunca jamás ni aunque no quedaran otros hombres sobre la superficie de la tierra.

La verdad es que ahora no sé si me arrepiento. ¿Tú crees que hice bien? En fin, me veo conectada al puto cacharrito este durante una buena temporada para desahogarme. Sí, oye, no te pongas así: las cosas por su nombre, puto cacharrito.

VII

Hoy estoy más relajada; ha llegado el verano, hace un sol radiante y ya no tengo esa sensación de catástrofe inminente que me ha acompañado todos estos días, no sé si me explico: era como si se acabara el mundo por haberlo dejado con un tío, ya ves tú qué bobada.

Bueno, confieso que hay algo más: es que ayer al levantarme oí un ruido de cascos de caballos a lo lejos. Al principio creí que se trataba del simulador de situaciones de la calle, que se había activado solo por el calor. Pero no: hoy, al salir hacia la biblio, he visto con mis propios ojos cuatro enormes purasangres negros bebiendo agua en una fuente. Sí, sí, con sus monturas, sus riendas y todo; vamos, que no estaban ahí a su libre albedrío. Ya me buscaré yo la manera de charlar con los caballeros que los montan (digo yo que serán tíos). A alguno de los cuatro le gustaré, espero. Nunca he salido con un jinete y, desde luego, ganas no me faltan.

Una misión más

GERARDO HORACIO PORCAYO

(Cuernavaca, México, 1966) Uno de los más importantes representantes de la ciencia ficción mexicana, es socio fundador de la Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía, y responsable junto con José Luis Zárate del Círculo Puebla de Ciencia Ficción y Divulgación Científica. Su obra ha sido galardonada con diversos premios dentro del ámbito de la ciencia ficción; se le considera el introductor y principal impulsor del cyberpunk particularmente a partir de la publicación de su novela La primera calle de la soledad (1993, reeditada en 2020). Su más reciente novela es Volver a la piel (2019). Mantiene el blog Lobosector en <<http://lobosector.blogspot.com/>> y el blogzine La langosta se ha posteado en <<http://lalangostasehaposteado.blogspot.com/>>.

La atmósfera semejava el corrupto interior de un vaso de bourbon.

Había sido un descenso poco grato. Teníamos prisa. Buscábamos una vieja nave estelar, perdida en el sistema años atrás. Esa había sido mi primera elección, un planeta con las probabilidades más grandes de alojar formas de vida en toda la ecósfera.

Una forma de vida nada especial.

Llegamos a un pantano, profundo y maloliente, cuna de las más repulsivas especies.

Éramos un grupo pequeño, apenas cuatro... Pauly, un joven nervioso que se había unido a las fuerzas buscando huir de sus problemas familiares... A nuestro regreso, muy probablemente lo bajarían vestido con una camisa de fuerza. Roberto, el tipo más rudo de toda la flota estelar del sector. Y Kars-ten, un aventurero deseoso de exploraciones... No era un mal equipo.

De hecho podía ser peor. Aunque no lo creo...

Siguiendo mi instinto —no había nada más que seguir—, habíamos consumido más de cuatro horas en la búsqueda. Huelga decir que Pauly tenía los nervios hechos un lío.

Si encontrábamos algún problema, sería difícil alcanzar el módulo de descenso. Tendríamos que luchar solos, la nave nodriza —la nuestra, la Galahad— en esos instantes estaba soltando otros equipos en los tres mundos restantes que integraban la ecósfera.

Como dije anteriormente, estábamos solos en ese maldito planeta.

—Jefe... E-e-el s-sol... —dijo Pauly con ese tono de gallina que siempre utiliza.

El firmamento parecía extirpado de la mente de un loco perdido. Los colores, la paleta de un pintor sucio y descuidado, después de su sesión diaria de alcohol. Las nubes, púrpuras con destellos de radioactividad, eran como ojos desorbitados y sangrantes... El sol era lo peor; absolutamente repulsivo. Una rojiza llaga destilando pus... Y todavía hay quienes aseguran que todos los atardeceres son bellos...

Estábamos en medio del caos.

—Mantengan sus ojos alejados de esa mierda —grité, con esa voz que te enseñan a fabricar en los cuarteles...

Era un equipo militar y por supuesto, intentaron acatar la orden. Tuve que aclararles a qué mierda me refería.

Nuestros exoesqueletos estaban atascados de lodo, impidiéndonos un avance rápido.

Pauly intentaba no llorar, pero sus gemidos llenaban nuestros auriculares. Roberto me había usurpado la vanguardia, su poderosa hoja hacía destrozos en la horrible vegetación. Karsten... Bueno, él nunca hace nada, sólo mira y mantiene cerrado su despreciable hocico.

El último tajo dejó al descubierto un paraje inverosímil: allí, en el centro de todo el podrido pantano, se encontraba el sitio más paradisiaco que jamás hubiera observado... Pensé de inmediato en turistas y créditos fluyendo en mis manos... Tal vez podría arreglar que me fuera dada la concesión por algún tiempo.

Lamentablemente ya había turistas.

A nuestro paso salieron catorce obesos astronautas, sus trajes estaban impecables, excepto porque habían tenido que quitar todo el soporte ambiental para poder embutirse en ellos. En el brazo derecho de las indumentarias, el escudo mostraba el nombre de la misión: Ícaro IV.

Las cosas habían salido mejor de lo que esperaba.

Busqué una cara en especial. La encontré.

—Comandante Majors, estoy al mando del módulo de descenso Merlín VII y estamos aquí para rescatarlos, agradecería me proporcionara la ubicación exacta del Ícaro —siempre me ha gustado ir directo al grano— ¡Ahora!

—Bienvenidos sean, hermanos, a la última morada —dijo y un halo blanquecino brotó atrás de su calva—, su búsqueda ha terminado.

A Pauly le hacía falta menos que eso. Se tiró al suelo, lloriqueante, be-reando:

—Estamos muertos, asquerosamente muertos.

Karsten iba a iniciarla con aquello de las especificaciones sobre la ruta que habíamos seguido, pero yo me impuse.

—Momento, momento; qué clase de idiotas creen que somos, a nosotros no nos van a engañar con trucos baratos.

—No hay ningún truco —dijo Majors y del centro del impostado paraíso, acompañado por una dulzona música y una parvada de angelitos rosas, surgió un trono enorme; una silueta indefinida lo ocupaba, a sus pies, cuatro figuras empezaron a incorporarse. Las reconocí de inmediato. Mi tripulación

también; corrieron hacia ellas como si previamente hubieran estudiado el guión de esa ínfima película. Eran sus amadas, por supuesto. Pauly brincaba de alegría. Todo un asco.

Mi amado corría hacía mí.

No podían haber cometido error más garrafal. Ningún hombre salido de fantasías electrónicas puede ir al cielo. Aquel tipo era mi preferido en las máquinas de sueño, una falacia.

—Alto allí —le grité, luego volviéndome hacía Majors—, comandante, usted y la punta de imbéciles que dirige, subestiman nuestra inteligencia, este hombre es una vil quimera, salida de un programa que se compra a lo sumo por cuarenta créditos.

El ser del trono bufó, encolerizado.

—Hermano mío —dijo Majors—, en el cielo todo es posible, lo extraordinario...

—¡Tripulación! —grité con todas mis fuerzas. A regañadientes Roberto y Karsten dejaron a sus celestiales divas y se unieron a mi costado. Pauly, por supuesto, sólo se aferró aún más a su mujer.

—Quiero la verdad —exigí.

—Estás en el cielo, hijo mío —dijo el ser de la silla real—, perdono tu incredulidad, así como he perdonado a toda tu especie. Han salido victoriosos del purgatorio, han atravesado los pantanos del dolor, ahora puedo recompensarlos. Ven a mis brazos, hijo, no dudes más.

Fue todo lo que pude soportar. No permito que ningún ilusionista barato sustituya a mi amado padre.

—¡Armas! —grité, era un código, una clave para casos extremos. Una maravilla de entrenamiento.

Dirigí de inmediato mi tubo desintegrador contra el pseudodios.

No alcancé a ver quiénes otros caían, aparte de Majors y Pauly, porque de pronto, mientras el ocupante del trono se desvanecía, la tierra donde estábamos parados, empezó también a esfumarse.

—¿Comandante? —dijo Roberto, los ojos llorosos, un dejo de tristeza en su voz. Finalmente, algo lo había ablandado— ¿No cree que nos hemos equivocado?

Roberto desapareció.

Miré mi cuerpo, era un fantasma envuelto en la sinrazón de la nada.

—Mierda —mascullé.

Definitivamente, no había sido una misión más.

Prisión interior

VLADIMIR VÁSQUEZ

(Barquisimeto, Venezuela, 1975) Es un amante de la ciencia ficción, la fantasía, los videojuegos y las nuevas tecnologías. Mantiene un blog bajo el nombre de Lobo7922, La cueva del lobo, en <cuevadelobo.com/members/lobo7922/>, donde escribe sobre estos temas y organiza concursos de ciencia ficción. También ha publicado la antología de relatos, Universos internos (2004).

No me pregunten cómo fue. Algún tipo en algún lugar del mundo finalmente hizo contacto con los extraterrestres, pero no vayan a pensar que vinieron los hombrechicos verdes o algo por el estilo, en realidad fue todo más impersonal, toda la comunicación se realizó vía ondas de radio. Lo primero fue la gran noticia de que «no estamos solos». Aquello causó una gran conmoción, gente histérica anunciando el fin del mundo y lanzándose desde lo alto de los edificios como siempre; pero obviamente el fin del mundo no llegó y descubrimos que la cosa era mucho más compleja de lo que creíamos. El mensaje que recibimos de las estrellas era claramente de una fuente artificial, pero incomprendible, una larga serie de señales que no tenían ningún significado.

Los científicos tenían que traducir aquel galimatías; de modo que durante muchos años aquel asunto de los extraterrestres no significó la gran cosa para el hombre común como usted y como yo. Sí, había unos seres muy inteligentes en alguna estrella lejana, capaces de enviar mensajes de radio a través de la galaxia, pero eso ni empeoraba ni mejoraba la vida de nadie.

Casi una década después llegó la segunda noticia: los gobiernos del mundo se unieron en un gran acuerdo, una gigantesca institución creada con el único propósito de traducir aquel mensaje. Mucha gente ni siquiera recordaba el asunto: «¿Cuál mensaje?» «¿Cuáles extraterrestres?», de hecho la opinión de la mayoría de la gente era que aquello era tan solo otra excusa para aumentar los impuestos o para imponer un gobierno mundial poco a poco.

Pero al igual que la noticia anterior los rumores acerca de este nuevo instituto se fueron desvaneciendo y solamente surgían nuevos y extraños rumores esporádicamente. «Se trata de números». «Números primos». «¿Entonces los números también tienen familia? ¡Asombroso!», tal y como la gente predijo los impuestos subieron, la gente protestó y se quejó, pero no quedó otra opción más que pagar los nuevos impuestos.

En aquella época la matemática tuvo un nuevo resurgir. Se necesitaban muchos matemáticos y se les pagaba muy bien, eso tuvo un efecto secundario: muchas otras ciencias avanzaron rápidamente en paralelo con la matemática, lo que ayudó a que muchos de los productos de alta tecnología bajaran de precio, pero los cambios fueron más allá de las mejoras en el transporte y comunicaciones: todos esos servicios redujeron sus costos. Aquel cambio, aunque no fue muy radical, fue suficiente para llamar la atención del hombre de a pie. «¿Por qué nadie había hecho esto antes?» «¿Mejorarán las cosas aún más?» «Yo digo que vale la pena pagar los impuestos». «Si este es el gobierno mundial, me gusta».

De modo que los gobiernos mundiales inadvertidamente encontraron una fácil excusa para subir los impuestos un poco más sin que la gente se quejara mucho de ello; aunque para ser justos hay que admitir que en realidad buena parte de aquellos ingresos fueron utilizados para el «Proyecto de Traducción».

Casi dos décadas después de que se recibiera el primer mensaje, recibimos la primera información oficial sobre el mensaje. Todo parecía indicar que se trataba de una extensísima enciclopedia que contenía el conocimiento acumulado durante milenios por una antigua civilización.

Aunque en aquella etapa los conocimientos que habían podido ser extraídos de la susodicha enciclopedia eran muy pocos, eran tan significativos que alterarían para siempre nuestro modo de vida.

Sucedieron muchas cosas entonces, pero quizá el cambio más radical fue una nueva comprensión de la verdadera naturaleza de la materia, la energía, el tiempo y el espacio; aparte de las obvias controversias filosóficas y el sacudón que recibieron la física y todas las otras ramas de la ciencia, el mayor impacto para la gente común fue el desarrollo de un sencillo y económico reactor que finalmente hizo posible el sueño de energía limpia y barata; las instalaciones de aquel tipo pronto se hicieron tan comunes que prácticamente existía una en cada pueblo.

Energía barata se traducía en agua potable barata y en general productos y servicios mucho más económicos. Evidentemente aquello se tradujo en un inmediato disparo en las estadísticas de población; durante algún tiempo pareció que los nuevos descubrimientos nos conducirían al desastre.

Para sorpresa de muchos, los gobiernos actuaron a tiempo con anticonceptivos gratuitos y una campaña educativa. Si bien de pronto el mundo amaneció con unos cuantos millones de personas más, al mismo tiempo, las nuevas tecnologías permitieron que tal número de personas viviesen más cómodamente que antes.

El Instituto informó que, a pesar de los avances alcanzados, se hacía evidente que en el futuro el proyecto de traducción necesitaría de un mayor esfuerzo, pues entre más comprendían de la enciclopedia, más compleja parecía volverse ésta.

Sin embargo, el Instituto fue poco exitoso en su nuevo esfuerzo de reclutamiento, todos andaban demasiado ocupados descubriendo las nuevas maravillas de la Tierra; nadie tenía tiempo para detenerse a estudiar matemáticas o cualquiera otra de esas aburridas ciencias.

Pero a pesar de aquello la traducción continuó avanzando, aunque más lentamente y los avances que la ciencia y la tecnología obtenían continuaban beneficiando nuestras vidas cada vez más.

«Después de tantos milenios de sufrimientos, la humanidad se merecía esto». «La traducción de la enciclopedia es un esfuerzo enorme, obtener los beneficios de tal esfuerzo es nuestro derecho». «Hemos sido afortunados de no habernos destruido los unos a los otros, haber encontrado la enciclopedia es nuestro premio».

Las nuevas generaciones nacían en un mundo de paz y abundancia, las historias de una época de sufrimientos, guerra, hambre y enfermedad eran tan lejanas que se consideraban leyendas.

La traducción era cada vez más lenta, el mundo era tan maravilloso y perfecto que ya no había ningún apuro en descubrir los nuevos secretos que la enciclopedia pudiera guardarnos; eran cada vez menos las personas interesadas en estudiar las arcanas ciencias, y menor era el número de los que deseaban aplicar estos conocimientos para descifrar un anciano documento que seguramente ya había dado la mayor parte de sus beneficios.

Un día finalmente un anciano científico salió del enorme edificio del Instituto y anunció que la traducción había terminado. En verdad no existían muchos nuevos avances, los últimos capítulos de la enciclopedia explicaban las razones para la creación de la enciclopedia.

Ellos, los extraterrestres, estaban en guerra con otra civilización, una civilización tan poderosa que ni siquiera los creadores de la enciclopedia tuvieron alguna oportunidad. La enciclopedia fue una advertencia y una oportunidad para las otras civilizaciones de la galaxia, una oportunidad para sobrevivir a esos otros, los destructores; pero nosotros hemos olvidado las vías de la guerra, y los científicos han comenzado a recibir extrañas lecturas en los bordes del sistema solar; quizá sea demasiado tarde...

III. Relatos catastróficos

El evento principal

JOSÉ LUIS ZÁRATE

(Puebla, México, 1966) Egresado de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, fue coordinador general del Círculo Puebla de Ciencia Ficción y Divulgación Científica, y es subdirector del blogzine La langosta se ha posteado dirigido por Gerardo Horacio Porcayo. Es miembro fundador de la Asociación Mexicana de Ciencia Ficción, y del Círculo Independiente de Ficción y Fantasía, y ha colaborado con numerosas revistas literarias entre las que destacan El Cuento, Ciencia y desarrollo, Tierra adentro y Umbrales. Ha publicado, entre otras, las novelas La ruta del hielo y la sal (1998), La máscara del héroe (2009) y El tamaño del crimen (2012); y varias colecciones de cuentos como Hyperia (1999), Castillos que se incendian (2012) y Cómo terminó la humanidad (2013). Su obra ha sido reconocida con premios como el Kalpa 1992 de cuento por El viajero, el Axxon Electrónico Primordial por la labor divulgativa del Círculo Puebla de CF o el Internacional de Novela MECyF 1998 por La ruta del hielo y la sal. Mantiene el blog Cuenta atrás en <<http://zarate.blogspot.com/>> y también tiene presencia en Twitter con la cuenta @joseluiszarate.

«Hoy»

El Fin del Mundo se presenta 12:00, 2:10, 4:40, 7:00...

«C'est la vie»

Tanto esperar el apocalipsis zombi para sobrevivir 12 minutos.

«Ancho de banda»

Para desesperación de todos, facebook, twitter y parecidos funcionaron muy mal durante el Apocalipsis.

«Soledad»

Descubrió el tamaño de su soledad cuando despertó en medio del Fin del Mundo y no quiso proteger nada.

«Flash»

Nadie sabe bien porqué toman fotos del Apocalipsis.

«La realidad»

De pronto, la realidad tal y como la conocimos desapareció, ahora es de paga.

«Batman»

El único superhéroe relajado durante el Apocalipsis fue Batman. Al fin, una solución permanente al crimen en Ciudad Gótica.

«Estruendo»

Acostumbrados al estruendo cinematográfico pocos apreciaron el silencio y la sutileza con la que el apocalipsis nos envolvió a todos.

«La duda»

En medio del apocalipsis algunos consultaron su horóscopo.

«La décima plaga»

La Décima Plaga sólo mató a los primogénitos y a sus hermanos.

«Un buen vino»

Subió a la montaña con un buen vino para poder disfrutar a solas de los mares de fuego, los cielos en llamas y el Fin del Mundo.

«El público»

La luna estalló en llamas, el cielo se partió, el rugido de la tierra al desintegrarse ocultó el entusiasta grito de ¡*encore, encore!*

«Thrash metal⁸²»

La banda de thrash metal realmente disfrutó acompañando al apocalipsis.

«Riff⁸³»

Algunos Jinetes del Apocalipsis llevaban guitarras eléctricas.

⁸² *Thrash metal*: estilo de música rock, surgido a mediados de los años ochenta en Estados Unidos, que funde los elementos estilísticos del heavy metal con el espíritu macabro del punk (letras de contenido violento, el terror y la muerte como temas principales, etc.). T. *Speed metal, thrash*. NDA.

⁸³ *Riff*: en el jazz, funk y rock, breve frase musical que se repite a lo largo de una pieza. NDA.

Microrrelatos apocalípticos

RAQUEL FROILÁN

(León, España, 1981) Escritora de ciencia ficción, fantasía y terror, ha publicado en varias antologías, la más reciente Vínculos oscuros (2020). En colaboración con Almijara Barbero Carbajal, preparó la antología Maldita la gracia. 20 relatos de humor (2019) que muestra claramente la posibilidad de convivencia del horror, fantasía y la CF con el humor. Tiene una página electrónica <<https://raquelfroilan.com/>> y se le puede encontrar en Twitter como @frauwarz y en Tumblr <<https://decimonono.tumblr.com/>>.

1. «Despertar»

Hay días en los que una desearía no haberse levantado. Sobre todo hoy. No fue el despertador lo que oí esta mañana. Eran las Siete Trompetas del Apocalipsis.

Y yo con estos pelos.

2. «Sorpresa»

El Apocalipsis nos pilló por sorpresa, porque creíamos que *nosotros* teníamos razón. Jinetes, trompetas, terremotos, plagas, ríos de sangre, eso sí, claro. Incluso dragones y la prostituta de Babilonia. Pero ¿quién se hubiera imaginado que ese maldito lobo se iba a comer el Sol? ¿Eh? ¿Quién?

Ah, es verdad. Putos vikingos.

3. «Un pequeño accidente»

Nos sobresaltó el ruido. Sonó como algo frágil chocando contra el suelo y rompiéndose en trocitos muy, muy pequeños.

—¡Oh, no! —exclamó Gabriel—. Se me ha caído.

—¿Caído? ¿Qué era? —pregunté yo.

Él tardó en responder.

—El séptimo sello.

4. «Revancha»

Él esperó pacientemente. Los sellos. Las marcas en la frente de los hijos de Israel. Las siete trompetas. Los cuatro jinetes. El Juicio. Abbadón y el Ajenjo. El número de circo de la Bestia.

—Bien —dijo Luzbel, cuando todo hubo terminado—. Ahora me toca a mí.

»Hágase la luz.

5. «La lentitud de la justicia final»

—¿Agua? —preguntó la mujer que me precedía en la cola.

—No, gracias. Últimamente no tengo ganas de beber nada.

—Yo igual —dijo ella—. Desde *ese* día, ni hambre ni sed. ¿Sabe si va para largo?

Asentí.

—Ojalá nos hubiera tocado la fila de los Justos. Esos acabaron hace meses.

Arte

ALBERTO CHIMAL

(Toluca, México, 1970) Considerado uno de los escritores más importantes de su generación, escribe sobre todo cuento y novela, además de dedicarse a la docencia y a la promoción de la escritura creativa. Su obra ha sido reconocida con varios premios, entre los que se cuentan el San Luis Potosí por la colección de cuentos Éstos son los días (2004), el Premio de Literatura Estado de México por su trayectoria en 2012, y el Bellas Artes de Narrativa «Colima» por Manda fuego (2013), mientras que su primera novela de largo aliento, La torre y el jardín, fue finalista al premio Rómulo Gallegos en 2013. Ha publicado al menos una veintena de libros de cuentos, dos novelas (Los esclavos y La torre...), varias antologías, un par de libros de ensayo (La generación Z y La cámara de las maravillas); sobre escritura creativa, en colaboración con Raquel Castro, Cómo escribir tu propia historia (2018) y narrativa infantil y juvenil. Su más reciente colección de relatos es La mujer que camina para atrás y otras historias (2020), además de La zaga del Viajero del Tiempo (2021), juvenil, y El club de las niñas fantasma (2021) en coautoría con Raquel Castro. Con ella mantiene también un canal en YouTube, Alberto y Raquel. Escritura, libros, descubrimientos y gatos (si ellos quieren). Su blog personal es <<https://www.albertochimal.com/>> y además tiene una página-antología-archivo, Las historias, en <<http://www.lashistorias.com.mx/>>.

Qué dolor que el planeta entero acabe violentamente justo a las siete de la mañana cuando todo el mundo se ha despertado y sale a trabajar. Qué lástima que las noticias apenas logren hablar de la inquietud anunciada mundialmente por expertos y autoridades y casi nadie en la calle les haga caso y nadie entienda nada. Qué triste oír el primer temblor y ver las grietas más y más grandes y las lenguas de fuego que salen de bajo el asfalto en los paradores de autobús. Qué doloroso caer hacia la muerte en la primera oleada entre los

trozos de suelo roto y los peatones y los pasajeros y los vehículos con sus conductores y los puestos de revistas y comida barata y películas piratas y los policías y los ladrones. Qué terrible no ver siquiera la belleza (terrible) que se contempla desde los helicópteros de tráfico y de policía y de los empresarios que iban a sacar adelante al país entero y también desde los aviones de pasajeros o de militares o de narcotraficantes cuando las llamas se elevan centenares de metros en pocos segundos y los alcanzan y los devoran y por un instante se vislumbran bajo ellas los ríos recién nacidos de lava y roca fundida que ya se han comido a tanta gente pequeña y que son mucho más grandes y profundos de lo que nadie llega a imaginar pues se ensanchan y se ensanchan y se ensanchan incluso después de haber quemado a casi todos y haber derribado a los edificios grandes y pequeños y haber borrado la ciudad entera, nivelado los montes, evaporado el agua y hecho polvo casas y palacios. Y qué tragedia en fin que los dos que aún no mueren y esperan morir aquí en la ciudad reventada, y allá, sobre el mar que hierve y se parte en dos, en esos dos puntos opuestos que la destrucción no ha tocado todavía...

* * *

Pero antes de seguir, aclaremos varias cosas:

1. El último hombre en morir será Rafael, poeta de veintitrés años de la ciudad de Toluca, Estado de México, México. Él estaba caminando hacia su trabajo como mesero en un restaurante, cuando la ciudad explotó bajo sus pies. De modo improbableísimo, el estallido no lo mató de inmediato sino que simplemente lo propulsó hacia arriba, a gran velocidad. A cientos de metros de altura, Rafael está abrazado a un poste de luz, arrancado con él del suelo, que sube también y que le da la impresión de tener un asidero firme. Y aunque son, al menos aquí, las siete de la mañana, y el día empezaba, y los niños iban a la escuela, y todo parecía la misma rutina de siempre, y no había modo visible de escapar jamás de esa historia repetida y mísera, precisamente

por todo esto ¿cómo iba a pensar él que el mundo estaba a punto de irse entero al carajo?

2. Por su parte, la última mujer en morir será Jauza, una diseñadora de *apps* de treinta y un años proveniente de la ciudad de Ambon, en el archipiélago de las Molucas, Indonesia, y hasta hace poco en vuelo de su país a la India. El avión, desviado enormemente de su ruta por terroristas, explotó en el aire y ella, milagrosamente, no ha muerto por la descompresión ni por el frío y cae, aparentemente despacio, hacia el Océano Índico; haber estado desatada de su asiento, y por lo tanto, no estar cayendo con él ahora sino sola, paracaidista sin paracaídas, le da la sensación engañosa de estar simplemente volando, reforzada por el hecho de que para ella, al otro lado del mundo, son las siete de la tarde y no las siete de la mañana. El miedo tarda varias décimas de segundo en manifestarse: las que Jauza tarda en ver el cataclismo de fuego que se abre paso a través del agua, llamas y vapor ardiente desde el fondo invisible del abismo.

¿Cómo va una a imaginar que el mundo termine a las siete de la tarde, mientras todo se dispone a descansar, mientras brilla el último sol sobre el agua y (pese a todo, todo lo demás) hay esperanza, pues las sobrecargos acababan de recibir permiso de llevar a los rehenes su merienda?

3. Estos dos *son* realmente los últimos seres humanos. Las malas películas apocalípticas, de las que hubo muchas en los últimos tiempos de este mundo, solían omitir los cuerpos destrozados, la agonía, la sangre: todo lo que aún puede verse aquí y allá por todo el planeta y que no perdona a nadie. Ancianas con el vientre abierto en canal por un trozo de automóvil, bebés decapitados por fragmentos de vidrio volando a cientos de kilómetros por hora, etcétera. Debe decirse que el destino de todos —de los siete mil trescientos cuarenta y dos millones, novecientos ochenta y dos mil ciento dos habitantes del planeta— ha sido ya, en este instante, ahora, un horror semejante..., con solo esas dos excepciones. Solamente Jauza y Rafael no han tenido aún su final espantoso y velocísimo, y aunque de hecho tampoco han visto en detalle

el final de nadie, y de momento (ahora sí los dos, también Jauza) simplemente están aterrorizados más allá de toda razón y reflexión, tendrán más tiempo que nadie en la historia humana para aquilatar la proximidad de su propia extinción, así como la de todas las cosas, y por tanto terminarán sus vidas con ese sufrimiento adicional: sabrán perfectamente que va a sucederles lo que va a sucederles.

4. La separación entre los dos últimos seres humanos puede verse como significativa.

5. ¿Por qué puede verse como significativa la separación de Rafael y Jauza, anti-Adán y anti-Eva, encargados (en sentido figurado, claro) de cerrar la puerta y apagar la luz? Primero porque decir que el fin del mundo es a las siete de la mañana, como se dijo, o a las siete de la tarde, como se dijo después, es omitir que el mundo también se acaba, en otro huso horario, a las seis, o bien a las dieciocho. Y en otro, a las nueve, o bien a las veintiuna. Y en otro más a las tres o las quince, o a las once o las veintitrés, y así sucesivamente en virtud de la redondez de la tierra y su girar, sobre su propio eje, en lo profundo del espacio frío y hostil. El mundo, pues, se termina a todas horas.

6. Y segundo: si bien el fin del mundo es en realidad a todas horas, sí tiene un eje, distinto del de la rotación de la Tierra; y este eje es la línea que se puede trazar de la mujer al hombre, de la habitante de Ambon la Hermosa al de Toluca la Bella, de México al Índico, de siete de la mañana a siete de la noche, de uno a otro, en fin, de esos puntos en el globo que de hecho son antípodas exactas. Si viviera alguien más (y si hubiera aún tierra firme ciudades infraestructura electricidad internet) lo podría comprobar en un mapa o en un sitio web de los que ofrecen herramientas para hallar, justamente, la antípoda de cualquier sitio en el globo.

Hay una línea invisible, un rayo de fuerza, una recta imaginaria, perfecta, que atraviesa la Tierra entera; uno de sus extremos toca a Jauza sobre el mar y el otro a Rafael sobre la tierra. Uno se eleva y la otra cae en la trayectoria que dibuja. Los dos morirán en ella.

7. Y ellos mismos son antípodas (también se podría usar el término *periecos*), opuestos y complementarios en el espacio físico pero también en muchos otros: no solo hombre y mujer sino practicantes de artes muy distintos, uno muy nuevo y otro muy antiguo; una en el hemisferio sur y otro en el norte.

Además, a Jauza le iba bien en su profesión mientras que Rafael trabajaba de mesero porque, al menos en su país y su tiempo, de la poesía realmente no se podía vivir.

Además, Jauza acababa de romper con Abdurrahman, su novio de un par de años, el hombre con el que más feliz había sido y con el que más había disfrutado la vida, sencillamente, en público y en privado. Rompió por una diferencia de opiniones religiosas: unas palabras duras, denigrantes, que ahora Jauza recuerda fugazmente y que jamás hubiera creído escuchar. Y Rafael, en cambio, acababa de conocer a Tatiana, atea convencida como él, y había tenido un serio altercado con ella en un bar, y los dos, borrachos, se habían dicho cosas terribles, y sin embargo después, en un momento de distracción o de cansancio, comenzaron a besarse. Y ahora —en este momento de la destrucción— Rafael piensa fugazmente en su cara, en el tacto de sus labios.

8. (Además, no se debe olvidar que esta historia podría haber comenzado así:

Qué dolor que el planeta entero acabe violentamente justo a las siete de la tarde cuando todo el mundo empieza a pensar que saldrán bien de esta. Qué pena que las noticias de inquietud en el resto del mundo no lleguen a la cabina de pasajeros y que de llegar no hallarían a nadie que les hiciera caso ni que entendiera nada. Qué triste oír en cambio el crujir del fuselaje y luego sentir la primera agitación del aire y de los estallidos afuera y de pronto el gran estallido adentro. Qué doloroso caer hacia la muerte todos juntos y todos separados a la vez entre los trozos de fuselaje roto y alas inservibles y los pasajeros y la tripulación y los secuestradores y maletas y revistas y objetos diversos y motores aún en marcha.

Qué terrible no ver siquiera la belleza (terrible) que se contempla desde lo alto porque ya se está muerto o porque se gira a gran velocidad y el pánico impide apreciar cómo el mar sobre el que brilla la luz del último sol no es un plano de apariencia perfecta sino una agitación y un rugir como nunca se han visto y aun a esta altura se le ve quebrarse en olas gigantescas y enfrentadas por corrientes que no deberían existir porque se mueven en todas direcciones a la vez y también desde abajo y con ellas salen a la superficie restos de rocas y criaturas sumergidas desde cardúmenes enteros de peces menores hasta ballenas y monstruos de lo más profundo y cualquier barco que pudiera estar en ese caos ya está hecho pedazos porque bajo ellos el fondo del mar se agita también como el aire y aunque no se vean ya deja escapar gases hirvientes y torrentes de lava. Y qué tragedia en fin que los dos que aún no mueren y esperan morir aquí y allá, sobre el mar que hierve y se parte en dos, en esos dos puntos opuestos que la destrucción no ha tocado todavía...).

9. Además, los dos, Rafael y Jauza, se sienten en general frustrados con sus vidas. Aunque quién no. Hace pocos segundos, las personas verdaderamente prósperas y satisfechas del mundo tuvieron o un final velocísimo, fulminante, que las destruyó sin que se dieran cuenta, o bien tuvieron justo el tiempo suficiente antes de morir para darse cuenta de que toda su belleza, su salud, su poder y su dinero no valían realmente nada, como decían los europeos de la Edad Media en las épocas de peste para consolarse de vivir mísera y morir horriblemente.

(En el aire sobre el Índico cae una maleta en cuyo interior hay un ejemplar de un libro sobre la *Danza Macabra* francesa, aquella gran representación de su género: una reproducción de los frescos del siglo XV del cementerio de la Iglesia de los Santos Inocentes de París sobre la muerte que todo lo iguala, acompañada por textos correspondientes a cada muerte, quién sabe si traducidos o no en este caso, pero en todo lo demás exactamente igual — el ejemplar — al que en Toluca estaba leyendo una persona a la que Rafael no miró en realidad al pasar a su lado, hace minutos. Ahora, hecha pedazos

la persona por las explosiones, el libro asciende solo, todavía intacto, tan inalcanzable y desconocido para Rafael como el suyo para Jauza).

10. Y podemos seguir.

Mamá dice Rafael en voz alta —han pasado un segundo o dos desde los labios de Tatiana— en el mismo instante en que Jauza, al otro lado del mundo, dice *Papá*, en su idioma, por supuesto, tras el último pensamiento que dedicará a las palabras de Abdurrahman.

Luego ella agrega en su caída, también en indonesio: *Papá, hice todo lo que me pediste*, mientras Rafael agrega, en su ascenso: *Mamá, no hice nada de lo que querías...*

11. Y así sucesivamente: si nos quedamos observándolos todavía más tiempo, atentos a más detalles, veremos más reflejos involuntarios, imposibles de saber ni de acordar para ninguno de los dos. De hecho, si además de verlos ahora miramos a su alrededor encontraríamos más correspondencias entre sus entornos (no solo los ejemplares de la *Danza Macabra*: la biografía de esas dos niñas, las balas en esas dos armas) y si miráramos no el presente sino el pasado, el tiempo vivido por los dos cada uno en su país y sus circunstancias, notaríamos que todos y cada uno de los hechos de sus vidas tienen también esa misma simetría o correspondencia. Cada alegría tiene su tristeza que se le opone, cada triunfo su fracaso, cada vigor su fatiga, cada noche su día.

12. Pero hay que repetirlo: ninguno lo sabe.

13. Y ahora, cuando ha pasado un poco más de tiempo, han sollozado del mismo modo veloz y sentido el mismo terror y entendido las mismas cosas; cuando ambos han llegado a convencerse de que están totalmente solos, de que no hay nada en su futuro salvo la última parte del horror, porque ahora los dos entrevén las convulsiones de la tierra misma bajo ellos con mayor claridad que nunca antes y comprenden que esto que pasa es realmente el fin de todo, en todas partes, el cataclismo del que creían saber todo por el

cine y la televisión pero que ninguno de los dos creía realmente llegar a ver; ahora que las llamas desde la ciudad devastada ascienden para alcanzar y quemar y destruir del todo el cuerpo del hombre antes de que deje de subir; ahora que las aguas se han abierto de veras bajo Jauza, y es que una grieta en el fondo del mar se las está tragando, y al mismo tiempo otras grietas se abren y empiezan a dejar de escapar nubes y chorros de materia ardiente que también quemarán y destruirán del todo el cuerpo de la mujer que cae hacia ellos; ahora que tal vez ninguno de los dos consiga siquiera terminar lo que está diciendo ya para nadie, para él mismo o ella misma, para el escasísimo futuro y el pasado que se vuelve nada...

Ahora, en este momento, *aquí*, el planeta explota: una detonación más allá de todo estruendo, que convierte toda la materia de la Tierra en plasma ardiente y la expulsa hacia afuera y la dispersa por el espacio, sin que quede nada, sin que haya ninguna huella ni evidencia del mundo que estuvo antes aquí, todo perdido y todo borrado, limpiamente, para siempre.

14. La tristeza de todo esto no es el fin en sí mismo sino la constatación de que ni Rafael, ni Jauza, ni ningún otro de los muertos, vieron al final estas simetrías.

Ni vieron tampoco cómo (de hecho) las historias de todos, no solo las de los últimos dos, se correspondían y se entrecruzaban, se balanceaban en el presente y a medida que se internaban en el pasado, todas conspirando para llevar hasta los últimos momentos sus patrones y sus correspondencias.

No podrían haberlo visto porque para ello se hubiera requerido que tuvieran una visión sobrenatural, más allá de toda percepción humana del tiempo y del espacio, y además una capaz de percibir no solo todo el espacio ni todo el tiempo sino también el *tono*, tristísimo, trágico, de cada instante y causa y efecto. Solamente el creador del mundo y sus iguales pueden percibir tales cosas; solamente ellos pueden apreciar el mérito de semejante orbe doloroso y amargo en tantas dimensiones, y solamente ellos, además, pueden

apreciar cómo incluso la tristeza de no poder ver estos designios, de una especie y un mundo que murieron sin entender nada, es también parte de su obra y de su efecto preciso, deliberado, para el paladar de aquellas criaturas enormes que ahora se empiezan a alejar de la explosión final y a comentarla, exactamente del mismo modo en que se comentaban las películas cuando había gente, y cines, y aquella iba a estos.

* * *

Y ahora sí podemos terminar:

Qué tragedia (decíamos) que los dos que aún no mueren y esperan morir aquí y allá en esos dos puntos a los que no ha tocado la destrucción no vean nada de esto.

Qué tragedia en fin que los dos últimos en morir y los únicos que al menos empezaron a ver la explosión definitiva de todo no estaban hechos para entender que el mundo entero era una obra o mecanismo capaz de crear la belleza de su ignorancia y de su miedo y de su sinsentido que ahora se expanden y se enfrían convertidos en restos informes y sin huella de otro dolor que el dolor de ya no ser nada ni a las siete ni a las otras siete ni nunca.

—No le encontré el mensaje —se queja un espectador, en otro lugar.

—No me parece que diga nada relevante sobre la actualidad —agrega otro.

—Estas cosas son para que te diviertas y descanse la mente —dice un tercero, según él para defender la obra, que ninguno recordará mañana.

Día de limpieza

NIEVES MORIES

(Ávila, España, 1978) Escritora, guionista y crítica de cine, se especializa en la narrativa de terror. En esta categoría ha publicado las novelas *Nepenthe* (2013), *La chica descalza en la colina de los arándanos* (2017), *Asuntos de muertos* (2019), *Agnus Dei* (2020) y *Agujeros de Sol* (2020). Como cuentista ha colaborado en diversas antologías y revistas.

9 de agosto, Ourém, distrito de Santarem, Portugal. Santuario de la Virgen de Fátima.

«*El trece de mayo en Cova de Iria, bajó de los cielos la Virgen María...*». Miriam Sousa, de 21 años, graba con su móvil la explanada de cemento que lleva hasta la Basílica de Nuestra Señora del Rosario, una extensión gris y ardiente por la que cientos de personas, en distintas fases de peregrinaje, vagan con expresión ausente, entonando una y otra vez el canto más típico sobre la visión de los tres pastorcitos, como si fuera un mantra interminable. No ha terminado el último verso en el grupo más avanzado cuando, desde la parte de atrás de ese mar ceniciento, ya se oye cómo comienza de nuevo, extendiéndose en una ondulación de fervor tan asfixiante como el calor abrasador que sube del suelo y se expande hasta el cielo.

La ola de calor que sufren desde hace ya ocho días no ha disuadido ni a sanos ni a enfermos de exponerse al inclemente sol para alcanzar su meta. La mayoría son turistas, protegidos con paraguas a falta de sombrillas. Alemanes e ingleses rojos y sudorosos, españoles, italianos y griegos bronceados, con las camisetas mojadas. Muchos se desplazan en silla de ruedas, otros avanzan de rodillas con los brazos en alto. Hay camillas, bastones, prótesis, erupciones cutáneas de dudosa procedencia. Todos en dirección a la columnata.

—Esto parece *La noche de los muertos vivientes*...

Sonia le clava el codo en las costillas y unos cuantos se vuelven a mirarla. Ya es mala suerte estar rodeada de portugueses capaces de entenderla, dejando aparte el hecho de haberlo dicho en voz alta.

Le cuesta mucho no echarse a reír y Sonia lo sabe.

—Tía, cállate, que con tanta pierna hidráulica tienen armas de sobra para lincharnos.

Se lo ha dicho al oído y, teniéndola tan cerca, puede oler su piel, deliciosa a pesar del sudor. El aroma de Sonia es igual de denso que el ambiente, pero mucho más apetecible. La besa detrás de la oreja y en la clavícula, pero se ve apartada bruscamente.

—Aquí no, joder. Distancia de seguridad, ¿recuerdas dónde estamos?

—Claro que sí. En una mierda de sitio que parece salido de una película de George Romero⁸⁴ donde todo el mundo piensa que somos unas putas, desviadas y pecadoras. Recuérdame por qué te he dejado traerme aquí. O mira, mejor no lo hagas.

Sonia pone sus mejores ojos de muñeca inocente y su boca se frunce en un mohín infantil. Sí, de acuerdo, es por cosas como esas por las que están ahí.

«*A tres pastorcitos la madre de Dios descubre el misterio de su corazón...*». Sí que la quiero, sí, piensa Miriam. Solo por eso está aquí. Por ella, por la dulce Sonia, a la que le está vetado besar, abrazar y acariciar hasta que salgan de ese lugar. Se aleja de ella, de la tentación, mientras sigue grabando, arrastrada por esa onda humana y sufridora hasta una sencilla construcción masificada, apenas un tejado sostenido por cuatro columnas y un madero con la imagen de la Virgen.

Es la *Capelinha das Aparições*, informa una sudorosa guía disfrazada de asistente de vuelo.

⁸⁴ Cineasta estadounidense (1940-2017). Se le considera el «padre» del cine moderno de zombis por películas como *Night of the Living Death* (1968, mencionada arriba), *Dawn of the Death* (1978) y *Day of the Death* (1985).

—El trece de mayo de 1917...

Sí, sí, ya me sé la historia, gracias, me la están cantando sin cesar. Esto es una pesadilla, debería estar en Sintra, a la sombra de una higuera, poniéndome hasta arriba de mojitos y no aquí, achicharrada entre un montón de tullidos católicos, ingleses borrachos y gente con quién sabe qué enfermedades infecciosas... Sonia, por favor, sácame de aquí.

Pero Sonia no está. A saber dónde se ha visto arrastrada. Se pone de puntillas por si consigue ver sus rizos rubios en algún lugar cercano, pero no, no hay rastro de ella. El corazón comienza a latirle muy fuerte y muy rápido: la muchedumbre, el olor a sudor rancio, los cánticos que no cesan. Los pastorcitos de los cojones, el trece de marzo, la Virgen María...

La Virgen María. A la Virgen María, sobre su madero, le brillan los ojos con un extraño fulgor ambarino.

—Estoy alucinando. Estoy teniendo un ataque de pánico, hiperventilando, y tengo alucinaciones. Eso es.

Bebe agua. Respira hondo. No puede evitar enfocar con el móvil el rostro céreo de la estatua y ajustar el zoom.

A la Virgen María le brillan los ojos. Y su expresión no es muy amistosa.

«¿Qué llena de encantos se ofrece María, qué bella y qué pura en Cova da Iria!»

El primer rayo impacta de pleno en la nuca de la guía de voz magnetofónica, desgajando limpiamente su cabeza, que va a parar al regazo de una anciana en silla de ruedas. Miriam se contiene a duras penas para no animarle a marcar un triple.

Más cabezas vuelan por los aires, abriéndose como melones maduros cuando impactan contra el cemento de la explanada. Y antes de que comiencen los gritos, hay un instante de silencio perfecto que Miriam disfruta como si estuviera en el paraíso.

Sin dejar de grabar a la Virgen que, decidida a seguir ofreciendo sus encantos, saca de debajo del manto un lanzallamas de al menos dos metros de largo.

—¡A TOMAR POR CULO TODOS! —brama, y su voz retumba y se expande, hace sangrar narices, ojos y oídos, dinamita marcapasos, prótesis, empastes y teléfonos móviles y entonces... entonces todo arde.

—¡La hostia, esto parece Sodoma y Gomorra!

La Virgen, aplastando a su corte de fieles carbonizados extendidos a sus pies, se acerca a ella. Aterradora, con su lanzallamas y sus ojos llameantes.

—¿Te parece gracioso, guapa?

Miriam se estremece violentamente; a ella no le parece nada, ya no es capaz de pensar en nada, ni siquiera que, entre todos esos cuerpos humeantes está el de Sonia. No nota que sus lágrimas de sangre se mezclan con la hemorragia nasal en una catarata roja y desbocada. No piensa. No siente. No ve más que ese rostro inmaculado y perfecto, iracundo.

—A ver si vas a ser tú la única justa entre todos estos...

Se encoje de hombros, confundida. ¿Cuál es la respuesta correcta? ¿Hay alguna que lo sea?

—Pues a lo mejor.

La Virgen la examina de arriba a abajo y, en su mejor interpretación de Van Damme⁸⁵ en «Soldado Universal», guarda el lanzallamas bajo el manto.

—Qué calor hace, ¿no? Hay que joderse, no se os puede dejar nada sin que lo mandéis a la mierda. Anda, vete a lavar, que estás hecha un asco. Yo me voy a quitar esto, que me estoy asando...

⁸⁵ Jean-Claude Van Damme (1960) es un actor de origen belga famoso por sus películas de acción donde hace gala de su conocimiento en artes marciales. *Soldado universal* (*Universal Soldier*, 1992) es un filme de ciencia ficción y acción protagonizado por este actor y dirigido por Roland Emmerich.

Miriam Sousa fue la única superviviente de lo que se conocería como La Matanza de Fátima y las que siguieron ese mismo día en diversos lugares de peregrinación religiosa. Nadie creyó su versión de los hechos; el teléfono con sus vídeos había explotado junto con el resto. La masacre se atribuyó a ISIS⁸⁶, a la *Alt Right*⁸⁷ y a grupos organizados de *incels*⁸⁸. Sí, a todos a la vez: en algunos medios incluso se dijo que colaboraron para perpetrar esos atroces atentados. Cuando empezaron a llover ranas doradas venenosas, desde Oriente Medio hasta Japón, nadie les echó la culpa.

11 de agosto, un bar indeterminado de cuestionable calidad. Meseta castellana.

Había cinco platitos con aceitunas mustias en la mesa, tantos como cervezas se había tomado. Y solo eran las seis y media de la tarde. Diez días ya desde que empezara esa ola de calor que azotaba la Península Ibérica. Diez días bajando al mismo bar cutre, a sentarse en la silla de plástico que parecía derretirse incluso a la sombra del toldo desteñido, que no acertaba a dar mucha sombra. El asfalto ardía. El cielo ardía. El aire incendiaba los pulmones

⁸⁶ ISIS: *Islamic State of Iran and Syria*, o Estado Islámico en español, es un grupo terrorista paramilitar que ha intentado fundar un estado o califato en Medio Oriente. Se reconoce por sus ideas fundamentalistas wahabitas y el uso de violencia extrema tanto en su lucha «insurgente» como en los atentados que han llevado a cabo en diversas ciudades.

⁸⁷ La *Alt Right* o *Alternative Right*, Derecha alternativa, es un movimiento nacido en los Estados Unidos de naturaleza radical y ultraconservadora que promueve el «supremacismo blanco» (*white supremacy*) posicionándose contra la inmigración, los movimientos de inclusión LGBT+, el feminismo, etc. Se reconoce por sus posiciones racistas y xenófobas promovidas sobre todo en plataformas de internet.

⁸⁸ Los *incel* o *involuntary celibate*, célibes involuntarios, son una subcultura nacida en Canadá y promovida particularmente en ese país y en los Estados Unidos mediante plataformas de internet. Se describen como un grupo de personas incapaces de establecer relaciones románticas y de pareja a pesar de desearlas. Algunos miembros de este grupo han cometido masacres por lo que se les comienza a considerar una amenaza terrorista, se les reconoce por sus foros en línea donde promueven ideas antifeministas, misóginas, racistas, xenófobas y ultraconservadoras.

al respirar. Llamó por otra cerveza y el camarero, relevo del que le había servido las otras cinco, le pidió el DNI⁸⁹. Una vez más. Por décimo día consecutivo. No terminaba de creerse que tuviera más de 18 años. Si él supiera...

—Mira, mejor que sean dos. Y tequila. Una botella. Del que no sabe a desatascador de tuberías, si es que tienes.

No hubo suerte. El brebaje transparente que le llevó tenía el sabor y la consistencia de algo comprado en una sección de insecticidas del supermercado. Aun así, después de beberse media cerveza de un trago, rellenó el bote-lín con él.

Era la única clienta del bar y no era por el calor o la hora; casi todo el mundo estaba atrincherado en su casa, con las ventanas cerradas y las persianas bajadas, viendo las noticias, escuchando la radio, aterrados. Se sucedían las imágenes y las novedades de las aniquilaciones en Lourdes, el Palmar de Troya⁹⁰, La Salette⁹¹, Tepeyac⁹², la primigenia Matanza de Fátima y una especialmente graciosa, la del pequeño santuario belga de Beauraing⁹³, en la que, en una grabación difusa llena de granulado, se distinguía una figura

⁸⁹ En España: Documento Nacional de Identidad.

⁹⁰ Palmar de Troya es un municipio de Sevilla, Andalucía, donde se encuentra la sede de la Iglesia Católica Apostólica y Salmariana, y donde, según este grupo religioso, en marzo de 1968 se apareció la Virgen a cuatro niñas y tres mujeres. A partir del 6 de agosto de 1978, se consideran la verdadera sede de la iglesia católica y a su líder como el verdadero papa: primero san Gregorio XVII y actualmente Pedro III.

⁹¹ Santuario mariano en La Salette-Fallavaux, se encuentra en el lugar donde, según la tradición, se apareció la Virgen a dos niños de 14 y 11 años, el 19 de septiembre de 1846. Junto con Lourdes, es uno de los santuarios más conocidos en Francia.

⁹² El santuario del Tepeyac o Basílica de Santa María de Guadalupe es uno de los lugares de peregrinación más visitados del mundo. Se ubica en el noreste de la Ciudad de México, alcaldía de Gustavo A. Madero, en el cerro donde, según la tradición, se apareció la Virgen al indígena Juan Diego entre el 9 y el 12 de diciembre de 1531.

⁹³ El santuario de la «Vierge au cœur d'or» en Beauraing se fundó en el lugar donde, según la tradición, la Virgen se apareció, entre el 29 de noviembre y el 30 de diciembre de 1932, a cinco niños.

blanca y refulgente, pertrechada con una Thomson de tambor⁹⁴ (como si fuera de la banda de Al Capone en plena masacre de San Valentín) abriendo fuego sobre los peregrinos al grito de «Yo soy la Virgen Inmaculada y os voy a mandar a todos a tomar por culo».

Eso era precisamente lo que tenían puesto en el interior del bar. Por lo visto la madre del Señor no había tenido suficiente con liquidar a los devotos, sino que se había paseado por la pequeña localidad, ametralladora en ristre, fulminando a todos los que pilló en las tiendas de *souvenirs* relacionados con el santuario y, de paso, a los que se cruzaron con ella por la calle.

—Y os acojonáis por esto. Todos los días, todos los putos días coméis y cenáis bombardeos, secuestros, violaciones, atentados y violencia indiscriminada y os alteráis ahora. ¿¡AHORA!?! —rugió, y una de las botellas (la que ya estaba vacía) estalló con el sonido de su voz. —Pero ¡qué panda de cabrones! ¿Puedes limpiar esto, por favor? —preguntó al camarero, que asomó la cabeza ante el ruido de cristales y el bramido. No podía creer que semejante vozarrón hubiera salido de una chica tan joven y diminuta. Tenía que haber sido el ladrido de un perro cerca del bar. Con ese calor horrible que atontaba los sentidos era fácil una confusión así. Era fácil una confusión de cualquier tipo.

Era bonita, aunque un poco rara. Quizá en Madrid o Barcelona habría pasado desapercibida, pero allí, en mitad de ninguna parte, parecía fuera de lugar. Sus rastas rubias y pelirrojas, la camiseta harapienta que dejaba ver multitud de tatuajes y los vaqueros rotos, junto con unas botas tipo militar brutales, hasta la rodilla, la convertían en un bicho raro. Un cuervo entre gorrriones grises. Un cuervo de ojos ámbar al que solo miraba de refilón, incapaz de enfrentarse a ella frente a frente. Y su dulce voz... No, ese bramido no había venido de ella. No podría haberlo hecho.

⁹⁴ También conocida como *Tommy Gun*, es un fusil con cargador de tambor creado por John T. Thompson en 1917. Fue muy popular entre los gánsters durante la Ley Seca de los Estados Unidos.

—¿Me traes otra cerveza? —Aún le quedaba una casi entera, más media botella de tequila. Y quería otra. —No tendrás palomitas, por casualidad. Tengo especial manía a cualquier cosa que salga de un olivo. Aceitunas, ramitas, coronas, yo qué sé.

No. No tenían palomitas. Pero llevó pepinillos, por si acaso.

Las siete y media. El sol parecía una bola de fuego enorme y roja a punto de explotar. La temperatura no había bajado ni un solo grado y empezaba a sentirse más irritada de lo habitual. No era suficiente. Ni la ola de exterminios en los santuarios, ni la lluvia de ranas venenosas que había lanzado por toda Asia, que se había cobrado decenas de miles de víctimas... de momento.

—La Meca, joder, La Meca. Cómo no lo he pensado antes. A la mierda con La Meca. ¿A qué hora habrá más gente?

—Espérate al Aid al Adha⁹⁵ y pillas a más. No faltan tantos días, impaciente. ¿Ya tienes planes para Jerusalén?

Sonrió. Amaba el sonido de esa voz más que a nada, aunque no lo hubiera reconocido ni bajo tortura.

—Jerusalén es el postre y es mío. El bocadito más delicioso.

Inclinó la cabeza para que él la besara en la mejilla, como sabía que haría. Siempre lo hacía. Sus labios quemaban más que los rayos del sol, que el asfalto y que el chuletón a la brasa, pero no le importaba. Recordó el tiempo en que hubiera matado por y para esos labios y, sin embargo, decidió acabar con ellos. Exterminarlos también. Que no salieran de ellos más que alaridos y súplicas; algo que no consiguió.

⁹⁵ También conocida como Aid al Kebir, «la gran fiesta», es la festividad más importante del calendario islámico; conmemora el sacrificio de Abraham cuando, tras haber mostrado la voluntad de sacrificar a su hijo Ismael (según la tradición, aunque en el Corán no se indica el nombre), un ángel le entrega un cordero para el ritual. Se celebra cada año como punto culminante de la peregrinación a La Meca. *DEI*.

—Pensé en llamarte para jugar al ajedrez, pero me acordé de que no tienes aire acondicionado, así que me vine al bar. ¿Por qué hace tanto calor, Lu? Es insoportable... Tengo los nervios de punta.

Él se rio. Sonaba a luz y a campanillas. A Infinitud.

También a condena y a tormento sin principio ni final, en una vasta llanura de desolación y ceniza, vacía de luz, esa luz con la que ella misma le nombró y que ni al final pudo arrebatarle, y eso que se empleó a fondo. Pero no, así seguía y así seguiría por siempre; flamígero y soberbio.

—Qué mísera eres para ser eterna, querida. ¿Ya no hay *happy end* ni siquiera para los serviles? Creí que al menos unos pocos escogidos entre los Hijos de Eva se salvarían y mírate: inmadura y creyéndote justiciera, como siempre. Has conseguido que seamos indistinguibles, ¿no te parece deliciosa esta gran broma suprema?

Bufó, crispada por sus palabras y por los treinta y siete grados de temperatura que ni la inminencia del crepúsculo aminoraban.

—Qué pena que no te abrieras la crisma cuando te estrellaste, Lu. Y no me llames querida. Es... es ridículo.

Él volvió a reírse; reía constantemente. Excepto en una ocasión, al final de esa noche que pareció eterna. Cuando cayó por fin, fulminado y atónito, perdido. Sin poder creer del todo que ella lo abandonara allí y le diera la espalda. Entonces solo hubo silencio y dolor. Allí le dejó, con sus Querubines, Serafines, Potestades y Arcángeles estrellándose junto a él, tras flotar a la deriva durante eones en un tornado oscuro y gélido.

No hubo risas cuando la guerra terminó.

—¿Prefieres que te llame Madre? Estamos viejos para eso, Emma. Muy viejos. ¿Otra cerveza?

—Eso siempre. Mejor pídemle un par, me duran poco. Este calor es tan horrible, me pone de tan mal humor...

—Lo he notado, querida. De hecho, lo he notado yo y todo el hemisferio norte. Los que han sido premiados por tu divina lotería con las ranas lo han apreciado durante bastante rato.

—Las ranas son un clásico. No podía prescindir de ellas.

—¿Y no pensaste en ver Casablanca? Lo digo por lo de no renunciar a los clásicos. Y, ya de paso, veranear en otro sitio que no fuera este secarral. Casi parece mi casa. ¿Qué coño haces aquí, Emma? Vete a Argentina, a Groenlandia, a donde sea que te enfríe las neuronas, que falta te hace.

Resopló por la nariz, sin contestarle. Las aceitunas ajadas saltaron de los platitos y rodaron por la calle ante la súbita corriente que las desplazó. De los pepinillos habían dado buena cuenta antes. Cuando él volvió con un cubo de cervezas enterradas en hielo, anochecía. Lu era hermoso como ese sol que se hundía, bello y febril como un extraño eclipse que devenía en desastre.

¿Por qué estoy aquí? Porque, cuando cae la noche, este lugar se convierte en una planicie lóbrega y devastada, tan arrasada y feroz como el Infierno que creé para ti. Ese Infierno en el que, en el fondo, vivimos los dos.

Por supuesto, no le dijo nada parecido. Ni se lo diría nunca. Aunque hubiera apostado la mano derecha a que él lo sabía: el más cabrón de sus hijos también era el más listo. A lo mejor por eso era tan cabrón.

—Bueno, cuéntame, ¿qué te han hecho? Llevas miles de años perdonándoles todas sus majaderías. Disculpa, pero este arrebato no me suena mucho a libre albedrío. Emma, hacerles libres solo para obedecerte bajo pena de destierro o martirio no tiene mucha lógica y yo de eso sé mucho. Ah, no, que nosotros nunca fuimos libres. No recuerdo tener muchas opciones cuando todavía me dejabas andar por tu casa.

—¿Por qué no te vas un poquito a la mierda, Luzbel? Y deja de imitar a Milton⁹⁶. A él se le daba mucho mejor que a ti.

⁹⁶ John Milton (1608-1674), escritor inglés autor de *Paradise Lost*.

—Yo también sé recurrir a los clásicos, querida, y tengo especial cariño a Milton. Ah, gracias por el ofrecimiento, Emmanuel, pero no me apetece mucho volver al cielo.

—Pero qué cabrón eres...

—Aprendí de la mejor, Madre. En el fondo, soy el más aplicado de tus hijos.

Indistinguibles. En eso se habían convertido. O quizás lo fueron desde un principio.

—Déjalos que se maten. Que destrocen este ya no tan bonito mundo que les regalaste. Qué más da. El tiempo de las soluciones quedó atrás, tú fuiste la que les puso fin, con tus historias de autonomía y libre albedrío, de no interferencia, de sumisión por nuestra parte. ¿Arrodillarme yo ante esta creación tuya? Nunca. Amarlos sí, pero no humillarme ante ellos. Te dije lo que sucedería y no te importó. Encajar bien las críticas nunca fue una de tus virtudes, Madre.

Una y otra vez. Perdonando. Aceptando su imperfección y convenciéndose de que esa era precisamente su mayor virtud. Intentando amarlos absolutamente sin conseguirlo del todo.

—...hasta cuando le mataron. ¿Te acuerdas?

La noche era triste. Ella era un ser luminoso, un ente brillante que no entendía de oscuridades o tinieblas, fueran las terrestres o las del alma. Pasó las yemas de los dedos por el mentón lampiño de Lu, intentó colocar su pelo azabache sin éxito. *¿A esto te condené, mi amor? ¿A la negrura y la lobreguez eternas? Yo, que como luz te nombré, el más deslumbrante de mis hijos. El único que sabía de lo dual y la doblez, de matices y de sombras.*

Al final iba a tener razón cuando la llamaba Ególatra Suprema. Qué mísera era para ser eterna.

—Claro que me acuerdo. Pero bueno, no podía ir bien algo que empezaba lleno de mierda de paloma, ¿no crees? —Ella rio y una pequeña danza

de luciérnagas comenzó a gestarse en el robledal cercano. Minúsculas lucecitas, al principio tímidas, giraron entre las ramas, aumentando en número e intensidad con el sonido de su risa.

—Y luego que si me pasé cuarenta días tentando al chaval en el desierto. Pues no tenía otra cosa mejor que hacer, por favor, a cualquier cosa llaman tentación. No fue más que una charla entre padrino y ahijado... no me pongas esa cara, anda, que no ibas a encontrar mejor aval para el crío.

Las luciérnagas, atrevidas, se acercaron a ese sonido cristalino y puro, tanto, que el camarero se desmayó tras la barra, incapaz de soportar tanta emoción, con las mejillas cubiertas de lágrimas de sabor dulce.

Hermosos insectos jugando con su pelo, con el de Lu, reflejándose en sus iris verdes... Cuando creó la hierba de la primavera lo hizo pensando en ellos. ¿Lo sabía él? ¿Alguna vez le dijo lo mucho que lo amó?

—Pobre chaval. Tenía la cabeza llena de pájaros. De nuevo culpa de Gabriel. ¿Qué coño le pasa con las palomas? ¿Qué mierda de obsesión tiene con ellas? Las ratas del cielo, las llaman, por si no se ha enterado. Aunque, ahora que lo pienso, me parece bastante propio. El macho alfa de la corte celestial no es más que una rata con alas. Nada que empieza lleno de caca de paloma puede terminar bien.

No podía dejar de reír. El tequila, las cervezas, el fin de la ola de calor, las luciérnagas y Lu. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan... feliz.

Su hijo predilecto tenía razón, por mucho que le fastidiara. Si ella no era capaz de concebir otra libertad que la que terminaba en obediencia a SU voluntad suprema, nada de lo que habían creado hasta entonces tenía sentido.

Se levantó de la silla y le ofreció la mano.

—Hagamos algo. Fuegos artificiales para un gran fin de fiesta.

—Dios mío...

—Esa soy yo —contestó, guiñándole un ojo.

En las diócesis de Dublin, Kildare y Leighlin, en las de Boston, Dallas y Pensilvania, en Salamanca y Guayaquil, desde Colombia a Chile, de México a Italia, una súbita plaga de peste negra se extendió rápidamente. Los síntomas se desarrollaron en menos de cinco minutos, empezando por los genitales de sacerdotes, diáconos y obispos. Tras días de agonía, ninguno de ellos sobrevivió. Misteriosamente, nadie más resultó infectado.

Las ranas doradas desaparecieron tan súbitamente como habían aparecido.

Ninguna estatua de la Virgen volvió a cobrar vida y, menos aún, empuñó un lanzallamas o una ametralladora.

Suspiró, más tranquila, bajo el viento fresco de la medianoche. Seguía cogida de su mano.

—Te echo de menos, Luzbel.

—Siempre podemos quedar para echar una partida de ajedrez. Ya sabes dónde estoy. Y te esperaré siempre, Madre. Siempre.

Siempre. Tenían pendiente una cita para ajustar cuentas. Pero podían esperar unos cuantos eones más para acudir a ella.

—Si ellos supieran a quién tienen que agradecer el seguir vivos...

Y siguió riendo, mientras se tomaba un par de cervezas más. Se podían ir todos a la mierda, tenía mejores cosas que hacer. Por ejemplo, jugar con las luciérnagas.

IV. Después de la catástrofe: relatos postapocalípticos

En el fin del mundo

SANTIAGO CRAIG

(Buenos Aires, Argentina, 1978) Publicó su primera colección de cuentos en 2010 y desde entonces ha dado a la imprenta el poemario Los juegos (2012) con el que ganó el Premio Provincial de Poesía de Córdoba, y el volumen de relatos Tormentas (2013) que mereció una mención especial en el Premio Iberoamericano Cortes de Cádiz. Ha publicado entre tanto tres colecciones más: El enemigo (2011), Las tormentas (2017), y 27 maneras de enamorarse (2018); a principios 2020 apareció su entrega más reciente, la novela Castillos.

Esté en el fin del mundo. Usted y el apocalipsis coincidan. Sin embargo, sobreviva. Sea uno de los pocos, pero créase el único. Usted y los mosquitos. Usted y la hierba. Usted y el aire amarillo oliendo como la fiebre de un robot, como un llanto de aceite. Tenga distintas mascotas: primero, un gato sin nombre que lo siga, después, en una caja de fósforos, una cucaracha. Recorra sitios que antes eran familiares. No entienda qué sucede. Sea, como los otros, como los muertos, alguien que se sorprendió. Por un tiempo, piense que lo que pasa no está pasando. No sea religioso, pero de todos modos, levante la vista al cielo y haga preguntas. Reciba señales de ese silencio sin sol y sin nubes; de ese borrón acuoso que ahora recubre todo. Intente recordar la luz de antes y no pueda. Intente imaginar un cielo específico, uno de su infancia,

o de la última semana en la que todo era idéntico. Recree imágenes incompletas, componga un cuadro sin alma. No esté del todo seguro de acordarse cómo era con precisión una nube. Simúlela exhalando el vapor de su boca. Entienda que para lo que se perdió, no hay sustitutos. Dele de comer colillas a su cucaracha. Dele de comer veneno. Descargue en ella su frustración y asómbrese de su capacidad para metabolizar todo. Sepa que es ella la que siempre estuvo del lado de los que ganaron. Ella nació ganando, usted no. Usted sobrevivió y ahora está solo.

Cuando camine por sitios despejados, cuando se aleje de las ciudades arrastrando su carrito con mantas, agua y comidas envasadas, pregúntese a quién le pedía qué toda esa gente que se juntaba los últimos días a gritar y a levantar carteles, que se desnudaba el torso y agitaba banderas en las plazas.

Esas personas que le hablaban a un cielo que no terminaba nunca de ampararlas, que le rogaban exigiendo. Usted pueda todavía ver cómo encendían sus velas en los parques. Justicia pedían, piedad, y entre tanto, pese a ellos, sobre ellos, entre ellos, el mundo sucedía idéntico a una boca enorme, enorme, enorme, que se les reía en la cara. No los extrañe a todos, pero sí a alguno. Para consolarse, converse con la cucaracha. Dígale que en este mundo ya no van a caerse chicos de seis años desde los balcones, que ya nadie va a destripar a un viejo para robarle el monedero, que no habrá alguien que muela el vidrio para aumentar el peso de las bolsas de harina. Todas esas miserias suprimidas, pero el resto de las cosas todavía palpitantes, germinando. Hable y vaya forjándose una convicción: el fin de lo que había era necesario y deseable. Ya quedaban solamente el ocio y la ambición, la historia resbalando en gelatina. De vez en cuando, enójese porque sí, sienta que, a pesar de todo, algo le falta, y apriete a la cucaracha entre el índice y el pulgar. Después reemplácela. Hay muchas. Vea salir del cuerpo aplastado un líquido blanco y estime que de ese componente están hechas, en mayor o en menor medida, todas las cosas. Dígase que lo que antes la gente llamaba Dios es en

verdad ese líquido repartido en todo. Inaccesible y obvio, molecular, insulso, omnipresente.

Caminando por los pasillos de los supermercados sin nadie, vaya volviéndose loco, tirando al azar frascos y cajas adentro de su carrito, componga mentalmente una nueva cosmogonía. Tómese de los elementos a mano: la ceniza, los químicos vivos en el aire, el humo eventual, el interior de los tallos y los insectos, de los pájaros ocasionales, de las ratas. Comience su biblia personal susurrándole al camino que en el principio todo estaba ahí, para nada. Que no había luz, ni oscuridad, que no había palabras ni voces para nombrar lo que era. Una indefinición y sombras. Siga enumerándose la inutilidad de los objetos. Las turbinas que zumban, los tanques llenos de nafta⁹⁷ en los autos quietos, los carteles luminosos, la mostaza de Dijon, las rejas electrificadas. De ese caos vaya extrayendo un orden.

Atribúyale a cada cosa un espacio, una categoría. Señale, nombre, defina. Avance hasta cansarse en su construcción del mundo. Igual que Dios, tenga un límite. Ensimismado, a los pies de árboles mutantes, empiece a dudar de su cordura. Perciba la presencia de otros. Por la noche, siéntase observado por ojitos amarillos. Capture en el aire murmullos que reverberan. Despiértese de golpe diciendo cualquier nombre. Abraza postes y arbustos, no encuentre a nadie. Sepa que es su imaginación solamente, su deseo. En el mundo nuevo que construyó, en el que las cosas son porque usted quiere, soslaye el olor de los cadáveres, de la basura acumulada, y enfoque su atención en la firmeza de los jazmines y las abejas, en la obsolescencia de ciertas preocupaciones. Enorme, dueño, recorra el mundo y entienda que no hace falta ya el dinero, conseguir un trabajo, mantenerlo, comprender y adoptar convenciones sociales, mentir, ser sincero, recordar las cosas, combinar el saco y la corbata, conocer lo nuevo. Que ya no hay espacio para pensar que todo llega de afuera, que lo bueno está en otra parte, que, si esperamos un rato, en

⁹⁷ Gasolina. DA-RAE.

un futuro cercano, las cosas tristes van a pasar, la vida entera va a estar bien. Ahora, en este mundo que es el mundo entero en cada partecita, ya no hay engaño, porque las ciudades y las calles y los pueblos son todos el mismo, y la experiencia, decídalo, es algo que ya no sirve para nada. Sin ser melancólico, no hace falta, sin estar triste, asuma que hay un cierto grado de angustia necesario. Un hilo de zozobra que va enhebrando su deambular inconexo; que da sentido. Sorpréndase en ese estado. No sepa cuánto. Deje de pensar en un mes, en un día, deje de tratar a las horas como si de verdad fueran el tiempo. Asuma que la realidad nunca fue eso, menos ahora. Despierte del descanso y, en esa eternidad que se despliega hacia adelante, asuma que lo que necesita es compañía. Ya no un gato, un ratón, una cucaracha. Desespere, como el dios que es, como el último hombre, por la presencia de una mujer y en su cabeza, invéntela. Pisando cenizas, entienda que el barro es imaginación. Abandone el apego que antes, como todos, usted tenía por las literalidades. Moldee una mujer con la zozobra que lo abruma, con ese barro inexistente, con esa nada que tiene. Cincele en el aire podrido su sonrisa y sus muslos, caricias húmedas, conversaciones sinceras; paseos. Sople. Vuelva a soplar. Como los chicos, como los magos, como el Dios antiguo y muerto. Con ese gesto concluya su creación. Inventándola. Con ella, recorra el paisaje mustio, frote entre sí las piedras buscando un calor desesperado, entre a los supermercados vacíos, regenere la raza, sobreviva mil diluvios más. Enamórese. Poble la Tierra.

Billete de ida

EVA DÍAZ RIOBELLO

(Avilés, España, 1980) Periodista y narradora, ha colaborado con periódicos como El País y El Mundo, y en la revista Quimera, entre otros medios. Por su trabajo como cuentista ha recibido los premios Jóvenes talentos Booket y el del I Concurso Literario Nuevos Creadores del ayuntamiento de Granada y la Academia de Buenas Letras de Granada. Forma parte del colectivo de escritoras Microlocas con quienes publicó la antología de microrrelatos La aldea de F (2012) y Pelos (2016); igualmente, colabora con el proyecto cultural Hijos de Mary Shelley. Su página en internet es <<https://evadriobello.com/>>.

A las seis de la mañana las estaciones de metro de Madrid abrieron sus puertas como los párpados de una ciudad dormida. Había sido una noche larga, de risas, alcohol y charlas sin sentido, como deben ser todas las noches cuando tienes veinte años y se acercan las vacaciones. Además, el fin del mundo no es algo que ocurra todos los días, y lo habíamos festejado por todo lo alto, aunque, como bien razonó el gordo de César al comenzar la velada, esta era la tercera alerta de apocalipsis que recibíamos en nuestras cortas vidas, y para entonces ya no había quién se tomara en serio tanta histeria global.

—Que el mundo se acaba es un hecho —filosofó entre sorbo y sorbo de cerveza cuando nos acomodamos en nuestro tercer bar—, pero su agonía será lenta, queridos amigos, y en todo caso la sufrirán nuestros nietos —aseguró mientras nos escrutaba desde sus gruesas gafas.

Todos asentimos con solemnidad y después brindamos por nuestros pobres nietos condenados a la extinción. Brindamos y brindamos y todos los recuerdos posteriores daban vueltas en mis pupilas cuando, cinco horas después y bien agarrado a la cintura de Lorena, bajé a tientas los escalones del metro, rumbo a casa por fin, tras ser testigo de un amanecer como tantos otros, sin

arcángeles en llamas ni infiernos abriéndose bajo nuestros pies. Una vez más la tierra había sobrevivido a las peores profecías y yo no veía el momento de meterme en la cama. Estaba tan cansado que Lorena tuvo que despertarme a codazos para que entrase en el vagón, donde me enrosqué apenas conseguí asiento, decidido a dormir hasta que llegásemos a nuestra parada.

El runrún del subterráneo me acunó durante un buen rato hasta que otro empujón de Lorena volvió a despertarme.

—¿Se puede saber qué quieres? —farfullé. Ella miraba divertida a su alrededor y me lanzó un guiño cómplice.

—¿Has visto qué pintas llevan esos de ahí? —susurró.

Giré la cabeza hacia el rincón que me indicaba y descubrí a un grupo que parecía haber asistido a una fiesta de disfraces, aunque por su ropa bien podrían haberse escapado directamente de los años setenta: pantalones de campana, melenas largas, estampados psicodélicos. Uno de ellos me hizo el signo de paz con los dedos al tiempo que esbozaba una sonrisa de dientes amarillentos. Me estremecí y aparté la vista, asqueado.

Frente a nosotros una pareja madura ataviada con ropajes medievales nos miraba con mal disimulada curiosidad. Yo recompuse mi postura en el asiento y pegué mi boca a la oreja de Lorena:

—¿Ya estamos en carnaval y no me dices nada? —murmuré.

Ella ahogó una carcajada y me besó. Su olor cálido y suave me inundó al estrecharme contra ella. De pronto me sentía tan despejado que podría haber seguido besándola durante horas, pero entonces el tren se detuvo y ella me apartó de golpe.

—¡Esta es mi parada! —exclamó, y salió corriendo sin que pudiera retenerla, justo antes de que las puertas del vagón se cerrasen. Sorprendido, traté de seguirla, pero el tren arrancó lentamente. Lorena me miró con tristeza mientras se unía a la corriente humana que salía por los túneles. Apenas alcancé a ver el nombre de la parada. ¿*Caeli*? No, sería Callao, supuse. Me froté los ojos y volví a sentarme de nuevo, malhumorado.

Lorena siempre se quedaba a dormir conmigo, así que no entendía qué mosca la había picado. Aunque la quería con locura, a veces sus juegos me agotaban. Ni siquiera estaba seguro de que aquella fuese su estación. ¿Acaso no vivía en un piso compartido al norte de la ciudad? Traté de recordar alguna de las veces que había ido a visitarla, pero la cabeza me daba demasiadas vueltas. El tren se paró otra vez y varios pasajeros se apearon. Eché un vistazo al nombre de la estación: *Gebena*. Lo leí varias veces más mientras otros pasajeros subían y el tren arrancaba nuevamente.

Gebena. El nombre me resultaba extraño. Ni siquiera era capaz de ubicar en qué línea de metro se encontraba. Pensé que quizás entre el cansancio y el plantón de Lorena había pasado de largo por mi parada. Me giré hacia el anciano que se sentaba a mi derecha.

—Disculpe, ¿hemos pasado ya por Delicias? —pregunté. El viejo se giró y pareció mirar a través de mí sin verme realmente.

—¿Te refieres al jardín? Oh, sí, eso lo pasamos hace muchísimo —respondió, y soltó una risilla decrepita que pronto desembocó en una sinfonía de toses y jadeos.

Me aparté maldiciendo mentalmente a aquel viejo loco. El tren se detuvo en una nueva parada. *Hinnom*, leí en los carteles. Ahora sí que estaba completamente desorientado. Apoyada junto a una de las puertas del vagón había una joven pálida que me observaba fijamente mientras mascaba chicle.

—¿Sabes qué línea de metro es esta? —le pregunté. Ella me sonrió sin dejar de masticar.

—Claro, es la línea circular. No hay otra —contestó.

El tren se puso en marcha y aumentó su velocidad. Yo sentía que me ponía histérico.

—¿Cómo que no hay otra? ¿Te quedas conmigo?

Sin darme cuenta había levantado la voz. Varios pasajeros me miraron con recelo.

—Hay más de diez líneas de metro y yo me he subido en la tres, así que dime, ¿cómo hago para volver? —mascullé.

Ahora todos los viajeros del vagón me miraban en silencio mientras la joven sonreía como si se lo pasara en grande. Tenía el pelo negro y unas profundas ojeras que contrastaban con sus ojos ambarinos. Era guapa, aunque por alguna razón su sonrisa me inquietaba.

—No tienes ni idea de lo que ha pasado, ¿verdad? —dijo. Detrás de mí, varias voces comenzaron a cuchichear.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir? —pregunté.

El tren chirrió. Nos estábamos deteniendo en otra estación. Miré a través de la ventana y, casi como un milagro, la palabra *Delicias* surgió ante mí repetida en todos los carteles.

—¿Sabes qué? Olvídalo —dije—. Yo me bajo aquí.

Sonreí a la chica, que me miró boquiabierta, y salté rápidamente al andén vacío.

—¡Espera! —oí que gritaba a mi espalda. Me giré justo a tiempo de ver cómo el tren reanudaba su marcha. La joven pálida y algunos pasajeros más me observaban con curiosidad desde las ventanillas. Sentí una cierta inquietud, como cuando sabes que has olvidado algo terriblemente importante y no consigues recordar qué es. Después pensé en mi piso, en la cama cálida y las horas de sueño que me esperaban, y enfilé rápidamente los túneles de salida. No caí en la cuenta de que era el único pasajero que se había apeado hasta que dos guardias de seguridad me cerraron el paso al doblar una esquina. Sujetaban a tres perros atados con correa y parecían dispuestos a hacerme pedazos si intentaba esquivarlos.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó el más alto. Los dos llevaban gafas de sol aunque estábamos casi en penumbra.

—A mi casa —contesté.

—Te has equivocado de parada, chico —señaló su compañero—. Esta estación lleva siglos clausurada.

Pensé que aquello era demasiado y me eché a reír a carcajadas histéricas. Los guardias me observaron inmutables y los tres perros empezaron a gruñir. ¿Eran realmente tres perros o uno solo? Casi no me atrevía a bajar la vista y mirarlos de nuevo.

Intenté serenarme.

—Yo vivo aquí —insistí—. Esta es mi parada. Anoche cogí el metro aquí mismo...

No me dejaron terminar. Uno de ellos me agarró de la chaqueta y me arrastró de vuelta al andén mientras el otro nos seguía hablando con voz profunda y monocorde.

—Han pasado muchas cosas desde anoche. Será mejor que leas los carteles informativos mientras esperas al siguiente tren —sentenció mientras su compañero me sentaba a la fuerza en un banco.

Quise replicar, pero los guardias se alejaron a buen paso. No me sentía con fuerzas para seguir discutiendo. Todo era tan extraño...

Entonces vi los carteles. El andén entero estaba empapelado con el mismo panfleto blanco y negro, desde el techo hasta el suelo. Lo habría visto mucho antes si no me hubiera concentrado tanto en averiguar el nombre de cada estación. El texto era breve y terminante:

Está usted en el

PURGATORIO.

Debido al FIN DEL MUNDO,

se espera circulación lenta en toda la línea.

Cuando oiga su nombre, bájese en la parada correspondiente.

Para más información, consulte con nuestros guardias.

Gracias.

Sé lo que piensan. Yo también quise creer eso al principio. Habría sido una farsa muy bien orquestada, la broma del siglo. Me habría reído con ganas en aquel momento, de no ser porque, de repente, todas las piezas comenzaron a encajar en mi cabeza con la precisión de un reloj. Detalles que había ignorado deliberadamente, como el olor a podredumbre que nos había acompañado desde que bajamos las escaleras del subterráneo; los extraños pasajeros de mirada perdida, como un ejército de autómatas, o las lágrimas de Lorena al despedirse —ahora lo entendía— en la estación de *Caeli*, *cielo* en latín. Yo no había oído mi nombre, recordé. Y un escalofrío me atravesó la espina dorsal.

Así que aquello era el tan temido juicio final. Nada de tribunales celestiales ni de ángeles acusadores: solo una voz por megafonía llamándote para que ocupes tu lugar en el más allá. Decepcionante.

Esperé el tren durante horas, puede que días o incluso meses. Dormía a ratos, con sueños inquietantes, y despertaba sobresaltado por el silbato de un tren imaginario. De vez en cuando las corrientes de aire me traían el eco de lamentos y alaridos estremecedores procedentes de las estaciones cercanas. Sin embargo, más que la posibilidad de dar con mis huesos en alguno de aquellos infiernos, lo que me atormentaba era no ser capaz de recordar cómo había muerto. ¿Había bebido durante la noche hasta caer en un coma etílico? ¿Habíamos perecido juntos Lorena y yo en una de tantas discotecas al engullir una pastilla ofrecida por algún extraño? ¿O simplemente nos habíamos liberado de nuestro envoltorio mortal al descender por las escaleras del metro aquella mañana fatídica?

Por lo menos había tenido una muerte suave e indolora, razoné. No había sufrido ni había sentido dolor, aunque me consumía la rabia de no haber aprovechado más mis días y de haber perdido tan injustamente una vida casi sin estrenar. Me habría gustado viajar por el mundo, casarme con Lorena y tener un montón de hijos rubios como ella. La llegada estrepitosa de un nuevo tren me sorprendió encogido en el banco y llorando como un niño pequeño.

Las puertas se abrieron. No se cerraron hasta que me decidí a entrar. Cabizbajo, arrastré los pies hasta un asiento sin mirar a los demás pasajeros. El tren arrancó. Yo enterré la cabeza entre las manos, deseando que todo aquello no fuera más que una pesadilla. De pronto una voz familiar me sacó de mi ensimismamiento.

—¿Héctor? —levanté la vista y vi sentado frente a mí a mi amigo César, que me contemplaba incrédulo con sus gafas de culo de vaso y su papada temblona—. ¿Eres realmente tú?

Asentí con la cabeza, esforzándome para no romper de nuevo a llorar. César estaba allí, pensé aliviado. Aquello no había sido más que un mal sueño. Todo se iba a arreglar, claro que sí.

Un cuerpo enorme se empotró contra mí en el asiento de al lado y César me estrechó con fuerza entre sus brazos fofos.

—Chico, no sabes cuánto me alegro de encontrar una cara conocida —comenzó a parlotear—. ¿Puedes creerte esta locura? Llevo aquí semanas esperando a que me llamen. Seguro que es por lo de mi ateísmo... —de pronto se interrumpió y me escrutó a través de sus lentes—: Oye, ¿te encuentras bien?

Miré mi reflejo en la ventana. Tenía el rostro desencajado y parecía estar a punto de vomitar de un momento a otro. Sin embargo, hacía días que no comía ni sentía hambre o sed. Ya no podía negar lo que había pasado.

—Lorena se ha ido —anuncié.

Los dos permanecemos en silencio durante horas, siglos tal vez. El mundo se había terminado. Yo había perdido a Lorena. Tal vez ese era mi infierno.

Imposible calcular cuánto tiempo había pasado cuando finalmente César me sugirió dar un paseo por el tren. Los vagones estaban comunicados entre sí, de modo que podíamos caminar por el pasillo central y observar a los distintos especímenes humanos que la muerte había ido reuniendo a lo largo de los siglos: desde legionarios romanos y cortesanas bizantinas hasta soldados de

la guerra de Secesión o estrellas del rock que hasta hacía poco decoraban las paredes de mi cuarto. Me sorprendió que el metro tuviera tanto espacio libre: al parecer el cielo y el infierno estaban más llenos de lo que yo pensaba. O quizás debería decir los cielos e infiernos, porque había muchos, incontables. Durante nuestro paseo, César me confesó que había intentado apearse en la estación Nirvana, pero las puertas del tren se habían cerrado en sus narices.

—¿Cuánto tiempo crees que tendremos que esperar aquí? —pregunté. Él se limitó a callar y a mirar a su alrededor. No hizo falta que dijera nada. Podían ser siglos, milenios.

Cerré los ojos y apoyé la frente en el cristal frío de una ventana. Afuera, los túneles negros pasaban a toda velocidad. Solo que no eran túneles, sino un abismo oscuro que se extendía hasta el infinito. Lejos, muy lejos, me pareció ver una hilera de puntos brillantes. Estrellas, quizá. O una galaxia entera. Tal vez allí fuera el universo se preparaba para un nuevo *Big Bang*, medité, ahora que los efectos del nuestro se habían extinguido. El tren se detuvo en una nueva estación: *Hades*, leí.

De pronto tuve la creciente sensación de ser observado. Miré a César: cavilaba en silencio junto a mí, con la vista perdida en el vacío. Me giré y allí estaba ella. Pupilas ambarinas, ojeras profundas y una boca burlona mascando sin pausa. Se acercó a mí tanto que pude notar el olor afrutado de su chicle.

—Ya veo que al final aquella no era tu parada —dijo con sorna.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —repliqué. Me intrigaba la soltura con la que parecía moverse en aquel tren.

—Oh, no mucho. De todas formas, ¿qué importancia tiene? —contestó. Era evidente que intentaba esquivar el tema, pero preferí no insistir.

—Me llamo Héctor —me presenté.

—Lili —dijo ella escuetamente.

—¿Conoces alguna manera de salir de aquí? —pregunté. Ella volvió a sonreír y sus pupilas se iluminaron. Parecía estar disfrutando de verdad.

—¿Tengo cara de saberlo?

—De hecho, sí. Tienes cara de saber muchas cosas.

La sonrisa se hizo más amplia. César había salido de su ensimismamiento. Nos escuchaba con interés.

—Puede que sí, puede que no —canturreó Lili.

De pronto, sentí que las fuerzas me abandonaban. Esa chica no era más que otro espectro aburrido de purgar sus culpas en aquel tren infernal, pensé. Podría pasarme toda la eternidad siguiendo su juego y no conseguiría nada. Suspiré irritado y le di la espalda.

—Quieres recuperar a tu novia, ¿verdad?

La pregunta de Lili me cogió por sorpresa y di un respingo.

—Os vi besaros en el vagón —explicó. Ahora estaba seria y me miraba fijamente con sus ojos de reptil.

—Sí —respondí. Ella asintió con la cabeza y pareció percatarse de la presencia de César.

—¿Él está contigo? Antes de que pudiera responder, mi amigo se incorporó y se colocó a mi lado.

—Hasta el final —anunció solemne.

—De acuerdo, entonces seguidme —dijo Lili.

El tren se aproximaba a una nueva parada. *Caeli*, vi anunciado en todos los carteles. Mi corazón se encogió como un caracol en su concha. Las puertas se abrieron y los tres salimos al andén, ignorando los murmullos de los demás pasajeros.

La estación tenía varias salidas. Lili nos guio por lo que parecía ser el túnel principal. Yo miraba a todos lados, seguro de que pronto nos saldría al paso un ejército de guardias celestiales y nos arrojaría a alguno de los infiernos que

podía haber en aquel lugar. Pero nadie apareció. El túnel desembocó en un vestíbulo amplio y luminoso, dividido en dos por una hilera de torniquetes de seguridad. Más allá, vi dos brillantes escaleras mecánicas que ascendían a una superficie oculta a nuestros ojos, que, sin embargo, me atraía con una fuerza irresistible.

Sin pensarlo eché a correr hacia los torniquetes e intenté atravesarlos, pero las barras de metal no cedieron. Desesperado, tironeé de ellas, traté de trepar por encima como una alimaña, pero fue inútil. Una barrera invisible me hería y frenaba todos mis avances, pero sin dejar de atraerme al mismo tiempo, como una lámpara a una polilla. Podría haber seguido luchando así durante horas, pero afortunadamente la voz impasible de Lili puso fin a mi enajenación:

—¿Se puede saber qué intentas?

La miré. Tenía las manos en las caderas y me observaba con aire burlón. A su lado César parecía contener las carcajadas a duras penas. Agotado, abandoné los torniquetes y me acerqué a ellos.

—Creí que ibas a ayudarme a entrar —respondí—, a reunirme con Lorena.

Ella clavó sus ojos en los míos. Por un momento creí ver un destello de compasión en sus iris amarillos. Fue apenas un segundo, después suspiró y se encaminó lentamente hacia una esquina del *hall* donde languidecían varios expendedores de billetes.

Nosotros vacilamos un instante antes de seguirla.

—¿Por qué te fías de ella? —susurró César agarrándome del hombro—. Ni siquiera sabemos quién es.

Pero yo le hice un gesto para que callase y me acerqué a Lili, que sin mirarnos se dedicaba a introducir monedas en una de las máquinas. Oímos varios crujidos y estremecimientos antes de que una de las ranuras del mecanismo escupiera tres billetes de metro. Mientras ella nos los tendía sin una palabra, yo comprobé que eran billetes de un solo viaje. Sin vuelta.

—¿Esto es todo? —César examinaba su billete como si fuera un pescado muerto—. ¿En esto consistía tu plan? ¿En evitar que nos multen los taquilleros? —la voz le temblaba, pero no de ira, sino más bien como si estuviese a punto de echarse a llorar. Conocía lo suficiente a mi amigo como para saber que, a pesar de sus reservas, él había confiado tanto o más que yo en aquella desconocida.

Sin decir nada, guardé los billetes en mi bolsillo. A lo lejos oí el inconfundible runrún de un tren acercándose. Lili levantó la cabeza y husmeó el aire. Después comenzó a hablar.

—Lo que ocurre es lo siguiente —dijo clavando en nosotros su mirada ambarina—: el fin del mundo ha pasado, sí, pero no es el final que vosotros imagináis. La Tierra no fue destruida, solo el ser humano —hizo una pausa y nos miró, como si esperase alguna respuesta de nuestra parte. Los dos callamos—. ¿Tenéis idea de cuánto tiempo lleváis aquí abajo? —continuó ella—. Han pasado siglos desde entonces. Es el comienzo de una nueva era y nada os impide regresar de nuevo. Será un mundo diferente, claro está. Seréis diferentes. Pero tendréis otra oportunidad para hacer las cosas bien —y aquí su boca se curvó de nuevo en una mueca burlona—, ya sabéis: para ser buenos.

César y yo la miramos en silencio, demasiado aturdidos para hablar. El traqueteo del tren acercándose era cada vez más potente. No tardaría en llegar.

—¿Me habéis entendido o no? —dijo Lili. César se encogió de hombros, confuso—. Podéis quedaros aquí purgando eternamente vuestros errores o podéis regresar e intentarlo de nuevo. Nadie os lo impedirá. Cualquiera puede volver. Este tren circula en muchas direcciones.

Y como para corroborar sus palabras, el tren irrumpió al fin en la estación ahogando su voz. Las puertas se abrieron para dejar salir a un grupo de pasajeros que se encaminaron rápidamente hacia los torniquetes de *Caeli*.

Era mi última oportunidad. Eché a correr hacia aquel grupo de elegidos. Detrás de mí oí los gritos de César, pero los ignoré para concentrarme en mi objetivo: un anciano de bigote gris que estaba a punto de atravesar la barrera. Me abrí paso hasta él a empujones, ignorando las protestas de sus compañeros, y me aferré a su brazo justo en el momento en que la barra del torniquete se deslizaba tras él. El hombre me miró sobresaltado antes de que varias manos tirasen de mí hacia atrás para obligarme a soltarlo.

Caí de espaldas sobre una maraña de extremidades, que finalmente resultaron pertenecer en su totalidad al cuerpo rechoncho de César. Al levantar la vista, vi que el anciano se había subido ya en las escaleras mecánicas. Nuestras miradas aún se cruzaron un instante antes de que el viejo se desvaneciera ante mis ojos, rumbo al paraíso.

César hacía esfuerzos por incorporarse mientras jadeaba como un elefante asmático.

—¿Se puede saber qué demonios intentabas? ¿Sabes que no podemos pasar! —protestó cuando logró recuperar el aliento.

—Lo siento —murmuré mansamente.

Lo seguí hacia el tren detenido. Las puertas seguían abiertas esperando por nosotros. Lili aguardaba impaciente, aunque me dirigió una mirada cómplice al verme regresar. César subió al vagón, pero yo me demoré un instante junto a ella.

—Gracias por todo —dije tendiéndole la mano. Ella me la estrechó, pero la retiró rápidamente, azorada.

—No es nada —musitó—. Supongo que a pesar de todo soy una romántica.

Los dos nos miramos con timidez y, por fin, subí al vagón con César.

—Un momento. ¿Es que tú no vienes? —preguntó él al ver que Lili permanecía inmóvil frente a las puertas. Ella negó con la cabeza.

—Ya lo intenté en su momento —explicó.

El motor del tren comenzó a vibrar ruidosamente.

—¡Adiós, Lili! —grité.

Ella agitó el brazo.

—Se dice Lilith —alcanzó a decir antes de que las puertas nos separasen para siempre.

El tren arrancó con lentitud, pero enseguida noté que circulaba en sentido contrario al habitual. César y yo nos miramos. Éramos los únicos pasajeros del vagón.

—¿Qué aspecto crees que tendremos? —preguntó él—. ¿Seremos reptiles? ¿Bacterias?

Yo sonreí y meneé la cabeza en silencio.

Aquello no me preocupaba. Solo podía pensar en el tercer billete de metro que habíamos comprado, y que yo había conseguido deslizar en el bolsillo del anciano justo después de que atravesara la barrera de *Caeli*. También le había susurrado un nombre al oído, y estaba seguro de que llevaría mi mensaje a Lorena. Al fin y al cabo, no había duda de que aquel viejo era una buena persona.

—Todo irá bien —susurré.

Las luces del tren se apagaron. Al fondo, brilló una luz.

El rezagado

W. A. FLORES

(San José, Costa Rica, 1961) Escritor y divulgador de la escritura creativa, dirige talleres literarios, hace trabajos de edición, publicación y promoción de literatura. Su obra se ubica en el ámbito de la literatura de irrealidad: la ciencia ficción, la fantasía épica y el horror, dentro de los cuales ha publicado la novela La saga de los Bribris. Los umbrales eternos (2012), y las colecciones de relatos Ajeno a la tierra (2020), Miss Barbie y otros desfaces (2021), además de colaborar con revistas y otras antologías. Su próxima novela, Circe ascendente, se encuentra en proceso de publicación.

Vio a los extraños descender por el camino de la colina y, fingiendo que desyerbaba sus cultivos, procuró salir del ángulo de visión de ellos. Cuando se sintió seguro de que no lo veían, se ocultó entre unos arbustos, luego se deslizó por un declive y usando una ruta diferente, la de emergencias, se enrumbó⁹⁸ hacia su refugio.

Ese era un plan que había diseñado previendo una situación urgente como esa. No había visto a nadie en muchos años; a los últimos se los topó lejos de allí, en una de sus exploraciones ocasionales con el propósito de obtener noticias frescas. Lo que pudo ver en aquella ocasión, le dijo que no debía guardar esperanzas. Lo mejor sería ocultarse para siempre, ser muy precavido y olvidar.

La ruta que lo conducía a su escondite le daba la oportunidad, en dos puntos diferentes, de vigilar a los recién llegados. En el primero, sintió la seguridad de que no lo habían visto, sin embargo, ellos continuaron avanzando. Pero no parecían exploradores, solo caminaban, como si dieran un paseo. Sí, eso aparentaba el sosiego de su andar. Eso lo preocupó aún más

⁹⁸ Enrumbar: dirigirse, encaminarse. NDCR.

que si su actitud hubiera sido otra. Uno de ellos arrancó una brizna de hierba y se la llevó a su boca como muestra de su total relajamiento.

Se estremeció, porque en doscientos metros más, los visitantes encontrarían los primeros sembradíos de su huerta, que aunque no estaban muy desarrollados, eran una evidencia obvia de su existencia.

La huerta era lo bastante amplia como para brindarle los alimentos necesarios. Justo después del maíz, disimulado entre unas plantas de flores y unos arbustos, se ocultaba el pequeño gallinero donde las aves y sus polluelos no tenían por qué disimular su propia existencia.

Ya no dudaba de una confrontación.

En el siguiente punto de guardia, miró cómo aquellos individuos pasaron entre las plantas cultivadas sin prestarles atención. Había supuesto que así lo iban a hacer y que empezarían a hablar y otear alrededor con suspicacia y codicia y que luego se pondrían a buscar a los granjeros.

Se deslizó un último trecho y luego se lanzó por un agujero disimulado que hacía de salida, o de entrada, de emergencia. Luego corrió hacia la entrada principal, otro agujero más amplio, y aferró el rifle que tenía preparado.

Mientras vigilaba a los invasores con la mira telescópica, los recuerdos vinieron a su memoria.

Todo los eventos ocurrieron en un proceso gradual que pasó desapercibido para la mayoría de la humanidad, sobre todo las primeras señales que se manifestaron inofensivas en apariencia, y que transcurrieron durante años o decenios. Luego vinieron eventos más extraordinarios, pero todavía disimulados dentro de la normalidad de los fenómenos de la naturaleza, como tormentas inusitadas, erupciones volcánicas, terremotos, etc. Además, un sentimiento, colectivo y creciente, de que el tiempo pasaba más rápido, aunque el correr de las horas y los días fuese el mismo.

Mientras las potencias económicas discutían si la industria mundial y la acción del hombre en realidad afectaba, o no, el ambiente, éste colapsó. El

clima varió de forma súbita y drástica, y los ecosistemas fueron arrasados. Los fenómenos meteorológicos se desencadenaron barriendo con todo.

La vida continuó su lucha por adaptarse a los cambios y replantearse bajo una nueva dirección evolutiva y, si le hubieran dado una tregua de unas pocas décadas, quizás lo hubiera logrado.

Los que vivían más apegados a la tierra, a la naturaleza, fueron los testigos directos de la zozobra. Los que miraban desde la distancia y practicaban o consentían la explotación remota e indiscriminada, se apoyaban en los argumentos científicos fundamentados en el ego y el estatus.

«El clima se ha vuelto loco», recordó que se decía en las calles. «El fenómeno de El Niño, esto... el fenómeno de La Niña, aquello...»

Huracanes, ciclones y tifones ahogaban una parte del mundo, mientras la otra sufría de sequías.

Luego a la inversa.

Los temporales ya no lo eran tanto, porque no duraban un corto tiempo, se extendían durante meses y años. Frentes fríos que asolaban los trópicos, llegando incluso a emblanquecer las cumbres de los montes más altos de las (tiempo atrás) cálidas regiones, mientras que los polos se resquebrajaban y los glaciares rodaban desde las cordilleras hacia los fértiles valles.

Se dieron migraciones masivas de animales, en su mayoría aves siendo que eran las más abundantes, solo para extraviarse en la inmensidad de los océanos. Los habitantes de las ciudades, en una guerra abierta, confrontaban las especies salvajes que buscaban alimento y refugio.

Las epidemias se desataron con voracidad sobre el carburante que era la vida humana. Las enfermedades mutaban con velocidad asombrosa. Las viejas plagas dejadas en el olvido regresaron renovadas y contundentes.

O sus recuerdos fueron breves, pero muy profundos, o los recién llegados se habían movido muy rápido. Ya los tenía a unos cuantos metros de la entrada de su madriguera. Habían subido el suave declive desde la huerta, sin

prestar atención a las gallinas, y avanzaron como si conocieran muy bien el camino hasta su refugio.

Los tenía al alcance de su rifle.

Se detuvieron y miraron en su dirección como si lo miraran a los ojos.

La siguiente catástrofe fue la caída del meteoro.

Sí, el tan profetizado y hasta preconizado choque de un cuerpo celeste contra la Tierra se dio. Los vigías lo habían detectado y siguieron con mucho cuidado su trayectoria. El alivio era la enorme distancia, en escala astronómica, que lo separaba del planeta. Pero ocurrió una anomalía aleatoria, que involucró la fluctuación gravitacional de un acercamiento hasta ese momento invisible, con algo de tormenta solar y se dio un ligero desvío, suficiente para poner al asteroide en camino a la Tierra. El impacto fue colosal, fue la primera vez que la humanidad podía documentar con amplitud una catástrofe de esta índole, pero no tanto como se había especulado. Sin embargo, la calamidad fue catastrófica.

La masa que penetró la atmósfera dio sobre el Atlántico norte y levantó marejadas lo bastante poderosas como para barrer las costas respectivas de Norteamérica y Europa, cubriendo la mayoría de las islas de ese océano. Además, produjo una enorme nube de vapor que recorrió todo el hemisferio norte, diluyéndose hacia el sur. Lo peor del impacto fue que activó toda la red sísmica y volcánica del planeta, que empezó a resquebrajar la corteza terrestre con terremotos y erupciones violentísimas.

Mucho antes la economía global había sucumbido ante la histeria colectiva y la conmoción civil y la pérdida de millones de vidas, y la falta de recursos hizo que muchos gobiernos desistieran y empezaran a reinar el caos y la anarquía. Los grupos humanos se organizaron en hordas que buscaban alimentos y agua, y se desplazaban siguiendo las noticias que llegaran por los escasos medios de comunicación.

Las antiguas potencias, que salieron mejor libradas de estos embates, se organizaron en ciudades-estado con mucha concentración de fuerzas armadas que se dedicaban a proteger los pocos recursos que quedaban.

Sin embargo; muchas armas y laboratorios quedaron sin protección y en las guerras locales se hizo uso de ellos. El uso de armas nucleares no fue tan generalizado según el potencial de cada nación, pero también cumplieron su tarea de horror porque muchas fueron lanzadas.

De otros temores, sobre cataclismos, con los que vivía la humanidad, el de la inteligencia artificial que se rebelaba contra sus creadores se vio cumplido con la plaga gris. No se supo con exactitud cómo o quién empezó, si se trató de una fuga o fue usada como arma dentro de las batallas internas, pero cierta generación de nanobots empezó a disolver todos los carbohidratos que encontraba a su paso. Lo único que contuvo su voracidad exponencial fueron los códigos de seguridad implantados en su fase de diseño y, aunque ya muy tarde, los nanobots mutaron a una variedad que necesitaba del frío y emigraron hacia las regiones heladas que pudieron encontrar. Allí se quedaron en letargo, a menos que la temperatura cambiara.

Él estaba informado de todo esto por las noticias que traían los movimientos migratorios que venían del norte.

Los rumores tienen una energía muy particular que los hace capaces de propagarse a grandes distancias. Las suposiciones de cada quien, como siempre, eran que el «otro lado» por alguna razón se había salvado de las catástrofes y que la cosas iban mejor por allí. Así grupos organizados del norte — desde unos cuantos hasta varios miles — iniciaron migraciones hacia el sur, hacia la Amazonia que fue señalada como un nuevo Edén. Lo mismo con Europa que buscó África. El sur industrializado de Asia buscó las estepas del norte. A su vez, multitudes de los países subdesarrollados vieron, como siempre lo habían hecho, su esperanza en el norte.

Por esta razón, poblaciones enteras se movilizaron del sur hacia el norte y viceversa en los continentes. El istmo centroamericano fue el lugar donde se hizo más notorio, pues ambos flujos de gentes se topaban y trataban de convencer al otro del error que estaban cometiendo. Él fue testigo de pequeñas batallas donde los migrantes, casi siempre armados como pequeños ejércitos,

lucharon para apoderarse de los bienes de los otros grupos de viajeros, o saqueaban los restos de los pueblos que encontraban en su éxodo.

Dichos movimientos fueron mermando con el paso del tiempo, hasta que se volvieron esporádicos y muy pequeños. Por eso su actitud defensiva ante los recién llegados que, para su desconcierto, seguían de pie mirando hacia su refugio. Él había permanecido tranquilo, pero atento, sin delatarse y sin mostrar tensión.

Fue alguien entre los últimos grupos quien le trajo el más sorprendente de los acontecimientos.

El contacto fue en algún desierto mexicano, cuando el grupo era más numeroso, años atrás.

Las luces en el cielo eran tan frecuentes como su variedad, por lo que al principio creyeron que se trataban de restos del meteorito o aviones en un esfuerzo inútil por llegar a un lugar seguro. Las noches eran ahora tan oscuras como a finales del siglo XX y el cielo se había vuelto un espectáculo extraño. Los astros no parecían estar donde siempre habían estado. Había frecuentes lluvias de estrellas y la luna se mostraba rojiza. Incluso era posible observar auroras boreales muy al sur. A pesar de todo eso, dichos fenómenos tenían mucho de natural. Los que se vieron en aquella zona en particular, no.

Decenas de objetos brillantes se veían a cualquier hora del día pero el cielo nocturno era el más generoso con estos avistamientos, que siempre se mantenían en las alturas. Se desplazaban veloces en todas direcciones y eran muy variados en sus formas. Se desconocían su origen e intenciones. Al principio, la esperanza era que se tratara de ayuda proveniente de algún país sobreviviente, pero no había constancia de contacto con lo que quedaba de las autoridades civiles.

Luego vino el pánico. El rumor que más se difundió, como era de esperarse, es que se trataba de visitantes extraterrestres. Con todo lo ocurrido al planeta, y a la humanidad entera, esto podría ser el cierre de oro para afirmar que se habían cumplido todos los temores albergados en el corazón humano desde sus principios.

Fueran o no invasores del exterior, los extenuados sobrevivientes, estuvieran en el rincón que fuera, no querían saber nada al respecto.

El miedo fue superior a cualquier curiosidad. Muy bien lo había inculcado años tras años de cultura popular. El contacto con la vida inteligente proveniente del espacio sólo podía significar el fin de la humanidad. Si venían a destruirnos, no sería raro que tuvieran que ver con la caída del meteorito, ya porque codiciaban nuestro planeta, por el agua y resto de los recursos, o sólo porque sí. Ahora, sin gobiernos y ejércitos organizados, la mesa estaba servida para que dispusieran a placer.

Esas fueron las noticias que traían consigo las caravanas de emigrantes, sin que nadie pudiera asegurar que se hubiera dado un contacto oficial con quienquiera que hubiese asumido la representación del planeta.

Todo eso había sido ya muchos años atrás. Cayó en cuenta que aquellos recién llegados eran los primeros a los que veía en casi veinte años. Tanto tiempo viviendo en soledad, repasando sus recuerdos, quizás lo habían llevado a actuar mal.

Mucho más tranquilo empezó a incorporarse, aunque no quiso soltar el rifle.

Quizás ya todo aquel extendido final del mundo por fin se había acabado, e iniciaba una nueva era para la humanidad.

Recogió una botella con agua.

Al salir, fue como si el sol del ocaso le diera en la cara. Ellos quedaron a contraluz por lo que no pudo distinguir sus rostros. Supuso que le sonreían. Les invitó a acercarse y sentarse en unos improvisados asientos: rocas y troncos.

No podía obviar su turbación, mezcla del temor y muchas interrogantes.

Uno de ellos empezó a hablar, luego fueron turnándose, casi sin que mediaran pausas.

—Te hemos buscado por mucho tiempo —dijo el primero.

—Nos ha costado encontrarte.

—Todo y todos esperan por vos.

—¿Cuándo fue tu última comida?

—¿Tu última enfermedad?

—¿La última vez que dormiste?

—¿Hace cuánto no observás las estrellas?

«¿Por qué esas preguntas tan absurdas?» Se dijo. «¿Acaso era una obvia evaluación médica por tratarse de una partida de rescate?»

Pero él mismo fue respondiéndose las preguntas. Tenía una huerta y unas gallinas pero no recordaba cuando tomó su último alimento. La verdad desde hace mucho tiempo el hambre había dejado de ser un problema para él. No sabía cuándo fue la última vez que sintió un malestar, la mínima sensación de debilidad. Trabajaba día y no... ¿Noche? ¿Hace cuánto no veía un anochecer o las estrellas?

—¿Por qué trajiste una botella vacía?

—¿Por qué cargás un rifle oxidado?

Levantó la botella. Estaba seguro de haberla llenado con agua para ofrecerles un trago. Pero, no solo estaba vacía, sino que era una botella arrugada y manchada. Y el rifle estaba oxidado y carecía del gatillo y la culata. Y la mira estaba destrozada.

—Todo acabó.

Por alguna razón, durante años (¿pocos, muchos?), quizás un milenio, no se había dado cuenta de algo muy importante. Ese tiempo lo pasó luchando por sobrevivir, esconderse, siempre sigiloso para quizás permanecer como uno de los últimos. Las palabras de aquellos recién llegados le hicieron reaccionar, captando de golpe lo que ahora podía llamar su realidad.

—Sí, eras el último.

La tierra bajo sus pies se volvió un mar de vidrio.

Un crudo infierno

TANYA TYNJÄLÄ

(Callao, Perú, 1963) Escritora, profesora y promotora cultural en Helsinki, donde radica. Su ámbito de creación es la ciencia ficción y la fantasía, especialmente en literatura infantil y juvenil, trabajo que le ha valido los premios Francisco Garzón Céspedes 2007 y como Escritora del Año en 2003 por su novela La ciudad de los nictálopes. Entre sus publicaciones se encuentran Cuentos de la princesa Malva (2008), Ada Lyn (2018) y Lectora de sueños (2012). Su página personal es <<https://tanyatynjala.com/>> y mantiene un blog, Piedra que corre sí coge moho, en <<http://piedraquecorre.blogspot.com/>>.

Y sucedió. Lo que parecía imposible, lo que todos se resistían a creer.

¡Total! Para qué preocuparse con algo que sólo sucede en las películas de ciencia-ficción. Sin embargo sucedió. Cuando nadie lo esperaba: el invierno nuclear dicen que se llama.

Desde hace quince días miro caer la nieve ante mi ventana. Ignoro la temperatura exterior, el termómetro está roto, sólo baja hasta -50° . Ayer descendí a la lavandería y no pude evitar mirar hacia la puerta de entrada del edificio. Está completamente bloqueada. Ya nadie puede salir.

Por suerte éste es un país acostumbrado al frío. La infraestructura sigue funcionando sin problemas: las lunas con triples cristales, las paredes rellenas de un material aislante y contra incendios, la cocina eléctrica pero sobre todo la calefacción y el agua caliente que es verdad ahora sale tibia. Soportaremos hasta que se encuentre una solución.

¿Se encontrará una solución?

Sí, ni dudarlo. Si el ser humano fue capaz de provocar esta situación, entonces tiene la capacidad de revertirla. Aunque para algunos ya sea demasiado tarde...

Pienso en mi familia, allá en el Caribe; en esa moderna ciudad costera creada especialmente para turistas, llena de estereotipadas palmeras y música «tropical». Allá ni pensar en calefacción, ni siquiera en agua caliente ¿Para qué? Si no es necesario. Cuando la temperatura baja a trece grados, nos morimos de frío...

Nos morimos de frío...

Espero que todo haya sido muy rápido, que no hayan sufrido mucho. No debe ser agradable morir de frío.

A veces me ataca la loca idea de que quizá han logrado sobrevivir. Mi marido dice que eso es imposible, que es casi seguro que todos han muerto en los países más cálidos, que sin la infraestructura adecuada el frío es mortal... Pero si quizá lograron protegerse de alguna forma... por eso hasta ahora no he llorado sus muertes, aunque hable de ellos como si estuviese segura que nunca más los volveré a ver.

Supongo que la mayoría de la gente debe estar como yo, sin saber exactamente qué sucedió, sólo que por algún extraño motivo el arsenal nuclear que muchos países decían no tener, detonó al mismo tiempo. Se habla de terrorismo, de accidente, de... ¿Y qué importa eso ahora? Solo nos queda tratar de sobrevivir.

Felizmente yo estoy en mi casa, a salvo, con todo lavado, pulido, encebado, cocido, pintado, planchado, inclusive más de una vez en estos mortalmente aburridos quince días. La calefacción me protege, aunque se puede sentir algo de frío al acercarse a la ventana, pero nada que temer, un poco de ropa extra y solucionado el problema.

Además tengo comida como para casi un año, pues estoy sola en casa. ¡Y pensar que siempre me molestaban las visitas de mi suegra que me llenaba el congelador con sus conservas hechas en casa! Ahora bendigo su costumbre de congelarlo todo en verano, para poder luego disfrutarlo durante el resto del año. Diariamente planeo un fabuloso menú, eso me ocupa un poco

la mente... aunque al final nunca hago nada especial, sólo descongelo lo primero que me cae en las manos y me lo como, tal cual: sin sal, sin pimienta, sin compañía, no me provoca⁹⁹ cocinar para mí sola.

Mi marido estaba trabajando y mis hijas, en la escuela la mayor y en la guardería la menor, cuando comenzó a caer la nieve. Algunas personas fueron a buscar rápidamente a sus hijos cuando todo empezó. Yo no pude. Tuve miedo de salir. Si lo hubiese hecho, ahora se encontrarían en casa conmigo, quizá.

Desde el inicio (aún puedo escuchar las sirenas retumbando en mis oídos) se aconsejó a las personas quedarse en donde estaban o entrar a un lugar cerrado de inmediato pues el frío era letal. Los medios de transporte simplemente se congelaron, la única manera de movilizarse era a pie.

Dicen que muchos no llegaron a la escuela en donde se encontraban sus hijos, otros murieron junto a ellos al tratar de volver a casa. Dicen... ¿Quién dice? En realidad, los primeros tres días podía ver desde mi ventana los cadáveres congelados de algunas personas, de algunas madres abrazando a sus hijos, tratando de transmitirles la última gota de calor que aún quedaba en sus cuerpos.

Quizá es mejor saber que toda la familia que me queda está viva. Aunque me preocupa un poco su higiene. De la pequeña no, en la guardería siempre tiene ropa de recambio. De mi marido y de mi mayor sí. ¿Quién va a llevar ropa extra al trabajo o a la escuela secundaria, sobre todo en verano? Me apena un poco verlos tan desaliñados cuando los llamo. Por eso tampoco me gusta ver las informaciones, que sólo pasan dos veces al día. (Hay que ahorrar toda la energía que se pueda). El rostro sin maquillaje y el pelo sucio de la presentadora que sin embargo sigue sonriendo dignamente, me deprime.

Las tres de la tarde, es mi turno para comunicarme con mi hija menor. Tomo el teléfono y de inmediato su rostro ilumina la pantalla.

⁹⁹ *Provocar*: incitar el apetito, apetecer, gustar. DP.

—Aló, ¿Mamá?

—Sí, mi amor. ¿Cómo estás?

—¿Cuándo vienes a buscarme?

—No puedo mi vida, ya lo sabes. ¿Has comido toda tu sopa?

—Sí... ¿Cuándo vienes a buscarme?

No puedo seguir, se me quiebra la voz al verla llorar. ¿Qué puede entender una niña de tres años sobre esta absurda situación?

—Quiero ir a casa.

—Ya sé, mi vida. Yo también quiero que vengas a casa. Pásame con Magalys, por favor.

El rostro cansado pero amable de la directora de la guardería reemplaza al de mi hija.

—Es difícil, sé que es difícil —Me dice al verme secar unas lágrimas.

—Dime, ¿está comiendo bien?

—Tú sabes lo majadera¹⁰⁰ que es para comer. Extraña mucho la casa. En realidad todos los niños están iguales. Por suerte parece que están a punto de encontrar una solución, lo escuché hoy en las informaciones. Mientras tanto, no te preocupes, aquí la calefacción funciona muy bien y tenemos comida como para seis meses. Dicen que en máximo dos meses encontrarán la manera de arreglar esto.

Me despido, nuevamente estoy sola. Debo esperar el turno de mi hija mayor para llamarme y luego esperar el turno para hablar con mi marido. Quisiera poder conversar largamente con todos, pero el uso de los medios de comunicación está restringido, todos tienen familia en algún lado y todos los políticos y científicos del mundo tienen la prioridad para comunicarse entre

¹⁰⁰ *Majadero/a*: referido a un niño, llorón o que lloriquea para pedir las cosas. DA-RAE.

ellos. Y los teléfonos no deben parar de sonar, y las computadoras deben utilizarse, como si la esperanza se hallase en algún lugar de la red. ¿Harán trampa? ¿Llamarán a sus familias cuando se supone que deban hablar con ese especialista en cambio climático que seguro sí sabe cuál es la solución? También son humanos, se les perdonaría una flaqueza así. Pero no sé, no sé. En sus manos está salvar el mundo, o lo que queda de él.

Y mientras tanto debo contentarme con los tres minutos diarios que tengo para hablar con mis hijas, con mi marido, que no hace trampa, que corta justo, a los tres minutos, cuando yo quisiera poder... Él trabaja para el gobierno, para uno de los pocos que quizá quedan en el mundo además, no debe ser fácil en estos momentos. Ayer me comentó que pronto se recortarán aún más las comunicaciones, para ahorrar energía. No dijo nada sobre una solución, es extraño. Quizás está trabajando tan duro el pobre, quizá se le olvidó decírmelo. Porque si hay una solución, él sería uno de los primeros en enterarse... o no. ¿Qué tan importante es su trabajo? Nunca me preocupé por saber qué tipo de trabajo exactamente hace, mientras podíamos vivir económicamente bien... Ahora las prioridades han cambiado, inclusive para una simple ama de casa como yo.

Si Dios quiere, si no se ha olvidado de nosotros, si aún existe, si no ha muerto congelado, entonces dentro de dos meses... Pero mi marido no me comentó nada ¿Y si sólo se informó de una solución para tranquilizar a la gente? ¿Y si nada sucede? Quizá debamos acostumbrarnos a la idea y salir a pesar del frío. ¿Acaso los esquimales no lo hacen? Algún tipo de ropa debe ser capaz de protegernos. Pero, cómo salir. La nieve sigue cayendo, debe haber por lo menos cuatro metros afuera ¿Quién limpiará toda esa nieve? Estamos bloqueados, atrapados dentro de nuestras casas, ellos también deben estarlo. Si por lo menos la nieve dejara de caer...

¿Qué pasará si no encuentran una solución rápido? ¿Y si se me acaba la comida? ¿Querrán mis vecinos compartir conmigo? Si a ellos se les acaba la comida, supongo que se comerán a su perrito, pero yo ni canario tengo. Me

río, se me ocurre una solución morbosa. ¡Lo que consigue hacer pensar el aburrimiento! Si se me acaba la comida, no tendría más remedio que comerme a mis vecinos. Por suerte para mí la mayoría son ancianos y no opondrán mucha resistencia, si no fuera así, yo podría ser la devorada.

Me imagino bajando las escaleras con un gran cuchillo de cocina escondido en mis espaldas y tocando la puerta de los gentiles ancianitos que siempre me han dado la mano en todo, desde abrir la puerta cuando olvido la llave, hasta sacarme de apuros como improvisados *babysitters*... ahora me darían más que la mano.

—¿Quién es? (Pregunta absurda, ahora que nadie puede ir a visitar a nadie. ¡Sólo puede ser un vecino! ¡Ah, sí! Somos varios vecinos, entonces...) ¿Quién es?

—Soy la vecina del 7, quisiera (comerte mejor, ni hablar. Mejor pienso en otra excusa.) un poco de azúcar (¡Qué excusa más trivial! El frío me congela la imaginación). Abre la puerta y le salto al cuello. Su marido trata de ayudarla, estupendo. Literalmente dos pájaros de un solo tiro.

De pronto paro en seco de reír. Si no encuentran una solución y si la comida se acaba, realmente tendríamos que comernos entre nosotros. Los adultos sobreviviríamos a la cacería un tiempo, pero ¿los niños? ¿y mis hijas? La mayor es fuerte y lista, seguro que hasta conseguiría comerse a uno que otro profesor... antes de ser comida. ¿Y mi pequeñita? Los niños pequeños seguro serían las primeras víctimas del hambre, tan indefensos, tan confiados en que los adultos saben lo que es mejor ¡Miren lo que hicieron los adultos con el mundo!

Si no encuentran una solución antes que se acabe la comida o si nunca la encuentran, entonces la carnicería ya no sería una broma, sino una realidad, una cruel realidad... Quizá... Ahora mismo, las personas que se quedaron encerradas en algún supermercado libran una feroz batalla para quitarse la comida de la boca; tan sucios y cansados por tener que dormir en el suelo. ¿Y

los que se encontraban en una joyería o en una tienda de muebles? ¿Ya se habrán comido entre ellos? Golpeo el vidrio de mi ventana y lloro. Lloro por toda esta nieve que cae sin parar. Lloro porque en el fondo sé que mis padres y hermanos están muertos. Lloro porque quizá sean los más afortunados. Lloro por los que están encerrados sin comida y que están luchando por sobrevivir. Lloro por los que estamos dentro de nuestras casas, viéndonos morir cada día un poco más. Por mis vecinos encerrados en sus tumbas de cuatro habitaciones, ellos que pensaron que terminarían sus días bronceándose en España. Lloro porque ni siquiera me queda el consuelo de morir junto a mi familia. Lloro por tener que hablar con mis hijas como si nada pasara, fingiendo que hay una solución a la vuelta de la esquina. Lloro porque quizá no la hay. Lloro porque nunca pensé que el infierno fuese tan blanco y frío.

Desde el refugio

JUDITH SHAPIRO

(Rosario, Argentina, 1989) Es profesora de antropología, especialista en enseñanza de Ciencias Sociales. Incursionó en la ciencia ficción gracias al Taller 7 dirigido por Sergio Gaut vel Hartman. Ha publicado en diversas ocasiones con la Revista Axxon, además en Erídano (2006), Golwen (2005) y NM17 (2010).

Soñó una noche que arrancaba su vieja rural¹⁰¹ y abandonaba la estancia para ir a la ciudad en busca de provisiones.

El sol se ponía a su derecha dejando sombras y destellos, encegueciéndolo un poco en el mar de trigo. En la visión rojiza de la ruta no había nadie, ni siquiera los animalitos, que ya se escondían por miedo a las yaras¹⁰². (*¿Yaras? ¿Qué yaras? ¿En la habitación hay yaras!? ¡Ah...! Pero esto es un sueño...*)

José manejaba kilómetros intentando llegar al pueblo. Él sabía que ese no era su nombre, pero en el sueño era José, de la misma manera en que sabía que el pueblo estaba más cerca en realidad, aunque en el sueño los kilómetros se extendieran por demás. El sol ya no estaba y la luna asomaba la frente por el borde del horizonte hacia donde se dirigía José, dándole la cara a pesar de que el este quedaba en otra dirección.

Dejó atrás los sembrados y los graneros, y comenzó a atravesar el bosque de Colin siempre con el motor de la rural vibrando por la velocidad, siguiendo la ruta que le marcaba la luna. A punto de despegarse de la línea oscura de la tierra, ella crecía en proporciones exageradamente grandes y redondas, como si la estuvieran inflando sin parar. José vislumbró por fin en el

¹⁰¹ *Rural*: automóvil particular con capacidad para pasajeros y para carga. *DEA*.

¹⁰² *Yará*: ofidio venenoso, de cuerpo grueso y sección casi triangular, que puede superar los 1.50 m de largo. Es de color pardo claro, con dibujos laterales de color pardo oscuro en forma de C redondeada o con ángulos, dispuestos con la parte abierta hacia abajo. Habita en las zonas de bañados [terrenos bajos e inundables] o en serranías pedregosas. *DEA*.

horizonte las luces rojas del poblado y apretó el acelerador, mientras sentía que el satélite de la Tierra nacía para aplastarlo.

Entonces un silbido le atravesó los oídos como presagio de la realidad, un chirrido parecido a metal oxidado, aumentando a cada momento y desencajando a la luna de sus goznes, como si fuera de utilería, una enorme puerta de papel de utilería, redonda e iluminada que se sacudía. Más adelante un cartel indicaba ceder el paso. El auto se detuvo.

José observó la luna y, entendiendo el silbido amplificado, comenzó a gritar viendo caer el misil. La habitación tembló unos momentos por una mina activada en el campo vecino.

Giró sobre la cama e intentó seguir durmiendo, pero los ojos no se le cerraban por miedo a revivir alguna de las tantas pesadillas. Tuvo que levantarse. La realidad era muy cotidiana para él, demasiado igual a sí misma, el color de las paredes, la ausencia de ventanas, el encierro, día tras día sin diferencias sustanciales de rutina. La habitación era rectangular y bastante pequeña, con los aparatos ordenados sucesivamente en la manera en que los usaba mientras pasaba el día. Por supuesto, el más importante, el reloj digital que funcionaba almacenando calor en un sistema de compleja retro-alimentación, estaba al lado de la cama, visible desde cualquier ángulo.

Esa mañana, como todas las otras, abrió su desayuno enlatado. Tomó un solitario vaso de leche hidratada y refregó los platos con el gel para limpiar, pasando luego a cualquier actividad trivial que lo ayudara a olvidar el paso del tiempo.

Después de estar meses enteros encerrado en los mismos cuatro muros, lo único que esperaba todavía era que se acabaran las provisiones de comida mientras se suponía que el mundo se destruía al otro lado de las paredes blindadas. Durante la espera había adquirido algunas obsesiones comprensibles, como el orden en que había acomodado los aparatos, o la manera en que

abría las latas siempre con tres agujeros iniciales y después el resto de la circunferencia, o la regularidad con que pensaba en abrir un agujero en el metal y sentir el aire limpio y natural, sin importar los peligros.

En un comienzo, durante los días en que todavía recordaba cómo se veía el mundo de afuera, había sufrido ataques severos. En un momento dado abría los ojos luego de una siesta y empezaba a sentir con horror que las paredes se apretaban. Como si se tratara de una casualidad, el renovador de aire hacía una pausa y la mente agotada le mostraba una densa nube de gérmenes y virus mutantes que entraba del exterior a través de las ranuras. Entonces se acurrucaba en un rincón, sobre la cama, paralizado de miedo, y lloraba su encierro con suaves movimientos de pecho, hasta que la habitación recobraba el tamaño habitual y el renovador de aire se ponía en marcha otra vez. Después de un mes entero de ataques casi diarios esa etapa había pasado, y la calma de sentir que se acostumbraba al nuevo tipo de vida le había devuelto las fuerzas y lo había dejado conforme y casi feliz.

Pero la guerra biológica se había extendido más de lo que todos habían esperado, en tiempo y espacio, y él miraba pasar las horas en su reloj de calor sin hacer nada en absoluto, totalmente alienado, un ente exterior al mundo y la vida.

A veces pensaba que con seguridad la guerra había terminado y con ella el abandono y las enfermedades, y que él seguía ahí porque nadie se había acordado de devolverlo a la realidad. Le resultaba graciosa la imagen de pensarse viviendo en un refugio bajo tierra mientras el resto del mundo trabajaba y cumplía con sus tareas, rodeados de bullicio, algunos metros más arriba, sin siquiera acordarse de una guerra que había terminado minutos antes. Y vivía con esperanza unos días, lleno de vitalidad y una ilusión ligera, hasta que la razón lo golpeaba, diciéndole que era imposible que nadie de todos sus conocidos en la ciudad se acordara de él. Entonces retomaba la monótona rutina con los aparatos, sin saber qué era peor, si estar solo y encerrado o estar solo porque nadie se acordara de él. La soledad le pesaba, su ego se disolvía

por la falta de compañía, y dudaba de si quería compañía por el bien de la especie o sólo por el deseo de salvarse y ser reconocido como sujeto otra vez.

Otra mina se activó y explotó momentos antes de que el reloj pasara a marcar *almuerzo*. La habitación tembló con brusquedad. Las piedras levantadas por la detonación cayeron con golpes sordos sobre la tierra y con varios *clanc* metálicos. Completamente azorado, detenido en pleno juego de solitario con las cartas, se quedó un rato largo meditando de dónde provenían los golpes metálicos. ¿Era posible que las piedras hubieran caído sobre el techo? Tenía la sospecha de que en algún momento habían minado el campo de alrededor, dado que pasado un tiempo desde que lo mandaran a guardar a esa caja de concreto y lo que sea que fuera el metal que recubría, escuchaba a diario decenas de truenos lejanos. Pero nada grave podía estar pasando. Los días agitados habían terminado casi en seguida y el silencio había seguido. No parecía que quedaran seres vivos que detonaran las minas; incluso la computadora que formaba parte del refugio indicaba que todo estaba contaminado en un radio de quinientos kilómetros. Con cuatro metros de tierra encima el refugio no corría peligro.

¿Cómo era entonces que ahora escuchaba golpes de piedras? Era la segunda explosión del día, ahora que lo recordaba. ¿Habría escuchado bien? Tal vez las pesadillos estaban tomando un camino nuevo y desconocido, transmutando en alucinaciones. Estaba extrañado y no podía recordar lo que le habían enseñado sobre la estructura de la habitación. ¿Estaba preparada para soportar los golpes? La idea lo inquietó sobremanera y le empezaron a cosquillear los dedos de las manos; podría hasta quedar aplastado si la próxima explosión era muy grande. La vista se le puso borrosa. ¿Y si no había modo de que se salvara cuando las bacterias mutantes entraran por la primera rendija que apareciera, y se lanzaran sobre él como cazadoras entrenadas?

Se dominó y recobró la entereza. El pánico le era demasiado cercano para caer en sus manos con tanta facilidad, había enfrentado los efectos del encierro demasiadas veces. De todos modos, cuando saliera, si es que alguna vez

lo hacía, lo más probable era que no hubiera nadie para felicitarle su acto de supervivencia.

Volvió a concentrarse en el juego y esperó que las explosiones no se repitiesen. Hasta que le dieran ganas de almorzar podía salir de la realidad en alguno de sus tres releídos libros de papel —muchos más había en la computadora—; sin duda habían sido la única elección correcta en el momento del encierro.

Sueño.

Con el auto y por el camino, corría hacia el pueblo sintiendo el aire acondicionado golpearle la cara. Odiaba eso, pero las ventanillas no bajaban.

El camino estaba embarrado¹⁰³. Parecía que la infortunada lluvia del día anterior había deshecho la senda. Sin embargo el auto iba a ciento cuarenta sin ningún problema.

Se acordó, sentado en la butaca¹⁰⁴ mullida del auto, que la única vez que había viajado a esa velocidad por un camino de tierra, había sido cuando se había enterado de que la guerra había comenzado y estaban atacando la ciudad. Su familia estaría sola en la casona, había pensado, seguro preguntándose si él todavía estaba vivo.

La luna, que había ido creciendo mientras se le acercaba, titiló unos momentos despidiendo algunas chispas y luego se apagó. Otras dos explosiones y golpes más fuertes en el techo.

Esta vez los temblores fueron más intensos y sacudieron mucho la puerta blindada, que pareció aflojarse. Miró un rato en la dirección de la puerta, abstraído, como desde otra realidad. Luego los temblores de la tierra se le metieron adentro y se le atacaron los nervios por la emoción de pensar que en la próxima sacudida podría estar afuera, que la puerta podría abrirse y que por fin le dejaría respirar algo más que el gastado aire de la habitación. Las

¹⁰³ Enlodado, cubierto de barro.

¹⁰⁴ *Butaca*: cada uno de los dos asientos delanteros individuales de un automóvil. *DEA*.

manos le comenzaron a temblar y se le secó la boca; sentía unas incontrollables ganas de llorar por no sabía qué, como los niños asustados que viven una experiencia nueva y escalofriante que ningún adulto se toma el trabajo de explicar. Los temblores se convertían en lágrimas y agua, la tierra se convertía en agua, ¿hacia cuánto no veía un río, una laguna, el mar? Agua fluyendo, naturaleza fluyendo como debe fluir la vida, como no fluía su propia vida, detenida en el refugio. La conmoción lo había dejado petrificado, ya no podía saber si deseaba o no que llegara la próxima explosión. Como una oleada de agua fresca, acudió a su mente la imagen del cielo limpio de una tarde de verano, con el sol cayendo entre algunas hojas grandes y verdes y sobre el pasto de un parque, volviendo desde sus recuerdos más profundos. Lo hacía tan feliz salir al menos un momento y al menos en su cabeza de la esfera gris del refugio. Sabía que sólo eran recuerdos y que nada de todos esos lugares y personas quedaban ahora, pero la razón no le servía de nada en ese instante, necesitaba con desesperación tener la posibilidad de escapar al encierro.

Reviviendo todavía los paisajes que la mente le había devuelto y todavía abstraído, pasó la tarde como en trance, en un espectacular sopor de bienestar y placidez que lo hacía parecer bajo el efecto de alguna droga.

El reloj de calor marcó *cena*.

Una nueva explosión, tierra que caía y la libertad de la puerta.

Desde la cama miró estupefacto la escalera demarcada por el orificio. No entraba en su cabeza que de pronto fuese libre de salir del salvador pero infernal refugio. Y aunque quería correr hasta la puerta no podía moverse.

Y ahora, ¿qué será del mundo?, pensó. *A lo mejor me encuentre con que una manifestación de animales finalmente detuvo la guerra*, se dijo recordando la canción «Sobreviviendo» de Víctor Heredia¹⁰⁵, y se dejó llevar por un arrebatado de risa histérica.

¹⁰⁵ Cantautor argentino de trova y canción de protesta.

Recuperando el aire de a poco, se paró y caminó tembloroso hacia la puerta. Sus terminales nerviosas le decían que estaba rodeado de algodón. La puerta caída daba a una pequeña cámara circular, sobre cuya pared se encontraba la escalera de hierro que llevaba a la superficie. Había grietas gruesas en el cemento de la cámara. Cuando pasó junto a la pantalla de la computadora enclaustrada en la pared, notó que un letrero de «ATENCIÓN» había aparecido activado por la desaparición de la puerta. Pasando por alto lo que con certeza serían los protocolos de protección de su salud, subió por la escalera de hierro hasta la puerta trampa que la tapaba, liberada también por las explosiones, y sacó la cabeza al aire del atardecer mientras sentía que algo se aflojaba en su interior.

Era el atardecer. A pesar de que nunca se había sentido atraído por los atardeceres, ahora no podía soportar la emoción que le generaba la escena. Con medio cuerpo fuera de la escalera y la pesada puerta trampa colgando a un lado, sintió sobre la espalda la tibieza del sol que se ponía, y el aire del día le llenó la cabeza con una frescura que lo hizo marear. Muy a lo lejos podía observar los restos de los edificios que se habían salvado en la ciudad, grises y solitarios a la luz del sol de la tarde. Estaba tan feliz.

Quiso apreciar sus pies sobre el suelo blando cuando hubo memorizado el paisaje. En seguida miró alrededor, notando por vez primera que la tierra que antes había tapado el refugio cuatro metros hacia arriba, había abandonado la función inicial y dejaba al desnudo parte de la estructura, como si se hubiera creado un cráter en donde la puerta trampa era una chimenea. Para bajar y llegar a la tierra oscura iba a tener que saltar o colgarse de la puerta.

Una ola de cansancio lo acometió y decidió dejar para la mañana siguiente la excursión al campo. Se había olvidado de todas las meditaciones anteriores, las preocupaciones y el miedo a salir. Esa noche durmió como no lo había hecho desde hacía meses.

El despertador sonó a la hora de siempre.

Mientras excepcionalmente se hacía unas tostadas junto con la lata del desayuno y programaba la computadora para que rastreara otras máquinas como ella por la zona, dejó que su cabeza paseara por las escenas del día anterior.

Después de comer y de bañarse en la pequeñísima ducha —aunque bañarse era cubrirse el cuerpo con el mismo gel con el que limpiaba los platos—, caminó tranquilo hacia la puerta y subió otra vez. Un viento suave y libre le removió el pelo cuando asomó la cabeza y no pudo más que sonreír ante esa olvidada sensación.

Se descolgó de la puerta como pudo, sin preocuparse por el modo en que iba a hacer para subir: el terreno de alrededor estaba lleno de escombros, y en el fondo guardaba la esperanza de que por algún golpe de suerte no tuviera que volver.

Caminó largo rato por el campo que había sido de su familia. No había ningún ser vivo, no se podía encontrar ninguna señal de vida, ni siquiera una paloma, un ratón, un mosquito. Aunque por momentos lo asustaba toda esa inmensa soledad y la falta de las cuatro conocidas paredes del refugio, esa misma soledad lo alentaba a caminar tranquilo, sin necesidad de temer alguna situación imprevista.

Pronto se lamentó de no haber llevado consigo nada para comer o beber, ya que el sol estaba fuerte. No recordaba que hubiera sido así antes de la guerra, pero bien podía ser que la memoria lo estuviera engañando. Más tarde, un poco por el largo tiempo que había pasado encerrado sin ningún tipo de ejercicio, un poco por las secuelas de la guerra, se sintió mareado y cayó al suelo. Una imagen oscura con luces rojas se presentó unos kilómetros más adelante, desvaneciéndose en el aire junto con su consciencia. La respiración se hizo pausada y superficial, y enseguida todo se volvió negro.

Cuando volvió a abrir los ojos el sol ya se había acercado bastante al horizonte y el calor le pesaba en la nuca y en la boca pastosa. Había pasado mucho tiempo ahí caído.

Se incorporó lento, concentrado en evitar mareos. Tenía muchísima sed y buscó rápido el refugio con la mirada. No estaba tan lejos, pero tenía que tener cuidado de no agitarse y taparse la cabeza con algo para evitar más sol.

El mayor problema fue alcanzar la escalera. Le faltaban veinte centímetros para llegar a la puerta trampa y no se sentía en condiciones de juntar escombros. Analizó la situación por unos momentos y no encontró otra solución; empleó la poca energía que le quedaba en apilar junto al cilindro de la escalera un montón de escombros pequeños, que al final funcionaron perfectamente como nivelador.

Una vez que hubo entrado se sirvió un abundante vaso de agua y lo acompañó con otro vaso más y las tostadas que le habían quedado del desayuno. Luego, algo más recobrado, se encontró con que ya se había sacado la ropa sudada y sin pensarlo dos veces se acostó a dormir.

Mientras el sueño lo acariciaba lentamente con su dulce mano, pensó si sería él el único sobreviviente de la guerra, el único ser humano de la zona. Imaginó que mucha gente debía haber hecho lo que él en sus sendos refugios, y ya no pudo seguir con las cavilaciones sobre toda una nueva generación de personas acostumbradas a vivir sólo en refugios, que el sueño lo venció.

La noche que siguió no fue por mucho una de las mejores.

Ya acostado, con las luces apagadas y en medio de sus pensamientos, había dormido.

Pero en la mitad de la noche un chuchó¹⁰⁶ de frío lo había acometido. Con una sola parte de la mente despierta, había podido pensar que las puertas abiertas eran algo que no había habido nunca y que a eso se debía el frío, porque, aunque el reloj de calor marcaba los momentos del día, no señalaba las estaciones del año.

¹⁰⁶ *Chucho*: estremecimiento del cuerpo a causa de las bajas temperaturas o de un estado febril. DEA.

Se levantó, somnoliento, y se echó una frazada sobre los hombros, contemplando la luz de la luna que se asomaba tranquila por parte de la escalera. Intrigado por tantos años sin ver la noche, se asomó a la cámara circular y miró hacia arriba. Un círculo de noche estrellada lo saludaba. Trepó la escalera para observar el cielo en toda su anchura. Siempre había adorado la noche, la luna sobre todo. Y volver a encontrarse con ella después de tanto tiempo, le hizo recordar cuánto la extrañaba y la libertad que sentía a su lado.

Pasó un rato en arrebatada observación mientras el paisaje se mantenía tibio y silencioso alrededor.

Luego entró al refugio y se acostó bajo la frazada recién agregada. El frío volvió más tarde y siguió casi toda la noche, entre sudoraciones y escalofríos violentos.

No se despertó hasta cerca del mediodía. Lo sorprendió verse tapado con tres frazadas y no con una como había pensado, y sobre todo estar acostado todavía. Era seguro que el despertador había sonado, pues estaba programado y la alarma no era cosa de pavadas¹⁰⁷. Sonaba y uno *tenía* que despertarse. Al parecer el sueño había sido más pesado que de costumbre.

Desayunó liviano, sólo media lata, a pesar de que sabía que no almorzaría hasta pasadas unas horas.

Salió de la habitación a la columna de la escalera y miró el cielo. El sol le caía sobre la cara haciéndole sentir un renovado amor por la vida. Subió la escalera de hierro y otra vez asomó la cabeza para encontrarse con un día espléndido. Entre los escombros crecían yuyos¹⁰⁸ y pastos verdes, el cielo se sonreía en celeste y el sol lo rodeaba todo. Parecía que en ese lugar ninguna guerra había pasado y que la vida natural seguía como había sido siempre. En ningún momento se le ocurrió pensar en la gente que había perdido y

¹⁰⁷ *Pavada*: bobada, tontería. Asunto de poca importancia. *DEA*.

¹⁰⁸ *Yuyos*: vegetación natural herbácea, no apta para la alimentación del ganado, compuesta, por lo general, por plantas invasoras y perjudiciales para los sembradíos. Es propia de los sitios abandonados en los campos, pueblos y zonas suburbanas. *DEA*.

que nunca volvería a ver, aunque recuperarlas sería siempre en el fondo de su mente el mayor deseo.

Cuando bajó de la puerta trampa, se puso a examinar con más cuidado los escombros de alrededor. Supuso que habría muchas cosas por encontrar y se sentía animado y dispuesto, un buscador de tesoros enterrados, futuro dueño de maravillosas historias encerradas en pequeñas cosas que en otro momento habían parecido sólo chatarra.

Caminó alrededor del refugio, alejándose algunos metros y volviendo luego cerca de la construcción, revisando el suelo continuamente. El vaivén no lo cansaba, hacía mucho tiempo que no convivía con la naturaleza y el encuentro lo animaba.

Entre unos de los escombros más alejados un reflejo le llamó la atención. Después de buscar un poco dio con una lapicera. El descubrimiento lo llenó de asombro. *¿De todo lo que existió, solamente sobrevive una lapicera?*, pensó. *La vida sí que es excéntrica*. La tomó fuerte entre las manos, como queriendo evitar que se desvaneciera con el sólo hecho de tocarla, y la observó largo rato. Luego se la guardó en el bolsillo.

Entrada la tarde, cuando ya había revisado todos los escombros por lo menos dos veces y las fuerzas le empezaban a flaquear, decidió regresar al refugio. Empero, en el camino se vio retrasado, ya que cerca de una de las paredes de concreto encontró unas pequeñas flores rojas que captaron su atención. No le importó no haberlas visto antes y con enorme emoción las recogió con un terrón de tierra para llevarlas a la habitación. Podían no ser alguien con quien conversar, pero la simple presencia de otra forma de vida le aplacaría la soledad.

Mientras hacía un gran esfuerzo por trepar hasta la puerta trampa con una mano ocupada, un ligero frío le recorrió la espalda. Viejo en el recuerdo, sabía que ese frío ya lo conocía, pero le era imposible identificarlo. Casi instantáneamente, bajando por la escalera, un enérgico ataque de fiebre le

inundó el cuerpo. Se echó en la cama sin desvestirse. Tapado hasta el cuello, sentía los brazos y las piernas pesadas, tiritaba de frío a pesar de las frazadas y le costaba enfocar la vista.

Por un momento una imagen muy conocida flotó ante sus ojos: una luna enorme detrás de un horizonte de luces rojas. Ya sin poder resistir tanta fiebre, su mente lo indujo a un sueño casi inconsciente. La luna y las luces permanecieron allí y fueron las cuidadoras de la cama, que ahora estaba en medio de la ruta rodeada de campo, hasta que algunas horas más tarde el ataque de fiebre pasó y el sueño continuó tranquilo.

El reloj marcó *cena*.

Se despertó cansado con la ropa pegada al cuerpo. No entendía por qué se sentía solo, hacía mucho que no tenía ningún tipo de compañía. Por lo menos sentía algo de alivio físico.

Se dio una ducha rápida, terminó a duras penas la lata de comida que había abierto durante el desayuno, y descubrió las flores y la tierra desparramadas al pie de la escalera. Se sintió acongojado por haber maltratado a la única compañía viviente que tenía, pero no recordaba nada desde que había empezado a bajar las escaleras. Después de calmar el ardor de su garganta, buscó una taza en la que colocarlas. Él no lo notó más que como una pequeña falta de pulso, pero las manos le temblaban como hojas mientras acomodaba las flores dentro de la taza.

Haciendo cálculos mentales, decidió no hacer más excursiones por ese día, aunque quedaran algunas horas de luz. No sabía qué era lo que lo estaba afectando y no quería ponerse más en riesgo. De cualquier manera, no tuvo mucho tiempo para relajarse. Media hora más tarde otra sesión de fiebre le atacó el cuerpo.

Mientras su temperatura subía, la habitación se teñía de rojo: luces rojas, sonidos rojos, paredes rojas; parecía que ya estaba muy cerca del pueblito y

la luna brillaba en el fondo de su mirada, porque la soledad iba a terminar en cualquier momento.

Lo que él no sabía, era que durante el tiempo que había durado el encierro su cuerpo no había necesitado poner en marcha el sistema inmunológico, y los estragos que la guerra había provocado incluían enfermedades virósicas nuevas y bacterias tiempo atrás olvidadas. Lo más probable, por la zona en la que se encontraba el refugio, era que un virus de los nuevos estuviera atacándolo.

Sólo le quedaba esperar a que se cumpliera el ciclo.

El poco perfume de las flores se esparcía por la habitación.

La noche pasó y también la mañana. El enfermo sufría postrado en la cama un nuevo ataque de fiebre, doblegado por la biología. Un poco más largo que los anteriores, resultó en una serie de imágenes extrañas que surgían de su mente y le causaban un espanto atroz del que no podía escapar.

La escena del auto corriendo por la ruta que había aparecido tantas noches, dejó una huella horrorosa en el enfermo al proyectar un enjambre gigantesco de insectos deformes que atacaban la luna tan amada y se la comían como si fuera parte de la cosecha, y que luego se dirigían al auto con infame velocidad. En el momento justo en que golpeaban contra el parabrisas y se desvanecían en el aire, el muchacho de la cama empezó a gritar desesperadamente, con los ojos abiertos por momentos y cerrados con fuerza por otros, intentando alejar con las manos demasiado pesadas el enjambre que se acercaba con deseo carnívoro.

El reloj de calor continuó marcando los tiempos del día sin prestarle atención al que sufría de fiebre, cumpliendo al pie de la letra las instrucciones de sus circuitos.

La mañana siguiente llegó soleada para compensar la penumbra que pesaba sobre la habitación. El sol recorría el cielo, sin saber qué era lo que ocurría dentro de las cuatro paredes blindadas del refugio.

Cerca del mediodía, el perfume de las flores comenzó a decaer. Junto a la puerta la computadora presentó el informe final de la búsqueda de otras computadoras activas, con un diez muy definido entre las líneas de palabras.

Las horas pasaban entre largos ataques de fiebre, extraños momentos de aparente claridad, e imágenes de locura que atravesaban su mente y la habitación. El enfermo no mejoraba, el aliento parecía abandonar al cuerpo que por tanto tiempo le había dado alojamiento.

Un día, que podía haber sido el sexto o el noveno, el de la cama abrió los ojos con cierta confusión mientras la fiebre le daba un respiro.

Miró la habitación con una punzada leve de dolor detrás de los ojos y encontró la taza con las flores secas. Las vicisitudes de la vida quisieron que en ese momento, el ramo reseco significara mucho más para el muchacho de la fiebre que unas simples flores que ya se habían marchitado. Algo en el fondo de la mente le dijo que tenía que sacarlas, que por haberlas sacado de la tierra tenía la culpa de su muerte y que era responsabilidad de él devolverlas a la superficie.

Y quiso levantarse, pero días enteros en cama con más de treinta y nueve grados de fiebre habían exprimido sus fuerzas al punto de no permitirle siquiera sentarse. Entonces había estirado la mano, se había incorporado a medias, había murmurado alguna especie de disculpas a las flores y en el último intento de alcanzarlas había caído de la cama, golpeándose la cabeza contra el suelo.

La conciencia dejaba para siempre su cuerpo, y antes de morir un último consuelo saltó con fuerza al frente de sus ojos.

Corría con el auto por la ruta, pensando en la fiesta que le esperaba en el pueblo, escuchando el viento en los oídos y viendo la luz de la luna invadir todo rincón.

La noche estaba en completa calma y por fin todo volvía a la normalidad.

Los últimos

YURI HERRERA

(Actopan, México, 1970) Novelista, cuentista, articulista, ensayista, ha colaborado con diversos diarios como El País, Reforma y La Jornada, además de colaborar con revistas literarias entre las que destacan Letras Libres y War and Peace. Su primera novela, Trabajos del reino (2008) obtuvo el premio Borders of Words (2008) y el premio a la mejor novela en castellano Otras voces, otros ámbitos en 2009. Ha publicado además Señales que precederán al fin del mundo (2009) finalista al premio Rómulo Gallegos en 2011, Trabajos del reino (2010), La transmigración de los cuerpos (2013) y la crónica histórica El incendio de la mina El Bordo (2018). Su más reciente publicación es la colección de relatos Diez planetas (2019).

Antes de convertirse en el primer humano en cruzar el Atlántico a pie fue el último en mirar un caracol. Lo vio cuando estaba a punto de iniciar la travesía. Ésa no sería la peor travesía para Reu, más solitarias serían la nave y la tabla, y más espantosa la roca; pero ninguna le tomó más tiempo que cruzar todos los ápices del Atlántico a pie.

No había planeado hacerlo, pero el mar se había comido la tierra y la basura se había comido el mar, así es que empezó a caminar hasta el fin de la tierra firme y entonces siguió caminando sobre la costra firme y al cabo de un día dejaron de verse las ruinas a sus espaldas (las enormes ruinas de la embajada de Estados Unidos, las ruinas angulosas de la embajada de China, hasta las más imponentes, monumentales ruinas de la embajada de Nicaragua), y ahí fue que decidió que ya no había marcha atrás.

Caminó durante dos años por la superficie enlamada de la costra firme: aprendió a no morirle royéndola y a no disolverse en su sal por las noches, se

curó los güesos¹⁰⁹ él solo cuando el viento lo levantó y lo vapuleó por el cielo como a un trapo y luego lo arrojó sobre las olas rígidas.

Vivía deslumbrado por la resolana¹¹⁰ pero cada tanto veía debajo de la costra sombras que rumiaban de un lado a otro y azotaban el cuerpo contra la superficie.

Una vez divisó a un viejo que, inexplicablemente feliz, brincoteaba de un islote de plástico a otro. Se saludaron con la mano en alto, alcanzó a distinguir su figura estirándose contra el resplandor de la costra, y justo en ese momento una enorme boca dentada se alzó alrededor de los pies del viejo y se lo llevó a las profundidades del caldo sucio.

Conoció un ejemplar de esos monstruos cuando topó con los últimos seres humanos que vería antes de alcanzar el otro lado del Océano. Una pequeña colonia de extraviados que se habían ido agrupando conforme las corrientes los empujaban hasta el vórtice en el que ahora vivían. Dedicaban su vigilia miserable a remendar las grietas en la costra, pero habían aprendido a pescar esas bestias de ojos pequeñísimos con fauces que les ocupaban la mitad del cuerpo. Aprovechaban su carne dura y fibrosa para alimentarse, los bigotes tiesos para el remiendo y los colmillos para fabricar lanzas.

Le dijeron que podía quedarse con ellos; tenían voluntad de compartir, pero era una voluntad sin güesos, Reu conocía a los suyos. Ya llegaría el momento en que se empujaran unos a otros para escapar de un mordisco. Aunque le ofrecieran compañía, no dejaba de ser compañía de humanos.

Llegó a tiempo para colarse en la última nave. Su destino era una roca acercándose a los límites del sistema solar. Si lograban posarse en ella los llevaría quién sabe a dónde, pero eso era lo de menos.

¹⁰⁹ *Güeso*: hueso. DA-RAE.

¹¹⁰ *Resolana*: reverberación del sol. Calor producido por la reverberación del sol. DM-AML.

Algún visionario o alguien terriblemente asustado había tenido la idea de acondicionar asteroides para viajar. Había tomado generaciones lograrlo pero, una vez que lo imaginaron irremediablemente terminaron realizándolo. Se aseguraba que habían construido estaciones desde las cuales salían naves en busca de otra roca; se decía que en esas estaciones había naves mucho más grandes y rápidas que podían llevarlos a un lugar habitable; se contaba de planetas donde casi se podía vivir bien; y hasta de unas rocas en las que ya había plantas y animales.

Persuadió al último de los estibadores, de último a último, de que lo dejara esconderse en la zona de carga. No tuvo ventana para mirar cómo se achicaba el poso de elementos químicos en el que había iniciado su tiempo en el universo. Supo que habían abandonado la Tierra cuando las cajas empezaron a flotar unos poquitos ápices en los ápices de espacio que tenían para moverse, como si celebraran.

Luego frío y desmayo, hasta que lo sacaron de la bodega y lo arrojaron a una caverna de la roca. Aunque la caverna estaba repleta, el peligro no era morir aplastado: se agonizaba en una feroz batalla lentísima por estar cerca de los ductos que escupían alimento y oxígeno. Los habitantes de la roca se estrangulaban sin fuerzas, se arañaban la carne con más odio que contundencia, se arrancaban el cabello, se rompían los güesos muy lentamente. Después, con espantosa eficiencia, los desechos eran empujados hacia una compuerta de donde eran aspirados y enviados al espacio.

Flotaron en ese vaho de cuerpos durante lo que tal vez hayan sido semanas en la Tierra, y por fin llegaron a la estación. *Sí existía.*

Era una plataforma abombada por una cúpula. Estaba presurizada, pero un cristal que iba del suelo al techo separaba a los recién llegados de los que ya estaban ahí. Reu atisbó el espacio desde su margen, un rectángulo de oscuridad incendiada cada tanto por naves enormes (*sí existían*) despegando del anillo de la cúpula.

Poco a poco se despobló el lado de los primeros conforme los últimos veían marcharse las naves una tras otra, hasta que sólo quedaron ellos. Antes de irse, los primeros alinearon de aquel lado una serie de pequeñas naves-tabla en las que cabía una sola persona acostada mirando al frente. Uno de ellos se acercó al cristal y explicó su mecanismo: la tabla pulsaba: entre intermitencia e intermitencia cada ocupante estaría en animación suspendida; contaban con energía para el envión que las separaría de la plataforma, y un poco más para cambiar de dirección; así que mejor que la utilizaran sabiamente.

—Con suerte, alguien los encontrará allá afuera —dijo, esforzándose por parecer que creía en lo que decía—. Ha llegado a suceder.

Abrió la compuerta que separaba los dos lados de la cúpula y, antes de que los últimos repararan en su nueva soledad, subió a su nave y se largó.

No hubo peleas para decidir quién ocuparía las tablas porque la mayoría decidió quedarse. Pensaban que esto no podía ser el fin. Él pensaba lo mismo pero prefería pensarlo mientras emprendía su viaje de luciérnaga.

Una única luz movediza en el abismo. Tan lentamente se movía que no estuvo seguro de lo que era hasta que la vio acercarse a su tabla. Un cetáceo absorto de metal tosco, negro, con una burbuja de luz en su vientre.

Cuanto estuvo más cerca, Reu vio que, adentro de la burbuja, había una persona *pedaleando*.

Utilizó el combustible que le quedaba para orientar su tabla hacia el cetáceo, pero no fue suficiente. Le pasaría de largo. Entonces el cetáceo cambió de rumbo, se colocó frente a su tabla y abrió una compuerta que se lo tragó.

En cuanto se desentumeció Reu dejó la tabla y echó a andar por pasillos olorosos a óxido y escaleras rechinantes. Encontró la burbuja al fondo de la nave y por un momento no alcanzó a distinguir nada de tan enceguedora que era su luz, pero después columbró que era una mujer la que pedaleaba. Su cuerpo se tensaba levemente en el movimiento mecánico pero su rostro

no denotaba esfuerzo alguno, miraba un panel de instrumentos al frente. Cuando finalmente miró a Reu lo hizo como si no le provocara curiosidad.

—¿Viene alguien más contigo? —dijo.

Reu movió la cabeza de lado a lado. Ella volvió a mirar al frente.

—Qué mal —continuó—. Entonces voy a tener que comerte.

Siguió pedaleando un poco más. Luego volvió a mirarlo y sonrió.

—Cuando nos acabemos la comida —dijo—. Tengo mucha.

Hacía tanto que nadie le hacía una broma que por un momento pensó que estaba loca. Luego, casi como un reflejo vestigial, también sonrió.

Se llamaba Pel. Le explicó que los pedales eran la única fuente para acumular energía. Había utilizado parte de ella en modificar unos ápices su posición en el cuadrante infinito para alcanzarlo, así que ahora tendrían que esforzarse en reponerla.

Pel le preguntó a dónde esperaba ir.

—Sólo quiero seguir moviéndome —dijo Reu.

Pel asintió y las pupilas se le dilataron como si fuera a decir algo terrible. Pero dijo algo de una precisión distinta:

—No hueles a metal.

Se bajó de la bicicleta fija, acercó su nariz al cuello de Reu y le pasó una mano por la nuca. Y luego reconoció su cordillera huesuda, y él metió las manos bajo la camiseta sudada de Pel; y constataron y constataron y constataron y constataron que seguían siendo de agua, y que la carne aún batallaba en el universo.

El último recuerdo *así* que tenía de la Tierra era el de aquella tarde en la garganta interior de una embajada en ruinas. Se había refugiado ahí poco antes de comenzar a caminar sobre el Atlántico y había descubierto que se había preservado un microclima espigado de árboles. Lo descubrió como si

acabara de estirarse frente a él, pero en verdad nada se movía, todo estaba quieto y silencioso; aunque no era una quietud muerta: podía sentir la tarde *sucedendo*. No el deslizamiento de las cosas, sino del tiempo entre las cosas. Luego vio algo que sí se movía: un caracol trajinando un tallo como si el colapso del mundo no le importara nada.

Así se sentía el trecho que la nave cubría mientras él y Pel revivían a la bestia de dos espaldas. Qué planeta podía mejorar ése. Qué necesidad había de mejorar ése.

Pero unos pocos millones de ápices más tarde ella dijo:

—Ya estamos cerca.

Reu pedaleaba en ese momento y se detuvo para volverse a mirarla, sin comprender.

—De la estación —siguió Pel—. Hay otra.

Hizo una pausa y continuó:

—Pero de ésta salen cuerpos.

Los primeros sabían de la existencia de planetas habitables, pero tan lejanos que no podía llegarse en nave, así que idearon cómo desapizar el cuerpo y luego emitirlo, ápice a ápice, hasta que la máquina encontrara un mundo donde apizarlo de nuevo: por un tiempo inconmensurable que el cuerpo no concebía sino como un sobresalto de cuásares. Pel no sabía cuánta gente había logrado viajar así, sólo que después de una o dos generaciones el sistema colapsó y las estaciones que desapizaban se aherrumbraron o se perdieron flotando en el espacio.

Pero ella sabía dónde estaba una.

Pronto la avistaron y conforme Pel navegaba el cetáceo en su dirección, Reu empezó a preguntarse si en verdad quería volver con otros humanos.

Pel no se lo preguntaba.

—Vamos a lograrlo —decía.

Era un plural frágil y bello.

En vez de cúpula, esta plataforma tenía una chimenea larguísima, mucho más alta que cientos de veces la longitud del cetáceo. Atracaron. Se pusieron sus trajes y entraron.

Había dos filas de cabinas enfrentadas con una mesa de controles al fondo. Pel afirmaba saber cómo funcionaba y empezó a probarla mientras él inspeccionaba las cabinas para comprobar si tenían algún desperfecto evidente.

De súbito se sintió cómo la fuente de energía se echaba a andar y cimbraba la plataforma; la chimenea se presurizó, sus materiales antiquísimos estaban activos de nuevo, chirriantes pero alertas. Pel siguió manipulando los controles y dos cabinas se iluminaron, una a cada lado, y comenzaron a cambiar de forma acompasadamente, como un segundero, pero a cada segundo correspondía un molde distinto de ser humano.

—Tiene que ser ahora —dijo Pel, dirigiéndose a una de las cabinas.

Reu titubeó.

—¿Y si terminamos en esquinas opuestas del universo?

Pel lo miró como si hubiera dicho algo absurdo. Se dio media vuelta y entró a su cabina. Apenas se hubo cerrado la puerta dijo algo que él no escuchó aunque sí le vio los labios.

Reu entró a su cabina y desde ahí miró la cabina de Pel ajustarse a su cuerpo con más precisión a cada segundo. Justo antes de que se amoldara a ella como una vaina negra, Reu descifró que Pel había dicho: «Todo el tiempo estamos en esquinas opuestas del universo».

Pensó que lo había dicho como si hablara de algo remediable, como en otra época habría sido volcar una taza sobre el mantel.

Luego cada pequeño ápice de su cuerpo comenzó a cubrir los interminables ápices del camino.

Insectopía

MARIANA CARBAJAL ROSAS

(Córdoba, México, 1985) Maestra en Estudios de la Cultura y Comunicación, se dedica a la investigación de cine y de la narrativa de ciencia ficción. Colabora con El ojo que piensa. Revista de cine iberoamericano y en Bajalú. Revista de Cultura y Comunicación de la Universidad Veracruzana. Su publicación más reciente es La mujer violeta (2020). Se le encuentra en Facebook como MALA-gripta Copterosis.

1

Las lámparas incandescentes iluminan el largo pasillo, era de madrugada y los pasos del doctor Mamoru Oshii resonaban hasta el fondo del corredor, llevaba una taza de café en la mano y se dirigía a su cubículo arrastrando los pies con pereza. Al pasar junto a la oficina del director del Instituto Entomológico de Arca escuchó música: un par de violines sollozaban como un animalillo enjaulado. Hasta ese momento estaba seguro de que era el primero en llegar, le dio un sorbo a su café y por un momento se sintió preocupado, la idea de que algo no estaba bien le ponía la piel de gallina mientras tocaba a la puerta.

—Doctor Silvestri, ¿todo bien?

—Pase, Oshii.

La voz de Filippo Silvestri lo tranquilizó, aunque no pudo evitar pensar que hacía unos días uno de los colegas del doctor, Meyer, había sufrido un infarto. Al abrir la puerta, Oshii vio el gran ventanal de la oficina del doctor, las luces estaban apagadas y la cortina abierta, el alba avanzando entre los arbustos recortados del jardín principal del Instituto. La figura del doctor se delineaba en un extremo del marco de la ventana. Estaba sentado mirando hacia afuera. Oshii avanzó y se paró en la mitad de la oficina.

—Buenos días, doctor, hoy ha madrugado. ¿Necesita alguna cosa? Me encamino al laboratorio.

—No me he ido, Oshii.

El director del Instituto giró el rostro hacia su colega. En su cara se leían los signos de una larga espera, su semblante estaba relajado pero en sus ojos refulgía una revelación. Se levantó, arqueó la espalda y se llevó las manos a la cintura mientras flexionaba la cadera de un lado a otro. Su camisa estaba arrugada y desfajada.

—Quiero que me acompañe al laboratorio.

—Por supuesto, doctor —contestó Oshii con gravedad. Mientras miraba fijamente a su maestro, dio un sorbo más a su café.

Silvestri se levantó de la silla, se talló¹¹¹ la cara, buscó sus zapatos y tomó una bata del perchero.

—Acompáñeme, Oshii —dijo poniendo una mano en el hombro de su colega.

Ambos salieron de la oficina hacia el pasillo, Oshii caminó al lado de Silvestri con su taza a medias. Su maestro tenía las manos en los bolsillos y una mirada severa.

—Doctor, si he cometido alguna falta, puede decírmelo.

—No se trata de eso.

—Está muy serio, Silvestri, me estoy preocupando.

—Tengo que mostrarle algo, Oshii, y estaba buscando las mejores palabras para explicarle lo que quiero explicarle. Ayer en la noche me decidí a contarle sobre una de mis investigaciones y más ahora, con el fallecimiento de Meyer, un gran amigo.

—Será un honor, entonces.

¹¹¹ *Tallar*: pasar la mano haciendo presión. *DM-AML*. Pasar la mano repetidamente sobre una parte del cuerpo para quitarse una molestia o limpiarse. *DEM-ECM*.

Silvestri asintió y guardó silencio. Ambos siguieron su camino y el eco de sus pasos se extendió a lo largo del corredor, como si el par no fuera solo.

En una de las mesas del laboratorio estaba dispuesta una caja con el nombre del doctor.

—Oshii, vea estas muestras y dígame qué piensa de ellas —dijo, entregándole un cilindro de conservación. Oshii lo tomó y, al abrirlo, reconoció un par de coleópteros¹¹² en gel de conservación. Los miró de cerca con una lupa y los colocó sobre la mesa.

—Pues son un grupo de *Ceroglossus buqueti*, bellos ejemplares, es una especie que habita en Chile y me llaman la atención sus tarsos¹¹³ lisos, eso me parece poco común. ¿Serán de una subespecie?

—Estos especímenes fueron encontrados en Chile en el año de 1950 por un coleccionista, los mantuvo en una vitrina por mucho tiempo, junto con otros especímenes porque, como ve, son muy bellos. Al morir, su colección de más de mil trescientos individuos fue donada por sus familiares al Museo de Historia Natural de Arica, en donde el doctor Meyer y yo hicimos nuestra pasantía cuando éramos sólo dos estudiantes de biología. Tuvimos la oportunidad de clasificarlos y estudiarlos. De entre todos ellos, tres insectos llamaron nuestra atención por pequeñas particularidades, como la que has notado. Tres *Ceroglossus buqueti*. Diseccionamos uno de ellos.

Al decir esto, sacó de otro cilindro al tercer insecto. Estaba separado en capas y encapsulado en resina, era como un rompecabezas. Puso las secciones

¹¹² *Coleópteros*: grupo de insectos de formas, tallas y colores muy diferentes, cuyo tegumento es casi siempre consistente. Presentan dos pares de alas, las anteriores endurecidas, élitros, que en posición de reposo se unen en sus bordes internos, la sutura elitral, y las posteriores membranosas, que si existen son las únicas que participan de un modo activo en el vuelo (Barrientos, 2004, p. 741).

¹¹³ *Tarso*: [parte más externa de la pata de los coleópteros] quinto artejo de un apéndice locomotor unirrámeo típico. Suele estar dividido en subartejos, que reciben el nombre de tarsómeros (Barrientos, 2004, p. 943).

bajo el microscopio dinámico y Oshii pudo observar el espécimen desde todos los ángulos. Había algo distinto a lo que esperaba, el cerebro era más grande, el estómago era diminuto y los ovarios eran prácticamente inexistentes. Oshii miró a Silvestri con asombro.

—Meyer y yo guardamos estos insectos para estudiarlos y encontramos otras irregularidades, particularmente en los ojos compuestos. Nos dimos cuenta de que cada omatidio¹¹⁴ estaba conformado por una sola fibra, no tenían ni células reticulares ni lentes. Como un ramo de fibra óptica. Por muchos años resguardamos estos especímenes y poco a poco nos fuimos enterando de que se encontraron otros coleópteros y odonatos¹¹⁵ con características similares en varias partes del mundo y no sólo eso, tengo acceso a once especímenes fosilizados pertenecientes al período cuaternario con particularidades como éstas. Somos cerca de veinticinco entomólogos los que hemos reunido información desde hace más de cuarenta años.

Oshii seguía muy confundido mirando con el ceño fruncido las imágenes y los estudios sobre el ojo compuesto del *Ceroglossus buqueti*.

Silvestri continuó mientras abría otras cajas y cilindros de conservación:

—Quiero mostrarte estas quince «especies conocidas», todas fueron encontradas por diferentes investigadores desde los años 30. Observa que los más antiguos son más grandes, y entre más llegamos a la actualidad, los individuos son más pequeños. En particular difieren los ojos de todos ellos. En algunos analizamos la linfa y no se parece en nada a ninguna otra, además está constituida por un solo elemento desconocido e inorgánico. Y esto, que creíamos que era un órgano parece que no lo es, es más bien como un motor,

¹¹⁴ *Ommatidio*: (t. *omatidio*) cada una de las unidades que constituyen un ojo compuesto (Barrientos, 2004, p. 933).

¹¹⁵ *Odonatos*: insectos pterigotas pertenecientes al grupo palópteros. En ellos destacan los ojos, que pueden llegar a ocupar la mayor parte de la cabeza, sus grandes alas y la longitud del abdomen (Barrientos, 2004, p. 497).

una fuente de poder. Y el exoesqueleto, mira las muestras, los estudios histológicos revelan unas formas regulares poco comunes.

El café de Oshii ya estaba frío, sus manos estaban entrelazadas a la altura de su boca y su mirada se paseaba por las muestras, los insectos y la pantalla del microscopio dinámico.

—No entiendo. ¿Qué significa esto? ¿Que nadie los había examinado tan de cerca?

—Lo que pasa es lo contrario, ya habíamos descubierto esto hace varios años. Somos muy pocos los que sabemos de estas características, pero no hemos querido decir nada aún, hacen falta otras pruebas.

—Doctor, ¿qué me quiere decir, que estos insectos no son insectos?

—Lo que creemos, Oshii, es que estos no son animales, son autómatas, son robots.

Oshii se quedó mirando al doctor unos momentos. Tenía los brazos cruzados, no sabía qué decir. Tomó las fotos, miró los especímenes y los análisis químicos. No lo podía creer.

—Lo más descabellado es que, creemos, creo, que la tecnología no es terrestre. Mi teoría y de otros es que estos, lo que sean, son alienígenas.

El alumno se quedó mirando a su maestro. Nunca lo había oído pronunciar la palabra «alienígenas» y le parecía que tal vez no estaba en el laboratorio, sino en su casa, bajo las sábanas, a punto de llegar muy tarde a trabajar.

—Pero, doctor, cómo explica que el exoesqueleto sea de quitina, los robots no usan quitina.

—Vea esto, Oshii esta quitina es artificial, fue construida en un laboratorio mil veces más sofisticado que este.

—Pero no entiendo, ¿esto es inconcebible!

—Oshii, hay algo más desconcertante.

—Oh, no.

—Mire el corazón de cada uno de los especímenes. Bien, pues eso, mi querido amigo, emite una señal y transmite información. Uno de mis colegas de Japón lo detectó en un espécimen que estaba activo. Pudo interferir la señal casi por accidente y lo que descubrió fue un código numérico, pero está seguro de que eso que transmitía era información.

—Lo que quiere decir...

—Creemos que estos robots son alienígenas y que se reproducen o son enviados desde hace miles de años para investigar.

—¿Investigar? ¿Miles de años?

—Investigar la vida en la Tierra, Oshii, mire.

El doctor tomó uno de los *Ceroglossus buqueti*, lo extrajo del gel de conservación y lo colocó sobre la mesa. Después sacó una batería conectada a dos delgados electrodos, tan delgados como agujas, y con ellos tocó la parte baja del abdomen. Las patas comenzaron a moverse. Lo volteó y tocó detrás de la cabeza y las alas se extendieron instantáneamente.

Oshii tenía los ojos desorbitados, miraba al animal con horror, se fue hacia atrás y la taza de café rodó por el piso.

—Silvestri, no lo puedo creer.

—En unos años, mis colegas y yo tendremos lo necesario para pedir el apoyo del gobierno de Arca para seguir con las averiguaciones.

—¿Por qué me ha dicho esto, doctor?

—Porque usted, mi buen amigo Oshii, y los otros, deberán continuar esta investigación.

Oshii miraba fijamente al insecto y se sentó como un niño en el piso helado. «Creo que no estoy soñando», pensó.

2

En el año de 2060, un encanecido doctor Mamoru Oshii presentó, junto a un grupo de colegas, un informe detallado de las investigaciones de diversos científicos reconocidos a lo largo y ancho del planeta en el salón principal de la Agencia Espacial de Arca. Lo que se declaró en ese informe, llamado Insectopía, se mantuvo en secreto por mucho tiempo, pero esa primera revelación conmocionaría al mundo.

El director de la Agencia Espacial de Arca miró a los integrantes de su Comité con la boca desencajada. Oshii y dos viejecitas estaban de pie frente a ellos, esperando tal vez un comentario. El director se levantó y sin más dijo: «Gracias. Esperen a que discutamos este tema».

Él y el Comité se dirigieron a su oficina. Se sentó tras su escritorio y llamó a su segundo al mando.

—¿Qué tan cierto es todo esto?

—Señor, todo es cierto.

—La señal de la que hablan, qué información tiene sobre esas coordenadas.

—Se dirige a un punto de la nebulosa de Ojo de Gato. Pensamos que la señal la atraviesa. Nuestros investigadores también apoyan esta teoría. Señor, es la prueba más fehaciente de la existencia de vida extraterrestre y la prueba de que su tecnología es superior. Además de que estos organismos tienen una capacidad de almacenamiento de información increíble, su sistema operativo es muy complejo. Señor, todo es cierto. Al parecer, la vida en la Tierra ha sido monitoreada.

—Tendré que informarle al Presidente. ¿Ya se ha mandado un mensaje a estas coordenadas?

—Sí, señor, pero la señal tardará aún varias décadas en llegar. También descubrimos que la señal que emiten estos organismos se demora, así que no sabemos cuándo o si tendremos noticias de ellos.

El doctor Oshii, con su tableta en las manos, sudaba copiosamente, mientras una de las viejecitas le palmeaba la espalda.

—Tranquilo, Oshii, hemos hecho nuestra parte. Silvestri estaría orgulloso. Lo que viene será uno de los sucesos más excitantes de la historia humana, ¿no estás emocionado? ¿No es maravilloso saber que estamos por conocer a otra civilización? Piensa que si nos estudian es porque algo valemos para ellos.

Oshii miró a los ojos azul claro de la astrofísica más respetada de Arca y tal vez del planeta entero, la doctora Jocelyn Bell. Ella le sonreía. Volteó a ver a la otra mujer, la nanotecnóloga Augusta Ada, que también le sonreía. Oshii suspiró y no pudo evitar dibujar el mismo gesto.

Ahí sentado, entre su equipo de investigación, pensó en Silvestri, pensó en sus hijos y en el futuro de la humanidad, sintió algo más allá del interés científico que en primer lugar lo llevó a continuar con la investigación de su maestro. Sintió que dentro de él crecía una esperanza, un cosquilleo. Era cierto, lo que venía ahora era la culminación de su papel en el mundo, lo que venía ahora era una misión para hacer contacto. En su mente fantaseó un poco y pensó que tal vez podrían intercambiar información con esa civilización y resolver los misterios de las ciencias.

Mientras pensaba en esas cosas, propias de los científicos, amantes del conocimiento, dos avispas sobrevolaban la sala. Los tres viejos las miraron rondar por las ventanas, y en un punto, las dos se posaron en una silla frente a ellos y ahí se quedaron hasta que la puerta del salón se abrió de nuevo.

Los tres se levantaron para recibir al director de la agencia y, al mirar de reojo a la silla, los insectos ya no estaban.

—Doctores —dijo el director dándoles la mano a cada uno—. Tomemos asiento.

El director de la Agencia Espacial de Arca no salía de su asombro mientras escuchaba otros detalles de la investigación. Ante la evidencia el director

aceptó la solicitud de los doctores de investigar a fondo la procedencia de la señal y descifrar la información que se estaba transmitiendo.

A partir de ese momento Ada, Bell y Oshii comandaron la misión Ojo de Gato, la cual se dedicaría a estudiar la tecnología de los nanorobots y de lo que se llamó la última frontera en telecomunicaciones, el contacto con otra forma de vida.

Sólo los integrantes de la misión, el Presidente y otro par de personas estaban al tanto de los objetivos. Ante los ojos del mundo no era más que otro equipo manejando un radiotelescopio de última generación.

Al iniciar la investigación, el director de la Agencia Espacial Arca comenzó a obsesionarse con los insectos. Selló su oficina, casa, auto y todos los lugares que pudo para evitar la intrusión de esos organismos. Oshii le decía que dejara esa manía, que de todos modos esos seres que sabían qué nos traíamos entre manos, pero no pudo y el asunto casi le hizo perder la razón. Casi.

Para apoyar el proyecto, el equipo colaboró con la Estación Espacial Internacional y después de tan sólo cinco años de trabajo, el ansiado día llegó. La mañana del 4 de diciembre el radiotelescopio captó una señal muy fuerte de la nebulosa Ojo de Gato. Era tan clara que al equipo le dio un vuelco el corazón. El mensaje decía: Saludos humanos, estamos en contacto.

Lo demás es historia.

3

—¿Ata?

—¿Sí?

—Sabemos que usted fue parte del equipo que estudió a la Tierra, cuéntenos ata.

—La clase ha terminado y eso no tiene nada que ver.

—Pero cuéntenos. Usted estuvo ahí, qué tiene que decirnos con respecto a lo que pasó.

—Bueno, pues, saben que es un tema delicado y que se presta a discusión.

—Sí, lo sabemos, pero es que nos interesa mucho.

—Está bien. Hace miles de años nuestra especie buscó un planeta que pudiera albergar vida. Lanzamos sondas por cuadrantes específicos cuyas características fueran similares a las de nuestro lugar en el universo. Por fin teníamos el conocimiento y la tecnología para poner a prueba la evolución y el ciclo de la vida, era el experimento más complejo que jamás habíamos realizado, buscábamos la simulación más fiel que nos permitiera entender nuestra existencia.

«El momento había llegado, los pancientíficos supervisábamos el envío de las primeras sondas y éstas colocaron los primeros aminoácidos. La vida surgió como en nuestro planeta, las diferentes especies fueron desfilando por el agua y los suelos, registramos el desarrollo y transformación del ADN en cada paso. Todo iba como lo planeado y entonces llegamos al punto que más le interesaba a la panciencia, el surgimiento de la raza humana. Todos estábamos muy animados porque su civilización se desarrollaba como lo hizo la nuestra cuando éramos simples organismos mortales como ellos. Era el experimento más popular por esos tiempos, todos los estudiantes podían echarle un ojo a lo que sucedía en el planeta A-CiTo, llamado Tierra por sus habitantes.

»Cuando la raza humana nació examinábamos cada aspecto de sus sociedades y entornos, podíamos incluso indagar en donde ellos no podían, como las profundidades de sus océanos, donde bullían gigantes marinos semejantes a la fauna que vive en las chimeneas submarinas de nuestro planeta.

»A pesar del éxito del experimento, llegado el punto en nuestra historia en el que se saltó a la civilización ultramoderna, ellos, que ya poseían la tecnología para producir energía libre similar a la que poseíamos a esas alturas, no lo hicieron. Nos quedamos sorprendidos y revisamos los datos y registros

como locos. Habíamos creado las condiciones exactas, no habíamos intervenido en lo más mínimo, incluso hubo acusaciones de malos cálculos, un escándalo. Pasaron los años y los humanos no dieron el salto que los llevaría a su siguiente fase evolutiva. Francamente, fue descorazonador.

»Decidimos continuar con el experimento, no podíamos destruirlo porque la paciencia lo impide, así que se le asignó a otros investigadores y nosotros nos dedicamos a buscar y someter al mismo proceso a otro planeta, en el que pudiéramos recrear nuestra historia evolutiva. Esta segunda misión, B-CiTo, no dejó de estar en contacto con la primera porque necesitábamos saber qué había alterado los resultados previstos. Además, debo decir que yo mismo había hecho gran parte de los cálculos así que estaba intrigado.

»Encontramos tres planetas en diferentes partes del universo. Para evitar errores utilizamos los tres, prestando mucha atención a los detalles como masas de los planetas, cantidad de satélites, temperatura, nivel de radiación, atmósfera y edad, entre otras cosas que creíamos que podrían intervenir, ya que el proceso de la vida había sido perfeccionado. Para los científicos, A-CiTo seguía siendo una interrogante, un fracaso.

»Sin embargo, la atención volvió a A-CiTo cuando un grupo de científicos terrestres descubrió nuestras sondas, los nanoexploradores que habían sido enviados a la Tierra desde su inicio y que, gracias a nuestra tecnología, habían podido reproducirse y evolucionar por sí mismos, con la regular actualización de software que los hizo más delicados y complejos. Ante los humanos no eran más que unas cuantas de las especies de su planeta.

»Cuando llegó la noticia fue una revuelta. Pensar que esos humanos, producto de nuestro laboratorio, habían adquirido conciencia de que eran observados y que ahora querían hacer contacto salía de los cálculos. Los pan-científicos discutimos la naturaleza de este suceso, era algo muy serio que debíamos solucionar. Las opciones eran pocas: destruir el experimento, borrarles la memoria o hacer contacto. A decir verdad, estábamos emocionados.

»Después de los votos se decidió que los contactaríamos y no les revelaríamos la verdad de su nacimiento, ya que considerábamos que esa realidad quebraría su sistema de creencias y no queríamos hacer sufrir a la raza humana más de lo que ella misma ya hacía. Además, nos dimos cuenta de que descubrir que existía vida extraterrestre los emocionaba, lo mismo que a nosotros contactar a nuestras creaciones. Aunque la panciencia evitaba este contacto, lo discutimos y creímos que podríamos realizar otro tipo de experimento. Todos decidimos arriesgarnos y aunque en primera instancia se vio mal esta decisión, creemos que haberlos estudiado por tanto tiempo, nos llevó a desarrollar algo que ellos tenían muy desarrollado, la curiosidad. Y, aunque me avergüenza decirlo, les teníamos afecto.

»Observamos gran cantidad de fenómenos sociales interesantes, similares a los que vivimos durante nuestra temprana existencia, y otros por los que no pasamos, normalmente de tinte político, y esa crueldad que nosotros no ejercíamos. Así que, a fin de corregir ese rasgo, también decidimos que compartiríamos conocimiento. Diseñamos un protocolo y acordamos empujarlos como civilización y como especie. Pensamos que el experimento no estaba perdido y que tal vez aún podrían dar el salto a la ultramodernidad.

—Pero, ata, ¿eso no iba contra la Comisión de Panciencia?

—Sí, por eso les digo que este tema genera muchas discusiones. Sin embargo, era la oportunidad de realizar un experimento participativo, diametralmente distinto a los que ya se desarrollaban con B-CiTo. Era algo muy emocionante para nosotros como pancientíficos. No quiero decir que fuese bueno, pero yo sentí que realmente podíamos ayudarlos a sortear sus conflictos sociales y políticos, cosas que nosotros no tuvimos después del salto a la ultramodernidad.

»Cuando los doctores Oshii y Silvestri decidieron que pedirían ayuda a su gobierno para investigar la procedencia de las sondas, nosotros ya habíamos tomado medidas, así que se creó un equipo de contacto y se emprendió

el viaje interestelar. En el camino, les enviamos un mensaje porque ya habíamos recibido los suyos.

»Para que confiaran en nosotros les mandamos información con el propósito de que desarrollaran energía libre y lo necesario para que fabricaran una cura contra varias de sus enfermedades. Desgraciadamente, cuando estábamos a punto de llegar a la Tierra, nuestro viaje se hizo público y la humanidad entró en pánico. El gobierno trató de tranquilizarla revelando la tecnología que les habíamos entregado y algunos datos sobre nuestra civilización, así que en medio de un caos fuimos recibidos en un desierto, en total secreto. Yo estaba muy emocionado de ver por primera vez a estos seres.

»Al bajar de nuestra nave, frente a nosotros estaba su ejército, pero no temíamos porque no sólo conocíamos todo sobre ellos sino porque nuestros trajes eran indestructibles y su energía nuclear los afectaría más a ellos. Además, simplemente podíamos despegar sin más. Su gravedad es muy poca en comparación con la nuestra y al pisar la Tierra sentí náuseas, pero me com-puse. Al acercarme a los humanos vi que sus cabezas apenas llegaban a la media de nuestros cuerpos.

»Al primero que saludé fue al presidente y al segundo, al doctor Oshii. Cuando le di la mano sus ojos se llenaron de lágrimas y, como había previsto esa reacción humana, lo toqué delicadamente en el hombro y le dije: "Tranquilo, doctor, por fin nos conocemos". Debo confesar que sentí que la voz se me iba. Fue maravilloso.

»Con nuestra ayuda su civilización se tecnocratizó, les revelamos muchas cosas en todas las materias científicas y llegaron a un punto de equilibrio que nunca habían tenido, curamos sus enfermedades, todos los países tenían energía natural y la ingeniería genética permitió la creación de diferentes cultivos vegetales y animales que cubrieron las necesidades alimenticias de todos los sectores.

»Sin embargo, el temor de todos nosotros era que la humanidad sufría de una carencia que nosotros no pasamos. No cooperaban entre sí y tendían a querer poseer el conocimiento, por eso una de nuestras condiciones fue que lo que les reveláramos sería para todas las sociedades y que si esto no se respetaba les borraríamos la memoria. Aunque dudaron, aceptaron.

»Algo que recuerdo es que los humanos hicieron programas de televisión y productos con nuestras naves y trajes. Fuimos muy queridos por una gran parte de la población y muy odiados por otra.

»Estuvimos en la Tierra un brevísimo tiempo de cincuenta años y después decidimos volver porque nuestros cuerpos ya estaban siendo afectados. Nunca les dijimos la verdadera naturaleza de su nacimiento ni les revelamos nuestra inmortalidad, sólo a unos cuantos científicos que nos acompañaron de vuelta y a quienes ustedes conocen.

»Antes de nuestra partida estuvimos seriamente tentados a alterar su información genética, a plantar en las sondas los códigos que en unas cuantas generaciones los forzarían a dar el salto, pero era demasiado. La información que les habíamos dado era estratégica y si por ellos mismos no lo lograban, pues así debía ser.

»Nunca lo lograron y en un punto comenzaron a morir. Quisimos ayudarlos pero por alguna razón, a pesar de la tecnología que les dimos, su raza comenzó a extinguirse. Yo, particularmente, me planté ante la Comisión de Paciencia para solicitar que nos permitieran alterar su código genético para hacer el tan ansiado salto. Ese que sí logramos en B-CiTo. Todos, de alguna manera, sentíamos afecto por la humanidad. El experimento no había salido como lo planeamos pero habíamos aprendido otras cosas. Recuerdo muy bien la mirada de mi maestro, me dijo: "Nuestra raza ha avanzado mucho, hemos creado mundos y hemos roto las barreras de la enfermedad, la muerte y la ignorancia, somos una raza de científicos, y ya no podemos intervenir más. Su ciclo llega a su fin y aunque los valoramos por ser nuestros antepasados y porque los vimos nacer, ahora nos enseñan una valiosa lección, nos

enseñan a morir. Es hora de dejarlos solos ante la última frontera, su extinción, aprender de ella y tal vez, pensar en la nuestra"».

El pancientífico se quedó callado y con una de sus extremidades se cubrió el rostro.

—¿Ata?

—Eso es todo lo que tengo que decir —su imagen virtual vibró un segundo y desapareció.

Bibliografía

Relatos

- Alas, Leopoldo «Clarín»: «Cuento futuro», en: Molina Porras, Juan (ed.): *Cuentos fantásticos en la España del Realismo*, Madrid: Cátedra, 2006, pp. 225-254.
- Arguedas Porras, Randall: «Umazisi», en: Bolaños Vargas, Eduardo A. (ed.): 2012. *Relatos de los tiempos finales. Literatura fantástica costarricense*, Costa Rica: Sobrevuelo, 2012 [libro electrónico].
- Carbajal Rosas, Mariana: «Insectopía», *Revista Axxón. Ficciones*, núm. 256, julio 2014, <<http://axxon.com.ar/rev/2014/07/insectopia-mariana-carbajal-rosas/>> (cons. 11-V-2020).
- Castro, Raquel: «El plan perfecto», en: *El ataque de los zombis (Parte mil quinientos)*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2020, pp. 8-18.
- Cebrián, Mercedes: «Los cuatro jinetes», en: *El malestar al alcance de todos*, Barcelona: Random House Mondadori/ DeBolsillo, 2011 [2004], pp. 147-154.
- Chimal, Alberto: «Arte», en: *Los atacantes*, Madrid: Páginas de Espuma, 2015, pp. 75-85.
- Craig, Santiago: «En el fin del mundo», en: *27 maneras de enamorarse*. Buenos Aires: Factotum ediciones, 2018, pp. 45-49.
- Díaz Riobello, Eva: «Billete de ida», en: Aldán, Edilberto (ant.): *Así se acaba el mundo. Cuentos mexicanos apocalípticos*, México: SM, 2012, pp. 30-43.
- Flores, W. A.: «El rezagado», en: Bolaños Vargas, Eduardo A. (ed.): 2012. *Relatos de los tiempos finales. Literatura fantástica costarricense*, Costa Rica: Sobrevuelo, 2012 [libro electrónico].
- Froilán, Raquel: «Despertar», «Sorpresa», «Un pequeño accidente», «Revancha», «La lentitud de la justicia final», *Revista Axxón. Ciencia Ficción en Bits*, núm. 163, junio 2006, especial «Ficciones. 82 ficciones apocalípticas», <<http://axxon.com.ar/rev/163/c-163cuento6.htm>> (cons. 3-IV-2020).

- Herrera, Yuri: «Los últimos», en: *Diez planetas*, Cáceres: Periférica, 2019, pp. 117-126.
- Iparaguirre, Alexis: «La Hermandad y La Luna», en: *El inventario de las naves*, Barcelona: Planeta, 2018 [Estruendomudo, 2008] [libro electrónico].
- Libia Brenda: «De qué silencio vienes», en: Aldán, Edilberto (ant.): *Así se acaba el mundo. Cuentos mexicanos apocalípticos*, México: SM, 2012, pp. 149-158.
- Martínez Ruiz, José «Azorín»: «El fin de un mundo», en: Díez, Julián/ Moreno, Fernando Ángel: *Historia y antología de la ciencia ficción española*, Madrid: Cátedra, 2014, pp. 147-149.
- Méndez Guédez, Juan Carlos: «Las siete trompetas y los últimos días», en: *La diosa de agua. Cuentos y mitos del Amazonas*, Madrid: Páginas de Espuma, 2020, pp. 15-32.
- Mories, Nieves: «Día de limpieza», *Supersonic*, núm. 12, 2018, pp. 262-283.
- Nervo, Amado: «La última guerra», en: *Almas que pasan. Obras completas. Vol. V*, Madrid: Juan Pueyo, 1920, pp. 59-83.
- Neville, Edgar: «Fin», en: Fraile, Medardo (ed.): *Cuento español de la posguerra. Antología*, Madrid: Cátedra, 1986, pp. 69-75.
- Porcayo, Gerardo Horacio: «Una misión más», en: *La langosta se ha posteado*, 7-I-2013 [1992], <<http://lalangostasehaposteado.blogspot.com/2013/01/una-mision-mas.html>> (cons. 14-XII-2020).
- Rodríguez Pappe, Solange: «La extinción de las especies», inédito.
- Shapiro, Judith: «Desde el refugio», *Revista Axxon. Ciencia Ficción en Bits. Ficciones*, núm. 269, <<http://axxon.com.ar/rev/2016/01/desde-el-refugio-judith-shapiro/>> (cons. 7-III-2021).
- Tynjälä, Tanya: «Un crudo infierno», en: Atoche Intili, Germán (comp.): *Somos libres. Antología de literatura fantástica y de ciencia ficción peruana*, Lima: El gato descalzo, 2020 [2012] [libro digital].
- Vásquez, Vladimir: «Prisión interior», *Necronomicón*, núm. 20, año 8, 2012, pp. 261-271.
- Vicente, Ángeles: «Cuento absurdo», en: *Los buitres*, Madrid: Librería de Pueyo, 1908, pp. 109-125.
- Zárate, José Luis: «El evento principal», en: *Fin del Mundo: manual de uso*, México: José Luis Zárate/ Creative Commons, 2012, pp. 49-63.

Notas

- DA-RAE - *Diccionario de Americanismos*: Madrid: Real Academia Española/ Asociación de Academias de la Lengua Española, 2010 [en línea].
- DALLA - *Diccionariu de la Llingua Asturiana*, Uviéu: Academia de la Llingua Asturiana, 2015 [en línea].
- DBM - Gómez de Silva, Guido: *Diccionario breve de mexicanismos*, México: Academia Mexicana de la Lengua/ Fondo de Cultura Económica, 2001.
- DEA - Chuchuy, Claudio (coord.): *Diccionario del español de Argentina. Español de Argentina-español de España*, Madrid: Gredos, 2000.
- DEI - Glassé, Cyril: *Dictionnaire encyclopédique de l'Islam*, trad. y adapt. Yves Thoraval, Paris: Bordas, 1991.
- DEM-ECM - Lara, Luis Fernando (dir.): *Diccionario del español de México*, México: El Colegio de México, 2010.
- DHAV - Núñez, Rocío/ Pérez, Francisco Javier: *Diccionario del habla actual de Venezuela. Venezolanismos, voces indígenas, nuevas acepciones*, Caracas: Universidad Católica Andrés Bello/ Centro de Investigaciones Lingüísticas y Literarias, s.f.
- DLE-RAE - *Diccionario de la lengua española*: Madrid: Real Academia Española, 2021 [en línea].
- DM-AML - Company Company, Concepción (dir.): *Diccionario de mexicanismos de la Academia Mexicana de la Lengua*, México: Siglo XXI, 2010.
- DP - Álvarez Vita, Juan: *Diccionario de peruanismos*, Lima: Ediciones Studium, 1990.
- DPD - *Diccionario panhispánico de dudas*, Madrid: Real Academia Española, 2005 [en línea].
- DV - Tejera, María Josefina (dir.): *Diccionario de Venezolanismos*, Caracas: Universidad Central de Venezuela/ Academia Venezolana de la Lengua/ Fundación Edmundo y Hilde Schnoegass, 1993 [1ª ed. 1983].
- NDA - Rodríguez González, Félix (dir.)/ Lillo Buades, Antonio: *Nuevo diccionario de anglisismos*, Madrid: Gredos, 1997.
- NDCR - Quesada Pacheco, Miguel A.: *Nuevo diccionario de costarriqueñismos*, Cartago, Costa Rica: Editorial Tecnológica de Costa Rica, 2001, 3a ed. rev. y ampl. [1991].

- «Acerca de Raquel», *Raxxie.com Sitio personal de Raquel Castro*, 2020, <<http://raxxie.com/>> (cons. 26-VI-2021).
- «Alberto Chimal, escritor mexicano», *Alberto Chimal*, 2021, <<https://www.albertochimal.com/>> (cons. 26-VI-2021).
- «Alexis Iparraguirre», *Planeta de libros. Perú*, <<https://www.planetadelibros.com.pe/autor/alexis-iparraguirre/000046432>> (cons. 26-VI-2021).
- «Apariciones de Santa María de Guadalupe», *Insigne y nacional basilica de Guadalupe*, <<https://virgendeguadalupe.org.mx/sintesis-de-las-apariciones/>> (cons. 15-V-2021).
- Barrientos, José Antonio (ed.): *Curso práctico de entomología*, Alicante: Asociación Española de Entomología/ Centro Iberoamericano de la Biodiversidad/ Universitat Autònoma de Barcelona, 2004.
- «Biografía», *Mercedes Cebrián*, <<https://www.mercedescebrian.com/biografia/>> (cons. 26-VI-2021).
- Carozzi, Claude/ Taviani-Carozzi, Huguette: *La fin des temps. Terreurs et prophéties au Moyen Âge*, Paris: Flammarion, 1999.
- «*Dracaena draco*. Drago», *Arbolapp Canarias*, s.f., <<https://www.arbolappcanarias.es/especies/ficha/dracaena-draco/>> (cons. 18-V-2021).
- Ena Bordonada, Ángela: «Ángeles Vicente García», *Real Academia de la Historia*, 2018, <<http://dbe.rah.es/biografias/angeles-vicente-garcia>> (cons. 26-VI-2021).
- Fernández Delgado, Miguel Ángel: Nota introductoria a Porcayo, Gerardo Horacio: «El caos ambiguo del lugar», en: Fernández Delgado, Miguel Ángel (sel. e intro.): *Visiones periféricas. Antología de la ciencia ficción mexicana*, Buenos Aires/ México: Lumen, 2001, p. 163.
- Hernández, Lizbeth: «Libia Brenda, una escritora que imagina una realidad más amplia», *Distintas latitudes*, 24-VI-2019, <<https://distintaslatitudes.net/entrevistas/entrevistaslatam-libia-brenda-escritora>> (cons. 26-VI-2021).
- «Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana», *Página oficial de la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz en Compañía de Jesús y María*, <iglesiapalmariana.org> (cons. 15-V-2021).
- González, Lía: «Proceso técnico. Tareas del auxiliar de biblioteca», *Bibliopos*, 26-VIII-2012, <<https://www.bibliopos.es/proceso-tecnico-tareas-del-auxiliar-de-biblioteca/#:~:text=Tejuelar%3A%20Esta%20operaci%C3%B3n%20consiste%20en,al%20colocar%20en%20los%20estantes.>> (cons. 20-V-2021).

- Gullón, Germán: «Biografía de Leopoldo Alas 'Clarín'», *Biblioteca virtual Miguel de Cervantes*, <http://www.cervantesvirtual.com/portales/leopoldo_alas_clarin/autor_biografia/> (cons. 26-VI-2021).
- «José Luis Zárate», *Enciclopedia de la Literatura en México*, 27-V-2020, <<http://www.elem.mx/autor/datos/1732>> (cons. 26-VI-2021).
- Joseph1956: *Maracucholario Plus. Uso, significado y raíz de palabras y expresiones del dialecto maracucho* [blog], 16-IX-2013, <<http://maracucholario.blogspot.com/2013/09/guasinca.html>> (cons. 17-V-2021).
- «Judith Shapiro», *La vida breve*, 21-V-2012, <<http://biosdelosblogsh.blogspot.com/2012/05/judith-shapiro.html>> (cons. 27-VI-2021).
- «Judith Shapiro-Argentina», *Tercera Fundación*, <<https://tercerafundacion.net/biblioteca/ver/persona/18529>> (cons. 27-VI-2021).
- «Libia Brenda», *Strange Horizons*, <<http://strangehorizons.com/author/libia-brenda/>> (cons. 26-VI-2021).
- «Marabino», *ElCastellano.org. La página del idioma español*, 2020, <<https://www.elcastellano.org/el-marabino-la-variedad-ling%C3%BC%C3%ADstica-del-estado-venezolano-zulia-y-parte-de-falc%C3%B3n>> (cons. 18-V-2021).
- Mariño, Henrique: «El motín de las verduleras: el día que las mujeres trabajadoras sublevaron Madrid», *Público*, 2-XI-2019, <<https://www.publico.es/politica/motin-verduleras-alcachofa-madrid-lucha-obrera-feminista.html>> (cons. 16-V-2021).
- Mejías Alonso, Almudena: «Amado Nervo», *Biblioteca virtual Miguel de Cervantes*, <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/amado-nervo-2/html/0a03dafd-3474-4923-9118-fd330592eb03_4.html> (cons. 26-VI-2021).
- «Mercedes Cebrián», *Penguin libros España*, <<https://www.penguinlibros.com/es/1173-mercedes-cebrian>> (cons. 26-VI-2021).
- «Message», *Sanctuaires de Beauraing*, <<https://www.sanctuairesdebeauraing.be/message/>> (cons. 15-V-2021).
- «Nieves Mories», *La nave invisible. Ciencia ficción, fantasía y terror en femenino*, 15-IV-2019, <<https://lanaveinvisible.com/2019/04/15/nieves-mories/>> (cons. 23-VI-2021).
- «Nuestra Señora de La Salette», *Virgen Santa María*, <<https://virgensantamaria.org/nuestra-senora-de-la-salette/>> (cons. 15-V-2021).

- Orosz, Demian: «Santiago Craig: Soy paranoico y apocalíptico en un sentido práctico», *La voz*, 31-I-2021, <<https://www.lavoz.com.ar/numero-cero/santiago-craig-soy-paranoico-y-apocaliptico-en-un-sentido-practico/>> (cons. 26-VI-2021).
- Piastri, Myrian/ Orfila, Lucía/ Pardías, Pablo: «*Clusia rosea* JACQ», *Tesaurus de plantas medicinales-bilingüe*, 27-XII-2016, <<http://webserv.fq.edu.uy/tema-tres/index.php?tema=10371>> (cons. 18-V-2021).
- Riopérez y Milá, Santiago: «José Martínez Ruiz», *Real Academia de la Historia*, 2018, <<http://dbe.rah.es/biografias/7355/jose-martinez-ruiz>> (cons. 25-VI-2021).
- Ríos Carratalá, Juan Antonio: «Edgar Neville: la biografía de un 'bon vivant'», *Biblioteca virtual Miguel de Cervantes*, <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/edgar-neville-la-biografa-de-un-bont-vivant-0/html/01dd1884-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html> (cons. 26-VI-2021).
- «Santiago Craig», *Factotum Ediciones*, 2015, <<https://factotumediciones.com/autores/santiago-craig-220>> (cons. 26-VI-2021).
- «Sobre mí», *Eva Díaz Riobello*, <<https://evadriobello.com/>> (cons. 27-VI-2021).
- «Solange Rodríguez Pappé», *Candaya*, 2018, <<https://www.candaya.com/autor/solange-rodriguez/>> (cons. 26-VI-2021).
- «Tanya Tynjälä», *Amazing Stories*, <<https://amazingstories.com/authors/tanya-tynjala/>> (cons. 27-VI-2021).
- «Tommy Gun. Subfusil Thompson modelo 1928 con cargador de tambor», *Armas de colección*, <<https://www.armasdecoleccion.com/es/871-tommy-gun-sub-fusil-thompson-modelo-1928-con-cargador-de-tambor.html>> (cons. 15-V-2021).
- Vidal Ortuño, José Manuel: *Los cuentos de José Martínez Ruiz (Azorín)*, Murcia: Universidad de Murcia, 2007.
- «Yuri Herrera», *Periférica*, <<http://www.editorialperiferica.com/?s=autores&aut=24>> (cons. 27-VI-2021).
- Zavala Reyes, Miguel Enrique: «Palabras vivas de una lengua muerta: legado arawak-caquetío», *Boletín antropológico*, núm. 89, enero-junio 2015, pp. 58-76.

Introducción

- Biblia de Jerusalén: Bilbao/ México: Desclée de Brower/ Porrúa, 1988.
- Chelebourg, Christian: *Les écofictions. Mythologies de la fin du monde*, Paris: Les impressions nouvelles, 2012.
- Cohn, Norman: *Cosmos, Chaos, and the World to Come. The Ancient Roots of Apocalyptic Faith*, 2nd ed., London: Yale University Press, 2001 [1995].
- Cohn, Norman: «How Time Acquired a Consummation», in: Bull, Malcolm (ed.): *Apocalypse Theory and the Ends of the World*, Oxford: Blackwell, 1995, pp. 21-37.
- Doyle, Briohny: «The Postapocalyptic Imagination», *Thesis Eleven*, 2015, vol. 131, no.1, pp. 99-113.
- Dupriez, Bernard: *Gradus. Les procédés littéraires*, Paris: Éditions 10/18, 2019 [1984].
- «El cristianismo en el mundo», *El Orden Mundial EOM*, 20-XII-2019, <<https://elordenmundial.com/mapas/cristianismo-en-el-mundo/>> (cons. 27-V-2021).
- Eliade, Mircea: *Le mythe de l'éternel retour*, París: Gallimard, 1969.
- Frye, Northrop: *The Great Code. The Bible and Literature*, New York: Houghton Mifflin Harcourt Publishing, 1984.
- Kermode, Frank: *The Sense of an Ending. Studies in the Theory of Fiction*, New York: Oxford University Press, 2000 [1966].
- Kermode, Frank: «Waiting for the End», in: Bull, Malcolm (ed.): *Apocalypse Theory and the Ends of the World*, Oxford: Blackwell, 1995, pp. 250-263.
- Kermode, Frank: «Millennium and Apocalypse», in: Carey, Frances (ed.): *The Apocalypse and the Shape of Things to Come*, Toronto: The Trustees of the British Museum/ University of Toronto Press, 1999, pp. 11-27.
- Lacoste, Jean-Yves (dir.): *Dictionnaire critique de théologie*, Paris: Presses Universitaires de France, éd. rev. et aum. 2007 [1998].
- Lanceros, Patxi (trad. e intro.): *Apocalipsis o Libro de la Revelación*, edición bilingüe, Madrid: Abada Editores, 2018.
- López-Austin, Alfredo: *Tamoanchan y Tlalocan*, México: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Mayer, Anna: «The Mammoth's Part in the World's Demise. Of the End of Humanity in Early Science Fiction», *Trans. Revue de littérature générale et comparée*, 2013, núm. 16, <<https://doi.org/10.4000/trans.825>> (cons. 5-VI-2021).

McGinn, Bernard (trad. e intro.): *Apocalyptic Spirituality. Treatises and Letters of Lactantius, Adso of Montier-en-Der, Joachim of Fiore, the Spiritual Franciscans, Savonarola*, New Jersey: Paulist Press, 1979.

Mondragón, Cristina: *Ficciones apocalípticas en la narrativa contemporánea mexicana*, Lausana: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos, 2020.

Monsiváis, Carlos: *Los rituales del caos*, México: Era, 2001, 2ª ed. corr. [1995].

Redford, Catherine: «The Last Man on Earth and Romantic Archaeology», Grivil, Richard (comp.): *Grasmere 2012*, California: The Wordsworth Conference Foundation /Humanities-Ebooks, 2012 [e-book].

Redford, Catherine: «The 'Last Man on Earth' in Romantic Literature», *Wordsworth Grasmere*, 6th November 2014, <<https://wordsworth.org.uk/blog/2014/11/06/the-last-man-on-earth-in-romantic-literature/>> (cons. 5-VI-2021).

FRAC



TALES



EDICIONES
Universidad
Valladolid

ISBN: 978-84-1320-175-7

